



NÉSTOR F. MARQUÉS

# FAKE NEWS

DE LA  
ANTIGUA ROMA

Engaños, propaganda y mentiras  
de hace 2000 años



  
ESPASA



# Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Cita

PREFACIO

## ORÍGENES LEGENDARIOS

Una película fragmentada

El salvador desterrado

A su imagen y semejanza

Escudos, héroes y leyendas

El gran legado

Un nido de criminales y bandidos

Lo que los mitos esconden

El rey ha muerto, larga vida al rey

Por obra y gracia del buen agüero

Odium regni

## LA REPÚBLICA

Roma, una y muchas

Al borde del precipicio  
Las esclavas destinadas  
Prodigios indeseados  
De bacanales y orgías  
Un año entre antiguas mentiras  
Romanes eunt domus

## LOS DOCE CÉSARES

Introducción

Cayo Julio César

Iacta alea est

César el afeminado

Dioses, patria y ¿rey?

Augusto, el salvador

La importancia de llamarse César

El elegido

Una nueva era

El hombre tras la máscara del Princeps

¿Devuélveme mis legiones!

Livia: emperatriz, madre y ¿asesina?

Pérfida por naturaleza

La malvada madrastra

¿La decadencia de una dinastía?

El oscuro Tiberio

El furioso Calígula

El estúpido Claudio

El cruel Nerón

El inhumano Domiciano

La resurrección de la bestia

Dominus et Deus

¿Optimus Princeps?

Damnatio memoriae

Víctimas de la historia

## AUGE Y CAÍDA DE UN IMPERIO

Felicio Augusto, Melior Traiano

Más allá de las fronteras

Los «emperadores adoptivos»

Hércules romano invicto

El trono bastardo

La gran roca negra

De la salvación al abismo

In hoc signo victor eris

El fin de una era

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

FUENTES CLÁSICOS

BIBLIOGRAFÍA

GENEALOGÍAS DE LAS FAMILIAS IMPERIALES

PLANO DE ROMA

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

NÉSTOR F. MARQUÉS

FAKE NEWS  
DE LA  
ANTIGUA  
ROMA

Engaños, propaganda y mentiras de hace 2000 años



¿Es posible que Nerón no incendiara Roma? ¿O que Livia no planeara el asesinato de todos los herederos al trono e incluso de su propio esposo? ¿Acaso los romanos no vomitaban durante las comidas? La historia está viva y cambia continuamente de mano en mano. Quien la escribe tiene el poder de viajar en el tiempo y cambiar el pasado, de alterarla interpretando lo sucedido desde su propio punto de vista. Así, muchas veces ocurre que la historia que nos han contado no se corresponde exactamente con la realidad.

En este libro se desvelan las *fake news* del mundo romano: los engaños, bulos y mentiras que nos han contado sobre la historia de la antigua Roma. Aquellos que han creado, a veces incluso sin querer, los propios historiadores, los que se han formado por culpa del espeso velo que cubre la historia con el paso del tiempo, los que han quedado inmortalizados en películas, series y novelas e incluso los que los propios romanos generaron sobre ellos mismos. Desde la propaganda política de los emperadores, hasta la realidad sobre la gente corriente, olvidada en los bajos fondos de Roma, pasando por las mayores perjudicadas del mundo antiguo, las mujeres, que han sufrido el escarnio de una historia creada exclusivamente por y para los hombres. Todos ellos encontrarán ahora la verdad de sus historias ocultas.

*Caris parentibus  
Fortunaeque*



σπεύδε βραδέως  
*Festina lente.*  
(‘Apresúrate lentamente’).

SUETONIO, *Vidas de los doce Césares*,  
«Vida del Divino Augusto»XXV, 4.

## PREFACIO

Todos hemos sentido alguna vez la pasión por la historia, por descubrir el pasado y por conocer cómo y por qué hemos llegado hasta donde nos encontramos ahora mismo. Como arqueólogo e historiador me gusta excavar en el interior de los estereotipos de la historia que, al sedimentarse, han creado en la conciencia colectiva un relato que parece estático e inamovible, pero no lo es. Con el paso de los años he aprendido que la historia —la antigua y la reciente— es un intrincado conjunto de hechos, mentiras y opiniones que se entremezclan en un gran sistema, a menudo, difícil de comprender.

Cuando pensamos de forma general en el mundo romano nos vienen a la cabeza imágenes que suelen ser de *Gladiator*, *Quo Vadis*, *Astérix* o cualquier otro referente de la cultura popular. Al profundizar, sin embargo, nos daremos cuenta de que ese velo de uniformidad se ha entretelado con los bulos, los engaños y las noticias falsas que se han ido formando con el paso del tiempo. Esos romanos que existen en nuestra mente no son los mismos que vivieron hace dos mil años. Su recuerdo está distorsionado tanto por los propios escritores romanos, que transmitieron sus verdades y plasmaron su opiniones para la posteridad, como por aquellos que después han seguido sus pasos.

¿Hay verdades en las leyendas? ¿Y leyendas en las verdades?

Preparémonos para excavar en el pasado, sin la pretensión de descubrir todas las verdades últimas, puesto que aquellas están enterradas a tal profundidad en el subsuelo de la historia que difícilmente podremos alcanzarlas todas. Conformémonos con unir algunas de las piezas dispersas que nos permitan tener una idea aproximada de la verdad de aquellos hombres y mujeres que vivieron en la antigua Roma. Desde sus fundadores

—los míticos y los de carne y hueso— hasta los que transformaron un mundo guiado por su poder universal, en un viaje a lo largo de más de mil años de historia. Sobre ellos hablaremos ahora para resarcir a unos, humanizar a otros y desmitificarlos a todos. Solo así podremos poner en orden nuestras ideas para que los hombres y mujeres del mundo romano que viven en nuestra mente se parezcan un poco más a los que ya guarda la tierra para siempre.

En este libro he querido acercarme a la historia de Roma de la misma forma en que lo hice en *Un año en la antigua Roma*, la vida cotidiana de los romanos a través de su calendario —cuya lectura es complementaria y consonante con los contenidos de esta nueva obra—. Me mueve la idea de entregar conocimiento de una forma clara y directa, aportando datos e hipótesis para hacer accesible a todos el saber que queda encerrado en los cajones de la investigación, a veces demasiado profundos y difíciles de ordenar.

Unido a esto, la proliferación actual de las verdades alternativas, los bulos y las *fake news*, me incentiva aún más a desmitificar y mostrar que los romanos también las sufrieron y las siguen padeciendo. Desgraciadamente, todavía son muchos los que vulgarizan la historia y se hacen un flaco favor a sí mismos y a todos los demás. Al fin y al cabo, somos el reflejo de nuestros antepasados —*nihil sub Sole novum* (‘nada nuevo bajo el Sol’)—. La solución está en emplear el rigor como método fundamental para dejar al descubierto sus engaños y sus malas intenciones.

En estas páginas hablaremos de las mentiras y la propaganda gloriosa creada por los propios romanos sobre su presente y su pasado; conoceremos los engaños que les hicieron prosperar y los que casi les cuestan su existencia e intentaremos comprender las actitudes y el carácter de los emperadores —y emperatrices— que pusieron el mundo a sus pies. Todo ello tratando de no proyectar nuestros valores y opiniones para evitar quedarnos absortos en nuestros propios prejuicios y así eludir los mismos errores que fueron el origen de las mentiras que ahora creemos.

Entre las monstruosas imágenes creadas por la desinformación, vemos la de la envenenadora Livia, el estúpido Claudio o el inhumano Domiciano. Ellos y tantos otros son claros ejemplos de los personajes que tanto los historiadores de la Antigüedad como los investigadores y los novelistas de nuestro tiempo han denostado profundamente.

Hablaremos de ellos, pero también de los triunfadores, aquellos que

consiguieron mantenerse en la luz de la historia: personajes idealizados como Augusto, Trajano o colectivos religiosos como los cristianos. ¿Realmente fueron siempre los buenos de la película? Y hablando de cine, como este es un elemento importante en la concepción general que tenemos del mundo romano, he querido hacer algunos guiños y referencias al séptimo arte en determinados puntos del libro que espero sean bien recibidos.

Pero permíteme, lector que, antes de comenzar nuestra narración, comparta contigo una pequeña historia que te servirá para comprobar cómo los engaños, las mentiras y las *fake news* pueden llegar a deformar la realidad y los hechos hasta límites insospechados. Puede que incluso la hayas oído alguna vez —al menos en parte—. Si es así, tu sorpresa será aún mayor.

Existe un relato que nos cuenta cómo Publio Virgilio Marón, en tiempos del emperador Augusto, tuvo por mascota queridísima una simple mosca. Cuando esta falleció, el poeta celebró en su honor un fastuoso funeral que tuvo lugar en su casa del monte Esquilino. Aquella triste celebración le costó cerca de ochocientos mil sestercios, pero todo era poco para su mosca. Destacadas figuras del mundo de la cultura acudieron a apoyarle en su terrible pérdida e incluso Cayo Cilnio Mecenas recitó la oración fúnebre acostumbrada para los humanos. Por último, se construyó un gran monumento funerario en el terreno de su propiedad y se colocó la siguiente inscripción: *Musca: Sit tibi urna levis et molliter ossa quiescant* ('Mosca: Séate ligera esta urna y descansen en ella tus huesos').

El comportamiento de Virgilio puede parecerse exagerado y extravagante, pero todo tiene una explicación. Resulta que en aquellos momentos los miembros del triunvirato, Marco Antonio, Lépido y el futuro Augusto, estaban confiscando tierras de diversos ciudadanos para asentar a veteranos de guerra y recuperar el dinero invertido en las campañas militares. Los terrenos de Virgilio se encontraban entre los afectados, pero el astuto poeta buscó la trampa en la ley. Se había dicho que no serían expropiados aquellos terrenos o edificios que contuvieran monumentos funerarios de seres queridos. Al no especificar la ley que aquellos seres queridos tenían que ser necesariamente humanos, Virgilio había escenificado todo ese montaje con una simple mosca como protagonista, librándose así de tan terrible ley y burlándose a la vez de Augusto y de sus secuaces.

Hasta aquí el relato, que podemos encontrar en diversos libros de curiosidades y blogs de internet copiados unos de otros palabra por palabra.

La astucia de Virgilio nos habla del engaño cometido y de que tal vez las cosas no siempre son lo que parecen.

Pero, ¿y si os dijera que esta explicación también es una mentira? y, más aún ¿que toda esta historieta es falsa de principio a fin? Hace ya tiempo, hartos de encontrar siempre este relato reproducido en tantos lugares distintos sin que nadie mostrara de dónde había salido, decidí investigar más a fondo el asunto para ver qué autor de la Antigüedad atestiguaba la curiosa historia.

En primer lugar, el odio de Virgilio contra Augusto —quien sería el patrono de su arte, como veremos a lo largo del libro—, parece extraño y poco realista. Pero, siendo críticos, debemos buscar el origen, la fuente que pudo crear esta historieta, incluso con fines malintencionados. Sin embargo, descubrí que no existe ni una sola fuente clásica que mencione este episodio u otro similar. Su origen debe de ser posterior.

Para facilitar la búsqueda comencé con la entrada del blog en el que lo había leído, que me llevó a otra web de la que este lo había copiado y de esta a un libro de datos insólitos de dudosa credibilidad científica e histórica. Finalmente di con un nombre: R. Ripley, un caricaturista estadounidense que durante la primera mitad del siglo XX se hizo famoso por recopilar datos curiosos y difíciles de creer. La serie *Believe it or not* ('Aunque usted no lo crea') se popularizó en forma de cómic, libro, emisión de radio y televisión, y en todos estos formatos Ripley contó esa historieta. Una escueta grabación en vídeo de 1931 es el documento más antiguo en el que se menciona la narración de la mosca de Virgilio —aunque seguramente se publicaría con anterioridad en forma de viñeta de periódico—.

El rastro del relato se pierde con Ripley pues, en su forma escrita, remite al lector como referencia a las *Vidas de los doce Césares* de Suetonio, obra en la que no aparecen por ninguna parte el funeral ni la mosca. Fuera malintencionada o no, esta pista falsa hace que la veracidad del relato se tambalee, a pesar de que el propio Ripley decía tener un equipo trabajando sin descanso para comprobar que todos y cada uno de los datos que publicaba eran totalmente ciertos. Aunque quizá podríamos pensar que todo fue una invención suya o de alguien que le contó aquel relato fantasioso, lo más interesante es que esta historia todavía se puede complicar mucho más.

Virgilio fue uno de los hombres más famosos de la Antigüedad, especialmente gracias a la *Eneida*, que se convirtió en uno de los libros más reconocidos de su tiempo. Su fama se extendió ampliamente con el paso de

los siglos, tanto que en la Edad Media todavía se le recordaba como un hombre importante. Poco después de su muerte comenzaron a surgir obras atribuidas al gran literato que, aunque hoy sabemos que no fueron escritas por él, en aquella época se le asignaron dada su gran fama.

Una de ellas era un poema que en cierta medida copiaba algunos elementos de la *Eneida*, con la salvedad de que su protagonista no era humano sino un mosquito. *Culex* —el nombre de este insecto en latín y también el del poema— trataba sobre un pastor que se hallaba descansando a la sombra sin percatarse de que una serpiente estaba a punto de morderle. Un mosquito que lo observaba decidió despertarle de la única forma que sabía, picándole. El pastor se despertó por el dolor y evitó la mordedura de la serpiente, pero a la vez aplastó con la mano al mosquito que le había picado. Aquella misma noche el fantasma del mosquito se le apareció en sueños y le recriminó el inmoral acto de su asesinato cuando había sido él quien le había salvado la vida. El pastor, arrepentido, después de escuchar el relato de las peripecias del mosquito en el inframundo —similares a aquellas del propio Eneas—, decidió dedicarle un túmulo de mármol y flores en el que escribió: *Parve culex, pecudum custos tibi male merenti funeris officium vitae pro munere reddit* —‘Pequeño mosquito, el pastor de los rebaños a ti, merecedor de ello, ofrece este monumento a cambio del regalo de su vida’— (Pseudo Virgilio, *Apéndice virgiliano*, «Culex» 413-414).

Esta curiosa narración ya recoge los dos elementos fundamentales de nuestro bulo, el insecto —en este caso un mosquito— y su monumento funerario, dedicado por el pastor.

Pero la relación de Virgilio con los insectos y específicamente con las moscas, no acaba aquí. Para que surgiera, fue necesario que la figura del poeta se fuera deformando cada vez más con el paso de los siglos. En Nápoles, donde se le enterró, estaban especialmente orgullosos de él, por lo que fue allí donde más rumores y leyendas extravagantes surgieron sobre su persona.

Desde la tardoantigüedad Virgilio comenzó a ser considerado como un mago, uno muy poderoso, relacionado con las fuerzas del mal. Esta fama le aportaba un nuevo aire misterioso al que ya era considerado como el protector de la ciudad. En el siglo XII se plasmó por escrito por primera vez una leyenda que, con seguridad, llevaba tiempo circulando oralmente entre los napolitanos. Juan de Salisbury —un obispo inglés— fue el primero que,

en su obra *Policrático* (1159), escribió una anécdota en la que Virgilio le presentaba a Marcelo —sobrino de Augusto— dos posibilidades entre las que debía elegir: un pájaro con el que capturar todos los pájaros o una mosca que acabara con todas las moscas. Marcelo eligió la segunda opción para librar a Nápoles de una plaga de moscas, escogiendo el bien común por encima de sus deseos personales —pues ansiaba salir a cazar pájaros—. Virgilio, según esta leyenda medieval, complació los deseos del joven y colocó una mosca de bronce —que otros relatos describen del tamaño de una rana y hecha de oro— en una de las puertas de la muralla, haciendo que no pudiera entrar una sola mosca en toda la ciudad.

Este nuevo cuentecillo moralizante nos muestra una vez más a Virgilio como un mago capaz de conjurar todas las moscas. Historias similares se reprodujeron en otras ciudades como Roma, donde se decía que Virgilio había convocado al *moscone*, el diablo al que obedecían todas las demás moscas, y había hecho un trato con él para expulsarlas de la Ciudad Eterna.

Virgilio el mago, que también se nos muestra conjurando otros animales, como los caballos, era indiscutiblemente el «señor de las moscas». No en vano, ese es el apelativo que los cristianos asociaban a menudo con el diablo: Belcebú, del hebreo *baal zebub*, que significa literalmente ‘señor de las moscas’. Hoy en día se considera que el nombre real de este dios era Baal Zebul —tal y como atestiguan algunos manuscritos—, que se traduce como ‘Baal el Príncipe’, una divinidad semítica del inframundo que era invocada para curar enfermedades. Aunque existen diversas teorías, esta dualidad se podría deber a un juego de palabras jocosos creado por los judíos con el fin de mofarse de la divinidad, considerada como un falso dios —un demonio—. Fuera cual fuese su nombre real, lo importante es que la tradición cristiana posterior comenzó a asociar el mal con las moscas a partir de los textos del Antiguo Testamento.

En este punto, todos los elementos parecen encajar en un delicado pero equilibrado caos en el que encontramos a Virgilio y la leyenda del mosquito y su tumba, Virgilio el «señor de las moscas» y Virgilio el héroe que salvó Nápoles, Roma y otras ciudades de la misma forma en la que había salvado sus tierras en nuestro relato inicial. Es difícil saber si la historieta del funeral de la mosca existía con anterioridad a Ripley, pues no se encuentra plasmada por escrito en ninguna otra obra antes que en la suya, de comienzos del siglo XX. Lo que parece claro es que todo este bulo se amalgamó a partir de

diversos elementos de la tradición literaria y popular que se asociaron a Virgilio a lo largo de muchos siglos.

La figura de Virgilio como uno de los poetas más celebrados de la Antigüedad fue recuperada a partir del siglo XIV con Dante como exponente principal. En su *Infierno*, Virgilio es el guía del inframundo, como la Sibila lo fue para Eneas. Ya no como un hechicero, sino como el gran poeta latino que fue en vida.

Así es como se formó la historia que difundió Ripley, copiada posteriormente por otros autores sin comprobar su origen y que, a su vez, tantos otros plagiaron en internet. De esta manera se ha expandido esta gran invención que, por suerte para nosotros, nos ha enseñado dos cosas importantes: la primera es que los bulos históricos pueden estar en cualquier parte y debemos combatirlos, y la segunda, que, mientras lo hacemos, podemos descubrir historias fascinantes escondidas tras ellos.

Solo nos queda disfrutar con los engaños, la propaganda y las mentiras que durante tanto tiempo han ocultado las verdades del mundo romano. Ahora vamos a descubrirlas, reconstruyendo en el proceso —desde el rigor— una historia más cercana a la realidad que aquella que tantas veces nos han contado.



# ORÍGENES LEGENDARIOS

## UNA PELÍCULA FRAGMENTADA

Para comprender los orígenes de Roma tal y como los entendían los propios romanos, debemos alejarnos de la historia, de sus condicionantes y sus detalles y pensar más en algo así como en el estreno en todos los cines de una superproducción al más puro estilo de Hollywood, donde la acción es trepidante, intensa y, probablemente, poco realista.

Como toda película comercial que se precie, la nuestra tendrá villanos, héroes y una estudiada mezcla de emociones con momentos en los que parecerá que todo está perdido y otros en los que finalmente, tras una buena dosis de sacrificio y heroísmo, «los buenos» alcanzarán la gloria. Mientras el público disfruta y no se preocupa de pensar si aquello que está viendo es realidad o ficción —lo importante es que Roma quede en buen lugar—, unos pocos —llamémosles historiadores— se pasarán toda la película intentando pillar el truco para descubrir si aquello que están viendo es verdad o mito.

El problema radica en que esta labor que es la investigación se lleva a cabo en la casi total oscuridad del cine y con una mano ocupada en las palomitas. Al fin y al cabo, los orígenes de Roma fueron establecidos por una tradición que los creó poco a poco a partir de pequeños fragmentos de diversas tradiciones anteriores que por desgracia hemos perdido o que ni siquiera llegaron a plasmarse por escrito en ninguna parte. Esto hace que la reinterpretación de los periodos más antiguos de la historia de la Ciudad sea poco más que una labor de admiración de los pequeños datos que podemos descubrir ocultos entre las leyendas.

Probablemente nunca consigamos tener el relato completo y debemos conformarnos con ver el enorme éxito que ha tenido la película, como se suele decir, «basada en hechos reales». Sin embargo, no hay que desesperar; al fin y al cabo ¿no es siempre la investigación un conjunto de pequeños indicios que debemos, en la medida de lo posible, recomponer? Además, no

solo de fuentes escritas vive la historia. Otros elementos como la arqueología aportan voz a las evidencias silenciosas o, en ocasiones, silenciadas.

Esta acertada analogía fue empleada hace unos años por G. Forsythe para explicar la compleja labor que supone investigar el periodo más arcaico de Roma, desde su fundación hasta la caída de la monarquía en el año 509 a. C. Realmente son escasos los elementos que podemos aprovechar para descubrir más sobre este antiguo momento de la historia que ni siquiera los propios romanos recordaban.

Más allá de las fuentes escritas, que repiten tan solo las leyendas de la épica, el sufrimiento heroico y la gloria, la arqueología nos muestra realidades humanas muy distintas. A pesar de ello, por desgracia, en ocasiones lo hace de forma poco comprensible y muy parcial. Al fin y al cabo, Roma sigue estando habitada y ha sido reconstruida sobre sí misma en numerosas ocasiones, por lo que muchos restos han quedado irremediabilmente destruidos o son inaccesibles para los investigadores.

Antes de comprobar cómo fueron realmente las vidas de aquellos primeros romanos, debemos conocer cómo las reconstruyeron los que levantaron sobre ellas los cimientos de toda una civilización.

Cuatro, tres, dos, uno... Comienza la película.

## EL SALVADOR DESTERRADO

Nuestra historia comienza mucho antes de que existieran Roma y su Imperio, antes incluso de que los griegos dominaran las artes y las ciencias, en la época de los héroes y las leyendas homéricas.

Cerca de Troya vivía un pastor de noble cuna llamado Anquises, semejante en juventud y belleza a los mismos dioses inmortales. Venus, diosa del amor y la belleza, conocida por los griegos como Afrodita, le había visto cuidar de su ganado en el frigio monte Ida y se había enamorado de él. Así, decidió disfrazar su apariencia y, haciéndose pasar por una princesa mortal, se presentó ante él.

Anquises cayó inmediatamente enamorado de aquella joven cuya belleza le pareció divina. Ella le explicó cómo Mercurio la había raptado y la había llevado volando hasta allí y él la invitó a acomodarse en su cabaña. Anhelando ambos yacer juntos, diosa y mortal pronto dieron rienda suelta a su pasión, tras lo cual ella durmió al pastor en un profundo sueño.

Al despertar, Anquises abrió los ojos ante la mismísima Venus, que se había deshecho de su disfraz. Al momento quedó asustado y afligido por el engaño, pues nada bueno podía ocurrirle tras compartir el lecho con una diosa. Ella le calmó y le aseguró que no tenía nada que temer si mantenía en secreto sus amores y el fruto de este —que ya se gestaba en su interior—, a quien debía dar por nombre Eneas. Le aseguró que el niño estaría bien cuidado por las ninfas y que regresaría cinco años después para entregárselo, pues estaba destinado a grandes hazañas. Antes de marchar le hizo una última advertencia: si se atrevía a revelar algo de lo acontecido, la ira de Júpiter caería sobre él fulminándolo como castigo.

Cuenta la leyenda que tiempo después, ya en Troya, Anquises acabaría por revelar, por orgullo paterno o vanidad, el divino origen de su hijo. Se dice que Júpiter, que también era padre, se apiadó de él y tan solo le dejó cojo o, según otros, ciego. Mucho peor pudo haber sido la suerte de Anquises, pues

los dioses son vengativos con quienes les traicionan. Tal vez el todopoderoso Júpiter, en su conocimiento y sabiduría infinita, quiso infligir un castigo aún más cruel que la muerte a un hombre que pronto tendría que ver a Troya caer en manos de los enemigos dánaos y el vil engaño de su caballo de madera.

*Vos O, quibus integer aevi sanguis 'ait,' solidaeque suo stant robore vires, vos agitate fugam [...] Satis una superque vidimus excidia et captae superavimus urbi. [...] Ipse manu mortem inveniam; [...] Iam pridem invisus divis et inutilis anno demoror, ex quo me divom pater atque hominum rex fulminis adflavit ventis et contigit igni.*

¡Ay! Vosotros que conserváis el vigor de la edad en la sangre y cuyas fuerzas permanecen intactas —prorrumpes [Anquises]—, emprended vosotros la huida. [...] a mí me basta y me sobra con haber contemplado la destrucción de la ciudad y haber sobrevivido a su captura. [...] Yo por mi propia mano encontraré la muerte. [...] Hace tiempo que, odiado por los dioses, estoy retrasando sin motivo el plazo de mis días, desde el momento en que el padre de los dioses y rey de los hombres exhaló sobre mí el viento de su rayo y me alcanzó con el fuego.

(Virgilio, *Eneida* II, 637-649).

Cuando la ciudad cayó, tras diez años de sitio, Eneas —hijo de Anquises— fue uno de aquellos que tuvo la suerte de salvar su vida, gracias a la intervención de su madre, aunque, lleno de ira, él insistía una y otra vez en desafiar a la muerte para vengar el honor de Troya. En aquel momento en el que todo parecía perdido, una lengua de fuego se posó sobre la cabeza de Ascanio, hijo de Eneas —a quien otros dan el nombre de Julo—, sin quemarle. Un trueno resonó en el cielo y una estrella de fuego surcó el cielo marcando el camino de la huida.

Tal era la decisión de los dioses: debían partir a una nueva tierra. Así, Eneas cargó a su anciano padre a su espalda y, cogiendo de la mano a su hijo, partieron no sin llorar la muerte de Creúsa, esposa y madre que pereció en el camino. Este es el hombre a quien la moral y el heroísmo impelen a continuar adelante para cumplir su destino y el de su estirpe, aunque sea a costa de perder para siempre su patria y el amor de su esposa.



Terracota del siglo I hallada en Pompeya que represent a a Eneas huyendo de Troya, con su padre Anquises a hombros y su hijo Ascanio de la mano  
mano  
(Museo Arqueológico Nacional de Nápoles).

El viaje de Eneas y sus compañeros les llevó por el ancho mar atravesando peligros como el remolino de Caribdis o el cíclope Polifemo, al que ya sorteara Ulises poco tiempo atrás. Por la voluntad de los dioses, llegaron hasta la ciudad de Cartago, donde la reina Dido recibió a Eneas y a sus hombres sabedora de sus desgracias e infortunios.

Ella, una reina fenicia que estaba cimentando un nuevo hogar para su pueblo en las costas africanas y él, un héroe troyano que estaba buscando lo mismo para los suyos. Es natural que entre ellos surgiera la pasión de quienes se sienten unidos en una misma afrenta. Una vez más, el destino ponía en jaque a Eneas, que debía elegir entre el amor de una mujer —que ya le había sido arrebatado una vez— y el futuro de su propia estirpe. A los mortales les está permitida la debilidad de la carne y, así, terminaron por unirse en una cueva mientras se refugiaban de una tormenta que les había sorprendido durante una cacería.

Pero Mercurio, enviado por Júpiter, hizo que Eneas pronto recordara su heroica misión, abandonando a la reina, que no atendió a las razones de su traidor amante. Y mientras las velas de las naves troyanas llamaban ya al

viento en la playa, ella había engañado a su hermana para construir una gran pira en la que, según decía, deseaba quemar todo lo que le recordara al troyano. Dido subió a la pira y, llena de rabia, se lanzó sobre la espada que le había regalado Eneas para morir en total desesperación. Mientras su cuerpo lloraba sangre, tuvo tiempo aún para lanzar una última maldición que resonaría a través de los siglos venideros:

*Tum vos, o Tyrii, stirpem et genus omne futurum exercete odiis, cinerique haec mittite nostro munera. Nullus amor populis, nec foedera sunt. Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor, qui face Dardanios ferroque sequare colonos, nunc, olim, quocumque dabunt se tempore vires. Litora litoribus contraria, fluctibus undas imprecor, arma armis; pugnent ipsique nepotesque.*

Y vosotros, oh tirios, alimentad el odio contra su estirpe, y contra toda su raza futura y rendid este presente a mis cenizas: que no exista amistad ni pactos entre ambos pueblos. Álzate de mis huesos, tú, vengador, quien fueres, y persigue a fuego y hierro a los colonos dárdanos, ahora o más tarde, cuando se presenten las fuerzas. ¡En guerra yo os conjuro, costa contra costa, olas contra olas, armas contra armas, que haya guerra entre ellos y que luchen los hijos de sus hijos!

(Virgilio, *Eneida* IV, 622-629).

Fue en ese preciso instante cuando surgió el odio primordial entre cartagineses y romanos, sería Aníbal el guerrero que cumpliría la profecía de la desdichada Dido. Pero los dioses son sabios y, en aquellos momentos de lucha encarnizada entre romanos y púnicos, supieron dar la victoria a quien bien la merecía para no atentar contra el destino marcado del mundo.

Con firme rumbo surcaron de nuevo los mares hasta llegar a Sicilia, donde un año antes había fallecido Anquises a causa de su ancianidad. Eneas decidió celebrar unos juegos atléticos fúnebres en el aniversario de la muerte de su padre. Se celebraron una regata, una carrera, una lucha de boxeo, un concurso de tiro con arco y todos aquellos rituales que a los antiguos placían para honrar a los muertos. Pero mientras todos ellos celebraban los solemnes ritos, la malvada Juno, en su batalla personal contra Eneas y los futuros romanos, disfrazó su figura y alentó a las mujeres a conspirar —sin que ellas lo supieran— contra sus hombres.

Siete eran los veranos que habían pasado desde que huyeran de las llamas de Troya y desde que Eneas les prometiera una nueva tierra a la que llamar suya. ¿No era ya el momento de establecerse? Sicilia era un lugar acogedor y

allí fructificaría su estirpe. Tales son los augurios de los dioses, los barcos deben ser destruidos para dar por concluido el largo viaje.

Juno animó entonces a las mujeres a tomar las antorchas e incendiar las naves que les habían llevado hasta allí. Así Eneas jamás llegaría a fundar la nueva Troya en la costa italiana del Lacio (Latium, en latín) y su estirpe nunca llegaría a florecer para dominar el orbe. Pero el piadoso héroe se encomendó una vez más a Júpiter, padre de los dioses, pidiendo su salvación o su destrucción completa, a lo que aquel respondió con una fuerte tormenta que extinguió las llamas que devoraban la madera, salvando los barcos de la aniquilación.

Partieron entonces hacia Cumas, donde la Sibila le aguardaba para mostrarle el camino de entrada al inframundo. Allí le esperaba su padre, que debía revelarle los secretos que auguraba el futuro para sus descendientes y la gloria que estos darían a su pueblo. Mas la Sibila advirtió a Eneas: «La puerta del Averno está siempre abierta para quien quiera entrar, pero pocos son los que, una vez allí, consiguen salir».

Juntos llegaron al río Aqueronte, inmunda ciénaga custodiada por el barquero Caronte, de larga barba y capa negra de aspecto mugriento. En sus orillas vagan las almas de aquellos cuyos cuerpos no recibieron sepultura, esperando cien años, como castigo, a que el barquero los recoja. Pasaron después ante el perro Cerbero de tres cabezas al que sortearon con unas tortas de miel con adormideras. Por todos lados vagaban las almas de aquellos que fueron condenados en falso a morir, las de quienes se suicidaron o las de los niños que no llegaron a disfrutar de la plenitud de la vida. Finalmente hallaron una bifurcación: a la izquierda se encontraba el alto muro del Tártaro, en el que sufren innumerables castigos eternos los malvados y, a la derecha, la entrada a los verdes campos del Elísio, morada eterna de las almas inmortales de los justos.

Este último era su destino, donde Eneas encontró a su añorado padre Anquises, que le habló así para fortalecer su espíritu y animarlo a cumplir las difíciles tareas que tenía aún por delante.

*Quin et avo comitem sese Mavortius addet Romulus [...] En, huius, nate, auspiciis illa incluta Roma imperium terris, animos aequabit Olympo, septemque una sibi muro circumdabit arces, felix prole virum [...] Huc geminas nunc flecte acies, hanc aspice gentem Romanosque tuos. Hic Caesar et omnis Iuli progenies magnum caeli ventura*



*sub axem. Hic vir, hic est, tibi quem promitti saepius audis, Augustus Caesar, Divi genus, aurea condet saecula qui rursus Latium regnata per arva Saturno quondam.*

Mira a aquel, Rómulo, hijo de Marte, que se unirá a su abuelo y seguirá a su lado [...] ¡Mira, hijo, con su auspicio aquella Roma extenderá gloriosa su dominio a los lindes de la tierra y su espíritu a la altura del Olimpio! Y cercará de un muro sus siete ciudadelas, gozosa con su prole de héroes. [...] Ahora vuelve hacia aquí tus ojos y contempla a este pueblo, a tus romanos. Este es César, esta es la numerosa descendencia de Julio destinada a subir a la región que cubre el ancho cielo. Este es, este es el hombre del que vienes oyendo tantas veces que te está prometido, Augusto César, hijo del Divino [César], que fundará de nuevo la edad de oro en los campos del Lacio en que Saturno reinó un día.

(Virgilio, *Eneida* VI, 777-794).

Tras la intensa experiencia vivida en el inframundo, que infundió valor y templanza en el pecho de Eneas para cumplir su destino, emprendieron de nuevo el viaje desde la Campania hasta el Lacio y, arribando a la desembocadura del padre Tíber, los nuevos colonos presintieron que su destino prometido estaba cerca. Ya estaban próximas a escucharse las plegarias que anteceden a la fundación de la nueva ciudad.

Desembarcaron los troyanos en los dominios del rey Latino —hijo de Fauno y descendiente del poderoso dios Saturno—, fundador último de la estirpe latina. Eneas hizo entonces que varios emisarios fueran hasta la ciudadela del rey portando ramas de olivo como símbolo de la paz que pedía para los suyos.

Él mismo comenzó a cavar las zanjas del primer campamento amurallado en el que pasar las primeras jornadas, en el mismo lugar que siglos más tarde ocuparía la ciudad de Ostia. Mientras tanto, los emisarios llegaron al palacio de Latino, donde el rey les acogió hospitalario y les animó a explicar qué experiencia les había hecho viajar desde la lejana Troya.

Narrada la historia de Eneas, el rey Latino recordó la profecía que su padre le había hecho sobre su hija, a la que uniría en matrimonio con un extranjero, formando un linaje que alzaría su nombre hasta los cielos. La boda de Lavinia y Eneas ya rondaba la mente del viejo y justo rey mientras celebraba ante los troyanos la nueva alianza de paz y les prometía los dones y la abundancia de la tierra latina.

Pero la poderosa Juno, ardiendo su pecho de odio contra los troyanos, que habían conseguido sus propósitos, urdió un nuevo plan para que la alianza que los hados bendecían se realizara a costa del alto precio de la sangre derramada de los pueblos que estaban a punto de unirse. Por un lado, infundió en la reina de los latinos el fervor en contra de Eneas para que así ella lo extendiera entre las mujeres latinas y, por otro, despertó la sed de hierro en Turno, rey de los rútuos, a quien le había sido prometida la mano de Lavinia.

Una guerra execrable e infausta comenzó entonces, en contra de la voluntad de los dioses, salvo de Juno —malvada instigadora— que, como viera que el rey Latino no estaba dispuesto a caer en su trampa, abrió personalmente las puertas del templo de Jano para dar comienzo a la contienda. Ambos bandos forjaron nuevas armas y los ejércitos engrasaron los metales antes de batirlos en aquella guerra, en la que también tomaron posiciones otros pueblos latinos y los etruscos, con el rey Mezencio a la cabeza, del lado de Turno, y el rey Evandro y los arcadios, del de Eneas.

Numerosos fueron los muertos de ambos bandos en el combate, muchos de la terrible mano de Turno y otros de las nobles armas de Eneas —portadoras de las glorias futuras—, forjadas por el propio dios Vulcano a petición de su esposa Venus. Incluso los mismos dioses tomaron posiciones en el combate; Juno otorgaba fuerza a Turno, mientras Júpiter la reducía y Apolo infundía valor en el joven Julo, que defendía el nombre de su padre. ¡Cuán humanas se mostraron entonces las pasiones de los inmortales dioses!

Finalmente, los dioses decidieron en asamblea mantenerse neutrales, permitiendo que fuera el destino de los hombres el que decidiera el resultado de los combates. ¡Qué afortunado fuiste, Eneas, ante esta decisión, pues los hados que te estaban destinados eran propicios! Frente a la desastrosa situación, ambos bandos decidieron enterrar a sus muertos —entre quienes estaba Palante, hijo de Evandro, rey de los arcadios, a quien Eneas lloró profundamente— y acordaron no derramar más sangre. La guerra se decidiría en singular combate entre los dos caudillos: el piadoso Eneas y el salvaje Turno.

Se realizó el pacto entre latinos y troyanos, jurando Eneas no someter a ningún pueblo, sino vivir en alianza perpetua si resultaba vencedor del duelo. Todo estaba previsto y ya el miedo se apoderaba de los rútuos, que cuchicheaban y en el fondo sabían que su rey no superaba, ni siquiera

igualaba, en fuerza y valor a Eneas. Así, la ninfa Juturna, hermana de Turno, transformada en soldado rútilo, inflamó los corazones de sus compatriotas a retomar la injusta lucha, desoyendo el juramento que se había realizado ya ante los dioses. Causaron numerosas bajas en las filas troyanas; incluso el propio Eneas, mientras se encontraba desarmado, fue herido con una flecha enemiga al tratar de frenar sin éxito el despropósito de un nuevo enfrentamiento.

Cuando todo parecía perdido, Venus acudió en ayuda de su hijo y le entregó un milagroso remedio que hizo sanar la herida de inmediato. El troyano recuperó al instante todo su vigor y, esquivando a sus enemigos sin dignarse siquiera a darles muerte, fue en busca de Turno, el único en quien debía hundirse su espada.

Pero Juturna ocultaba los pasos de su hermano, haciendo que no pudiera encontrarlo el hierro de Eneas. Este decidió entonces cambiar de estrategia: atacar la desprotegida ciudadela para hacer regresar a Turno. El rútilo, viendo peligrar la ciudad y no pudiendo contener más tiempo la vergüenza y el deshonor, decidió finalmente aceptar de nuevo la pugna contra Eneas.

Comenzó por fin el funesto combate. Las armas divinas de Eneas destrozaron al primer golpe la espada de Turno, que salió huyendo y pidiendo a gritos a los suyos que le entregaran su espada. El metal de los hombres no puede compararse con el de los dioses. Una vez más hubo de ser Juturna quien le entregara el arma a Turno y, así armado este de nuevo y Eneas con su lanza, reanudaron la lucha abandonados a su suerte por dioses y hombres.

En estas condiciones, Turno no conseguía encontrar fuerzas para derrotar a su enemigo ni lugar por el que huir y, mientras todo aquello pensaba, la larga lanza de Eneas, que portaba su destino, le atravesó el muslo obligándole a golpear la tierra con sus rodillas. Sabiéndose derrotado, Turno no suplicó por su vida, aunque intentó que Eneas se compadeciera de la triste existencia que le esperaba a su anciano padre sin él.

*Stetit acer in armis Aeneas volvens oculos dextramque repressit; et iam iamque magis cunctantem flectere sermo coeperat, infelix umero cum apparuit alto balteus et notis fulserunt cingula bullis Pallantis pueri, victum quem vulnere Turnus straverat atque umeris inimicum insigne gerebat. Ille, oculis postquam saevi monimenta doloris exuviasque hausit, furiis accensus et ira terribilis: «tunc hinc spoliis indute meorum eripiare mihi? Pallas te hoc vulnere, Pallas immolat et poenam scelerato ex sanguine -*

*sumit». Hoc dicens ferrum adverso sub pectore condit fervidus; ast illi solvuntur frigore membra vitæque cum gemitu fugit indignata sub umbras.*

Eneas mantúvose en pie con ímpetu en sus armas y, volviendo los ojos, refrenó su diestra; y las palabras [de Turno] empezaban a doblegar su ánimo cada vez más vacilante cuando, en lo alto de sus hombros, se le apareció a la vista la desventurada vaina y refulgieron los famosos remaches del cinturón del joven Palante, al cual, vencido por una herida, había postrado Turno y ahora portaba en hombros a su ilustre oponente. Cuando Eneas fue hundiendo la mirada en el trofeo, en aquel memorial de su acerbo dolor, encendido de furia, en arrebató aterrador: «¿Y tú, vistiendo los despojos de los míos, crees que te me vas a escapar? Palante te inmola con este golpe, y Palante se venga en tu sangre de tu crimen». Así diciendo, le hunde furioso en el pecho la espada. El frío de la muerte le relaja los miembros y su vida gimiendo se le escapa, doliente, a las sombras.

(Virgilio, *Eneida* XII, 938-952).

Concluida así la disputa, Eneas se casó con Lavinia y juntos construyeron la nueva ciudad que les había sido prometida: Lavinio, que llevó el nombre de su nueva esposa para honrarla. A los tres años, según cuentan los antiguos, murió Latino en combate contra Mezencio —ascendiendo a los cielos y convirtiéndose en Júpiter Lacial (*Latiaris*, en latín)— y Eneas reinó sobre troyanos y latinos por igual, uniéndose todos ellos en un solo pueblo de divinos orígenes e idénticos derechos.

A pesar de la prosperidad que vivía el nuevo pueblo, quienes les rodeaban no dudaron en presentar batalla contra los latinos que, pese a ser superiores en fuerza y ánimo, hubieron de sufrir la muerte en combate de su rey, Eneas. Allí yace su cuerpo mortal bajo una inscripción que reza: «Al padre y dios de esta tierra, que dirige la corriente del río Numicio» (Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas* I, 64, 5). También se cuenta que Venus lo recibió consigo entre los dioses del Olimpo transformándolo en el dios al que llaman Júpiter Indiges.

Tras la muerte de su padre, Julo, viendo que la ciudad ya era próspera, marchó hacia las montañas con algunos ciudadanos para, siguiendo los pasos de su progenitor, fundar su propia ciudad. Esta recibió el nombre de Alba Longa y en ella continuó la estirpe latina durante generaciones.

Más de cuatro siglos pasaron, en los que se sucedieron en el trono de Alba los hijos de los hijos de Julo: Silvio, Eneas Silvio, Latino Silvio, Alba, Atis, Capis, Cápeto Tiberino —que se ahogó en el río Álbula, que desde entonces

llevó por nombre Tíber en su honor—, Agripa, Rómulo Silvio, Aventino — quien fue fulminado por un rayo y enterrado en el monte al que dio nombre— y Proca, que engendró a Amulio y Númitor, siendo este último su heredero legítimo.

Amulio, desmerecedor del nombre de su estirpe, robó para sí el trono a su hermano por la fuerza y «otorgó el honor» de convertirse en virgen vestal a la hija de este, Rea Silvia, con el secreto convencimiento de que así nunca podría continuar el linaje de su padre. Sin embargo, el dios Marte tenía otros planes para Rea, que concebiría a dos gemelos llamados Rómulo y Remo, destinados a fundar la mítica ciudad de Roma.

## A SU IMAGEN Y SEMEJANZA

Lo que acabamos de leer es un resumen de la *Eneida* junto con algunas tradiciones adicionales que nos transmitieron autores tanto griegos como romanos y que nos permiten completar la historia de Virgilio allí donde este no quiso entrar. Como es lógico, hemos querido destacar ampliamente los mitos que el propio poeta empleó como base para cimentar su historia. Una historia de «buenos y malos», de amplios contrastes y, sobre todo, una historia patriótica que debía servir para glorificar los orígenes de Roma y de Augusto, el nuevo *Princeps* que encargó su composición.

Unos orígenes que demostraban la riqueza cultural del pasado romano, que enorgullecía a sus descendientes y también, por qué no decirlo, ayudaba a legitimar su dominio expansivo sobre el resto de los pueblos del Mediterráneo. Esta unión de culturas comenzó con un grupo de refugiados troyanos que, como sucede también en la actualidad, huían de la destrucción y la guerra de su patria para buscar fortuna en el Mediterráneo occidental.

*Arma virumque cano, Troiae qui primus ab oris Italiam, fato profugus, Laviniaque venit litora, multum ille et terris iactatus et alto vi superum saevae memorem Iunonis ob iram; multa quoque et bello passus, dum conderet urbem, inferretque deos Latio, genus unde Latinum, Albanique patres atque altae moenia Romae.*

Canto a las armas y al hombre que, forzado al destierro por el hado, fue el primero que desde la ribera de Troya llegó a Italia y a las playas lavinias. Sacudido por tierra y por mar arrojó muchos riesgos por obra de los dioses, por la saña rencorosa de la inflexible Juno. Mucho sufrió en la guerra antes de que fundase la ciudad y asentase en el Lacio sus penates, de donde viene el pueblo latino y la nobleza de Alba y los baluartes de la excelsa Roma.

(Virgilio, *Eneida* I, 1-7).

Pero no solo ellos fueron quienes completaron el viaje iniciado en Troya: a lo largo del camino se les unieron mujeres cretenses que se casaron con los

hombres de Eneas cuando atracaron en la isla, epirotas e incluso algunos griegos como Aqueménides, un compañero abandonado por Ulises en la tierra de los cíclopes, al que rescataron los troyanos. A su llegada a Italia, también se incorporaron a la mezcla cultural los arcadios y, especialmente, los indígenas latinos, quienes formaron junto con los troyanos la nueva ciudad de Lavinio de la que surgiría la raza romana.

Esta mezcla de pueblos se vio reflejada no solo en el mito, sino también en la realidad, en la que diferentes conjuntos indígenas comenzaron, entre los siglos VIII y VI a. C., a unirse en grandes comunidades vinculadas por la veneración de divinidades locales compartidas, que Virgilio también integró en su relato. El rey Latino, transformado en Júpiter Lacial, o el propio Eneas como Júpiter Indiges, eran venerados en altares rodeados por bosques sagrados, en los que las diferentes comunidades se unían para homenajearlos. Algunos elementos de estas antiguas tradiciones llegaron incluso a constituir rituales fundamentales de la religión romana como las *feriae latinae*, celebradas cada año en el mes de abril en honor de Júpiter Lacial desde antes incluso de la existencia de la propia Ciudad. Estas festividades, que reunían a todos los pueblos del Lacio, se siguieron celebrando hasta finales del siglo IV.

Todas estas divinidades representaban a los hombres protectores primigenios de la patria, tanto en sentido amplio (la patria latina) como en el más concreto, en el caso de Rómulo —fundador de Roma—, que también fue transformado en un dios tras su muerte. Quirino se convirtió así en una figura crucial para Roma a la que los romanos veneraban y respetaban en su templo de la colina del Quirinal.

Como era de esperar, estos padres de la patria transformados en dioses eran siempre hombres, pues no se consideraba a las mujeres totalmente dignas de conseguir la virtud última de la *pietas*. Sin embargo, existían algunas divinidades femeninas que convivían en el Lacio con las masculinas, como Diana *Nemorensis* —que tenía su santuario a orillas del lago Nemi— o Anna Perenna, a quien se le dedicó un bosque sagrado en el territorio de Laurentum —la ciudad del rey Latino—.

Esta última era la ninfa del río Numicio en el que pereció Eneas. No quedaba ahí la relación de la ninfa con el héroe, pues se cuenta que Anna era la hermana de la reina Dido de Cartago. Según la leyenda, tras el suicidio de Dido por su desamor con Eneas, Anna huyó de su reino, tomado por los nómadas, recalando en las costas de Italia, precisamente en el territorio de los

latinos. Allí se reencontró con Eneas, que la acogió en la ciudad de Lavinio honrando la memoria de su hermana. Sin embargo, ya fuera porque Anna acabara por enamorarse de él, porque notara la ira contenida de Lavinia —su esposa— o porque se le apareciera el fantasma ensangrentado de Dido, Anna huyó de allí. Ovidio cuenta que el río Numicio la arrebató y la ocultó bajo sus aguas convirtiéndola en ninfa. Su fiesta se celebraría siglos después en las *idus* de marzo de cada año.

Las fuentes nos presentan a una joven que actúa guiada por el miedo, un rasgo que a menudo se le atribuye a la mujer en la épica latina. Ella debe quedar en segundo plano y ser mera comparsa de la personalidad dominante del varón. El resto de las mujeres que hemos conocido en la leyenda del origen de la estirpe latina no obtuvieron un trato distinto. Creúsa, Dido, Lavinia, Rea Silvia, o incluso las mujeres troyanas que acompañan a Eneas, son mostradas como débiles y sufridoras por un destino pasivo que les es impuesto y contra el que no pueden luchar.

También se nos muestran como seres fácilmente manipulables. Tal es el caso de Dido, que fantasea sobre su matrimonio con Eneas y cuya única salida, tras ser abandonada por este, es el suicidio; de las mujeres troyanas que se dejan influir fácilmente por las malas artes de Juno para quemar las naves del héroe, truncando su destino, o incluso de las mujeres latinas que terminan por provocar la guerra entre Turno y Eneas al tratar de impedir la alianza de este último con el rey Latino.

Juno, en sí misma, causante de tales desgracias, utiliza a las mujeres del mito como elementos débiles e influenciables y, por tanto, herramientas perfectas para sus planes. Este último tipo de mujer sería la que, teniendo tanto poder, tan solo puede ser malvada, como ocurrirá más adelante con algunas de las figuras femeninas más poderosas del Imperio romano.

En el lado contrario, los hombres, que también deben resignarse a cumplir su destino, lo hacen cargando con la esclavitud del heroísmo, sin comodidades y eligiendo siempre lo mejor para su pueblo, triunfando a la postre en su empeño y ejerciendo una vez más de fieles modelos de rectitud moral. Este es el prototipo del héroe fundador —*heros ktistês*— que se refleja tanto en Eneas como en su hijo Ascanio, en Rómulo e incluso en Augusto como refundador de Roma.

Detengámonos un instante en la figura de Rómulo para comprobar el terrible dolor que tuvo que soportar el fundador de la nueva ciudad y el



enorme sacrificio al que se sometió ejecutando a su propio hermano gemelo por el bien de la patria. Habiéndose burlado Remo del recinto sagrado —*pomerium*— de la futura Roma, Rómulo no tuvo más remedio que castigar la ofensa que se había producido contra los dioses y los hombres.

Comprobamos también este heroísmo prisionero en Eneas y su entrega para lograr la meta que le es prometida una y otra vez por los dioses a pesar de todos los problemas y desventuras que debe sufrir y de las pasiones humanas a las que debe renunciar por el bien de su patria y de sus descendientes. Algunos ejemplos de todo ello se recogen en episodios como la muerte de Creúsa, a quien Eneas vuelve a buscar para hallar tan solo el fantasma de su esposa que le pide que siga adelante; el abandono que el héroe hace del amor de Dido en Cartago para proseguir con su misión o la importancia de portar los penates —los dioses patrios— a la nueva tierra por encima de todo.

El sacrificio, la moral religiosa, el valor patriótico y la entrega de este héroe ejemplifican perfectamente un concepto al que los romanos llamaban *pietas*. Esta *pietas* —el sentido del deber—, descrita por Cicerón como «la que nos exhorta a observar nuestros deberes con respecto a la patria, a los padres y a los parientes de sangre» (*La invención retórica* II, 22, 66), era un aspecto fundamental de la moral de cualquier ciudadano romano. Como tal, suponía una práctica que debía ser respetada y ejercida en la vida cotidiana, y la creación de un modelo ideal que fue un elemento crucial dentro de la conceptualización propagandística de la *Eneida*.

Debemos tener claro que la figura de Eneas y el resto de las que aparecen reflejadas en la obra, no fueron creadas por Virgilio, sino que ya existían en la tradición épica grecolatina. Eneas es mencionado en la *Iliada* como el segundo guerrero troyano más valeroso y aguerrido, tan solo por detrás de Héctor. De hecho, el de guerrero incansable era el único carácter reconocible en Eneas antes de la transformación a la que le sometió Virgilio para convertirlo en una figura consonante con la ideología del nuevo régimen imperial de Augusto. El «nuevo» Eneas, rodeado de un aura mística de religiosidad, no solo serviría como ejemplo para los romanos, sino que también reflejaba estas cualidades en la figura del nuevo emperador, haciendo de él un nuevo modelo de virtud al que seguir.

A pesar de que algunos autores clásicos se negaron a dar valor a estas mismas características de la propaganda virgiliana —principalmente los

autores cristianos posteriores, que trataban de desprestigiar todo lo que tuviera rastros de paganismo—, es evidente que el pueblo romano, en particular durante los siglos I y II, tenía muy asimilado este concepto del Eneas piadoso y fundador primigenio de la estirpe romana. Esto último se puede comprobar a través de las numerosas representaciones artísticas que se realizaron de él, tanto en el ámbito público como en el privado, en forma de pinturas al fresco en las casas —conservadas especialmente en Pompeya, donde son varias las escenas reproducidas— o mediante la representación de la icónica imagen de Eneas con su padre Anquises al hombro y con Julio-Ascanio de su mano, que fue plasmada en monedas, pinturas y grandes grupos estatuarios colocados en lugares públicos.

Dentro del programa iconográfico desarrollado para glorificar el nuevo régimen de Augusto, se colocaron a ambos lados del templo de Marte Vengador —Mars Ultor— en Roma, sendas exedras repletas de estatuas conmemorativas. En un lado, aquellas representaban a los *summi viri* —grandes hombres de la historia de Roma—, entre los que se encontraban Escipión el Africano, Escipión Emiliano, Catón el Censor, Lucio Papirio Cursor, Camilo y los reyes de Roma, con Rómulo, que ocupaba la hornacina central, a la cabeza. En el otro se colocaron las estatuas de los antepasados de la *gens Iulia*, la familia de César y, por adopción, también la de Augusto. Algunas de las estatuas representaban personajes reales de la familia Julia y otros, los que más, eran antepasados míticos de la misma como los reyes de Alba Longa. En el lugar destacado, el punto más visible de la exedra, directamente enfrentada con la estatua de Rómulo, estaba el grupo estatuario de Eneas con Anquises al hombro y el joven Ascanio de la mano, haciendo que la leyenda de la *Eneida* cobrara vida en forma de mármol.

Desgraciadamente, de todas estas estatuas hemos conservado tan solo algunos restos de las inscripciones que portaban las bases sobre las que estaban colocadas y diversos fragmentos de estatuas que, por su estado de conservación, son prácticamente imposibles de identificar. Todo ello puede contemplarse en el Museo de los Foros Imperiales en Roma. A pesar de esto, muchas otras ciudades copiaron el estilo del nuevo modelo decorativo de la capital, reproduciendo, al menos, las estatuas más importantes como la de Rómulo y el grupo de Eneas, en una propagandística demostración de su *pietas* para con los dioses, la patria y el emperador.



Recreación de la exedra de los Julios, en el Foro de Augusto, con el grupo de Eneas en el centro.

Tenemos la suerte de que en la ciudad de Augusta Emerita, la actual Mérida, se han hallado tres grandes fragmentos: el cuerpo completo, aunque sin cabeza ni manos, de Ascanio, el torso de Eneas y la mitad superior del cuerpo de Anquises, haciendo que, en el Museo Nacional de Arte Romano, podamos contemplar una de las copias que se crearon a imagen y semejanza del original del Foro de Augusto.

La representación, como decíamos, fue empleada en pequeñas terracotas, lucernas, pintura —se conserva incluso un ejemplo de fresco mural hallado en Pompeya que muestra a los tres en la famosa pose pero representados como perros—, e incluso monedas para legitimar a la propia familia Julia. César, en el año 47 a. C., mandó acuñar denarios en cuyo anverso se puede ver la efigie de la diosa Venus, la generadora de vida y antepasada divina de la familia. En el reverso se podía ver a Eneas, su hijo, cargando con Anquises y, curiosamente, no con Ascanio de la mano sino sosteniendo un elemento tremendamente significativo para el bienestar de Roma: el Paladio.

Se trataba de una antigua estatuilla que representaba a la diosa Atenea con una lanza que brindaba protección a quien la poseía. La leyenda decía que había caído del cielo en Troya o que Dárdano, fundador de la ciudad, lo había llevado desde Samotracia. Según la tradición romana, Eneas lo portó de Troya a Lavinio para acabar finalmente en Roma, custodiado en el interior del templo de Vesta en el Foro junto con los penates, los dos dioses protectores de la patria.

El Paladioera, además, uno de los llamados *pignora imperii*, objetos sagrados en los que se confiaba la prosperidad del dominio romano. Mientras se mantuvieran en la ciudad, el Imperio de Roma no tendría fin. Sobre cuántos y cuáles eran los otros garantes del Estado no existen suficientes fuentes al respecto, tal vez por el afán de conservar algunos de ellos en la sombra para que ningún enemigo pudiera arrebatarnos.

Tan solo Servio (*Comentario a la Eneida de Virgilio* 7, 188), nos aporta una lista clara. Para este autor del siglo V eran siete los objetos que se custodiaban en Roma llegados en diferentes momentos de su historia arcaica: la roca de Magna Mater, tal vez un meteorito negro que representaba a la diosa Cibeles traído desde Frigia durante la segunda guerra púnica; la cuadriga de terracota traída de Veyes que coronaba el templo de Júpiter Óptimo Máximo Capitolino; las cenizas del héroe griego Orestes; el cetro del rey Príamo, portado por Eneas; el velo de Ilíona, hija del rey Príamo de Troya; el Paladio y los *ancilia* —el escudo sagrado del dios Marte y sus once copias—.

## ESCUDOS, HÉROES Y LEYENDAS

Detengámonos un momento en el último de los *pignora imperii*, los *ancilia*. Según la leyenda, el rey Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, pidió ayuda a los dioses para la protección de Roma. En ese momento, cayó del cielo un escudo que llevaba ligada una promesa del mismísimo Júpiter: el bienestar de la ciudad estaba unido a la protección del llamado *ancile*. Aquel escudo de bronce pertenecía al dios Marte Gradivoy Numa se tomó muy en serio el mandato de los dioses. Así, ordenó a un herrero llamado Mamurio Veturio que realizara once copias idénticas para que nadie, ni siquiera el propio rey, pudiera saber cuál era el original. De ese modo sería más difícil que alguien intentara robarlo, para conjurar la perdición de Roma.

Los doce *ancilia*, que se convirtieron en un nuevo elemento fundamental para el Estado, quedaban guardados todo el año, excepto en ocasiones muy especiales, concretamente en el mes de marzo, dedicado a Marte, cuando el colegio sacerdotal de los salios los procesionaba danzando y bailando con ellos en la mano para honrar al dios de la guerra.

Pero, entonces, ¿qué tienen que ver los *ancilia* con Eneas, los orígenes de Roma y su utilización propagandística por parte de Virgilio y Augusto? Absolutamente todo. En el octavo libro de la *Eneida*, Virgilio muestra cómo Venus le entregó a Eneas desde los cielos sus nuevas armas forjadas por su marido, Vulcano, dios de la fragua y el fuego. De entre todas ellas Eneas, por obra de Virgilio, no se detuvo en la espada, la lanza, el casco o las grebas, sino en el escudo que portaba grabados los hechos futuros que sucederían en Roma.

En él aparecían los reyes de Alba Longa —descendientes de Ascanio—, la loba Luperca amamantando a Rómulo y Remo o los reyes de Roma ante el altar de Júpiter. También estaban grabados los lupercos, los salios e incluso los propios *ancilia* de Numa. Pero el centro del escudo estaba reservado, indiscutiblemente, para Augusto. A un lado, la batalla naval de Actium—2 de

septiembre del año 31 a. C.—, en la que el todavía joven Octaviano consiguió inclinar la balanza de forma decisiva hacia la victoria contra Marco Antonio y Cleopatra, y en el otro, el triple triunfo que celebró a su vuelta a Roma —13, 14 y 15 de agosto del año 29 a. C.—.

Eneas, como nos narra Virgilio, se maravillaba ante tales escenas, desconociendo los sucesos, pero gozando de las figuras y cargando a su espalda la gloria y el destino de sus nietos (Virgilio, *Eneida* VIII, 729-731). He aquí el punto fundamental; Eneas, el héroe piadoso, carga con el peso de toda su estirpe sabiendo que él es el padre que dará lugar a toda una civilización. Tal responsabilidad le hace, una vez más, olvidarse de sí mismo y pensar solo en el bien de sus descendientes.

Del mismo modo, Numa contó con su propio escudo, el *ancile*, del que dependía el destino de Roma. Numa también se vio obligado a cargar con el pesado escudo de la patria y, de nuevo, renovar el voto sagrado de protegerla. Y aquí es donde Virgilio relaciona finalmente ambos conceptos con Augusto. En el año 27 a. C., el Senado, junto con el nuevo título de *Princeps*, le había otorgado el llamado *Clipeus Virtutis*, un escudo de oro que se colocó sobre las puertas de la Curia Julia. Este escudo, que tradicionalmente se concedía a quien salvaba la vida de un ciudadano romano, le fue concedido *ob cives servatos* (‘por la salvación de todos los ciudadanos’), al «restituir» la República en una maniobra de propaganda, medias verdades y reverencias como Roma no había conocido hasta entonces.

A ese crucial momento de la historia le dedicaremos un capítulo más adelante, pero centrémonos por un momento en la inscripción que portaba el escudo. A pesar de que el original de oro no se ha conservado, sí lo ha hecho una copia en mármol —la de la ciudad de Arelate (Arlés, Francia)— de las muchas que, seguramente, se crearon en diversos lugares para conmemorar al emperador.

SENATVS  
POPVLVSQVE ROMANVS  
IMP CAESARI DIVI F AVGVSTO  
COS VIII DEDIT CLVPEVM  
VIRTVTIS CLEMENTIAE  
IVSTITIAE PIETATIS ERGA  
DEOS PATRIAMQVE

El Senado y el pueblo de Roma le dedicó este escudo al emperador César Augusto, hijo del Divino [César] por su valor (*virtus*), clemencia (*clementia*), justicia (*iustitia*) y sentido del deber (*pietas*) para con los dioses y la patria.

He aquí la solución de esta intrincada relación de escudos. Augusto, cuyo nombre fue introducido también en el arcaico *carmen saliare* —el himno que recitaban los salios mientras danzaban con los *ancilia*—, había sido equiparado a dos de los grandes padres de la patria. Por un lado, Eneas y su escudo grabado con las gestas futuras, y por otro, Numa y su *ancile*. Es posible hablar incluso de una reencarnación, aunque no del alma sino de los valores de los grandes reyes del pasado que están vivos en aquel que es su adalid y garante fundamental.

Dentro de una compleja agenda de propaganda política del nuevo régimen, que supera ampliamente por su contenido y calidad a las de nuestros políticos actuales, Virgilio y otros autores afines al emperador, como Ovidio, nos convencen de que Augusto es el nuevo defensor del Estado que carga a su espalda el peso y la responsabilidad de mantener el bienestar de la patria gracias a sus virtudes, especialmente —como no podía ser de otro modo— de su *pietas*, el sentido del deber hacia los romanos y los dioses.

Esta imagen, minuciosamente esculpida a la medida de Augusto, nos habla de un hombre predestinado por los dioses que se aleja de aquel joven debilucho y enfermizo, pero a la vez despiadado y manipulador, que aplastó a sus enemigos a sangre fría, transformándolo en el venerable padre de la patria que se relaciona con los dioses y solo busca la paz para los hombres. No hay que olvidar que el escudo de Eneas fue entregado de manos de Venus y que el *ancile* era el escudo del dios Marte, aportando nuevos lazos al *Princeps* en su relación con los antepasados divinos de los que se enorgullecía la *gens Iulia*.

Esta relación fue, de hecho, un añadido bastante tardío a la familia, puesto que no se tiene constancia documental de ella antes del siglo I a. C. —a pesar de que conocemos antepasados de los Julios hasta el siglo III a. C.—, siendo Julio César quien la favoreció y la popularizó ampliamente a mediados del siglo I a. C. La familia de los Julios, según ganó preeminencia en la sociedad de su tiempo, lo hizo también en su pasado, enraizando sus orígenes con los de Ascanio. Este hijo de Eneas y Creúsa, en la versión de Virgilio, o de

Lavinia, en otras, recibió también el nombre de Julo, del que provendría el de toda la familia.

Así, César le dedicó el templo de su nuevo foro a Venus, abuela de Julo, madre de Eneas y diosa fundadora del pedigrí divino de su estirpe, añadiéndole el epíteto de Genetrix, la generadora de vida. Además, hizo que al templo solo se pudiera acceder a través de unas escaleras laterales, encontrándose en la parte frontal solamente el alto podio sobre el que descansaba la estructura. Esta era una forma más de conseguir respeto y poder para sí mismo y su familia, obligando a que nadie pudiera mirar directamente a la diosa y a su templo al llegar hasta él. En el centro de la plaza, enfrentada al templo, César hizo colocar una estatua ecuestre de sí mismo en bronce dorado, que completaba el programa iconográfico dispuesto en su propia plaza pública, junto al Foro que los romanos habían tenido desde hacía siglos.

Pero la legitimación del poder mediante el uso de los antepasados no acabó ahí. Si César fue un inteligente estratega a la hora de controlar la opinión pública, su heredero —Augusto— acaso lo superó, consiguiendo pasar a la historia como uno de los hombres más poderosos de la Antigüedad gracias a su brillante empleo de la manipulación política, social y religiosa.

Fue él —a quien encontraremos mencionado indistintamente como Octavio, Octaviano o Augusto, dependiendo del momento de su vida que tratemos—, quien supo aprovechar la adopción como heredero por parte de su tío abuelo César para unir su linaje con el de los Julios y sacar el máximo partido al mítico origen divino de estos, entroncados con Venus y Marte, y llegar así a lo más alto del escalafón social. Y todo ello lo hizo utilizando solo su nombre. Octavio, de quien hablaremos en capítulos posteriores, usó la propaganda política y el nombre que le otorgó su padre adoptivo —Cayo Julio César, el mismo que el suyo—, para pasar de ser uno de tantos aristócratas romanos, a ser uno de los hombres más poderosos de Roma cuando no superaba los veinte años de edad.

Pero un nombre no era suficiente para otorgarle el poder absoluto y, aunque consiguió dinero y apoyos para su escalada, su inexperiencia política le hizo cometer errores en momentos en los que un paso en falso podía acabar con su cadáver en el fondo del río Tíber. Poco a poco siguió desarrollando el mito, añadiéndole elementos que le proporcionaban fama y poder. El 19 de agosto del año 43 a. C. consiguió ser nombrado cónsul con tan solo



diecinueve años, algo inaudito hasta entonces, y al año siguiente, añadió un nuevo dios a su árbol genealógico al ser divinizado el propio César, transformado en Divus Iulius, el Divino Julio, lo que le convertía a él en Divi Filius —el hijo del Divino [César]—.

Tras la guerra civil encubierta que le enfrentó a Marco Antonio y Cleopatra, Octaviano —el joven César— escenificó la restauración de la República, a lo que el Senado respondió otorgándole el título de Augustus. A partir de aquel momento, el nuevo *Princeps* —el primer ciudadano entre iguales— se transformó en un hombre venerable y respetado. Aquella situación era la que llevaba años desarrollando; de hecho era mejor de lo que su divino padre o él mismo podrían haber soñado jamás. Atrás quedaban sus años de extorsionador, ejecutor y despiadado revolucionario, y todo gracias a la propaganda, a la desinformación y, como se podría decir en la actualidad, a las *fake news* contra sus enemigos.

Desde entonces, Augusto procuró seguir siempre el mismo camino de éxitos, rodeándose de personas cultas, inteligentes e influyentes que pudieran asesorarle en aquellos campos que él no dominaba. Claros ejemplos son el de Marco Vipsanio Agripa, como su mano derecha en asuntos militares y sin quien jamás habría triunfado en la guerra, o Cayo Cilnio Mecenas, que formó a su alrededor un círculo de poetas y literatos eruditos que colaboraron ampliamente en la creación de los mitos del nuevo poder.

De uno de aquellos venimos hablando ampliamente desde el comienzo y es él quien nos ha llevado hasta los orígenes de la propia Roma: Virgilio. Hacia el año 29 a. C., Augusto animó al poeta a escribir un poema épico que ensalzara los orígenes de la raza romana. Virgilio, por su parte, sabiendo qué agradaría al *Princeps*, supo combinar perfectamente los finos versos de su poema con los elogios al nuevo protector del Estado. Sin embargo, no debemos pensar que aquella obra fue escrita simplemente por obligación y como propaganda; la estrategia del mecenas era mucho más inteligente. La *Eneida* sería una gran obra en sí misma, escrita por un autor de enorme talento que estaría agradecido por el patrocinio de su trabajo y se ocuparía de alabar las bondades del régimen, respetando y ensalzando la genealogía desarrollada por Augusto.

En efecto, Virgilio era un hombre meticuloso y perfeccionista que no dejaba nada al azar. Se decía que no escribía más de dos versos al día para que la calidad fuera suprema. Propertio, un poeta del mismo círculo

intelectual, tuvo la suerte de leer algunos fragmentos de la obra durante su composición y no pudo más que sentenciar que, cuando estuviera acabada, aquella obra superaría, sin duda, a la *Iliada* de Homero. Trabajando de aquella manera, Virgilio se pasó diez años escribiendo hasta terminar los doce libros que componen la obra y, en el año 19 a. C., estando a punto de culminarla, a falta solo de pulir algunos aspectos de la métrica y solventar algunos errores menores, cayó enfermo y murió.

El propio Virgilio, viendo que su muerte se acercaba, intentó desesperadamente que su gran obra fuera destruida para que nadie pudiera leer los pequeños fallos que su perfeccionismo no había pulido lo suficiente. Tanto es así que pidió los rollos originales para quemarlos él mismo. Por suerte para su fama y para la historia, este *best seller* de la época se salvó por intercesión de Augusto; al fin y al cabo, se trataba de la obra cumbre que ensalzaría su gobierno a la altura misma de los dioses y los héroes.

La obra fue rápidamente compilada y perfilada y pronto se convertiría en una de las composiciones maestras de la literatura latina y de las más difundidas del mundo antiguo, siendo incluso empleada por los pedagogos como manual para la enseñanza del latín a los niños. Quintiliano, uno de los mayores maestros de la retórica, siempre recomendaba que los niños aprendieran a leer y escribir con Homero y Virgilio. No es de extrañar que se hayan encontrado numerosos ejemplos de versos de la *Eneida* a lo largo y ancho del Imperio: garabateados en los muros de Pompeya, escritos en el reverso de papiros en Masada o en las tablillas militares del campamento de Vindolanda. Al fin y al cabo, aquel *Arma virumque cano...*, con el que Virgilio comenzó su poema épico, debía de estar grabado a fuego en los recuerdos de muchos romanos desde la niñez. Así, hacia mediados del siglo I, ese verso fue escrito, de forma descuidada y seguramente como simple pasatiempo, sobre un ladrillo antes de cocerlo, por un operario que practicaba su escritura con los versos que mejor conocía. Esta extraordinaria pieza hallada en el siglo XIX en la ciudad de Italica —Santiponce, Sevilla—, puede contemplarse hoy en el Museo Arqueológico Nacional.

En definitiva, fueron la mentira y el engaño, forjados en forma de épicas leyendas, los que fijaron en la memoria colectiva de los romanos el recuerdo de los orígenes más remotos de su propio pasado. El mito patriótico potenciado por Augusto para justificar su propio régimen quedó grabado a fuego en la historia durante los siglos siguientes. Las mentiras revestidas de

brillo y convicción tienen largas piernas tanto en nuestros días como hace dos mil años. Acabamos de conocer una de las tramas políticas mejor desarrolladas de la historia, pero en el mundo romano —miremos donde miremos— podemos encontrar muchas más.

## EL GRAN LEGADO

Los mitos son, por lo general, historias creadas a medida para satisfacer un propósito. En este caso, hemos hablado de los mitos que dieron origen a la estirpe de la que nació Roma, escogidos y moldeados a imagen y semejanza del poder político posterior. Sin embargo, todavía no hemos hablado del mito fundamental de la civilización romana, el de la fundación de la Ciudad.

Se trata de una leyenda que cuenta con todos los ingredientes básicos de una buena novela de acción e intriga. La historia comienza con el nacimiento de dos gemelos —Rómulo y Remo— en el seno de la familia real de Alba Longa, la ciudad fundada por Ascanio varios siglos atrás. Su madre es Rea Silvia, un nombre que ya se nos antoja familiar cuando recordamos los de los míticos reyes de Alba, entre los que el de Silvius se repite en varias ocasiones. Rea es hija de Númitor, legítimo heredero del trono, desterrado por su malvado hermano Amulio, que se hace con el control de la ciudad y, para evitar que sus sobrinos reclamen sus derechos, ordena ejecutarlos.

A Rea, en cambio, le concede el honor de convertirse en una virgen vestal, con la secreta esperanza de que así no traiga al mundo a ningún heredero. Sin embargo, el destino de los hombres está marcado y el dios Marte acaba violando a Silvia mientras dormía, dejándola embarazada de gemelos. Cuando finalmente nacen Rómulo y Remo, el rey se entera y manda que sean lanzados a la corriente del río Tíber. El poderoso Tiberino, consciente de que están en juego los destinos futuros, hace que los niños lleguen a salvo hasta una zona pantanosa a los pies del monte Palatino, donde una loba que acaba de parir a sus lobeznos los recoge y los lleva a su cueva para amamantarlos. Así, contra todo pronóstico, terminan por salvarse los protagonistas de la historia, que deben comenzar su camino en el exilio y aprender de las experiencias de la vida antes de poder regresar a Alba.

Un pastor llamado Fáustulo recoge a los bebés y, junto con su esposa, Aca Larentia, los cría junto a sus propios hijos. En la cima del Palatino, en la que

viven algunos pastores con sus rebaños, crecen los gemelos durante años hasta que, por cuestiones del hado, Remo acaba preso del rey Amulio en una emboscada. Fáustulo decide entonces revelar a Rómulo su regio origen y así este y otros pastores van a rescatar al hermano, dando muerte al rey y restituyendo a su abuelo en el trono. En el nudo del relato hemos visto cómo los héroes han crecido exiliados, ajenos a su destino heroico, que finalmente les es revelado por necesidad, haciendo que se cumpla aquello que les estaba determinado.

Rómulo y Remo deciden entonces fundar su propia ciudad allí donde habían sido criados. Tras observar los augurios, Rómulo acaba siendo elegido por los dioses para conducir el sagrado arado que marque los límites de la nueva ciudad de Roma el 21 de abril del año 753 a. C. Este es el punto del relato en el que el público cree que todo ha terminado bien, que los héroes han conseguido su objetivo y que ha llegado el desenlace. Pero, en un dramático giro, descubrimos que el destino aún guarda el más duro de los retos para el fundador de Roma. Remo, desobedeciendo las leyes de los hombres y de los dioses, que dictan que los muros de una ciudad son sagrados e inviolables, cruza el terraplén temporal que cierra la ciudad, burlándose de su corta altura, que cualquier enemigo podría traspasar. Rómulo se siente, entonces, obligado a tomar la difícil decisión de ejecutarlo para que todos vean que ni siquiera su hermano está por encima de la ley de los dioses. Este es el ejemplo de sacrificio supremo, de sentido del deber, la misma *pietas* que ya demostrara Eneas, por encima de los deseos personales.

Hasta aquí esta historia de intriga, abandono, superación, dolor y prosperidad que dio origen a la ciudad de Roma. Como decíamos antes, la estructura fundamental nos está mostrando el prototipo del héroe que se sobrepone a la adversidad, que lucha y que, a pesar del sufrimiento y la desventura, consigue finalmente triunfar, no en su propio beneficio, sino en el de los demás. Y esto es algo que estaba tan presente en el mundo antiguo como en el actual a través de las influencias que nos llegan de él. No tenemos que mirar muy lejos para vislumbrar esos mismos trazos en conocidísimas historias morales modernas, nuestros propios mitos grabados desde la infancia como la *Eneida* en la de los niños romanos. El mejor ejemplo lo encontramos ni más ni menos que en *El rey León*.

Aunque nos pueda parecer incluso extraño, la historia de Rómulo y Remo y sus fundamentos están presentes en esta famosa película de Disney. Al

igual que Númitor y Amulio, Mufasa y Scar son dos hermanos de la familia real. Mufasa ostenta el poder, pero Scar se lo arrebató, haciéndose con el control de forma ilegítima. Simba, el hijo de Mufasa, se ve obligado a exiliarse, el mismo destino que sufren los gemelos romanos. En ambos casos, para que crezcan y aprendan sobre la vida, son ayudados por Timón y Pumba —Simba— o por Fáustulo y Aca Larentia —Rómulo y Remo— antes de prepararse para volver cada cual a su reino. Finalmente, los héroes regresan y devuelven el orden establecido destruyendo, respectivamente, a Scar y a Amulio del lugar que nunca les perteneció.

Como puede imaginarse, Disney no habría hecho que Simba ejecutara a su hermano para servir a los dioses. Lo interesante es que en algunas versiones del mito romano, Rómulo tampoco lo hizo con Remo. La versión del mito fundacional de Roma que hemos presentado, transmitida por Ovidio, es seguramente la más extendida tanto entre los romanos como en la actualidad, lo que no quiere decir que fuera la única que existió. Los testimonios más antiguos de la leyenda, en sus diferentes versiones, datan del siglo III a. C. y provienen de una tradición que seguramente se fue formando en los últimos años del siglo IV a. C.

El primer autor en componer una historia de Roma desde sus orígenes fue Quinto Fabio Pictor, un senador patricio que escribió en griego las leyendas y los hechos de la Urbe justo después de la gran guerra contra Aníbal. A pesar de que su obra, que seguramente utilizó el esquema de narración de los hechos año a año —*annales*—, no se conserva, otros autores posteriores como Dionisio de Halicarnaso o Plutarco siguieron al pie de la letra su narración de la leyenda de los gemelos.

Estos y otros autores como Tito Livio, contrariamente a la versión de Ovidio que ya hemos descrito —y que se extendió mayoritariamente—, cuentan que, durante el proceso de decisión sobre quién sería el nuevo fundador, se produjo un desacuerdo entre los partidarios de cada hermano. De las palabras pasaron a las manos y la trifulca terminó en una batalla campal, en la que acabó muerto el propio Remo e incluso también Fáustulo que, desesperado por la triste visión de la lucha entre sus dos hijos adoptivos, se lanzó desarmado a la multitud para encontrar la muerte. Otros autores discrepan en si fue el propio Rómulo o un tal Celer, por propia voluntad o por orden del fundador, quien mató a Remo por saltar los muros sagrados, y

algunas tradiciones escritas llegaron a sugerir incluso que Remo no murió, que llegó a vivir más años que su hermano.

Pero las pequeñas variaciones, surgidas por los diversos orígenes de las historias que se transmitían oralmente, van más allá, haciendo que Rómulo y Remo fueran nietos de Eneas o que fuera el héroe troyano quien fundara Roma. Todos estos elementos fueron racionalizados posteriormente para aportar una mayor verosimilitud al mito, haciendo que los romanos creyeran, al menos, que aquel origen era plausible. Así, se intercaló toda la serie de los reyes latinos que rellenaban la laguna de cuatrocientos años entre la fecha de la caída de Troya de Eratóstenes —1184 o 1183 a. C.— y la fundación de Roma —en el 753 a. C., como fijó Varrón, aunque también existían discrepancias—.

La madre de Rómulo y Remo, Ilia, hija de Eneas o Ascanio, pasó a ser Rea Silvia —descendiente lejana de los héroes troyanos a través de los reyes albanos—, y la loba que recogió a los gemelos se entremezcló con la propia Aca Larentia, al asociarla con la imagen de una prostituta —que en Roma eran conocidas como *lupae* o lobas—. Incluso del mismísimo Eneas —antes de que se fijara definitivamente su leyenda—, algunos autores pensaban que jamás había viajado hasta Italia, haciendo imposible que hubiera fundado la estirpe romana.

En concreto, Estrabón —el gran geógrafo griego contemporáneo de Virgilio—, defendía esta postura, basándose en las propias palabras de Homero en la *Iliada*: «pues ya el hijo de Crono odiaba al linaje de Príamo, y ahora gobernará sobre los troyanos el poder de Eneas y los hijos de sus hijos que nazcan en el futuro» (Estrabón, *Geografía* XIII, 53, citando a Homero, *Iliada* XX, 306-308). A pesar de que, seguramente, el sentido de esta frase en la *Iliada* —anterior al surgimiento de cualquier tradición que hiciera a Eneas viajar hasta Italia— es correcto, muchos autores romanos se apresuraron a interpretar que aquel gobierno «sobre los troyanos» se refería a los romanos, descendientes de aquellos que escaparon de la ciudad de Troya. Los mitos, como decíamos al comienzo de este capítulo, fueron creados para satisfacer un propósito y los escritores romanos eran plenamente conscientes de que su misión era la de consolidar y cimentar los orígenes de su propia sociedad. Aquellas leyendas neblinosas y dispersas, creadas a partir de historias variadas de la tradición popular, debían convertirse en dogmas de la conciencia general del pueblo romano. La historia de Rómulo y Remo es un

buen ejemplo de ello; tanto, que los gemelos se mantuvieron en la conciencia de los romanos más allá del final del mundo antiguo. Ya en la Edad Media, cuando Roma comenzó a recuperar parte del poder del que fue despojada en la tardoantigüedad, mantuvo viva la justificación mítica del pasado, aunque ya no lo hiciera sobre la base de Rómulo y Remo sino sobre otra pareja, en esta ocasión formada por san Pedro y san Pablo.



## UN NIDO DE CRIMINALES Y BANDIDOS

Tras la fundación de la Ciudad, Rómulo comenzó la difícil tarea de ampliar su población para que así creciera y prosperara. Poco a poco se habían construido nuevos espacios en previsión de ese futuro aumento demográfico, pero los conflictos y la enfermedad habían hecho mella en la cantidad de ciudadanos existente, por lo que el rey se vio obligado a tomar una difícil decisión. Abrió las puertas de la ciudad a cualquiera que quisiera formar parte de ella, en un desesperado intento por elevar el número de habitantes a toda costa, sin importar su condición o estatus social.

Como era de esperar, tan solo ladrones, fugitivos, esclavos fugados y bandidos, todos ellos expulsados de otras ciudades, respondieron a su llamada —y en gran número—. Llegaron hasta el monte Capitolio, entre cuyas dos cimas Rómulo situó el llamado *asylum*, un lugar sagrado de refugio al que podían acudir los más desamparados —y de donde proviene nuestra palabra «asilo»—. Este monte, antaño conocido como *Tarpeium mons*, habría alojado también cientos de años antes de la fundación de Roma el reino de Saturnia, gobernado por Saturno —una de las divinidades más antiguas de los romanos—, a quien Jano, que tenía sus dominios en el *Ianiculum* —al otro lado del Tíber—, había entregado este territorio.

Pero la ciudad seguía teniendo un grave problema: la mayoría de aquellos que llegaban a Roma eran hombres, valiosos para la guerra, pero incapaces de hacer prosperar una ciudad. Eran pocas las mujeres con las que contaba la primitiva Roma, por lo que Rómulo decidió enviar *legati* ('embajadores') a las ciudades vecinas para solicitar que se forjaran nuevas alianzas entre los diversos pueblos. Escudándose en la grandeza futura que le estaba prometida a su pueblo —pues la leyenda no se opone a estas licencias de conocimientos futuros—, Rómulo pedía a los hombres que no rehusasen mezclar su sangre con la de otros grandes hombres.

Sin embargo, ninguno de los pueblos vecinos atendió las súplicas del rey romano. La grandeza de Roma quedaría condenada a durar una sola generación si no conseguían perpetuar su estirpe. Para que algo así no llegara a suceder, el mítico rey hubo de recurrir al engaño y a la emboscada por el bien de los suyos.

Se cuenta que fue en las fiestas consuales, aquellas dedicadas en agosto a Conso —antiguo dios protector del grano y de su conservación en los silos—, cuando los romanos llevaron a cabo su plan. Según pensaban ellos, Conso, que además era consejero del rey, fue quien le dio a este la idea, por lo que también era considerado el dios de los planes secretos y las decisiones importantes.

A la fiesta se invitó, como era costumbre, a los pueblos vecinos para que fueran a Roma a disfrutar de los espectáculos ecuestres y teatrales que se celebraban. Este añadido a la leyenda se debe a que Conso fue asociado siglos después con el dios griego Poseidón, que ejercía su protección sobre los caballos. Mientras los hombres, mujeres y niños llegados de otras ciudades se divertían, Rómulo hizo una señal a sus hombres y estos, aprovechando que sus vecinos habían bajado la guardia, raptaron a todas las jóvenes vírgenes que pudieron.

Los hombres —en su mayoría sabinos, según el mito— huyeron despavoridos temiendo que la emboscada fuera aún mayor. Al día siguiente, Rómulo habló a las jóvenes, que habían abandonado toda esperanza de conservar su dignidad o incluso su vida. Las seiscientos ochenta y tres mujeres (Dionisio de Halicarnaso recoge el número exacto en *Antigüedades romanas* II, 30, 6) fueron repartidas entre los hombres romanos con la seguridad de que nada malo les ocurriría. Ellas se vieron obligadas a aceptar al marido que la Fortuna les había escogido y a realizar los rituales nupciales en los que se unirían el fuego y el agua.

Es curioso destacar que la tradición romana posterior escenificaba el rapto de la novia antes de la boda en recuerdo del episodio del rapto de las sabinas. Al fin y al cabo, las jóvenes que se casaban en el mundo romano solían tener entre quince y dieciocho años —aunque legalmente podían contraer matrimonio desde los doce— y hasta entonces habían pasado la mayor parte de su tiempo en el ambiente femenino de su hogar. La boda suponía un auténtico rapto, en el que el marido separaba a la mujer de su vida anterior para formar una nueva familia. Debemos destacar que tanto en el caso de las

bodas reales como en la leyenda de las sabinas, la opinión de las mujeres tenía poca o nula importancia para quienes dejaron sus testimonios escritos al respecto. Como ya hemos podido comprobar en el caso de otras mujeres romanas que hemos tenido ocasión de entrever, en esta historia ellas no son más que un instrumento necesario para engendrar nuevos hombres que perpetúen el linaje romano.

Justificaba Rómulo sus actos ante las mujeres achacándolos al orgullo que habían mostrado sus padres al no querer unirse con los romanos. Ellas, por el contrario, iban a servir al Estado, a la familia y a la estirpe romana, por lo que —según el rey— debían estar felices y no sentirse ofendidas.

*Accedebant blanditiae virorum, factum purgantium cupiditate atque amore, quae maxime ad muliebre ingenium efficaces preces sunt.*

A estas palabras se añadían las caricias de sus maridos, que disculpaban el rapto atribuyéndolo al deseo y al amor, excusas estas de la mayor eficacia ante la manera de ser de la mujer.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad* I, 9, 16).

De esta forma trata el mito a las mujeres que, sumisas, cumplen lo que les es *otorgado* de forma generosa por los romanos. Esta historia —dulcificada en la forma en la que nos la presentan varios autores clásicos y utilizada incluso como ejemplo de cortejo amatorio por Ovidio en su obra *El arte de amar*— esconde seguramente la arcaica realidad de los saqueos de pequeñas poblaciones y la violación y el rapto de mujeres. Aun así, creyeran o no los romanos en la veracidad de este mito, para ellos era un exponente de lo que significaba la institución del matrimonio: una conquista violenta y forzada que terminaba transformándose, como ahora veremos, en una relación estable y fructífera.

Los romanos, desde el tratado final con los sabinos, aseguraron a sus mujeres condiciones de vida honorables, dispensándolas de cualquier trabajo servil. Solo se les encomendaba criar a los hijos e hilar la lana. El resto de las cosas las harían las esclavas. Todo ello bajo el contrato del matrimonio. Al fin y al cabo, solo gracias a ellas se podría mantener la ciudad, pues la fuerza y la guerra creaban ciudades y las hacían prosperar, pero el matrimonio era la única herramienta capaz de perpetuarlas eternamente.

Pasado un tiempo y con los ánimos ya aplacados, las mujeres sabinas se habían convertido en las madres de una nueva generación de romanos. Por su parte, los romanos les habían dado unas condiciones de vida honorables. Así se fortalecieron los vínculos del matrimonio y se procuró una convivencia tranquila en la ciudad.

Sin embargo, sus padres sabinos todavía guardaban rencor a los romanos por el rapto de sus hijas y decidieron marchar contra Roma para limpiar su honor, bajo el mando de un caudillo llamado Tito Tacio. Comenzaron los combates sin que ni unos ni otros consiguieran una victoria definitiva sobre el enemigo, causando algunas bajas en escaramuzas y combates y debilitándose ambos pueblos, que no sabían cómo resolver el conflicto. Ante aquel escenario bélico, en la llanura entre el Capitolio y el Palatino, se reunieron las mujeres sabinas con Hersilia —la esposa de Rómulo— a la cabeza y forjaron un tratado de paz y amistad entre ambos pueblos. Primero convencieron a los romanos y después a los sabinos. Al fin y al cabo, ellas eran la causa de la guerra y ellas, interponiéndose entre las armas de padres y maridos, serían quienes pondrían fin a la misma para evitar un resultado que, fuera el que fuere, les traería desgracia. Ante la visión de las jóvenes sabinas, con los cabellos sueltos y las vestiduras rasgadas en señal de súplica, Rómulo y Tito Tacio acordaron firmar los tratados de paz. Ambos fueron nombrados reyes de Roma y, desde aquel momento, quedaron integrados sabinos y romanos bajo la denominación de *quirites*.

Esta vez las mujeres son el centro de la historia, aunque también se les cargue la culpa de ser el motivo por el que sabinos y romanos se ven obligados a entablar combate. En este caso, son ellas, las mujeres sumisas que acaban por aceptar su destino —o como dirían los romanos, las que respetan los valores de la moral y la virtud—, las que tienen protagonismo en la leyenda y sirven de modelo para las mujeres romanas posteriores. Toda una reivindicación y una enseñanza de valores a través del engaño y la propaganda de los mitos perpetuados a través del tiempo. Siglos después, todavía se conmemoraba esta acción en las *matronalia* —la fiesta de las mujeres que se celebraba el primer día de marzo—, en las que los hombres hacían plegarias para favorecer sus matrimonios —*pro conservatione coniugii*—.

Sin embargo, la leyenda no puede sino remarcar que la mujer es débil por naturaleza y que, a pesar de que en ocasiones puede llegar a ser digna de la

moral de los hombres, es fácil que caiga en la tentación. Y, entre las mujeres de esta historia, la tentación lleva escrito el nombre de Tarpeya.

Tarpeya era una joven virgen vestal, hija de Espurio Tarpeyo, comandante de la ciudadela romana. Durante el asedio de los sabinos a Roma, ella se fijó en el apuesto Tito Tacio y, abandonada a su amor y dejándose llevar por su ingenuo instinto, se reunió con él fuera de la ciudad para ofrecerle su colaboración, dispuesta a traicionar a los romanos.

A cambio, ella pidió el amor de Tacio y «aquello que portaba en el brazo izquierdo», refiriéndose a los anillos y brazaletes de oro. El sabino fingió aceptar el trato y, cuando ya estaban subiendo las tropas por la escarpada pendiente del Capitolio, guiados por la traicionera mano de Tarpeya, decidió pagarle lo que le era debido por su deslealtad.

A la orden de Tacio, todos los soldados arrojaron no sus joyas sino sus escudos sobre ella, que murió sepultada precisamente por aquellas cosas que los sabinos portaban en el brazo izquierdo. Así, su maldad y ella misma quedaban ocultas a los ojos de los dioses. Del mismo modo, para tapar y ocultar las más terribles violaciones a la moral y a la virtud, las vestales eran enterradas vivas si se descubría que habían roto sus votos de castidad. Por otra parte, los parricidas eran lanzados a un río o al mar dentro de un saco de cuero junto con una serpiente, un gallo, un mono y un perro, lo que era conocido como *poena cullei* ('pena del saco').

Volviendo a Tarpeya, en definitiva, ni siquiera el enemigo, convertido más tarde en parte de la propia Roma, podía tolerar la traición a la patria. La infausta Tarpeya quedó para siempre como un recuerdo imborrable de la facilidad con que las mujeres se podían desviar del camino marcado por la moral, arrastradas por sus bajas pasiones.

Esta leyenda servía también para marcar el origen de una zona del Capitolio conocida como *Tarpeium saxum* ('roca Tarpeya'). Se trataba de una zona con riscos y un precipicio de más de veinticinco metros de altura desde el que eran arrojados, como condena, aquellos romanos que habían cometido traiciones a la patria.

## LO QUE LOS MITOS ESCONDEN

Ya son varias las leyendas que hemos conocido sobre los inicios de la raza romana y de la ciudad de Roma, diversas las justificaciones gloriosas de la estirpe de Eneas y numerosos los engañosos elementos de la propaganda política de la Roma imperial.

Sin embargo, todavía no sabemos nada de la verdadera Roma, aquella que no encontró quien la reflejara en sus leyendas por falta de gloria o simplemente por el olvido de quienes la formaron generación tras generación, que se ocupaban más de conservar sus vidas que de narrarlas. Al fin y al cabo, esa Roma primigenia era mucho más sencilla y seguramente diferente de lo que los propios romanos podían llegar a conocer.

La zona en la que surgió Roma se encontraba en la orilla este del río Tíber, cerca de su desembocadura en el mar Tirreno, en un emplazamiento de pequeñas colinas y zonas pantanosas e insalubres que se irían desecando y allanando con el paso de los siglos. Las primeras poblaciones se reunieron en pequeñas comunidades en algunas de las colinas como el Palatino o el Capitolio durante la Edad del Bronce. Ya desde el año 1600 a. C. aproximadamente, sabemos que debía de existir una pequeña población en el Capitolio, solo atestiguada por fragmentos de cerámica, aunque es en el siglo XIII a. C., cinco siglos antes de lo que marcaba la leyenda, cuando realmente comenzamos a encontrar algunos restos más, todavía escasos, de diversos asentamientos humanos.

Debemos recordar que todos los hallazgos que se refieren a estos periodos tan arcaicos son tremendamente limitados y parciales, a causa de la complejidad estratigráfica de la ciudad de Roma, habitada sin interrupción durante más de tres mil años y reconstruida sobre sí misma una y otra vez. En algunas ocasiones se destruían las construcciones anteriores, como es el caso de tantos edificios públicos de la Roma imperial, levantados tras haber arrasado las estructuras precedentes. En otras, especialmente durante la Edad

Media y Moderna, se reutilizaron los materiales e incluso se superpusieron los edificios a los restos de la Antigüedad que todavía quedaban en pie. Existen numerosos casos icónicos en la Ciudad Eterna, como el teatro de Marcelo, el templo de Divo Adriano o el de Antonino Pío y Faustina, transformados en residencias o cristianizados como iglesias. Si estos espacios sobrevivieron, fue gracias a su reutilización; lamentablemente lo precedieron de las estructuras de épocas arcaicas, construidas con madera, cañas y adobe, hace que su registro quede reducido a pequeñas píldoras de información dispersas bajo el peso de la Roma posterior.

Aun así, ya desde el siglo IX a. C., es posible distinguir arqueológicamente un importante crecimiento de la población, si lo comparamos con el periodo anterior. Particularmente interesantes son las urnas funerarias de terracota creadas con la forma de las cabañas en las que vivían aquellos primeros pobladores, como símbolo de la vida y el hogar en el más allá. Sin duda, un regalo no intencionado por su parte que ahora aprovechamos para conocer un poco mejor cómo vivían.

Estos espacios funerarios, situados junto al Palatino, fueron trasladados en este mismo siglo —se cree que entorno al año 875 a. C.— al Esquilino, prueba de que la población había aumentado y las gentes de varias colinas comenzaban a juntarse en una sola población. Siglos más tarde, esta primigenia unión todavía se seguiría celebrando cada 11 de diciembre en la forma de una fiesta conocida como *septimontium*. Esta celebración congregaba a las poblaciones de las que, según se creía, eran los siete montes originarios de Roma. Y aunque el mágico número siete —crucial en la superstición romana— se mantuvo intacto durante toda la Antigüedad, cuáles eran esos siete montes era algo sobre lo que incluso los propios romanos debatían. Parece posible que la lista originaria estuviera compuesta por: Palatino, Velia, Cermalto, Opio, Cispio, Fagutal y Celio. Sin embargo, el concepto de los siete montes —popularizado por Varrón— acabó por representar de forma canónica, ya en época imperial, estos siete: Palatino, Capitolio, Quirinal, Viminal, Esquilino, Celio y Aventino.

A esta época pertenece también un muro de tierra, madera y piedra que parece rodear el Palatino, haciendo que podamos intuir una primitiva fortificación inicial del monte. Precisamente, esta estructura parece datarse en el segundo cuarto del siglo VIII a. C., lo cual no deja de ser interesante, puesto que coincide con la fecha mítica de la fundación de la ciudad en el año 753 a.

C., según la leyenda de Rómulo. Los romanos posteriores también conservaban lo que creían que eran restos de este mismo periodo en la forma de una cabaña hecha de paja y madera. Esta choza, conocida como *casa Romuli* ('casa de Rómulo') se conservó durante toda la Antigüedad en la creencia de que aquel había sido el hogar del fundador de Roma. Cuando la estructura original quedaba dañada por las condiciones climáticas, se reconstruía siguiendo las mismas técnicas arcaicas que habría tenido la cabaña original, clavando postes de madera en el suelo para cimentar la estructura y cubriendo los muros y el tejado con adobe y paja.





Urna cineraria del siglo X a. C. hallada en Campofattore. Reproduce, como hogar para los muertos, la forma de una cabaña propia del Lacio y Etruria entre finales de la Edad del Bronce y comienzos de la del Hierro (Museo Preistórico Etnografico L. Pigorini, Roma).

Sabemos que ya en el siglo VII a. C. la zona debía de ser frecuentada por comerciantes y artesanos en un punto en el que, seguramente, coincidían

latinos, sabinos y etruscos, lo que produciría la diversidad cultural que se nos muestra en las leyendas con diferentes explicaciones y orígenes. A comienzos de ese siglo ya había culminado el proceso de relleno del valle entre el Capitolio y el Palatino —que se había iniciado en el siglo anterior— alzando el nivel más de un metro para evitar la insalubridad de la zona y haciendo que las inundaciones por las crecidas del Tíber fueran menos frecuentes.

Este hito, que culminó con la creación del espacio del Foro romano —que ya contaba con un pavimento empedrado hacia el año 675 a. C.—, debió de suponer una importante labor colaborativa de toda una comunidad. Con este esfuerzo global, que dio lugar al que sería el ombligo social y político del mundo romano, podemos sentir que estas pequeñas comunidades de población dispersa, por fin, forman una sola unidad: había nacido Roma.

A pesar de todo, es imposible determinar cuándo tomó verdaderamente la ciudad su nombre, pero sí podemos ver que las primeras señas de identidad que definirían posteriormente a los romanos ya habían sido construidas. Entre ellas se encontraba el primigenio templo de Vesta —cuyos primeros restos parecen datar incluso del siglo VIII a. C.—, en el que se guardaría el fuego eterno que protegía y salvaguardaba el bienestar de Roma, el Foro con su Comitium —el lugar en el que se realizaban las asambleas políticas desde mediados del siglo VII a. C.— o, ya durante el VI a. C., el imponente templo de Júpiter Óptimo Máximo sobre la cima del Capitolio.

En estrecha relación con la leyenda, en la zona oriental del Foro fue construida sobre el terreno natural la Domus Regia (‘la casa del rey’). Esta estructura, que sería remodelada en diversas épocas de la historia romana, contaba en sus primeros momentos con un pórtico de entrada y una sala central dedicada al culto al dios Marte, en la que debían encontrarse, según el mito, su lanza y los *ancilia* entregados a Numa. Entre las estancias adyacentes, se hallaba también aquella que ejercía como *sacrarium* (‘lugar de culto’) de la diosa Ops Consivia, relacionada con la tierra y la fertilidad de los campos.

En cuanto a forma de gobierno, parece lógico pensar que esta comunidad estaba probablemente regida por un rey, al menos así parece confirmarlo un fragmento de un vaso cerámico del tercer cuarto del siglo VI a. C. que porta la palabra «Rex». Este fragmento fue hallado en una zona especialmente importante del Foro, conocida como el área del *lapis niger* (‘la piedra negra’).

Se trata de un espacio muy interesante, puesto que se mantuvo como un

monumento a los tiempos más arcaicos de Roma incluso durante la época imperial. Junto a este pequeño santuario —*sacellum*—, que estaría custodiado por dos figuras en forma de león, se halló un cipo de piedra inscrito en sus cuatro caras. La inscripción está escrita en un latín muy arcaico, datable en el siglo VI a. C., y es de muy difícil interpretación. Tan solo es posible traducir algunas palabras concretas como *sakros* (en latín clásico *sacer*, ‘sagrado’ o ‘inviolable’) o *recei (regi)* —una declinación de la palabra *rex*—. Parece, por tanto, que esta inscripción, una de las más antiguas escritas en latín, hace referencia a la monarquía.

El cipo debió de permanecer como un monumento hasta el siglo I a. C., cuando fue enterrado de forma ritual en esta zona y todo el conjunto se cubrió con un pavimento de losas negras. Hasta ese momento muchos romanos se acercaron con veneración y curiosidad a aquella piedra inscrita sin terminar de comprender lo que allí decía aunque, igual que nosotros, reconocían algunas palabras que dieron lugar a diferentes versiones de lo que aquel monumento representaba. Todas ellas tenían algo en común: se trataba de un *locus funestus*, un hito que —suponían ellos— recordaba el sitio de la muerte de algún personaje importante. Unos pensaban que podía tratarse de la tumba de Fáustulo —muerto durante las reyertas entre Rómulo y Remo— o de Hosto Hostilio —abuelo del rey Tulo Hostilio, sucesor de Numa y Rómulo— o, incluso, del sepulcro de este último, algo que otras leyendas anteriores parecen desmentir.

## EL REY HA MUERTO, LARGA VIDA AL REY

En torno a la muerte de Rómulo existen diversas narraciones que nos hablan de engaño y secretismo y entremezclan la traición con la gloria en la figura del rey. Según la leyenda, aquel día Rómulo se encontraba arengando a las tropas romanas en el Campo de Marte junto a un lugar conocido como la charca de la cabra —*palus caprae*—, una pequeña zona pantanosa con una especial significación, gracias a esta historia, sobre la que siglos más tarde se construiría allí el llamado Pantheon de Agripa. De pronto se desató una terrible tempestad que oscureció el cielo e hizo que cundieran el desasosiego y el desconcierto entre los romanos, que casi no podían verse unos a otros. Cuando finalmente la lluvia y el viento amainaron, todos pudieron comprobar que el rey había desaparecido. Algunos senadores que estaban a su lado aseguraban que había sido arrebatado hacia los cielos por su padre, el dios Marte, por haber cumplido ya con su labor en el mundo terrenal.

En cambio, había muchos otros que pensaban que, en realidad, había sido víctima de un complot contra su vida por parte de los nuevos ciudadanos, a quienes el rey trataba con gran desprecio. La versión más racionalista del mito también cuenta que Rómulo, al haberse convertido en un tirano, fue asesinado y descuartizado por los patricios de la ciudad. Así, reunidos todos y tras cometer el regicidio, cada uno habría escondido bajo sus ropajes un trozo del cuerpo y lo habrían enterrado por separado, para que nunca se pudiera encontrar.

El pueblo estaba afligido con la desaparición del rey y desasosegado por no saber qué había podido ocurrir en realidad. Finalmente, un campesino de Alba Longa, de nombre Julio Próculo, dijo haber visto a Rómulo descender de los cielos para hablarle seguidamente de este modo:

*Abi, nuntia Romanis, caelestes ita velle ut mea Roma caput orbis terrarum sit; proinde rem militarem colant sciantque et ita posteris tradant nullas opes humanas armis Romanis resistere posse.*

Ve y anuncia a los romanos que es voluntad de los dioses que mi Roma sea la capital del orbe; que practique por consiguiente el arte militar; que sepan, y así lo transmitan a sus descendientes, que ningún poder humano puede resistir a las armas romanas.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad* I, 16, 7).

Así se confirmaba la transformación divina de Rómulo en Quirino, una divinidad protectora de los romanos cuyo templo se encontraba en la colina que llevaba su nombre —*collis Quirinalis*— y que fue aquella en la que se cuenta que se instalaron los sabinos cuando entraron a formar parte de Roma. Una vez más, encontramos al fundador de la ciudad, transformado en una divinidad protectora tras su muerte, del mismo modo que Latino y Eneas se habían convertido en Júpiter Laciare Indiges respectivamente.

Es lógico —en palabras del propio Tito Livio— observar el crédito tan rápido y contundente que se dio al testimonio de aquel hombre que calmó al pueblo y al ejército, que comenzaban a mostrar sentimientos de disconformidad con respecto a los senadores. La confirmación, que nos quiere parecer engañosa, de la ascensión de Rómulo al reino de los dioses inmortales fue suficiente para mantener el orden establecido.

Al reinado de Rómulo siguió un año de interregno en el que diez magistrados ostentaron el poder en turnos de cinco días, ejerciendo de «interreges». Esta anacrónica figura insertada en la época de la monarquía más arcaica —que fue totalmente reconstruida desde la óptica romana posterior— fue empleada durante la República para los casos en los que los dos cónsules murieran o desaparecieran, siendo el *interrex* quien debía convocar nuevamente los comicios para la elección de magistrados.

Del mismo modo que otorgaron a Rómulo la fundación de la ciudad y le dieron un carácter guerrero, directo y combativo, los romanos generaron la biografía de sus sucesores de forma paulatina, basando quizá los nombres —aunque solo eso— en personajes reales del pasado, pero moldeando a placer sus personalidades —especialmente las de los tres siguientes a Rómulo— para que encajaran en los conceptos del relato más propicio para el honor de Roma.

*Nosco crinis incanaque menta regis Romani primam qui legibus urbem fundabit,  
Curibus parvis et paupere terra missus in imperium magnum. Cui deinde subibit otia  
qui rumpet patriae residesque movebit Tullus in arma viros et iam desueta triumphis*

*agmina. Quem iuxta sequitur iactantior Ancus nunc quoque iam nimium gaudens popularibus auris.*

Reconozco los cabellos y la blanca barba del rey romano que cimentará por primera vez la ciudad con leyes y que, desde su humilde Cures y su pobre tierra, será enviado a regir un gran Imperio. El que le seguirá vendrá a turbar los días de sosiego de su patria, Tulo, que alzaré en armas a su pueblo inactivo, perdida la costumbre de marchar en formación guerrera a la victoria. Anco viene tras él un tanto orgulloso, ufano en demasía por el favor popular del que goza.

(Virgilio, *Eneida* VI, 809-816).

Según la tradición, Numa Pompilio fue un sabio rey de origen sabino procedente de la ciudad de Cures sobre el que se centraron todos aquellos elementos que tenían relación con las bases legales, sociales y religiosas de Roma. En contraposición a Rómulo —a quien sucedió en el año 715 a. C.—, Numa ejerció el poder real en total paz y armonía. Bajo su mandato se crearon todas las instituciones religiosas del mundo romano, incluyendo el calendario que lo regiría hasta el año 46 a. C., cuando Julio César terminó por sustituirlo. Él añadió los meses de enero y febrero, que seguramente fueron colocados al inicio y al final del año respectivamente, e instituyó los *collegia* de los pontífices, las vestales, los salios y los *flamines*, todos ellos importantes instituciones sacerdotales del Estado.

Ya hemos hablado de las vestales, sacerdotisas protectoras del fuego eterno de Roma, el Paladios los penates. También conocemos a los salios, los sacerdotes que realizaban el *tripudium*, la danza ritual basada en dar tres fuertes pisotones al suelo, portando los escudos de Marte. Los pontífices, por su parte, formaban una de las congregaciones sacerdotales más importantes del mundo romano. Aunque en el momento de su creación debían de ser cinco o, tal vez, seis miembros, su número fue aumentando con el paso de los siglos hasta llegar a dieciséis en tiempos de Julio César. En su origen se encargan de observar el cumplimiento de la ley, de los ritos religiosos, de la asignación de las festividades del mes y del correcto funcionamiento del calendario, con el paso del tiempo fueron perdiendo su enorme poder y quedaron como cargos rituales de la religión romana. Los pontífices, cuyo cargo era vitalicio, estaban supeditados al poder del sumo pontífice, un nombre que se asimilaría en la religión cristiana posterior al papa, y también

se encontraban por debajo de los tres *flamines maiores* en el escalafón del poder religioso.

Estos últimos eran los grandes sacerdotes de culto de las divinidades principales del mundo romano: Júpiter —Flamen Dialis—, Marte —Flamen Martialis— y Quirino —Flamen Quirinalis—. También existían doce *flamines menores*, sumando un total de quince sacerdotes, cifra que no aumentó hasta la llegada del Imperio, cuando Augusto instituyó un nuevo puesto para dirigir el culto a César divinizado —Flamen Iuliaris—. De entre todos ellos, el Flamen Dialis era, seguramente, quien soportaba un mayor peso en su cargo, al tener que respetar una larga lista de restricciones, condicionantes, conductas apropiadas o prohibidas que debían ser cumplidas de forma estricta.

No tenía permitido montar a caballo o ver al ejército en formación; en público debía llevar siempre el *apex* —una especie de casquete de cuero terminado en una punta sobre la coronilla—, tampoco debía realizar trabajos mundanos, comer ciertos alimentos como la carne de cabra o las habas, las cuales ni siquiera podía ver o nombrar por su relación con los muertos durante la festividad de las *lemuria*. Tampoco podía tocar un cadáver ni harina fermentada, puesto que la fermentación se consideraba un modo de putrefacción y, por ello, se la relacionaba con la muerte. Su cama debía tener las patas impregnadas de barro y no podía pasar más de tres noches fuera de ella; así se aseguraba que Júpiter y su representante supremo en la tierra se mantenían en Roma. No podía llevar nudos en su vestimenta ni en sus zapatos y, para evitar también ataduras que ligaran su poder, tenía prohibido llevar anillos, a no ser que su circunferencia estuviera abierta en alguna parte. No se le podía cortar el pelo ni las uñas con utensilios de hierro, tenía que hacerse con otros de bronce, y de ello debía encargarse un hombre libre. Los restos de pelo y uñas tenían que ser llevados en secreto, para que nadie pudiera conjurarlos, hasta un árbol *felix* —que produce fruto y, por tanto, es de buen agüero— y enterrarlos entre sus raíces. Su matrimonio era vitalicio y si su esposa —la Flaminica— moría, él perdía su cargo. En definitiva, el Flamen Dialis debía alejarse de cualquier cosa impura, perniciosa o relacionada con la muerte, teniendo especial cuidado de seguir estos y muchos otros rituales y normas para que su cargo no se viera comprometido o mancillado.

De Numa se decía que había mantenido cerradas durante su reinado las

puertas del templo de Jano, situado en el Foro, junto a la Curia y al Argiletum —la calle que conectaba la plaza con el barrio de la Suburay bajo la cual discurría el trazado de la Cloaca Maxima—. Esto era el mejor indicador de que con él había reinado la paz, pues cuando las puertas del templo se abrían, significaba que Roma estaba en guerra. Tras su reinado las puertas se mantuvieron abiertas hasta el año 235 a. C., en el que, una vez que hubo finalizada la primera guerra púnica, se cerraron durante ocho años. A partir de entonces, Jano tuvo que esperar hasta la llegada del principado de Augusto para ver sus puertas cerradas y no una, sino tres veces durante su mandato. Es evidente el uso propagandístico que Augusto le dio a este hito, imitando a Numa —considerado el mayor defensor de la paz en Roma— para justificar su propia *Pax Augusta* y la llegada de la edad de oro, que tendremos ocasión de desmontar pieza a pieza más adelante.

A la muerte de Numa, Roma volvió a recuperar su espíritu guerrero, prácticamente olvidado durante los cuarenta y tres años de su reinado. Fue Tulo Hostilio —cuyo nombre y etimología ya denotan una tendencia a la hostilidad— quien se encargó de ejercer de contrapunto de Numa en el mito de la monarquía romana con su actitud poco observante de los ritos religiosos y de los dioses y, sobre todo, en su afán por provocar guerras contra las ciudades vecinas. Durante su mandato destacó especialmente la conquista y posterior destrucción de la ciudad de Alba Longa, aquella que había fundado Ascanio casi medio siglo antes y en la que nacieron Rómulo y Remo tan solo dos generaciones atrás.

Cuando el ejército albano y el romano estaban a punto de enfrentarse, se acordó por un tratado entre ambos pueblos que el resultado de la contienda se decidiría en singular combate entre dos grupos de trillizos de Roma —los Horacios— y tres de Alba —los Curiacios—. Esta famosa pelea fue inmortalizada por varios autores clásicos y más recientemente por el pintor francés Jacques-Louis David en 1784 en su obra *El Juramento de los Horacios*.

Si bien dos de los hermanos Curiacios comenzaron el combate matando cada uno a un Horacio, ambos acabaron heridos, por lo que el tercer Horacio, a pesar de que sus conciudadanos lloraban y gritaban por su aciago destino, no se dejó llevar por el miedo e ideó un plan. Juntos los tres hermanos albenses le vencerían, pero de uno en uno podría con ellos. Así, corrió para



encontrarse con cada uno de los Curiacios por separado para vencerlos en astuta estratagema.

*Romanus exsultans «Duos» inquit, «fratrum manibus dedi, tertium causae belli huiusce, ut Romanus Albano imperet, dabo». Male sustinenti arma gladium superne iugulo defigit, iacentem spoliat. Romani ovantes ac gratulantes Horatium accipiunt, eo maiore cum gaudio, quo prope metum res fuerat.*

El romano exultante grita: «He ofrecido dos víctimas a los manes de mis hermanos; la tercera la voy a ofrecer a la causa de esta guerra, para que el pueblo romano domine sobre el albano». Hunde su espada en vertical en el cuello del Curiacio que a duras penas sostenía las armas y, una vez abatido, lo despoja. Los romanos acogen al Horacio con ovaciones y enhorabuenas. Su alegría era tanto más intensa cuanto desesperada había sido la situación.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad I*, 25, 12-13).

Pero el destino tenía preparado un final traicionero para aquella historia. A su vuelta a Roma, el Horacio encontró a su hermana llorando desconsolada con los cabellos enmarañados, pues uno de los Curiacios había sido su prometido. La furia al ver que su hermana lloraba la pérdida del enemigo y no su victoria, hizo que el Horacio la matara también a ella. Así, el héroe se convirtió en villano para su pueblo, por lo que fue juzgado. El padre de los Horacios, viendo que iba a perder al último de sus hijos en aquel aciago día, suplicó que se le perdonara.

La asamblea acabó apiadándose de él, conmutando la pena por un sacrificio expiatorio a los dioses. Se hizo colocar un tronco bajo el que tenía que pasar el asesino para conseguir el perdón divino. Los descendientes de aquella familia conservaron durante siglos en el centro de Roma el dintel de madera conocido como el *tigillum sororium* ('el tronco de la hermana'), bajo el que hacían sacrificios expiatorios.

A pesar de todo, la ciudad de Alba pronto se volvió a revelar contra Roma, por lo que Tulo Hostilio acabó por destruirla, integrando a todos sus habitantes en la propia Roma, concretamente en la zona del monte Celio. Es interesante ver que las acciones de Hostilio se asemejan en su fondo a las del igualmente beligerante Rómulo, que también había hecho crecer la población de la ciudad para aumentar su grandeza y poder.

También durante su reinado se construyó la llamada Curia Hostilia, el edificio donde los *patres conscripti* ('los senadores') se reunían para gobernar la ciudad junto con el rey. Arqueológicamente sabemos que esta estructura fue construida a finales del siglo VII a. C., por lo que se correspondería con un periodo algo posterior, pero debemos tener en cuenta que el periodo regio de la ciudad podría haber comenzado con su desarrollo urbanístico, precisamente a principios de ese mismo siglo. Hasta comienzos del siglo I a. C., la estructura original de la Curia Hostilia se mantuvo intacta. Fue en aquel momento cuando el general Lucio Cornelio Sila echó a tierra la estructura para construir una mucho más grande que enterró también parte del Comitium originario.

A mediados del siglo I a. C., Roma estaba sumida en una lucha de bandas entre los populares —liderados por Publio Clodio Pulcro, que apoyaba a Julio César— y los optimates —encabezados por Tito Anio Milón, seguidor de Pompeyo el Grande—. El 18 de enero del año 52 a. C. tuvo lugar un enfrentamiento en la Vía Apia que acabó con la muerte de Clodio. Sus seguidores, enfurecidos, formaron un gran tumulto que llegó hasta el Foro. Irrumpieron en la Curia Hostilia —que a pesar de haber sido reconstruida y ampliada por Sila mantuvo su denominación original— e hicieron una gran pira con los bancos de madera de los senadores. Dispusieron el cuerpo de Clodio allí mismo, incinerándolo con todos los honores junto con el propio edificio, que terminó por derrumbarse. Tras aquel suceso, el edificio del Senado fue reconstruido una vez más en ese mismo año por Fausto Cornelio Sila, hijo del general Sila, que le otorgó el nombre de Curia Cornelia. Sin embargo, esta nueva Curia fue abandonada en favor del proyecto edilicio de Julio César, que incluía un foro nuevo cuya puerta monumental era la nueva Curia Julia, en un acto de propaganda arquitectónica sin precedentes.

Desafortunadamente para él, la construcción se inició en el año 44 a. C., poco antes de que fuera asesinado en las *idus* de marzo de ese mismo año. Octaviano culminó el proyecto en honor del Divino Julio, inaugurando la nueva estructura el 28 de agosto del año 29 a. C. Aquella nueva sede se mantuvo en pie hasta que —tal vez en el gran incendio del año 64, bajo el reinado de Nerón, o en el 69, durante la guerra civil— acabó muy dañada y fue restaurada por el emperador Domiciano. Solo una reconstrucción más sufriría el edificio, la que fue necesaria tras el incendio que devastó la ciudad en el año 283, que la destruyó por completo. De esta última versión de la

Curia Julia —virtualmente idéntica a la planificada por César—, se encargó Diocleciano. Más allá del mundo romano, la estructura ha llegado hasta nosotros de forma prácticamente íntegra gracias a que en el año 630 fue transformada en la iglesia de San Adriano por orden del papa Honorio I. Los restos medievales y modernos fueron, a su vez destruidos, aunque no por un incendio, sino por orden del dictador fascista Benito Mussolini, que deseaba a toda costa «recuperar el esplendor de Roma». Esta última actuación sobre la Curia, aunque arqueológica y científicamente muy poco ortodoxa, nos permite ver la estructura completa del edificio tal y como se podría contemplar en la Antigüedad, aunque sin el recubrimiento de lastras de mármol que le otorgaba una mayor majestuosidad.

Según se cuenta, Tulo Hostilio y toda su familia murieron en el incendio de su residencia, provocado por un rayo de Júpiter, que no podía soportar por más tiempo un periodo tan largo de guerras continuas forzadas por el rey ni su falta de decoro religioso para con los dioses. Sin embargo, como hemos comprobado ya en otros casos, las historias divinas suelen esconder engaños de destinos más prosaicos. En este caso, parece que el futuro rey Anco Marcio junto con sus secuaces habrían asesinado a Tulo Hostilio y a su familia, prendiendo fuego a su casa para después achacar el regicidio a la furia de Júpiter. Es difícil determinar si alguna de las dos versiones tiene visos de realidad, aunque, curiosamente, algunos autores como Dionisio de Halicarnaso niegan que la segunda fuera real, a pesar de haberla integrado en su relato.

Sea como fuere, así comenzó el reinado de Anco Marcio, un rey con un *praenomen* sabino y un *nomen* latino y plebeyo, que nos habla de la integración de pueblos que había en Roma en aquel momento; tal vez incluso sea este un nombre inventado específicamente por la tradición romana como forma de potenciar el sentimiento integrador.

Marcio era nieto del rey Numa y la tradición le asignó un papel conciliador y un espíritu moderado que consiguió aunar elementos de todos los reyes precedentes. Debido a que su antecesor había descuidado las prácticas religiosas —tanto su realización como el seguimiento escrupuloso de los rituales correctos— decidió que se centraría en mejorar el estado religioso en el que se encontraba Roma en aquellos momentos. Y si su abuelo Numa había fijado las prácticas religiosas en la paz, él las fijaría en la guerra.

Para los romanos, la guerra tenía un fuerte componente religioso, pues solo

estaba permitida a ojos de los dioses si realmente existía una causa que la justificara de forma apropiada. Aunque se atribuía a Numa la institución del colegio sacerdotal de los *fetiales* —encargados de realizar los rituales previos al inicio de una guerra—, se decía que fue Anco Marcio quien recuperó el ritual completo tal y como se realizó durante el resto de la historia de Roma.

La agrupación de los *fetiales* estaba formada por veinte sacerdotes con cargo vitalicio dirigidos por el *Pater Patratus*, a los que se consultaba antes de realizar cualquier tratado, alianza o guerra. Sobre ellos recaía la responsabilidad de cerciorarse de que Roma no iniciaba ninguna guerra de forma injusta, algo que podía despertar la ira de los dioses. Su cometido era asegurarse de que se intentaran solucionar los conflictos mediante la palabra, para impedir la lucha hasta que se agotara toda esperanza de alcanzar justicia y reparación sin necesidad de enfrentamiento alguno.

Lógicamente, se trataba de una maniobra interesada que hacía más fácil justificar cualquier conflicto bélico, puesto que lo natural era que el enemigo, si estaba preparado militarmente, no se sintiera inclinado a aceptar las condiciones que Roma pedía para evitar la contienda. Aun así, el ritual de declaración de guerra debía realizarse de forma escrupulosamente detallada de la siguiente manera.

Primero, se designaba a un *fetialis* para que viajara hasta el territorio enemigo. En la frontera, debía cubrirse la cabeza con un *filum* —un velo de lana, un material que se consideraba sagrado y mágico por pertenecer a las víctimas de los sacrificios— e invocar a Júpiter con las siguientes palabras:

*Audi, Iuppiter; audite, fines —cuiuscumque gentis sunt, nominat—; audiat fas. Ego sum publicus nuntius populi Romani; iuste pieque legatus venio, verbisque meis fides sit. [...] Si ego iniuste impieque illos homines illasque res dedier mihi exposco, tum patriae compotem me nunquam siris esse.*

Escucha, Júpiter; escuchad, fronteras de —nombra el pueblo que corresponda—; que escuche el derecho sagrado. Yo soy el representante oficial del pueblo romano; traigo una misión ajustada al derecho humano y sagrado, que se dé fe a mis palabras. [...] Si yo reclamo, en contra del derecho humano y sagrado, que esos hombres y esas cosas se me entreguen como propiedad del pueblo romano, no permitas [Júpiter] que jamás vuelva yo a mi patria.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad I*, 32, 6-7).

Entonces y solo entonces, habiendo advertido de su entrada y solicitado a Júpiter que cayera sobre él la desgracia si su afrenta no estaba justificada, el *fetialis* podía cruzar la frontera enemiga. Después repetía este juramento al primer hombre que se encontrara en el campo, a quienes guardaran la puerta de la ciudad y, en el foro, ante los magistrados del lugar.

Si se entregaba lo que los romanos opinaran que era justo para restablecer el orden, la guerra había acabado antes siquiera de empezar. Si no, daba a los magistrados tres plazos de diez días cada uno para reflexionar. Si finalmente se negaban, recitaba la siguiente fórmula sagrada, invocando a todos los dioses:

*Audi, Iuppiter, et tu, Iane Quirine, dique omnes caelestes, vosque terrestres vosque inferni, audite; ego vos testor populum illum —quicumque est, nominat— iniustum esse neque ius persolvere; sed de istis rebus in patria maiores natu consulemus, quo pacto ius nostrum adipiscamur.*

Escucha Júpiter, y tú, Jano Quirino, y todos los dioses del cielo, y vosotros, dioses de la tierra, y vosotros, dioses de los infiernos, escuchad; yo os pongo por testigos de que tal pueblo —nombra al que sea— es injusto y no satisface lo que es de derecho. Pero sobre esto consultaremos a los ancianos en mi patria, para ver de qué modo vamos a hacer valer nuestro derecho.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad* I, 32, 9-10).

Con estas solemnes palabras, que guardaban la apariencia de la mayor rigurosidad, volvía el sacerdote a Roma. Allí se reunía el rey con el Senado y preguntaba a cada uno de los senadores qué debía hacerse en cada caso. La respuesta, que solía ser unánime, se articulaba también con una solemne fórmula preestablecida:

*Puro pioque duello quaerendas censeo, itaque consentio consciscoque.*

Mi parecer es que hay que ir por ello con una guerra justa y pura; tal es mi decisión y mi propuesta.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad* I, 32, 12).

Una vez tomada la decisión, esta era irrevocable y legal, no solo ante las leyes humanas, sino también ante las divinas. El *fetialis* viajaba de nuevo hasta el territorio enemigo, acompañado de otro sacerdote fecial conocido

como *verbenarius*, que portaba hierba y tierra sagrada arrancada de la ciudadela romana para que la tierra de la patria los protegiera. Así, frente a no menos de tres hombres que ejercían de testigos, se arrojaba una lanza al territorio enemigo para declarar la guerra justo después de recitar la siguiente fórmula:

*Quod populi Priscorum Latinorum hominesque Prisci Latini adversus populum Romanum Quiritium fecerunt deliquerunt, quod populus Romanus Quiritium bellum cum Priscis Latinis iussit esse senatusque populi Romani Quiritium censuit consensit conscivit ut bellum cum Priscis Latinis fieret, ob eam rem ego populusque Romanus populis Priscorum Latinorum hominibusque Priscis Latinis bellum indico facioque.*

Puesto que los pueblos de los antiguos latinos y los ciudadanos antiguos latinos [o los que fueran] hicieron o cometieron delito contra el pueblo romano de los quirites; dado que el pueblo romano de los quirites decidió que hubiera guerra con los antiguos latinos [o quien correspondiera], o que el Senado del pueblo romano de los quirites deliberó, acordó y decidió que se hiciese la guerra a los antiguos latinos, por ese motivo yo, al igual que el pueblo romano, declaro y hago la guerra a los pueblos de los antiguos latinos y a los ciudadanos antiguos latinos [o el pueblo enemigo que correspondiera].

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad* I, 32, 13).

Con el paso de los siglos, y como quiera que los enemigos de los romanos estuvieran cada vez más alejados gracias a la expansión del territorio de Roma, acabó por hacerse inviable la declaración tradicional de guerra. Por ello se decidió crear un pequeño espacio frente al templo de la diosa Bellona, situado en el Campo de Marte, que se consideraría, a todos los efectos, territorio enemigo. Se colocó un pequeño pilar —*columna bellica*— que hacía las veces de frontera, en la que el *Pater Patratus* arrojaba la lanza sagrada. El nuevo rito fue realizado por primera vez, según atestiguan las fuentes, en el año 280 a. C. para declarar la guerra a Pirro de Épiro. A pesar de la importancia del ritual, con el paso del tiempo cayó en desuso y no fue hasta el año 32 a. C. cuando se volvió a emplear. En esta ocasión, fue Octaviano —al que ya conocemos como astuto propagandista y observador de las tradiciones religiosas más conservadoras— quien recuperó este ritual solemne para declararle la guerra a la reina Cleopatra. Desde aquel momento, las instituciones romanas mantuvieron vivo el rito como parte de su veneración a las costumbres restablecidas por Augusto. Sabemos que los *fetiales* mantuvieron su cometido al menos hasta finales del siglo II, contando

con ejemplos destacados como el del emperador Marco Aurelio, quien arrojó personalmente la lanza guerrera antes de emprender la marcha para combatir en la frontera norte del Imperio.

## UN CALLEJÓN SIN SALIDA

Tan solo tres reyes más conocería Roma antes de repudiar su monarquía. De los siete que la tradición había ensalzado, fueron Tarquinio Prisco y Tarquinio el Soberbio —quinto y séptimo rey, respectivamente— quienes guardaron una relación más directa como padre e hijo. A pesar de que el reinado de cuarenta y cuatro años de Servio Tulio, que aconteció entre los de ambos Tarquinius, hace dudar de un parentesco tan cercano, es posible que, si de alguno de los reyes conocemos historias verídicas, sea de ellos y no de quienes les precedieron en el trono.

En todo caso, es interesante echar la vista atrás por un momento y observar las duraciones de los reinados de cada uno de ellos para darnos cuenta de que se trata de una creación que responde a parámetros numerológicos, a los que los romanos eran muy aficionados. Además, si tomamos en consideración que la esperanza de vida media de la época estaba entre los treinta y, como mucho, los cincuenta años, parece poco probable que todos ellos, excepto Anco Marcio y Tarquinio el Soberbio —cuyo reinado terminó prematuramente al abolir el pueblo romano la monarquía— llegaran a reinar más de treinta e incluso cuarenta años.



<b>CRONOLOGÍA</b>	<b>MONARCA</b>	<b>DURACIÓN</b>
753-716 a. C.	Rómulo	37 años
716-715 a. C.	<i>Interregnum</i>	1 año
715-672 a. C.	Numa Pompilio	43 años
672-640 a. C.	Tulo Hostilio	32 años
640-616 a. C.	Anco Marcio	24 años
616-578 a. C.	Tarquinio Prisco	38 años
578-534 a. C.	Servio Tulio	44 años
534-509 a. C.	Tarquinio el Soberbio	25 años

Como decíamos, la numerología está seguramente detrás de la duración de los reinados de todos los reyes. En la superstición romana, se repetían profusamente el número siete y el tres, como números mágicos de especial poder para atraer la buena fortuna. También los números impares tenían un peculiar poder para ellos e incluso las combinaciones, sumas y restas ocultas poseían un valor al que no se podían resistir. Así, encontramos que los reinados de Rómulo y Numa no son más que  $40 - 3$  (37 años de reinado para el primero) y  $40 + 3$  (43 años para el segundo). El mágico número tres es el que ha generado los años de reinado de los dos primeros reyes, restándoselos a Rómulo por su carácter bélico y, razonablemente, sumándoselos a Numa por ser el suyo pacífico y sosegado.

Por su parte, los reinados de Tulo Hostilio y Anco Marcio son simplemente múltiplos consecutivos de 8: 32 ( $8 \times 4$ ) en el caso de Hostilio y 24 ( $8 \times 3$ ) en el de Marcio. Más sencilla aún se presenta la explicación del primero de los Tarquinius (38) y de Servio Tulio (44), pues solo hay que sumar un año a los reinados de Rómulo (37) y Numa (43), respectivamente, para conseguir los suyos. Finalmente, Tarquinio el Soberbio gobernó exactamente 25 años, uno

de los números comúnmente asociados con la duración de una generación en la Antigüedad.

Toda esta explicación, lógicamente hipotética, es la que debió de crearse a comienzos del periodo republicano, puede que incluso en el siglo V a. C., cuando la tradición de la monarquía todavía estaba fresca en el recuerdo de los romanos. Tal vez conozcamos solo los nombres de siete de los diversos reyes y caudillos con los que contó Roma desde su urbanización en el siglo VII a. C., quizá solo a aquellos que supieron fijar con acciones destacadas sus nombres en la historia. De cualquier modo, parece posible pensar que, según nos acercamos a la fecha de la instauración de la República, algunos datos — más allá de sus nombres— se correspondan con hechos reales que llevaron a cabo los monarcas.

Esto hace que podamos dividir el periodo arcaico de la ciudad en dos mitades. La primera de ellas, de Rómulo a Anco Marcio, sería en su práctica totalidad un gran mito creado para justificar el origen de las instituciones políticas, bélicas y religiosas de Roma, una enorme bola de autopropaganda y ensalzamiento de los valores romanos que sirviera como base y ejemplo para la sociedad. La segunda —algo más real al encontrarse más cercana en el tiempo a quienes primero dejaron su propia historia por escrito— nos habla de la gran influencia etrusca que llegó a Roma a lo largo del siglo VI a. C. Esta influencia estaría representada por los dos reyes tarquinios, Prisco y el Soberbio, junto con el reinado intermedio de Servio Tulio, yerno del primero. De ellos tres se pensaba que habían sido quienes mayores esfuerzos aportaron al desarrollo urbanístico de la ciudad. Tarquinio Prisco habría construido el Circo Máximo en el valle situado entre el Palatino y el Aventino. Servio Tulio rodeó Roma con una gran muralla que no fue sustituida por una de mayores dimensiones hasta el siglo III. De la llamada muralla serviana todavía se conservan algunos tramos y, aunque la mayor parte fue reconstruida a comienzos del siglo IV a. C., se mantienen algunas evidencias de un trazado más antiguo —realizado en la segunda mitad del siglo VI a. C.—, que se correspondería con el atribuido a este rey.

Finalmente, Tarquinio el Soberbio completó la gigantesca obra que ya proyectara su antepasado en el monte Capitolio: el templo de Júpiter Óptimo Máximo. Donde Tarquinio Prisco había allanado el terreno, aquel cimentó con gran profundidad el que sería el templo más grande e imponente de Roma. En su interior, tres capillas —*cellae*— servían de morada para la

tríada principal de los dioses romanos: a la derecha, Minerva; a la izquierda, Juno, y en el centro, Júpiter Óptimo Máximo Capitolino presidiendo el templo. También había espacio para el templete de Terminus, una divinidad antiquísima cuyo culto habría sido instituido por Numa y que, a diferencia del resto de las capillas sagradas, no habría sido posible retirar por no contar con los augurios apropiados. Esto fue tomado como un símbolo de la estabilidad de Roma, puesto que ese dios protegía los límites y las fronteras. Por ello, fue necesario integrarlo dentro de la estructura e incluso abrir una claraboya en el tejado para que el dios pudiera mantenerse a cielo abierto como marcaba la tradición.

El templo de Júpiter Capitolino sufrió diversos incendios que obligaron a reconstruir su estructura en numerosas ocasiones. Primero de madera, toba y terracota, después de travertino y, finalmente, durante el reinado del piadoso emperador Domiciano, de mármol pentélico para las columnas y oro para recubrir las puertas y el tejado, a mayor gloria de los dioses. Así se mantuvo hasta finales del siglo IV cuando el general Estilicón, ya en una Roma cristianizada, ordenó arrancar el oro de las puertas para fundirlo e inyectar algo de liquidez en las maltrechas arcas del Estado romano. Genserico y sus vándalos se ocuparon en el año 455 de expoliar todo el oro que quedaba en el tejado sin que nadie lo impidiera por estar ya completamente abandonado. Es interesante destacar que en el siglo VI, a pesar de su mal estado, todavía se contaba entre las maravillas realizadas por el ingenio humano. Sus restos permanecieron en pie hasta el siglo XVI, cuando la familia Caffarelli derribó la mayor parte de las estructuras, reaprovechando los materiales para construir sobre los propios cimientos del templo su palacio. En la actualidad, únicamente los espectaculares muros de cimentación se pueden observar en el interior de los Museos Capitolinos.

Volvamos a la época de los reyes, en la que aquel templo todavía no era más que un proyecto de grandeza soñado por Tarquinio Prisco. A este le sucedió Servio Tulio, quien merece una especial mención por lo increíble de la historia de su ascenso al trono. Se decía que era hijo de una esclava del palacio y que una noche, mientras dormía, su cabeza se envolvió en llamas que no se consumían ni le dañaban, signo inequívoco de que el niño estaba destinado a un gran futuro. Cuando la criatura despertó, las llamas se desvanecieron con el sueño y a partir de aquel día fue criado como parte de la

familia real. Tarquinio Prisco incluso hizo que se casara con su hija Tarquinia.

Los hijos del antiguo rey Anco Marcio —todavía resentidos porque Tarquinio los hubiera alejado de Roma con intrigas para hacerse con el trono que, por herencia, les pertenecería— decidieron asesinar al rey. Lo hicieron a través de un engaño en el que dos pastores compinchados se pusieron a discutir con grandes gritos frente a la casa del rey en la Via Nova que conducía al Foro. El rey en persona decidió poner calma y separar a aquellos hombres. Mientras hablaba con uno, el otro aprovechó para asestar al rey un golpe mortal por la espalda. Los asesinos huyeron, aunque más tarde fueron capturados. Mientras, Tánaquil, esposa de Tarquinio, retiró al moribundo monarca del vestíbulo para intentar salvar su vida.

No había mucho que se pudiera hacer, Tarquinio murió desangrado prácticamente en el acto. Sin embargo, su esposa urdió un engaño junto con Servio Tulio, a quien tenía en buena estima. Este se presentó entonces como regente mientras el rey, supuestamente, se recuperaba del atentado que había sufrido. Así, poco a poco, el pueblo de Roma se acostumbró al nuevo rey sin apenas darse cuenta. Cuando pasó un tiempo prudencial, se anunció la muerte de Tarquinio y acabó por nombrarse rey a aquel que ya lo era *de facto*.

Servio Tulio, gracias a sus humildes orígenes, pronto se ganó la simpatía y el respeto del pueblo, que lo alababa por su bondad, moderación, justicia y amistad con los más pobres. Sin embargo, un nuevo descendiente de la familia de los Tarquinios, ansiando recuperar el trono que ya había portado su nombre, comenzó a sembrar dudas y desinformación sobre el rey, diciendo que había llegado al trono de forma ilegal. Este, para acallar los rumores, llegó incluso a someter a una consulta popular la continuidad de su mandato como rey, siendo respaldado ampliamente por el pueblo.

Lucio Tarquinio, antes de ser denominado el Soberbio —aunque ya mereciendo ese título—, no podía permitir que continuara aquel reinado, que para él era totalmente desleal en forma y efecto. Las fuentes nos cuentan que detrás de su venganza estaba Tulia —hija menor del rey Servio Tulio— con quien se había casado en segundas nupcias. Ella estaba casada con Arrunte, hermano de Lucio, y este con la hermana de Tulia. Pero, la maldad les hizo unirse y, tras asesinar a sus respectivos esposos y hermanos, se casaron y planearon su escalada al trono.

Tarquinio comenzó a hablar mal del rey en ciertos círculos sociales y

políticos de la alta sociedad, acusándolo de preocuparse más por los de origen humilde que por ellos; al fin y al cabo, él mismo compartía aquel indigno origen. También —a estas alturas no debe sorprendernos— decía que el trono se lo había regalado una mujer, Tánaquil, y que una mujer controlara los designios de Roma no podía permitirse. Paradójicamente, su propia historia nos es presentada del mismo modo, puesto que era Tulia, la hija del rey, quien había inflamado en Tarquinio las ansias de poder y venganza.

Finalmente, cuando hubo convencido a muchos, entró en la Curia, se sentó en el trono real e hizo llamar a los senadores. Todos llegaron con rapidez, unos porque ya estaban enterados de la conjura y otros por miedo a las consecuencias, pensando, engañados, que Servio Tulio ya había sido asesinado. Estando todos reunidos comenzó a injurarlo hablando de su bajo origen, de sus reparticiones a los más pobres, de la redistribución de las cargas del Estado para que los más ricos soportaran mayor peso que los más humildes, de cómo había igualado en derechos civiles a los libertos — esclavos liberados por sus amos—, etc. Hay que reconocer que los escritores romanos se esforzaron mucho en hacer ver que el reinado de Servio sería el último de la monarquía legítima —e incluso buena para Roma— y que con Tarquinio llegaría a su fin por su perfidia y su falta de virtud.

En aquella situación entró Servio Tulio, todavía rey, airado y dando grandes voces e increpando al impostor a quien él mismo había llamado hijo al unirlo a su propia familia mediante el matrimonio con su hija. Tarquinio se limitó a recalcar que aquel era el trono legítimo de Tarquinio Prisco, del que Servio se había burlado. Diciendo esto se levantó, y agarrando a Servio, lo lanzó por los aires fuera de la Curia, quedando el viejo rey malherido en el suelo. Desangrándose, intentó escapar hacia su casa en el Esquilino, pero, cuando subía por el Clivus Urbis, lo alcanzaron los partidarios de Tarquinio, quienes le dieron muerte para consumar la traición.

Tarquinio el Soberbio fue coronado rey tras cuarenta y cuatro años de reinado de Servio Tulio. Fue Tulia la primera en saludarlo como nuevo rey antes de volver a su casa en carro, asegurándose de atropellar el cadáver de su padre, que yacía tirado en la calle. Aquella imagen debía de estar grabada en la mente de todos los romanos que leían y descubrían su propia historia —o la que ellos creían que lo era— despertando un sentimiento de odio hacia aquel monarca y su estirpe, cuya deshonra ante los dioses y los hombres no quedaría sin castigo. Tanto fue así que un tramo de la calle recibió desde

entonces el nombre de *vicus Sceleratus* ('calle criminal' o 'impía') por el ultraje que allí se había producido.

## POR OBRA Y GRACIA DEL BUEN AGÜERO

El reinado de Tarquinio, a quien todo el mundo apodaba en voz baja el Soberbio, comenzó de la misma forma que había terminado el de su predecesor, entre el miedo y la violencia que imponía un monarca que no hacía muchos esfuerzos por ocultar su estilo tiránico. Gobernaba y legislaba sin consultar al pueblo ni al Senado siquiera, derogaba las leyes de sus antecesores y se deshacía sin miramientos de cuantos adversarios políticos pudieran surgir. Todo ello denotaba el tremendo miedo que sentía a que alguien pudiera arrebatarse su trono. Tanto era así que se rodeó permanentemente de una guardia de muchos hombres que custodiaban el palacio día y noche y que acompañaban al rey en las escasas ocasiones en que salía de allí para atender las reclamaciones que él considerara que podían serle de provecho en algún sentido.

Tarquinio siempre fue un hombre receloso y desconfiado que tan solo actuaba si los dioses aprobaban todas sus acciones mediante los auspicios. Pero este no era un rasgo exclusivo del rey. En general, los romanos sentían una imperiosa necesidad de contar con la aprobación divina en sus vidas cotidianas, por lo que los sacerdotes augures eran indispensables para interpretar los signos, ya fueran beneficiosos o perniciosos para el Estado. En la religión romana existían diversos tipos de augurios, presagios y signos, fueran estos artificiales, basados en el conocimiento y la interpretación de los símbolos o naturales, inspirados directamente por la divinidad.

Los augures —cuyo número fue creciendo a lo largo de la República hasta ser más de quince ya en época de Julio César— cumplían la importante labor de observar y explicar los *auguria* y los *auspicia*. En ambos casos no se trataba de hacer predicciones del futuro, sino de saber si un acto determinado contaba o no con el favor de los dioses. Aunque el terreno de la religión era variable y no siempre podemos llegar a comprender con precisión el significado último de los términos, ya que podían usarse de forma

intercambiable; podemos decir que los augurios eran aplicables a largos periodos de tiempo, que podían ser de un año si se referían a un magistrado—ese era el periodo de permanencia en su cargo—, extenderse a todo un reinado si se trataba de un emperador, o incluso podían aplicarse sobre espacios o edificios, como los templos durante su consagración. Por otra parte, los auspicios también se interpretaban como respuestas rápidas ante una acción concreta y su poder tenía efecto durante el día en que se consultaban, lo que normalmente se hacía al amanecer. A pesar de que lo más frecuente era solicitar estos signos —*auspicia impetrativa*—, se podían presentar de forma espontánea como una manifestación de la voluntad divina —*auspicia oblativa*—, en ocasiones relacionada con desgracias y sucesos fatales en el futuro cercano.

En cualquier caso, estas respuestas divinas eran solicitadas diariamente antes de tomar una decisión importante, realizar una reunión o asamblea o iniciar una guerra. El sacerdocio augural era un cargo vitalicio elegido normalmente entre los senadores y otros hombres destacados de Roma, por lo que los más poderosos controlaban la voluntad de los dioses. Así podían ordenar que una asamblea que les fuera desfavorable se pospusiera, expulsar a un hombre de una magistratura, declarar nula una votación o fomentar el interés hacia una guerra que les fuera provechosa; al fin y al cabo, todo ello estaba «amparado» por los dioses.

La adivinación era una práctica institucional muy arraigada en Roma y raramente era criticada o analizada de forma racional cuando se llevaba a cabo desde los poderes oficiales del Estado. De hecho, cuando un augurio o auspicio fallaba, se achacaba a lo que se conocía como *vitium*, un defecto de forma en el ritual. El augur debía de haber errado en algo al realizar el proceso, por lo que se analizaba qué podía haber ocurrido y se le ponía remedio. En ningún momento llegaba a ponerse en duda la efectividad del ritual en sí o la práctica de la toma de auspicios. En cambio, todo lo referente a la adivinación privada, especialmente la que se basaba en la astrología, estaba peor considerado. En varias ocasiones, los astrólogos fueron expulsados de Roma y, a comienzos del Imperio, se promulgaron decretos que penalizaban severamente las artes de adivinación «engañosas» que no fueran aquellas sobre las que la religión estatal ofrecía su garantía. De este modo se evitaba la proliferación de adivinos y charlatanes profesionales que



manipularan la voluntad del pueblo —algo de lo que solo podía encargarse el propio Estado romano—.

La lectura de los auspicios se solía realizar al amanecer, desde el *auguraculum* —un espacio sagrado a cielo abierto con el que debían contar todas las ciudades—. En Roma se localizan tres espacios diferentes que se empleaban en estas prácticas. El primero de ellos se encontraba en la zona del Arx, una de las cimas del monte Capitolio; el segundo se hallaba en el Palatino, junto al templo de Cibeles, y el último tenía su sede en el Quirinal. Desde allí, el sacerdote se colocaba mirando al sur, dejando el este —normalmente el lado de los buenos augurios— a su izquierda, el oeste a su derecha y el norte detrás. El espacio del cielo que abarcaba con la vista era conocido como *templum* y, con una pequeña varita curvada que terminaba en forma de gancho o espiral —conocida como *lituus*—, delimitaba el espacio trazando dos líneas imaginarias de norte a sur y de este a oeste.

Haciendo súplicas a los dioses y preguntándoles sobre su postura en el tema concreto que estuviera en cuestión, el augur observaba el cielo esperando ver pájaros que con su vuelo respondieran a sus preguntas. Si los pájaros aparecían por el cuadrante de su izquierda, el auspicio era positivo y finalizaba el ritual. Pero si los pájaros no llegaban en largo rato, volaban en la zona derecha —con ciertas excepciones como la de los cuervos, que debían aparecer precisamente desde ese lado— o realizando movimientos extraños, significaba que los dioses no estaban conformes.

Si los auspicios se habían consultado para un tema concreto, era posible preguntar una vez más al día siguiente, intentando favorecer con ofrendas una respuesta positiva, pero en el caso de que el augurio estuviera destinado a bendecir o condenar un hecho importante, la respuesta debía ser acatada de forma definitiva e invariable. Según la tradición fueron los augurios quienes bendijeron el reinado de Numa, como narra Tito Livio:

*Inde ab augure, [...] deductus in arcem, in lapide ad meridiem versus consedit. Augur ad laevam eius capite velato sedem cepit, dextra manu baculum sine nodo aduncum tenens quem lituum appellarunt. Inde ubi prospectu in urbem agrumque capto deos precatus regiones ab oriente ad occasum determinavit, dextras ad meridiem partes, laevas ad septentrionem esse dixit; signum contra quo longissime conspectum oculi ferebant animo finivit; tum lituo in laevam manum translato, dextra in caput Numae imposita, ita precatus est: «Iuppiter pater, si est fas hunc Numam Pompilium cuius ego caput teneo regem Romae esse, uti tu signa nobis certa adclarassis inter eos fines quod*

*feci». Tum peregit verbis auspicia quae mitti vellet. Quibus missis declaratus rex Numa de templo descendit.*

Conducido a la ciudadela [la cima del Arx] por un augur, [...] se sentó en una piedra de cara al sur. Tomó asiento a su izquierda el augur con la cabeza cubierta, sosteniendo con la mano derecha un bastón curvo sin nudos al que llamaron *lituus*. Acto seguido, después de abarcar con la mirada la ciudad y el campo y de invocar a los dioses, trazó mentalmente una línea que separaba el espacio de Oriente a Occidente y declaró que la parte de la derecha correspondía al Sur y la parte de la izquierda al Norte; enfrente, todo lo lejos que podía alcanzar la vista, fijó mentalmente un punto de referencia. Entonces, cambiando el *lituus* a la mano izquierda e imponiendo la derecha sobre la cabeza de Numa, hizo esta súplica: «Padre Júpiter, si las leyes divinas permiten que Numa Pompilio, aquí presente, cuya cabeza yo estoy tocando, sea rey de Roma, danos claramente señales precisas dentro de los límites que he trazado». Seguidamente enumeró los auspicios que quería obtener. Conseguidos estos, Numa fue declarado rey y descendió del recinto augural.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad I*, 18, 6-10).

A pesar de que la palabra *auspicium* proviene de *avis* (‘pájaro’) y *spicio* (‘observar’) y este tipo de auspicios —*ex avibus*— eran los más comunes, existían otras formas de consulta que los augures empleaban con asiduidad. Entre ellas se encontraba también el canto y no solo el vuelo de las aves, los truenos y los rayos enviados por Júpiter como respuesta —*ex caelo*— o mediante la observación de unas gallinas —*ex tripudiis*—. Esta última forma de auspicio se basaba en el comportamiento de las gallinas cuando se las liberaba de una jaula ante un montón de comida. Si los animales salían volando o rechazaban la comida era un mal signo, pero si comían copiosamente, el auspicio era positivo.

Lógicamente, conseguir unos buenos resultados con este método, empleado especialmente antes de comenzar una campaña militar, dependía ampliamente de mantener a los pobres animales en unas condiciones de total inanición durante un tiempo antes de llevar a cabo el ritual. Así se conseguía que se lanzaran a la comida con ansia, haciendo que parte del alimento se les cayera del pico, lo cual era un símbolo especialmente buscado. Sin embargo, no en todas las ocasiones el resultado era el que se podría esperar. Un caso especialmente interesante tuvo lugar en el año 249 a. C. cuando el cónsul Publio Claudio Pulcro, que deseaba atacar con la flota romana a los cartagineses en Drépano, al consultar los auspicios recibió un mal augurio,

dado que las gallinas se negaron a comer. Desoyendo las recomendaciones negativas de los augures, el cónsul, enfurecido, ordenó lanzar a las gallinas al mar, alegando que ya que no querían comer, tal vez prefirieran beber. Para su desgracia, más le hubiera valido escuchar a los dioses, pues aquel enfrentamiento supuso la peor derrota naval que sufrió Roma durante la primera guerra púnica.

A pesar de que, ante estos y otros ejemplos aleccionantes, la mayoría de los romanos no tenía motivos para dudar de la veracidad de la disciplina augural —o para aventurarse a criticarla, por miedo a las represalias—, existían voces que se resistían a dejarse influenciar por este tipo de creencias. El propio Cicerón redactó una obra llamada *Sobre la adivinación*, en la que rebatía uno a uno todos los elementos adivinatorios y místicos de forma racional, con la salvedad —en cierta medida— de los propios auspicios, pues no hay que olvidar que él mismo formaba parte del colegio de los augures del Estado.

Fuera de aquellos que eran solicitados por los augures, existían otros auspicios que tenían más que ver con lo privado o con lo causal. Se cuenta que durante las excavaciones para la construcción de los cimientos del templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio, apareció de repente una cabeza humana de la que todavía brotaba sangre caliente como si la acabaran de cortar. En aquella ocasión se consideró como un buen augurio, que hablaba de que Roma sería la cabeza del mundo —*caput mundi*—, de donde se dice que tomó su nombre el Capitolio. También sobre los soldados existían augurios en los que aparecían pequeñas llamaradas en las puntas de las lanzas y otras armas de menor tamaño. En otros casos se podía considerar un augurio cruzarse con un animal que atravesaba corriendo el camino. La sensibilidad romana ante los augurios podía llegar a límites insospechados, considerando como tal incluso el que alguien estornudara en ciertos momentos concretos.

Todas estas tradiciones que se fueron incorporando a la cultura romana con el paso de los siglos provenían de otras anteriores que convivieron con ella, como la etrusca. De los etruscos, precisamente, se adoptó el último tipo destacado de auspicio, realizado por los *haruspices*, una figura paralela a los augures romanos. Su trabajo consistía en analizar las vísceras de los animales sacrificados en las ceremonias religiosas, en particular el hígado, que se

dividía en secciones del mismo modo que en los auspicios *ex avibus* se hacía con el cielo.

Pero cuando el peligro acechaba, o la desgracia se cernía sobre Roma, los auspicios no eran suficiente respuesta a las plegarias romanas y era necesario pedir consejo a los dioses a través de una forma de profecía oracular instituida durante el reinado de Tarquinio el Soberbio. En aquel tiempo llegó a Roma una mujer extranjera que presentó al rey nueve libros que contenían los valiosos oráculos de la Sibila de Cumas, escritos en versos hexámetros griegos. Como el precio que pedía le pareció desorbitado a Tarquinio, rechazó la oferta, a lo que la mujer respondió quemando tres de los libros.

Poco después, la mujer volvió al palacio con los seis libros restantes pidiendo exactamente el mismo precio que la primera vez. Tarquinio la rechazó de nuevo entre risas y burlas, pero la mujer no se amedrentó y volvió a repetir su ritual. Quemó tres libros más y volvió a ver al rey con los últimos tres libros y el mismo precio de siempre. Este, asombrado ante tan extraño comportamiento, consultó a los augures para ver si realmente debía comprar aquellos libros. Estos reconocieron de inmediato un signo de los dioses y le apremiaron a comprarlos al precio que aquella mujer los vendía, lamentándose de la gran desgracia que había supuesto la pérdida de seis volúmenes repletos de oráculos de la Sibila. La mujer —de la que hay quien asegura que era la propia Sibila de Cumas— desapareció con el dinero y nunca se la volvió a ver.

Esta es la leyenda de los famosos Libros Sibilinos, enormemente valiosos para Roma durante sus periodos más aciagos. En ellos se buscaban las respuestas a los mayores problemas del Estado y en numerosas ocasiones entregaron los oráculos apropiados para la salvación de la patria. Desde su adquisición, estos valiosos libros fueron guardados en una urna de piedra bajo el templo de Júpiter Óptimo Máximo para su custodia por parte de dos sacerdotes: los *duumviri sacris faciundis*. Tal era la importancia que tomaron los oráculos escritos en los libros y la necesidad de su correcta interpretación que en el año 367 a. C. el número de sacerdotes se amplió hasta diez —*decemviri sacris faciundis*— y a comienzos del siglo I a. C., hasta quince —*quindecemviri sacris faciundis*—.

La lectura de los oráculos como respuesta ante una pregunta o súplica concreta de importancia capital era realizada en secreto por los sacerdotes, que finalmente interpretaban el sentido de la frase oracular y revelaban su

deliberación al público. Sin embargo, el propio oráculo debía mantenerse en secreto, lo que seguramente otorgaba un amplio margen a los sacerdotes para adecuar las profecías a lo que más les conviniese a ellos y al Estado romano.

Sus secretos fueron guardados con celo y revelar uno solo de los textos estaba penado con la muerte. De ahí que jamás lleguemos a saber cuál era el contenido de los libros originales, puesto que además ardieron junto con el templo de Júpiter en el incendio que lo consumió el 6 de julio del año 83 a. C. Tras este terrible suceso, se envió a diversos lugares emisarios para que recogieran todos los oráculos sibilinos que encontraran y así recrear de nuevo los libros perdidos.

Durante el reinado de Augusto muchos particulares poseían libros que decían contener oráculos de la Sibila. Considerándolo un ultraje a la moral, se requisaron más de dos mil de estos volúmenes, que eran examinados para ser integrados en la colección oficial —los menos— o eran quemados por impuros —la mayoría—. Los nuevos libros, y los duplicados de los antiguos, que se habían reescrito para evitar que los originales se perdieran por su degradación, se conservaron en el templo de Apolo en el Palatino, asegurándose así Augusto la total protección, custodia y control sobre ellos y sus predicciones. Los libros permanecieron allí hasta el año 405 cuando el general Estilicón ordenó destruirlos porque se decía que uno de sus oráculos profetizaba que deseaba hacerse con el trono imperial.

A lo largo de los siglos, tanto los libros originales como, más adelante, las nuevas recopilaciones que los sustituyeron fueron consultados en numerosas ocasiones. Esencialmente importantes fueron aquellos momentos en los que Roma se encontraba desesperada en su lucha contra Aníbal y, por consejo de los libros, se llevó a la ciudad a la Gran Madre que ayudó a conseguir la victoria final, o incluso cuando Nerón —tras el gran incendio del año 64— los consultó buscando una respuesta que salvara a aquellos que lo habían perdido todo.

Aunque desgraciadamente no conozcamos los oráculos que contenían sus páginas, sí podemos intuir el método mediante el cual los sacerdotes elegían qué oráculo sería el que guiaría el destino de Roma en cada momento. Para no influir —con o sin intención— en la selección, esta se llevaba a cabo de forma aleatoria, pasando rápidamente las páginas y eligiendo al azar el fragmento que después deberían interpretar. Este tipo de adivinación inspirada, en la que era la divinidad o el destino quienes decidían, era

bastante común en el mundo antiguo. De hecho, el pueblo emulaba al Estado consultando ya no los libros sibilinos para obtener revelaciones, sino cualquier otra obra que encontraran. El éxito evidente que cosechó la *Eneida* de Virgilio en su época y en los siglos posteriores hizo que, en numerosas ocasiones, fuera este el libro elegido para revelar la respuesta a la pregunta formulada. Este popular método casero de adivinación era conocido como *sortes vergilianae*. La *Historia Augusta* («Vida de Adriano»II, 8) nos cuenta precisamente que el futuro emperador Adriano utilizó las *sortes* para predecir su ascenso al trono abriendo la *Eneida* por su sexto libro:

*Quis procul ille autem ramis insignis olivae sacra ferens? Nosco crinis incanaque  
menta regis Romani primam qui legibus urbem fundabit, Curibus parvis et paupere  
terra missus in imperium magnum. Cui deinde subibit...*

¿Quién es aquel que veo a lo lejos coronado de olivo? Va llevando en sus manos los objetos de culto. Reconozco los cabellos y la blanca barba del rey romano, que cimentará por primera vez la ciudad con leyes y que, desde su humilde Cures y su pobre tierra, será enviado a regir un gran Imperio. El que le seguirá...

(Virgilio, *Eneida* VI, 808-812).

Este método de adivinación y otros similares, como las *sortes sanctorum* —empleadas por los primeros cristianos del modo antes descrito, pero sobre pasajes de los diferentes libros de la Biblia—, se extendieron principalmente durante el Bajo Imperio e incluso durante la Edad Media.

## ODIUM REGNI

Tarquino el Soberbio había observado algunos extraños sucesos o *prodigia* —de los que ya tendremos tiempo de hablar con detenimiento—, hechos espontáneos e ignominiosos que le hacían temer por su propia seguridad. Entre ellos se decía que unas águilas que habían hecho su nido en un jardín junto al palacio dejaron un día a sus crías para ir a buscar alimento. En ese momento unos buitres volaron hacia el nido, mataron a los aguiluchos y cuando llegaron las águilas, también las descuartizaron a ellas. Otros comentaban que una serpiente se había deslizado por una columna de madera en el interior del palacio e incluso se decía que el propio rey había soñado que encontraba un rebaño, seleccionaba dos carneros hermanos y sacrificaba al más bello de los dos. De pronto, el otro se abalanzaba contra él y lo dejaba malherido en el suelo, todo ello mientras el sol cambiaba su curso para ir en contra de su rumbo natural.

Todos aquellos extraños signos hicieron que el rey —al no ser una cuestión de Estado sino personal— no confiara en adivinos etruscos o romanos y decidiera que solo el poderoso oráculo de Delfos podría darle la solución a sus preocupaciones y problemas. Envió a Grecia a dos de sus hijos, Tito y Arrunte, acompañados por su primo Lucio Junio Bruto. Este joven, aparentemente algo tonto y con pocas luces, escondía en realidad un carácter astuto y valeroso. Tan solo había adoptado esa forma de ser para escapar al control del rey a fin de evitar que este albergara alguna sospecha de ambición por su parte.

Cumplido el encargo, los jóvenes decidieron preguntar al oráculo quién de ellos conseguiría el trono de Roma después de su padre.

*Imperium summum Romae habebit qui vestrum primus, O iuvenes, osculum matri tulerit.*

El poder supremo de Roma lo tendrá aquel de vosotros, jóvenes, que primero dé un beso a su madre.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad* I, 56, 10).

Los dos jóvenes tarquinios decidieron que no le dirían nada a su hermano Sexto, que se había quedado en Roma, siendo el trono para aquel de los dos que el azar decidiera. Sin embargo, Bruto, que se había quedado largo rato pensando en las palabras de aquel oráculo, fingió tropezarse y cayó al suelo. Desde esta posición —que a los dos hermanos no les extrañó por su consumada fama—, rozó con sus labios la tierra, sabiendo que esa era la madre que merecía el beso profetizado.

Cuando regresaron, Roma estaba en guerra con la ciudad de Árdea y Sexto Tarquinio charlaba en el campamento con su otro primo, Tarquinio Colatino, y otros hombres sobre las esposas. Como cada cual ponía a la suya por encima de las demás, decidieron cabalgar a Roma para ver qué hacían ellas mientras sus maridos no estaban. A diferencia de las otras mujeres, que pasaban el rato en un suntuoso banquete, Lucrecia, esposa de Colatino, tejía la lana en casa, como mandaban las leyes de la moral.

Pasados unos días, Sexto Tarquinio, impresionado por la virtud que había demostrado Lucrecia, cayó irremediamente enamorado de ella y decidió ir a su casa durante la noche. Su amor se tornó en enfermizo cuando, después de haber sido invitado a pasar la noche como un huésped de la familia, se coló en su habitación y apretándole la espada contra el pecho la amenazó con matarla si gritaba o se oponía a su desesperado amor. Entre amenazas de muerte y súplicas de pasión, Lucrecia finalmente se rindió indefensa ante aquella realidad, peor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

El deshonor y la vergüenza se apoderaron de ella —algo esperado de las mujeres de su época— e hizo llamar a su marido y a su padre. Con ellos llegó también Lucio Junio Bruto que regresaba a Roma con Colatino cuando recibieron la noticia. Lucrecia les expuso su vergüenza, aunque no su culpa, pues aquel funesto placer había forzado su cuerpo, pero no su voluntad. A pesar de absolverse a sí misma de la culpa, no lo hizo del castigo que debía ser tanto para Sexto como para ella.

Así, mientras hacía prometer a los presentes que aquel que la había engañado y le había arrebatado el ánimo tendría su merecido, se clavó en el



corazón un cuchillo que había escondido entre sus ropas. Lucrecia cayó moribunda ante los gritos y lamentos de su marido y de su padre mientras Bruto cogía el puñal todavía ensangrentado y juraba venganza contra la familia real al completo. Pronto se unió Colatino a Bruto, transformando el dolor en ira contra el rey, y juntos llevaron el cadáver de Lucrecia al Foro para que todos comprobaran el resultado de la violencia criminal del hijo del rey.

El pueblo comprendió entonces que aquella situación había llegado demasiado lejos. Se encendió en todos ellos la llama del *odium regni* ('odio a la monarquía'), que se había estado forjando durante años bajo el peso de la tiranía de Tarquinio. El rey y su familia fueron expulsados y Sexto Tarquinio acabó muerto como castigo por su ultraje a Lucrecia y a toda Roma. El oráculo de Delfos no se equivocaba cuando otorgó a Bruto el poder supremo de Roma. A él y a Colatino, según cuentan las fuentes —aunque parece improbable que realmente ocurriera así—, les nombraron cónsules. Corría el año 509 a. C. y la monarquía, que según la leyenda había dominado la ciudad durante doscientos cuarenta y cuatro años —tal vez unos ciento veinte, según las estimaciones de la investigación actual—, dejó paso a una nueva forma de gobierno: había nacido la República de Roma.

La violación y posterior suicidio de Lucrecia desencadenaron el final del arcaico sistema monárquico que dio paso a un periodo en el que la bruma de los mitos y las leyendas se fue desvaneciendo poco a poco. Una vez más es el estereotipo de la mujer trágica, es fiel a sus valores —los de la moral tradicional—, la que se nos presenta en esta historia que provocó el llamado *odium regni* en la sociedad romana posterior. Tal era el odio hacia Tarquinio el Soberbio que, en la galería de la exedra de los *summi viri* del Foro de Augusto estaban las estatuas de los siete reyes de Roma, pero entre ellas no se encontraba la de Tarquinio, sino la de Tito Tacio, el rey sabino que había gobernado junto con Rómulo en el siglo VIII a. C.

Lucrecia debía morir por un crimen que no cometió. Esa era la única manera virtuosa de actuar en una situación como aquella desde la perspectiva romana. Solo así podía liberar de su deshonor a su marido para que pudiera vengar aquella atrocidad. Su *pudicitia*, una mezcla de pudor, virtud y modestia, nos habla de un sentimiento que perduraría durante muchos siglos en la conciencia romana y que parece asemejarse a lo que finalmente cristalizaría en la sociedad cristiana en el concepto del pecado, que los

romanos no tenían como tal. La severidad del castigo autoimpuesto encumbraría a Lucrecia y la convertiría en el modelo de mujer romana perfecta en contra de la licenciosidad y el deshonor de otras mujeres como Tarpeya.

A pesar de que esta historia no debía de ser más que otra leyenda moralizante para glorificar y dramatizar los orígenes de Roma, estas experiencias, sensibilidades y actitudes eran muy reales para los romanos. Desgraciadamente, la mujer es, una vez más, la excusa para que el héroe, en este caso representado por Bruto y también por Colatino —que seguramente fuera una adición posterior a la propia historia inicial—, lleve a Roma a la gloria. De hecho, se han establecido paralelismos entre Bruto y Rómulo como libertadores del pueblo que, pese a todo, consiguen salir adelante y prosperar en la adversidad.

A través de esta gran construcción canónica y casi dogmática por la que hemos viajado, se llegaron a formar los nobles orígenes de la República sobre la base de la antigua monarquía, que los romanos consideraban primitiva pero fundamental para la creación de su idiosincrasia. El realismo de las historias personales y las pasiones humanas y divinas le aportaron el punto de cercanía necesario para hacer que quienes las conocían las vivieran como propias. Solo así era posible justificar el gran poder de una Roma que primero dominó Italia y después, sobre todo el Mediterráneo y el resto del mundo conocido.

# LA REPÚBLICA

## ROMA, UNA Y MUCHAS

En general, cuando pensamos en la antigua Roma es posible que la primera idea que aparezca sea la de la figura del emperador, gobernando de una forma autoritaria e incluso despótica sobre una majestuosa ciudad recubierta de mármoles blancos, grandes estatuas y gigantescos edificios y estructuras que harían empequeñecer hasta al más altivo de los humanos. Pensamos en el Imperio, en su gran extensión y en cómo la civilización romana creó un enorme territorio común desde el frío norte de Germania hasta el caluroso desierto africano y desde el Finisterre galaico hasta las fértiles llanuras de Mesopotamia.

Sin embargo, para llegar hasta ese punto, Roma tuvo que evolucionar y prosperar de forma lenta, y muchas veces dolorosa, por un mar de conquistas, luchas de poder y anexiones sociales y culturales. Hasta ahora hemos conocido la Roma arcaica, aquella que a duras penas podía considerar suyo ningún territorio más allá de la ciudad. No debemos olvidar que Roma tan solo había sido una de las ciudades del Lacio, que lindaba con las tierras etruscas hacia el norte —e incluso con las galas más allá—, con los pueblos que hablaban la lengua osca en el sur —especialmente los samnitas o los lucanos— y las ciudades griegas de la costa sur. La estratégica situación de la ciudad a orillas del Tíber y su liderazgo de la llamada liga latina, unidos a su desarrollado carácter belicista fueron decisivos para que se produjera la expansión territorial de esta ciudad-estado desde comienzos del periodo republicano.

A partir de aquí vamos a destacar algunos pasajes que nos hablan de los engaños, mentiras y estratagemas que los romanos y sus enemigos intercambiaron a lo largo de los cinco siglos de la República de Roma. A pesar de ello, pronto descubriremos que durante el Imperio, gracias —como no podía ser de otra manera— a la propaganda política, se mantuvo viva la

ficción de la República, pese a su completa demolición en favor de los poderes unipersonales.

Pero no nos adelantemos; quedémonos en este periodo de expansión que podemos fechar entre los años 509 y 27 a. C., o lo que es lo mismo, entre el destierro definitivo del último de los reyes y la proclamación de Augusto como *Princeps*.

Hoy en día, la imagen que podemos llegar a tener de la estructura de la propia Roma como ciudad se asemejará, sin duda, a aquella que Italo Gismondi inmortalizó en una gran maqueta a escala 1:250 que ha sido reproducida hasta la saciedad en pósters, posavasos, llaveros, tazas y camisetas que se venden como recuerdo de la Ciudad Eterna. La maqueta, conservada desde 1955 en el Museo de la Civilización Romana, muestra con gran detalle una interpretación tridimensional de cómo pudo haber sido la ciudad de Roma durante el reinado del emperador Constantino, a comienzos del siglo IV. Gismondi, que comenzó a trabajar en la maqueta en el año 1933, decidió representar este momento preciso en la historia de Roma por ser aquel del que más datos conocemos. Por una parte, para entonces se habían acumulado todos los grandes edificios que habían sido construidos en siglos anteriores y, por otra, los grandes planes edilicios se detuvieron prácticamente por completo a partir de ese momento a causa de la pérdida de importancia de la ciudad en favor de la nueva capital, Constantinopla.

La recreación se basó ampliamente en el impresionante trabajo cartográfico —que el arqueólogo Rodolfo Lanciani había realizado a comienzos de siglo— plasmado en un gran mapa de Roma que mostraba todos y cada uno de los restos descubiertos hasta ese momento. Pero, sin duda, los propios romanos aportaron también su conocimiento a esta causa a través de los restos de la *Forma Urbis Romae*.

También llamada *Forma Urbis Severiana* por el periodo en el que fue ejecutada, durante el reinado de Septimio Severo —entre los años 203 y 211—, se trata de un gran plano de Roma a escala 1:240 de dieciocho metros de largo por trece de alto tallado en 150 lastras de mármol blanco. Esta colosal obra se encontraba colgada en uno de los muros laterales de un aula del llamado Templo de la Paz, construido por orden de Vespasiano en honor de la diosa de la paz. Es difícil comprender con precisión su función original, puesto que a pesar de contar con trazados muy detallados de calles e incluso de locales individualizados, algunos de los edificios más destacados

contienen imprecisiones que la invalidan como un mapa catastral, por no decir que sería casi imposible distinguir los detalles de las zonas más altas. Es razonable pensar que se tratara de un gran plano que decoraría la oficina del Praefectus urbi, en la que sí se realizarían las labores catastrales, pero sobre mapas delineados en diversos rollos de papiro.

Aunque el muro sobre el que se colocó todavía sigue en pie —al haber sido reaprovechado en el siglo VI como parte de la iglesia de San Cosme y San Damián junto al Foro romano—, del mapa marmóreo conservamos tan solo un diez o quince por ciento en la forma de unos mil doscientos fragmentos que han sido descubiertos en diversas excavaciones a lo largo y ancho del centro histórico de Roma desde el año 1562 hasta la actualidad.

Y aunque estas dos fuentes proporcionaron a Gismondi una gran cantidad de información sobre el diseño de calles y edificios de la ciudad, existen muchas áreas de Roma cuyo trazado simplemente no podemos conocer por no conservarse documentación ni haberse excavado nunca en ellas. Por tanto, la maqueta contiene también un importante trabajo de aproximación imaginativa basada en modelos estandarizados de barrios, calles y casas romanas que tampoco podemos tratar de falsificaciones, puesto que realmente carecemos de cualquier dato original con el que compararlos.

Sin embargo, la construcción de la maqueta no fue motivada por un afán arqueológico o científico, o al menos no de forma exclusiva, ya que fue Mussolini quien encargó su realización dentro de la gran exposición que en 1937 utilizó como excusa el bimilenario del nacimiento del emperador Augusto para legitimar el Estado fascista italiano. El nuevo Imperio, que en sus delirios autoritarios había creado Mussolini, era el heredero directo de Roma y como tal, la grandeza de aquel debía mostrarse para que se reflejara en este. En la propia inauguración, el conservador jefe de la exposición aseguró que la muestra había sido realizada con el mayor rigor científico y el máximo ardor fascista, de lo que se deduce que lo segundo, probablemente, tuvo un peso bastante importante. La mayor parte de las piezas exhibidas eran recreaciones, réplicas o reconstrucciones y no piezas originales. No se deseaba presentar al glorioso Imperio en ruinas y deteriorado, sino uno en su máximo esplendor, tal como lo mostraban las réplicas, modelos y maquetas.

Con todo, el interés de Mussolini por excavar los restos del pasado romano fue grande, así como el de «purificarlos» destruyendo cualquier añadido posterior a los mismos —siendo un caso destacado el de la Curia Julia, del

que ya hemos hablado—. De cualquier modo, debemos descartar todo viso de cultura o sentido científico detrás de esas acciones, algo que se ve confirmado cuando comprobamos el desprecio que demostró por algunos restos como la Meta Sudans, una fuente que se situaba junto al Coliseo y que el dictador no dudó en demoler en 1936 para mejorar el recorrido de sus desfiles triunfales.

En definitiva, a pesar de todas estas motivaciones e intenciones subyacentes, la maqueta de Gismondi es un estupendo testimonio del último momento de esplendor imperial de Roma. Sin embargo, la ciudad republicana poco tenía que ver con esa imagen monumental constantiniana. Debemos pensar que, aunque la Roma imperial llegó a tener casi un millón y medio de habitantes, a comienzos de la República contaba con menos de doscientos mil.

Es complejo, incluso para los investigadores, visualizar gran parte de la ciudad en una época en la que no contaba con ninguno de los icónicos monumentos que cambiarían totalmente su fisionomía a lo largo del Imperio. Pensemos en una Roma sin grandes conjuntos termales como los construidos por orden de Agripa, Nerón, Tito, Trajano, Caracalla, Decio, Diocleciano o Constantino; sin el imponente Coliseo ni el gran palacio imperial ocupando totalmente el monte Palatino. Tan solo el reconocible perfil del monte Capitolio con el templo de Júpiter en su cima, así como el Foro romano, cuya estructura fue cambiando paulatinamente —aunque mantuvo antiguas construcciones durante largo tiempo—, nos permitirían adivinar los rasgos más estereotipados de la Roma imperial.

Roma se reconstruyó en numerosas ocasiones sobre sí misma, pero todas esas Romas comparten lazos que las unen fuertemente a través del tiempo. No hay más que tomar el ejemplo del templo de Saturno. Esta imponente y antigua construcción, cuya dedicación en estilo toscánico se puede fechar seguramente en el año 497 a. C., fue reconstruido a la manera helenística a finales del siglo I a. C. y nuevamente durante la segunda mitad del siglo IV, tras haber sido destruido en un incendio, algo de lo que quedó constancia escrita con grandes letras en su entablamento. Esta última reconstrucción —realizada aprovechando el último momento de auge pagano antes de la imposición cristiana de Teodosio— resulta especialmente interesante para afianzar la idea de la Roma reconstruida sobre sí misma. En un periodo en el que la ciudad comenzaba a entrar en un estado que no permitía traer los lujosos materiales de construcción desde lugares lejanos como en siglos

anteriores, se emplearon *spolia* o materiales reaprovechados de otros espacios como el Foro de Trajano, de donde se extrajeron algunos fustes de las columnas, mezclando colores gris y rosa y colocando incluso una de ellas del revés. Una perfecta imagen de mezcla que se refleja en muchos otros monumentos del Bajo Imperio como el arco de Constantino, que reutilizó relieves y figuras de estructuras de época de Trajano, Adriano y Marco Aurelio, volviendo a tallar, incluso, sobre las caras de estos emperadores para colocar la suya propia.

Hubo un tiempo, muchos siglos antes de aquella decadencia, en el que los romanos ya se habían visto obligados a reutilizar penosamente todo lo que tenían a mano para reconstruir la ciudad desde cero. El episodio que ahora vamos a conocer devastó Roma hasta tal punto que llegaron a plantearse abandonar la patria de Rómulo y refundarla en otro lugar.



## AL BORDE DEL PRECIPICIO

A principios del siglo IV a. C., cuando Roma ya había comenzado a expandir su poder por el Lacio, se produjo uno de los episodios más críticos de su historia, un suceso que dejaría caer al abismo a toda la ciudad y que la haría renacer, con más fuerza, de sus cenizas.

Todo comenzó con la llegada a Italia de un gran contingente de población gala que, debido a la superpoblación de su tierra, se había visto obligada a buscar nuevos lugares en los que establecerse. Algunos fueron hacia el sur y se quedaron en los Pirineos, otros fueron hacia el este en busca de mejor fortuna y muchos más se adentraron en la península itálica atraídos, según se decía, por una deliciosa bebida que jamás habían probado y que les había embelesado de forma hipnótica: el vino.

Una cantidad considerable de mujeres, hombres y niños cruzaron los Alpes para llegar a la tierra que producía tan maravillosos frutos. Decidieron entonces armarse y hacerse con el control de algunas ciudades por la fuerza y así establecerse en el norte de Italia. El tiempo pasó y, del mismo modo que los etruscos o los romanos, fueron expandiendo sus comunidades y sus territorios. Y aunque estos primeros galos ya se habían asentado, continuaron llegando nuevos pobladores dispuestos a ir algo más al sur para instalarse.

Hacia el año 391 a. C. los galos atacaron Clusio, una importante ciudad etrusca, que se vio obligada a pedir ayuda a Roma para librarse del asedio que estaba sufriendo por parte de aquellos hombres cuya naturaleza y armas les eran desconocidas. Roma decidió no batallar y enviar a tres embajadores que negociaran la retirada de los galos. A pesar de que la embajada era pacífica, los embajadores romanos terminaron por tomar las armas conduciendo a los clusinos a la victoria y haciendo que los galos, humillados y con ansias de venganza, dirigieran sus fuerzas hacia Roma.

Los emisarios galos se adelantaron pidiendo a los romanos que les entregaran a aquellos embajadores —aduciendo que habían declarado una

guerra ilegal a los ojos de los dioses—, si no querían empeorar la situación de conflicto que se vislumbraba ya en el horizonte. El pueblo de Roma se negó en rotundo, a pesar de que el Senado — tras consultar a los *fetiales*— era partidario de entregarlos; finalmente se convocó un ejército de ciudadanos para enfrentarse a los galos. Corría el año 390 a. C. —o tal vez el 386— cuando Roma se disponía a cruzar el Tíber para enfrentarse al enemigo que esperaba a unos trece kilómetros al norte junto al río Alia, afluente del Tíber.

Allí se encontraron ambos ejércitos, el numerosísimo contingente de los galos, que según las fuentes clásicas tenía más de setenta mil hombres — aunque seguramente serían cerca de treinta mil— y el de los romanos con unos veinte mil —las fuentes estimaron de veinticuatro a cuarenta mil—. A pesar de la cantidad de romanos que estaban dispuestos para la lucha, muchos de ellos eran inexpertos y el 18 de julio comprobaron que su voluntad no les serviría de mucho ante la implacable fuerza de los galos con Breno, su caudillo, a la cabeza. Muchos romanos murieron aquel día y otros huyeron en desbandada. La mayoría de los que lo hicieron por tierra fueron perseguidos y capturados, y quienes se arriesgaron a cruzar el río fueron arrastrados por la corriente o se hundieron en las aguas por el peso de sus armas y su completa falta de fuerzas y ánimo para mantenerse a flote.

Los que consiguieron sobrevivir, heridos y extenuados, se refugiaron en la ciudad de Veyes, recientemente arrasada, y se fortificaron como pudieron. Si en aquel momento de completa debilidad, los galos hubieran continuado su marcha hacia Roma, seguro que la habrían conquistado tomando por sorpresa a los ciudadanos que habían permanecido en ella. Sin embargo, los galos optaron por levantar trofeos con las armas de los enemigos muertos, apilar sus cuerpos como marcaba su tradición y festejar la portentosa victoria que habían logrado.

Como los galos se entretuvieron un día entero en celebrar, un pequeño grupo de romanos tuvo tiempo suficiente para alcanzar la ciudad y así avisar del peligro que se acercaba. Todos los ciudadanos, a la orden de los magistrados, hicieron acopio de víveres, riquezas y cualquier cosa que pudiera servirles y las llevaron al Capitolio, que fue fortificado, abandonando el resto de la ciudad a su suerte. Las puertas de Roma quedaron abiertas, tal vez por descuido o con la intención de desconcertar al enemigo y tan solo los hombres más viejos y con mayor prestigio de la ciudad se mantuvieron firmes esperando la llegada de los galos. Para no gastar los víveres de los más

jóvenes, que eran la única esperanza de Roma, se quedaron sentados en sillas frente a sus casas, inmóviles e impasibles como si se tratara de antiguas estatuas de dioses que ya hubieran vivido un periodo suficientemente largo de la eternidad.

Al día siguiente llegaron las huestes de Breno a las puertas de Roma y, encontrándolas abiertas, pensaron que se trataba de algún tipo de estrategia, engaño o emboscada, por lo que se quedaron dudando largo rato si sería conveniente o no entrar. Tardaron dos días más en descubrir que los romanos estaban refugiados en el Capitolio, y solo entonces entraron y comenzaron a arrasarlo el resto de la urbe que había quedado desprotegida. Según se cuenta, cuando vieron a aquellos venerables hombres con sus barbas blancas tuvieron miedo de que realmente estuvieran ante seres divinos. Reticentes, terminaron por acercarse a ellos y los masacraron sin que opusieran resistencia alguna, al fin y al cabo aquel sacrificio por la patria era un final honorable para cualquier romano.

Así pasaron los meses, sin que los romanos cedieran ante el asedio de los galos y sin que estos consiguieran expugnar la ciudadela capitolina. Mientras, las tropas que se habían refugiado en Veyes tras el desastre de Alia, consiguieron convencer a Marco Furio Camilo —desterrado en la ciudad de Árdea como condena por haberse apropiado de una parte del botín que no le correspondía cuando era *dictator*— para que se uniera a ellos y dirigiera la misión que salvara la ciudad.

Enviaron entonces a un joven mensajero que cruzó el sagrado Tíber y trepó sin ser visto al amparo de la noche por los escarpados riscos del Capitolio. Una vez dentro, explicó a los ciudadanos el plan de Camilo y, por unanimidad, le concedieron de nuevo el poder absoluto temporal como *dictator* —cargo plenipotenciario que tan solo se concedía en momentos de extrema necesidad y por el periodo de un año—. Al día siguiente, los galos descubrieron huellas en los lugares por los que había trepado el joven emisario y decidieron que también ellos subirían por el camino que les había entregado el enemigo, sorprendiendo a los sitiados.

Y si la diosa Juno no hubiera intervenido aquella noche de asalto, Roma habría caído antes del amanecer del día siguiente. Por suerte, mientras los galos escalaban el Capitolio en completo silencio, los gansos consagrados a esta diosa se pusieron a graznar despertando al excónsul Marco Manlio, que cogió las armas y alertó al resto de los ciudadanos. Frente a la terrible

situación, su tenacidad conjunta les permitió rechazar la emboscada despeñando a muchos enemigos por los mismos riscos que habían escalado.

A pesar de esta honrosa victoria, por la que se le dedicó un templo a Juno Moneta(‘la que avisa’) en el Arx, los ánimos de los romanos estaban cada vez más bajos viendo que Camilo no llegaba y que los víveres escaseaban cada vez más. Los galos por su parte, después de siete meses de asedio, habían sufrido también numerosas bajas y los cadáveres se apilaban por la ciudad, causando enfermedades y desesperación entre los soldados. Ante esta insostenible situación, los líderes de ambos pueblos acordaron firmar la retirada de los galos si los romanos juraban entregarles mil libras —327 kilos— de oro.

Algunos romanos se ofendieron y pidieron seguir resistiendo hasta la muerte, pero la mayoría prefería la vida, aunque tuvieran que soportar la vergüenza de su rendición ante el enemigo. Así, descendieron del monte portando sus más valiosas posesiones de oro, que eran pesadas en una balanza a la que los galos habían añadido pesos para que la cantidad de oro entregada fuese incluso mayor de la convenida. Y cuando los romanos les recriminaron su conducta, Breno colocó con desprecio su propia espada en la balanza para que fuera evidente que poco le importaba lo que pensarán quienes habían sido derrotados; *Vae victis!* —(‘¡Ay de los vencidos!’)—, exclamó.

Pero mientras el engañoso pago se estaba efectuando, entró por fin Camilo en Roma con su ejército, negándose a cumplir el pacto, pues él era la única autoridad con poder de decisión entre los romanos en aquel momento. Ya fuera porque no había vivido el sitio desde dentro de la ciudad o porque su ánimo guerrero estaba convencido de que aquella era la única forma digna de terminar con el asedio, Camilo organizó a los suyos para expulsar a los galos a la vez que alentaba a aquellos diciendo que la patria solo podía ser recuperada con el hierro —de las espadas— y no con el oro —de la rendición—.

La violencia de Camilo consiguió disuadir a los galos de sus engaños contra los romanos y por ello fue aclamado como *Romulus ac parens patriae conditorque alter urbis* (‘Rómulo, padre de la patria y segundo fundador de la urbe’; Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad* V, 49, 7), mientras se celebraba el glorioso triunfo por su valor y servicio al Estado. Sin embargo, la realidad era bastante más dura, pues la ciudad había sido prácticamente

arrasada y a punto estuvieron los senadores de decretar que fuera abandonada para refundarla en Veyes. Por suerte para la historia, finalmente se decidió que Roma sería reconstruida de forma colectiva, manteniéndose fieles a sus orígenes.

## LAS ESCLAVAS DESTINADAS

Se cuenta que mientras los romanos se reponían de la traumática experiencia de la invasión gala, todavía bajo el mando de Camilo como *dictator*, los latinos trataron de engañarlos aprovechando su situación de debilidad. Diversos pueblos organizaron una expedición contra Roma, quedando acampados frente a la ciudad.

Una vez allí, decidieron enviar un mensaje a los romanos que les proponía la reanudación de su amistad y sus vínculos. Era necesaria una nueva unión de pueblos, como ya ocurriera en la época de los antiguos reyes. Esperando de los romanos cooperación y sumisión en sus horas bajas, pidieron que les entregaran mujeres jóvenes, vírgenes y sin marido, para casarlas con hombres latinos.

Seguramente aquel mensaje no nos engaña, y tampoco engañó a los propios romanos, que recordaban bien el episodio del rapto de las sabinas. En aquella ocasión habían sido los romanos los que estuvieron en la posición de demandar a los sabinos que entregaran a sus mujeres como símbolo de la alianza entre sus pueblos. Temiendo una reacción de guerra y asedio de los latinos si no aceptaban —algo para lo que los romanos no estaban preparados—, pero intuyendo que aquella situación no era más que una toma de rehenes encubierta, el Senado convocó una reunión para deliberar.

Su situación era, ciertamente, demasiado precaria como para soportar un nuevo asedio y una guerra abierta, por lo que el Senado, consternado, decidió entregar a las mujeres que solicitaba el caudillo Livio Postumio para así mantener la paz entre los pueblos, conservar los restos de la ciudad y, en un futuro, volver a prosperar.

Sin embargo, una esclava llamada Tutula o tal vez Filótide —pues la tradición no tuvo a bien recoger con fidelidad el nombre de la heroína destinada a salvar la patria—, habló ante los hombres para proponerles algo diferente. Ante el engaño que habían perpetrado los latinos para hacerse con

las mujeres romanas, la esclava pensó en pagarles con su misma moneda. Entregarían a las mujeres, sí, pero no serían las jóvenes romanas sino las esclavas ataviadas con las ropas y las joyas más ricas de sus amas.

Así se hizo. Los latinos aceptaron de buen grado el don que Roma, rendida y entre lamentos, les estaba entregando y no se percataron de que bajo los ropajes se escondía el engaño de las esclavas. Cuando se hubieron distribuido entre los hombres del campamento, ellas les animaron a beber y emborracharse en un día de alegría y fiesta como aquel, en el que habían doblegado la voluntad de los romanos.

Aquella noche, cuando todos los soldados latinos se quedaron dormidos, saciados y ebrios por la victoria cosechada y por el vino degustado, Filótide se subió según lo convenido a una higuera silvestre —*caprificus* en latín—, desde la que hizo señales con una antorcha en dirección a Roma. El ejército romano salió rápidamente de la ciudad y llegó hasta el campamento latino, donde entraron sin impedimentos gracias a la ayuda de las esclavas, masacrando sin piedad a los enemigos que habían tratado de engañarles.

El Senado, en agradecimiento por sus servicios, liberó a las esclavas y, desde aquel día, se cuenta que comenzó a celebrarse todos los años una fiesta conocida como *ancillarum feriae* ('la fiesta de las esclavas'). La festividad, en siglos posteriores, se siguió celebrando, concretamente en las nonas de julio —7 de julio, en latín *Nonis Iuliis*—, por lo que a esta fecha se le dio el nombre de Nonas Caprotinas en recuerdo del *caprificus* sobre el que se subió la esclava.

Si bien es cierto que este se convirtió en un día de fiesta para las esclavas romanas, que disfrutaban de una jornada de libertad, no deja de ser curioso que a pesar del heroísmo que demostraron en la versión legendaria de lo que seguramente fuera un enfrentamiento con algún pueblo cercano, la fecha acabara llevando el nombre de la higuera a la que trepó en lugar del de la esclava misma. Aunque en este caso se nos dice que fueron liberadas, la consideración de los esclavos en el mundo romano —más acuciante aún en el caso de las mujeres— no solía ser tan generosa. No fueron muchas las ocasiones en las que los esclavos demostraran su heroísmo y pudieran vivir para contarlo y mucho menos para hacerse un hueco en la historia, por lo que ejemplos como este nos dejan apreciar una pequeña parte de la visión — lógicamente interesada— que los romanos tenían de sus siervos.

En el día a día, el trato que recibía un esclavo dependía exclusivamente del

criterio de sus amos. Si estos eran comprensivos y abiertos, podía llegar a establecerse un fuerte vínculo de confianza entre un *servus* y su *dominus* o entre una *ancilla* y su *domina*. No era raro que los esclavos domésticos se esforzaran por hacer un trabajo impecable para ganarse el favor de sus amos. Al fin y al cabo era una forma de conseguir recompensas periódicas, jornadas de descanso o fiesta como en las *saturnalia*, en las que algunos amos hacían regalos y sentaban a la mesa a sus esclavos domésticos e incluso les entregaban dinero con el que finalmente pudieran comprar su libertad o la de sus seres queridos.

Muchos esclavos de buenas familias podían llegar a formarse una identidad social y cultural dentro del hogar en el que sirvieran, algo que, en definitiva, podía prepararles para integrarse en la sociedad si llegaban a conseguir la libertad. Es evidente que habría muchos esclavos que no soportarían su condición, pero otros tantos trataban de jugar aceptando las reglas del sistema y realmente obedecían de manera fiel a sus amos con la esperanza futura de ser liberados para poder disfrutar de una vida mejor. Estas situaciones se daban con más probabilidad entre los esclavos que servían en las casas pudientes de Roma o en la del propio emperador, puesto que al ser finalmente liberados poseían todos los conocimientos de los resortes internos de la alta sociedad para ascender como libertos a puestos de cierto nivel e influencia.

Aun así, aquello no era ni mucho menos lo habitual, sino un grupo de «afortunados» que se topaban con amos bondadosos y poderosos. En la mayoría de los casos la confianza y la obediencia se imponían a través de la disciplina violenta, al ser este el método más recomendado, incluso aunque el amo no disfrutara con ello. Solo así se conseguía el propósito de doblegar la mente y el cuerpo de los esclavos a los deseos del amo. Pero para ser efectivos, como pensaba el filósofo Galeno, los golpes de látigo y vara debían ser ejecutados de forma calmada y ordenada y no desde la ira, pues eso solo fomentaba las ansias de venganza entre los siervos.

Sabemos que en la antigua Roma hubo algunas revueltas de esclavos como la de Espartaco —inmortalizada por Hollywood en el siglo XX—, que fueron duramente reprimidas para evitar males mayores. Aun así, la masa esclava nunca llegó a contar con los medios ni con la organización necesaria como para llevar a cabo sublevaciones a gran escala, salvo meritorias excepciones como la antes mencionada en la que los esclavos llegaron a poner en jaque a



toda Roma. También podía ocurrir que un solo esclavo atacara de forma individual a su amo, una práctica que, si bien no debía de ser frecuente, sí cuenta con diversos casos documentados a lo largo del Mediterráneo.

*Atiae Turel/liae C(ai) Turel/li f(iliae) an(norum) XXV[ii] / occis{s}a a s[er]/vo C(aius) Turel[i]/us et Vale/ri[a] /—————*

Atia Turelia, hija de Cayo Turelio, de veintisiete años, fue asesinada por un esclavo. Cayo Aurelio y Valeria [dedicaron este monumento] [...]

(Estela funeraria, procedente de Clunia, hallada en Huerta de Rey, Burgos. *AE* 1992, 1037).

Incluso para quienes toleraban la violencia física, existían límites morales que no debían traspasarse en la medida de lo posible, como golpearles con los puños desnudos o patearles. Sin embargo, encontramos casos en los que la rabia hacía que los amos se desataran, aunque luego pidieran perdón a sus esclavos. Eso fue precisamente lo que le sucedió al emperador Adriano, de quien se cuenta que en un ataque de ira le clavó un estilete —un afilado instrumento metálico usado para escribir sobre tablillas de cera— en un ojo a uno de sus esclavos. Cuando se enteró de que aquel había perdido el ojo a consecuencia de la herida, lo mandó llamar y le dijo que como forma de disculparse le podía pedir un regalo que se equiparase a su dolor y su pérdida. Viendo que el esclavo no respondía, Adriano volvió a preguntarle una vez más. Entonces el esclavo entre respetuoso y resignado le pidió al emperador que le devolviera su ojo, que era lo único que para él tenía el mismo valor que su pérdida.

Como es de esperar, estas son solo algunas de las muchas formas de tratar a los esclavos que debieron de existir. Otros autores, como Séneca, no compartían la idea de la violencia física contra los esclavos, considerándola inapropiada en la mayoría de los casos y requiriendo un respeto mínimo de la condición humana de aquellos hombres y mujeres que sufrían su sino de esclavitud día tras día.

Al margen del trato que recibieran los esclavos, la mayoría de ellos pertenecía a amos de la alta sociedad, puesto que la gente corriente rara vez se los podía permitir. Se ha estimado que solo una de cada siete familias romanas contaba con esclavos domésticos, por lo que, a falta de estos, en muchos casos eran las mujeres y los niños los que se veían obligados

prácticamente a ejercer como tales ante el cabeza de familia. Es lógico que la mayor parte de los romanos no pudiera permitir siquiera un esclavo, teniendo en cuenta que había que proporcionarles vestido, sustento y un techo bajo el que vivir.

*Cultam vestitamque familiam magis utiliter quam delicate habeat munitamque diligenter a vento, frigore pluviaque, quae cuncta prohibentur pellibus manicatis, centonibus confectis vel sagis cucullis. Id si fiat, nullus dies tam intolerabilis est, quo non sub divo moliri aliquid possit.*

En el cuidado y la vestimenta de los esclavos domésticos se debe prestar atención a la utilidad en lugar de a la apariencia, cuidando de mantenerlos resguardados del viento, el frío y la lluvia, de los cuales se les debe proteger con túnicas de cuero de manga larga, prendas hechas con retazos o capas con capucha. Si se hace esto, no habrá día tan insoportable como para no poder trabajar al aire libre.

(Columela, *Sobre las cosas del campo* I, 8, 9).

Que los esclavos fueran vestidos no era un lujo sino una necesidad para proteger lo que ante la ley no era más que una propiedad privada. Los altos precios que se podían llegar a pagar por buenos esclavos en las subastas hacían que sus amos trataran a toda costa de mantenerlos en buenas condiciones. Aunque tal vez esto solo se aplicara en el caso de los mejores esclavos y sobre todo en el ámbito doméstico.

La situación era muy diferente para los esclavos del campo o de las minas, tratados poco más que como herramientas con voz, como Marco Terencio Varrón se encargó de dejar por escrito. Encontramos casos en los que los esclavos eran comprados por empresarios que los explotaban de forma inhumana. En este tipo de trabajos resultaba usual, puesto que —con las pésimas condiciones que debían soportar— convenía hacerlos trabajar mucho para que estuvieran tan cansados que abandonaran toda ambición más allá de comer y dormir.

Para bien o para mal, la vida de esos esclavos en particular no podía durar demasiado; ya fuera por extenuación, ejecución o suicidio, sus esperanzas de supervivencia eran muy bajas. Muchos morían antes de cumplir siquiera los dieciocho años, aunque si conseguían superar la adolescencia, era posible que vivieran lo suficiente para llegar a ser libres algún día, si su amo y sus condiciones de trabajo se lo permitían. En el caso de las esclavas,

especialmente aquellas que servían a sus amas en el hogar, tenían unas condiciones ligeramente más aceptables y se las solía liberar cuando todavía eran jóvenes, en muchos casos para que algún hombre de la familia se casara con ellas.

A pesar de que los casos podían llegar a ser muy diversos dentro del concepto de esclavitud y, como hemos visto, algunos esclavos podían llegar a «disfrutar» de su trabajo, la mayoría no lo hacía. No debe extrañarnos, por tanto, que el suicidio les pareciera una forma digna de acabar con su sufrimiento y liberarse. Es imposible analizar con detalle el porcentaje de esclavos que se suicidaban, o que al menos lo intentaban, pero sabemos que debía de ser algo frecuente, puesto que no era raro que en las subastas públicas de esclavos se especificara si el sujeto en venta había tratado de suicidarse alguna vez.

Aunque tal vez antes que el suicidio, todos los esclavos se plantearan la posibilidad de huir. A pesar de que muchos lo llegaran a sopesar, no eran tantos los que lo llevaban a cabo, puesto que sabían que si les atrapaban serían, como mínimo, severamente castigados, marcados o incluso ejecutados. En ocasiones, a los que tenían mayor riesgo de fuga se les colocaba un collar de hierro o bronce bien ceñido al cuello del que colgaba una plaquita que solía identificar al dueño y prometía alguna suculenta recompensa para quien le devolviera a su esclavo si este se fugaba. Esta era, sin duda, una efectiva forma de convertir a cualquier transeúnte en una especie de cazarrecompensas al acecho de esclavos fugados, a los que reconocerían por sus collares.

Dentro del conjunto de la sociedad romana, los esclavos no debían de suponer más del diez o el quince por ciento de la población, encontrándose la mayoría concentrados en las grandes capitales de provincia y en la propia Roma. Aunque, en cierto sentido, la esclavitud era fundamental para un correcto desarrollo de la vida diaria de muchos romanos, el Estado nunca llegó a depender incondicionalmente de ella para sobrevivir. Es cierto que existían muchos esclavos públicos que se dedicaban a las tareas de saneamiento o que trabajaban como mano de obra barata en las monumentales construcciones, pero también es verdad que en este último caso es posible que la denominación de esclavitud sea exagerada. Las grandes construcciones de la Antigüedad no se realizaron con la fuerza de los esclavos, sino con la de obreros cualificados que tenían habilidades y

conocimientos de alto nivel que un esclavo recién llegado de la otra punta del mundo no podía tener. Además, podía llegar a ser demasiado costoso «desperdiciar» los recursos necesarios para que aprendieran ciertas tareas. Sin embargo, junto con la fuerza de los animales de tiro, debían de ser ellos quienes soportaran las tareas más penosas de arrastre y empuje de las grandes moles que otorgaron a Roma su perfil majestuoso.

A lo largo de la República, fue relativamente sencillo conseguir esclavos por la cantidad ingente de prisioneros de guerra que Roma capturaba en diversas contiendas por todo el Mediterráneo. En cambio, con la llegada del Imperio, las grandes guerras desaparecieron paulatinamente, por lo que —con una población en crecimiento que demandaba cada vez más esclavos— se dio paso a otras formas de conseguirlos; entre ellas, la captura mediante caravanas itinerantes —especialmente en África y Asia— o la descendencia de las uniones entre esclavos. Aunque legalmente no podían casarse entre ellos, existían abiertamente parejas de esclavos en uniones contubernales, cuyos hijos también eran propiedad del amo desde el momento en el que nacían.

Había otras formas de caer en la esclavitud, algunas incluso voluntarias como era el caso de ciertos exlegionarios que renunciaban a sus derechos para probar suerte en la gladiatura. También a través del repudio de bebés por parte de las familias; muchas veces eran recogidos por otras personas que los encontraban abandonados y acababan por ser criados como esclavos. Es cierto que por derecho, todo ciudadano romano mantenía su condición aun habiendo sido repudiado en su hogar, pero en la práctica era muy difícil —si no imposible— demostrar que tenían origen romano.

A pesar de las valoraciones morales que podamos hacer de todas estas situaciones, la concepción que tenemos de la esclavitud en el mundo actual deforma nuestra visión de los esclavos de la antigua Roma. La presente situación de abolición y condena de la esclavitud en el mundo occidental frente a su preocupante crecimiento en muchos de los países en vías de desarrollo —para los que la respuesta más fácil, que no efectiva, suele ser la de mirar hacia otro lado—, hace que la mayoría asociemos la esclavitud con la supremacía del primer mundo. Sin embargo, para entender realmente lo que significaba la esclavitud que hemos conocido en estas páginas debemos hacer el esfuerzo de eliminar este prejuicio de base.

En Roma la esclavitud era un concepto asimilable a la domesticación de

animales: cubría una necesidad que se tenía y que no se podía o no se quería satisfacer de otra manera. Al fin y al cabo, no hay mejor animal en el planeta que el propio ser humano. Sin embargo, el punto diferenciador con la esclavitud colonialista moderna es la total falta del componente racial.

Los esclavos romanos podían proceder de África, Asia, Hispania, Britania o de la propia Roma. Un amo y su esclavo podían compartir unos rasgos de etnia, cultura y sociedad sin que ello supusiera un impedimento en sí mismo. Apiano escribió una vez que «el esclavo llevaba una indumentaria similar a la de sus amos; pues, salvo en el caso del orden senatorial, el resto de la vestimenta es común a esclavos y hombres libres» (*Guerras civiles* II, 120). De este y muchos otros testimonios deducimos que tampoco era especialmente sencillo reconocer a un esclavo por la calle solo por su aspecto físico o su vestimenta, puesto que había muchos ciudadanos pobres peor vestidos que algunos esclavos de las familias más ricas.

Es evidente, por tanto, que en Roma no existía el concepto de la superioridad étnica sobre personas de orígenes diferentes por su color de piel o su forma de vestir, a diferencia de la esclavitud moderna, en la que era conveniente afianzar la relación de la piel negra con conceptos malignos y pecaminosos. Sin embargo, tampoco debemos olvidar que aun sin estos elementos, seguimos estando ante una concepción discriminatoria de la esclavitud, discriminación que también podía extenderse a los extranjeros, no necesariamente esclavos, que podían ser vistos como poco civilizados si venían de lugares en los que Roma no ejercía un control efectivo.

De cualquier forma, centrándonos en el caso que nos ocupa, podemos concluir que no existía un desprecio inherente a la persona, sino un orden social que nadie se planteaba modificar. De hecho, si un esclavo era liberado por su amo, se convertía en un miembro socialmente aceptado de la comunidad sin mayores dificultades para conseguir vivir dentro de sus posibilidades y su dignidad como liberto. Este tipo de movilidad social es impensable si hablamos de la esclavitud colonialista. No podemos justificar, ni mucho menos, el sistema, pero en este caso —como en tantos otros—, los romanos fueron mucho más sensatos que quienes les sucedieron.

## PRODIGIOS INDESEADOS

En el mundo romano, la manifestación de sus divinidades estaba muy presente en el día a día. No eran ajenas a lo que sucedía en la esfera terrenal y, a pesar de ser superiores, sufrían los mismos vicios y pasiones que los mortales. Es —curiosamente— casi como si hubieran sido creadas a imagen y semejanza de los humanos.

No hay que olvidar que en la supersticiosa sociedad romana, piadosa y temerosa de sus dioses, cualquier elemento natural podía ser interpretado como una señal divina. De ahí que conociéramos muchos signos diversos, tanto buenos como malos, que los dioses empleaban para comunicarse con el mundo terrenal. Con anterioridad hablábamos de los *auspicia*, señales requeridas por los augures que, sin duda, tanto para aquellos que creían religiosamente en ellos, como para quienes los utilizaban como una forma de control político y religioso, eran una manera excelente de conseguir buenos argumentos a favor o en contra de un hecho o asunto concreto. Pero existían también signos imposibles de controlar que podían suceder en cualquier momento y seguramente desconcertaban a quienes los vivieron y los sufrieron: se trata de los *prodigia*.

En castellano conservamos la palabra *prodigio* con el significado de un suceso extraño que excede los límites de la naturaleza. Precisamente esa era la base de su significado entre los romanos, para quienes un *prodigium* representaba la ira de los dioses y la ruptura de su paz con los hombres, un mal que debía ser expiado y reparado públicamente. Estos hechos podían ocurrir en cualquier momento y lugar en formas muy diversas; entre ellas se encontraban los nacimientos monstruosos con deformidades, ya fueran de animales o humanos, las víctimas de sacrificios que carecían de órganos internos, animales que hablaban como humanos, plagas, eclipses, terremotos, cometas —aunque no en todos los casos—, lluvias de sangre, leche, carne o

piedras e incluso el descubrimiento de la violación del voto de castidad por parte de una virgen vestal.

Todos esos *prodigia* atentaban contra el bienestar de Roma en mayor o menor medida, de ahí que desde las altas instancias religiosas del Estado se tomara muy en serio su expiación para restituir la convivencia entre dioses y hombres a su estado natural. En cualquier caso, no todos los fenómenos naturales que ocurrían eran considerados inmediatamente signos divinos. Existía todo un procedimiento de aceptación por parte del Senado que podía decidir no tomarlo en cuenta porque no concerniera de forma pública a Roma o porque no fuera relevante.

A pesar del alto grado de superstición de los romanos, aceptaban que los fenómenos naturales fortuitos podían darse sin que interviniese en ellos la ira divina. También se podía dar el hecho de que el testimonio de quien decía haber presenciado el *prodigium* fuera poco convincente o directamente falso. Aunque, teniendo en cuenta que conocemos varios casos documentados de animales que hablaban con voz humana, podemos decir que la valoración de su autenticidad no debía de estar basada tanto en el racionalismo como en el interés. Los casos particulares de animales parlantes que se narran en las fuentes son de pájaros que gritan como humanos, pero también ovejas, vacas o bueyes que hablan con claridad inteligible. En cuanto a estos últimos, se requería que fueran llevados hasta Roma y entregados al Estado, que los dejaba pastar en los prados públicos donde eran cuidados y alimentados para expiar el mal que representaban. Pero había muchos más; como muestra, vamos a hablar sobre diversos ejemplos de *prodigia* admitidos por el Senado que tuvieron lugar durante la República.

En el año 362 a. C., se produjo en Roma el que está considerado como uno de los *prodigia* más importantes y aterradores que ocurrieron en la ciudad. En medio de la plaza del Foro, de pronto se abrió en el suelo una gran grieta a través de la cual se decía que se podía ver la boca misma del inframundo. Tito Livio, siendo algo más racional, dice que la gran sima pudo producirse por un temblor de tierra o algo similar. A pesar de que muchos intentaron rellenarlo con tierra, aquel abismo tragaba todo lo que se le echara sin llenarse nunca, por lo que el Senado decidió pedir a los sacerdotes encargados de los libros sibilinos que los consultaran para encontrar la respuesta a tan extraño suceso.

Los sacerdotes concluyeron que el agujero solo se cerraría cuando los

romanos arrojaran aquello que era más valioso para ellos. Así comenzaron las ofrendas de ricas telas, víctimas de sacrificios, primicias de la cosecha, dinero y muchas otras cosas que no produjeron ningún efecto. Finalmente, un joven caballero de gran valor, Marco Curcio, se dio cuenta de que lo más importante que tenían los romanos era el valor de sus ciudadanos. Por ello decidió, sin que nadie pudiera hacerle cambiar de parecer, lanzarse él mismo al abismo montado en su caballo y vestido con las mejores galas militares. El pueblo, a pesar de su tristeza, le permitió hacerlo si así se acababa con aquel desgraciado portentoso. Curcio se dispuso frente al templo de Concordia y, encomendándose a los dioses para que su sacrificio surtiera efecto, espoleó a su caballo directo al gran agujero al que cayó y de donde nunca más salió. Al poco, el gran abismo se cerró para siempre y, en su honor, en mitad de la plaza del Foro se levantó un monumento en recuerdo del valeroso hombre que salvó a Roma de aquel *prodigium*.

El llamado lago Curcio (*lacus Curtius*, en latín), cuya reconstrucción de época tardorrepública todavía se puede ver en la actualidad en el Foro romano, era un monumento de oscuro origen para el que se crearon diversas leyendas que tenían en común el nombre del protagonista —Curcio—, siendo la más destacada la que acabamos de relatar. También se pensaba que en tiempos de Rómulo, cuando el Foro no era más que una zona lacustre —de ahí el nombre—, un soldado sabino llamado Metio Curcio se había visto obligado, durante el asalto de Tito Tacio a la ciudad, a cruzar el lago cenagoso con su caballo, pereciendo este en el intento o ambos, según las distintas versiones. Entre los restos del monumento, durante su excavación, se halló un relieve en el que, aunque se ha querido ver la figura de Marco Curcio a caballo, es más probable que esté representado Metio, por el ambiente lacustre tallado en el fondo del mismo. Por último y tal vez de forma más realista, aquel lugar pudo haber sido señalado como sagrado durante el consulado de Cayo Curcio —445 a. C.— por la caída de un rayo, otro *prodigium* que finalmente habría sido olvidado en favor de las leyendas que se crearon en distintos momentos de la historia romana.





Relieve que representa a Metio Curcio entrando en la ciénaga con su caballo. Se trata de una copia augustea de un original tardorrepublicano. Fue hallado en 1553 en la zona del Foro (Museos Capitolinos, Roma).

Parece lógico pensar que una sociedad como la romana que fomentaba la superstición y la observación de rasgos divinos en hechos cotidianos o incluso la creación de los mismos por interés, engaño o enajenación, encontrara muchos más *prodigia* cuanto peor fuera la situación política, económica y social del momento. Tal vez los más acuciantes fueron los periodos de guerra que soportó Roma, en particular los más cercanos a la propia ciudad durante la República. En estas situaciones las fuentes atestiguan que se producían un gran número de prodigios asociados con el desasosiego general de la población. Especialmente intenso debió de ser el periodo de la segunda guerra púnica ante la visión de una gran derrota que no había estado tan cerca desde que los galos asediaron la ciudad en el siglo IV a. C. Precisamente en el año 216 a. C., antes de marchar hacia Cannas —como presagiando la terrible derrota que sufriría Roma frente a Aníbal—, llovieron piedras en el Aventino, brotó sangre de las estatuas de los dioses e incluso varias personas fueron fulminadas por sendos rayos que cayeron en la zona del Campo de Marte.

A pesar de todo, no debemos ver reflejado en estos fenómenos solo el miedo de los ciudadanos, sino también la esperanza y casi la imperiosa necesidad religiosa de reparar las ofensas a los dioses para restaurar el equilibrio, esa *pax deorum* que no debía perderse jamás.

*Bos namque mugitu suo in sermonem humanum converso novitate monstri audientium animos exterruit. carnis quoque in modum nimbi dissipatae partes ceciderunt, [...] puerum infantem semenstem in foro boario triumphum [clamasse], alium cum elephantino capite natum, in Piceno lapidibus pluisset, in Gallia lupum vigili e vagina gladium abstulisse, in Sardinia scuta duo sanguinem sudasse, Antii metentibus cruentas spicas in corbem decidisse, Caerites aquas sanguine mixtas fluxisse. bello etiam Punico secundo constitit Cn. Domiti bovem dixisse 'cave tibi, Roma'.*

Un buey cuyo mugido se había convertido en voz humana, por la novedad del prodigio, llenó de espanto los ánimos de quienes lo oyeron. Cayeron también trozos de carne esparcidos como si fuese lluvia; [...] un niño de seis meses que aún no hablaba gritó en el Foro Boario: «¡Triunfo!»; otro nació con cabeza de elefante; en Piceno llovieron piedras; en la Galia un lobo le sacó la espada de la mismísima vaina a un centinela; en Cerdeña dos escudos exudaron sangre; en Antium cayeron espigas ensangrentadas en las cestas de unos segadores; en Cere las aguas fluyeron mezcladas con sangre. También hay constancia de que durante la segunda guerra púnica un buey de Cneo Domicio dijo «¡Roma, ten cuidado!».

(Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* I, 6, 5).

En la cara opuesta, los romanos también observaban los prodigios que tenían lugar no para advertir de los peligros de la guerra, sino para enardecer los ánimos militares. En este sentido, en diversas ocasiones se nos dice que la lanza y los escudos del dios Marte vibraban solos, como ansiosos, pidiendo guerra. El hecho de que estos elementos sagrados se guardaran en la Regia, donde solo el sumo pontífice y otros altos cargos religiosos del Estado tenían acceso a ellos, nos hace comprender lo ligada que se encontraban la política y sus decisiones a las instituciones religiosas, de cara a controlar la opinión y los ánimos de los ciudadanos de Roma.

Otros sucesos —sin duda fortuitos, si es que fueron reales— no podían ser controlados, como lo que ocurrió en el año 114 a. C., justo antes de realizarse un terrible descubrimiento que desestabilizaría toda Roma. En aquel año, un caballero llamado Publio Helvio volvía de Apulia hacia Roma con su familia cuando les sorprendió una tormenta. Durante la intensa tempestad, su hija,

que iba a caballo, fue fulminada por un rayo que la mató a ella y al animal al instante. El cuerpo de la joven quedó tendido en el suelo de forma siniestra, despojada de todas sus joyas por el fulgor, con las vestiduras subidas por encima de la cintura y con la lengua fuera como si el rayo hubiera entrado por su sexo y le hubiera salido por la boca.

Ante la gravedad de aquel espantoso suceso los *decemviri sacris faciundis* consultaron los libros sibilinos y no tardaron en descubrir que la pureza de las vírgenes vestales había sido mancillada. Para los romanos la pérdida de la virginidad de una sola vestal podía hacer peligrar enormemente el futuro de la urbe, por lo que una revelación así haría que cundiera el pánico de forma instantánea entre la población. Por suerte para el bienestar del Estado, se pensaba que si algo semejante ocurría, los dioses no dudarían en enviar pronto un *prodigium* reseñable, como el que acabamos de conocer, para avisar del crimen cometido por la sacerdotisa de Vesta.

En aquella ocasión, las investigaciones del Senado revelaron que no había sido una, sino tres de las seis vírgenes vestales las que habían violado su voto de castidad y habían yacido con ciudadanos romanos del orden ecuestre. Una de ellas, Marcia, mantenía una relación secreta con un solo hombre, algo que habría pasado inadvertido de no ser porque las otras dos, Emilia y Licinia, habían mantenido relaciones sexuales repetidas e impúdicas con diversos hombres e incluso con varios a la vez. Todos los acusados, que mantenían en secreto este ultraje contra la pureza sagrada de las vestales —conocido como *crimen incestum*—, fueron delatados por el esclavo de uno de ellos al que le habían prometido falsamente la libertad.

Para volver al equilibrio se dedicó un templo a Venus Verticordia —la que cambia los corazones de la lujuria a la castidad—, que a partir de entonces celebró su fiesta el día 1 de abril. También se decretó la muerte para todos los implicados, ejecutando a los hombres y enterrando vivas a las vestales, a quienes no se podía ajusticiar por su carácter sagrado, junto con dos gálatas y dos griegos, como habían aconsejado los oráculos.

Realmente, las expiaciones para mantener el bienestar de Roma podían llegar a ser terribles si la situación así lo dictaba, al fin y al cabo, ¿quiénes eran ellos para juzgar la voluntad de los dioses interpretada por los sacerdotes a partir de los oráculos escogidos por el azar inspirado? Si era necesario ejecutar, incluso a un inocente, por el bienestar general, el fin justificaba completamente los medios. Uno de los peores casos que se conocen en este

sentido tuvo lugar en el año 186 a. C. en Umbría. Allí se supo que había un niño de doce años hermafrodita, lo cual era visto— desde la moral oficial— como una abominación monstruosa enviada por los dioses. Otros *prodigia* acompañaron a aquel singular descubrimiento: lluvia de piedras en Piceno, llamaradas de fuego que bajaban del cielo y prendían las ropas de la gente, y un rayo que cayó sobre el templo de la diosa Ops en el Capitolio.

Para aplacar todos aquellos portentos enviados por los dioses, fue necesaria la celebración de rituales religiosos durante nueve días seguidos —*novemdiale*—, el sacrificio de varios animales adultos —*hostiae maiores*— y la purificación —*lustratio*— completa de la ciudad. En cuanto al joven hermafrodita, los *haruspices* declararon que debía ser expulsado del territorio romano y ejecutado lo antes posible. La causa de todos aquellos sucesos fue achacada, poco después, a unos terribles actos de depravación que, según el Senado, se estaban llevando a cabo por toda Italia. Estos supuestos hechos lascivos y ominosos son los que vamos a desentrañar precisamente en el próximo capítulo.

## DE BACANALES Y ORGÍAS

Romanos, sexo y depravación parecen los tres ingredientes perfectos en un cóctel de tópicos que seguramente todos podemos mezclar en nuestra cabeza sin demasiado esfuerzo. Y si a todo ello le añadimos una guinda en la forma de la palabra «bacanal», ya puede comenzar la fiesta.

Aunque tendremos tiempo más adelante de retomar el tema del sexo y sus connotaciones en el mundo romano, queremos detenernos ahora en estas bacanales —*bacchanalia*—, para comprender su verdadero significado, muy distinto del mito que cualquiera de nosotros es capaz de dibujar en su mente.

Para ello debemos mirar más allá del estereotipo y las connotaciones impúdicas que tiene el concepto para nosotros, a saber: concurridas fiestas de placer desenfrenado, rituales orgiásticos, sexo en grupo y prácticas lujuriosas de las que los romanos más depravados disfrutaban sin cesar. Esta sería una definición que, sin duda, habrían apoyado muchos romanos como Tito Livio, el propio Senado y, por supuesto, los literatos cristianos del Bajo Imperio, que jugaron bien sus cartas perpetuando —por los siglos de los siglos— la gran bola de nieve formada alrededor de los vicios hedonistas de los más privilegiados de la antigua Roma.

Como casi siempre, la realidad es bien distinta, aunque prevalezcan solo los intereses de quienes escriben la historia mezclados con el velo de olvido y distorsión que supone el paso del tiempo.

La verdad de esta historia fue silenciada en el otoño del año 186 a. C. mediante una persecución —orquestada por el Senado—, que se inició en Roma y que se extendió prácticamente por toda Italia. El resultado: cientos de personas capturadas y ejecutadas solo por profesar una fe de salvación y vida eterna. Efectivamente, la religión —para muchos causa y para otros solución de todos los problemas humanos— está detrás de este macabro episodio de la historia romana.

Intuyo que has pensado por un momento la palabra «cristianos», pero no te adelantes, ya habrá tiempo para hablar de ellos, puesto que estuvieron tanto en el bando de los que escriben y reescriben la historia como en el de los que la reciben a golpes. Sin embargo, la religión que profesaban estos pobres insensatos tenía muchas similitudes con la idea de aquel Cristo salvador que nacería dos siglos después.

Las bacanales no eran otra cosa que los ritos de una religión dedicada a rendir culto a Dioniso-Baco. Una religión que, muy al contrario que la oficial del Estado romano, no se centraba en la vida terrena, sino que lo hacía en aquella que llegaba tras la muerte del fiel. Conocemos bien este tipo de religiones, pues el cristianismo es, de entre todas ellas, su mayor exponente a lo largo de la historia. Sus cimientos se hunden en la creencia de una vida mejor tras la muerte y en una divinidad salvadora que permite la redención a través de una serie de ritos de paso —misterios o sacramentos— que el fiel debe superar. Estos misterios son los que dan nombre a este tipo de religiones de salvación o místicas.

Y son precisamente esos misterios los que nos impiden conocer bien la religión báquica en particular, puesto que sus fieles juraban guardar en secreto lo que en ellos se realizaba sin permitir que ninguna persona ajena al culto los llegara a conocer jamás. Su gran secretismo fue justamente uno de los elementos que permitieron su demonización. Para comprender bien la historia y su deformación primero debemos conocer mejor al dios salvador: Baco.

La historia, o más bien historias, de Dioniso nos llevan necesariamente más atrás en el tiempo, hasta la antigua Grecia o incluso más allá, pues se han encontrado tablillas micénicas escritas en lineal B datadas en el siglo XIII a. C. con referencias a su culto. Además, no existe solo un origen mitológico para este dios, sino que cuenta con historias diversas, que juntas enriquecen a una única figura que podía ser uno y varios a la vez. Cicerón (en su obra *Sobre la naturaleza de los dioses* III, 23, 58) diferencia hasta cinco de ellos, un rasgo que podemos comprender a través de su reflejo cristiano en el concepto de la Trinidad. Dios es uno y trino a la vez, como Dioniso.

Este interesante concepto es propio de la evolución de los cultos politeístas hacia otros de carácter henoteísta —aquellos que no niegan la existencia de otros dioses pero consideran que una divinidad es superior a las demás—, e incluso monoteísta.

La tradición más antigua de Dioniso lo relaciona con Sabacio, una divinidad frigia a quien los griegos hicieron nacer de Zeus —en forma de serpiente— y Perséfone, diosa del inframundo. De esta divinidad ctónica — que pertenece a la tierra y al inframundo—, nació el primer Dioniso, que fue muerto y descuartizado en siete pedazos por los Titanes, quienes después se lo comieron. Zeus, furioso por la muerte de su hijo, los fulminó reduciéndolos a cenizas que, al caer a la tierra, dieron lugar al género humano, que carga desde entonces con la culpa original de los Titanes.

Según otras versiones del mismo mito, Dioniso no fue engendrado por Perséfone sino por la madre de esta, Deméter —diosa de la agricultura y de los campos—, entregándonos una explicación sobre el origen de la vendimia y el vino. El cuerpo descuartizado del dios sería como los racimos que se arrancan de la viña para después aplastar las uvas y hacer el vino, la bebida de salvación de Dioniso. Así, se le atribuía la invención del vino y también de la cerveza —*zythos*—, creada para aquellos pueblos en los que la viña no fructificaba y que, en palabras de Diodoro de Sicilia, «por su aroma, no está muy por detrás del vino» (*Biblioteca histórica* IV, 2, 5). En esta versión del mito, Deméter, al recomponer el cuerpo de Dioniso, descuartizado por los Titanes, consiguió que resucitara.

Esto nos conduce a otro de los orígenes de esta divinidad, uno que nos lleva a relacionarlo con el mundo egipcio. Cuenta también Diodoro (IV, 1, 6) que los egipcios tenían un dios que era el mismo al que los griegos llamaban Dioniso: Osiris. Para los egipcios este era el dios de los difuntos a raíz de su muerte, descuartizado por su hermano Seth, y su resurrección mágica gracias a que su hermana y esposa, Isis, recorrió Egipto para buscar los fragmentos de su cadáver. Ella recompuso el cuerpo completo salvo el pene —que había sido devorado por un gran pez del Nilo—, por lo que Osiris no podía ser un hombre vivo completo, convirtiéndose así en el dios de los muertos. Las similitudes con la destrucción del cuerpo de Dioniso y su posterior resurrección hicieron posible esta asimilación.

El último mito principal relacionaría a Dioniso directamente con los misterios y el culto que dio origen a las bacanales. En este caso sería hijo de Zeus y Semele —hija de Cadmo, rey de Tebas—. Hera, esposa de Zeus, airada por los escauceos amorosos de su marido, engañó a Semele para que le pidiera a su amante que se mostrara ante ella en su forma divina. Al insistirle esta en que ella se merecía ser tratada del mismo modo que Hera, Zeus se

reveló en todo su poder, quedando la mortal fulminada por su fuerza divina. El rey de los dioses se apresuró entonces a recoger al bebé abortado, gestándolo en su propio muslo hasta que le llegó el momento de volver a nacer. Zeus le llevó a Nisa, en Arabia, donde el bebé recibió —de nuevo según Diodoro (III, 64, 6; IV, 2, 4)— el nombre de Dioniso—Dionysos en griego— por su padre —Diós, el genitivo de Zeús— y por el lugar —*nysos*, de Nysa—.

Las ninfas —o las hermanas de Sémele— criaron al bebé dos veces nacido y, para evitar que Hera supiese de su existencia, lo ocultaron en un cofre de madera, cubriéndolo con pieles de ciervo —*nebris*— coronadas de racimos de vid. También danzaban a su alrededor y hacían sonar tambores y címbalos para que no se oyeran sus llantos.

Así fue como nacieron los misterios dionisiacos, que tenían como componente fundamental las danzas extáticas de las bacantes —βάκχαι, de la misma raíz que el nombre Baco, adoptado por la religión romana—, mujeres iniciadas en el culto. A pesar de que este era el nombre que recibían las fieles, la tradición literaria comúnmente tuvo a bien darles el nombre de *ménades* en relación con el término μαινάς —‘locura’— por los movimientos erráticos y las contorsiones que realizaban al danzar ataviadas con pieles de ciervo y coronas de hojas de parra, portando varas entrelazadas de hiedra y pámpanos y haciendo sonar flautas, címbalos y panderos.

Mediante estas danzas, las bacantes trataban de llegar a un estado de éxtasis báquico que suponía la completa liberación mental. Los ritos y los movimientos, que podían llegar a ser violentos, provocaban que las fieles entraran en contacto directo y carnal con la divinidad. Este tipo de rituales sagrados en los que solo participaban mujeres, eran conocidos como *orgium* o, más comúnmente en plural, *orgia*.

Pero, ¿cómo pasó la palabra *orgia* de significar un ritual femenino de danza y espiritualidad a ser una depravada reunión de sexo grupal? La respuesta está en los cambios que se produjeron en el culto báquico en Roma hacia finales del siglo III y comienzos del II a. C. y en las reacciones que dichos cambios provocaron en las más altas esferas políticas y religiosas de Roma.

Fue Tito Livio (*Desde la fundación de la ciudad* XXXIX, 8-19) quien narró con todo detalle lo ocurrido a comienzos del siglo II a. C. dentro y fuera de los círculos de los misterios de Baco. El culto a Dioniso-Baco había sido



introducido en Italia varios siglos atrás por influencia de los griegos que lo profesaban. En Roma era considerada como una *aliena religio* o religión extranjera, fuera de los límites de los cultos oficiales del Estado, que representaban la moral religiosa romana, encarnada en la *pudicitia* —la modestia o la castidad—. A pesar de ello, era tolerada siempre y cuando no atentara contra el orden establecido o contra dicha moral tradicional.



*El baile de las ménades*. Réplica romana de un original griego de fines del siglo V a. C. atribuido a Calímaco. (Museo del Prado, Madrid).

Además, el culto báquico —como hemos comentado— forma parte de las religiones místicas, que poco o nada tienen que ver con el concepto religioso del mundo romano. La religión romana se centraba en el día a día, en esta vida y no en la otra. Para los romanos era fundamental aprovechar bien los dones y la relación con los dioses en la vida terrenal, porque ya intuían que en el más allá la estancia no sería demasiado agradable y no había mucho que ellos pudieran hacer para evitarlo. Esa relación era totalmente interesada —por ambas partes— y se basaba en peticiones que eran satisfechas por la divinidad a través de las ofrendas que el mortal le entregara.

Por el contrario, las religiones místicas se alimentaban con las esperanzas de una salvación futura en la otra vida a partir de los diferentes ritos de paso realizados en esta. Así, el fiel —con la ayuda de Baco— era capaz de granjearse su propia salvación. No es de extrañar que este tipo de cultos experimentara un crecimiento sustancial en el número de iniciaciones de fieles en momentos de crisis, guerra y malestar social, pues si esta vida era miserable, tal vez sería mejor centrarse en intentar salvarse en la próxima.

Del mismo modo que ocurriría con el cristianismo a lo largo del anárquico siglo III, sucedió con el culto báquico durante los años de la segunda guerra púnica, en los que toda Roma se encontraba amenazada y desesperada por el avance de las tropas cartaginesas y las noticias de las varias derrotas que sufrían sus compatriotas contra Aníbal.

En los primeros años del siglo II a. C., una sacerdotisa de Baco llamada Pácula Annia, procedente de la Campania, decidió, por inspiración de la divinidad, modificar algunos aspectos del culto báquico para adaptarlos y actualizarlos a la situación que se vivía en aquellos momentos en Italia. Algunas de las medidas que se aplicaron estaban especialmente encaminadas a hacer frente a la enorme demanda de iniciaciones.

Eran tantas las personas que deseaban entrar a formar parte de los misterios y los rituales iniciáticos que pasaron a celebrarse cinco veces al mes, cuando hasta entonces solo se habían realizado tres días al año. Si hasta aquel momento el culto había estado permitido para mujeres de cualquier condición social, haciendo que amas y esclavas se mezclaran sin importar su clase o

estatus social, Annia fue más allá permitiendo la iniciación también a los hombres, que siempre lo habían tenido prohibido.

Ambas medidas suponían una verdadera revolución no solo religiosa, sino también social e incluso política que hizo crecer cada vez más el número de fieles a los misterios, muchos de los cuales comenzaban incluso a abandonar los ritos tradicionales de la moral romana. La popularización de una religión en la que el individuo se relacionaba directamente con la divinidad no era compatible con los tradicionales sistemas de la religión oficial, en la que las altas esferas sacerdotales tenían el poder, ejerciendo de vínculo entre los dioses y los hombres. Entregar esa clase de poder a una religión extranjera resultaría peligroso y desestabilizador para Roma y el Senado no podía permitirlo.

Así, en el año 186 a. C., el cónsul Espurio Postumio Albino, junto con su colega en el cargo, iniciaron una investigación que terminaría en la represión general del culto que Livio narró para la posteridad. Sin embargo, una empresa inquisitorial como aquella necesitaba al pueblo de su parte, por lo que se ideó una campaña de descrédito absoluto contra las reformas de los misterios de Baco.

Los cónsules comenzaron sus investigaciones gracias a la confesión de una prostituta liberta llamada Híspala Fecenia, iniciada en los misterios cuando era esclava pero más tarde alejada de ellos. Ella tenía también un amante, un tal Publio Ebucio, que iba a ser iniciado en los secretos por su madre como muestra de agradecimiento. Ambos testigos revelaron los misterios y declararon los desenfrenos que allí se producían, toda vez que el propio Tito Livio recoge que, en un primer momento, la prostituta declaró no saber nada de los ritos que allí se realizaban, pues hacía muchos años que no formaba parte del culto. Sin embargo, la cólera del cónsul Postumio hizo que, inundada de terror —y quién sabe si animada también por los 100.000 ases que recibiría un tiempo después—, describiera finalmente las más obscenas e impías estampas que se pudiera imaginar.

*Additae voluptates religioni vini et epularum, quo plurium animi illicerentur. Cum vinum animos [incendissent], et nox et mixti feminis mares, aetatis tenerae maioribus, discrimen omne pudoris extinxissent, corruptelae primum omnis generis fieri coeptae, cum ad id quisque, quo natura pronioris libidinis esset, paratam voluptatem haberet. Nec unum genus noxae, stupra promiscua ingenuorum feminarumque erant, sed falsi testes, falsa signa testamentaque et indicia ex eadem officina exhibant: venena indidem*

*intestinaeque caedes, ita ut ne corpora quidem interdum ad sepulturam exstarent. [...] Occulebat vim quod prae ululatibus tympanorumque et cymbalorum strepitu nulla vox quiritantium inter stupra et caedes exaudiri poterat. [...] Ex quo in promiscuo sacra sint et permixti viri feminis, et noctis licentia accesserit, nihil ibi facinoris, nihil flagitii praetermissum. Plura virorum inter sese quam feminarum esse stupra. Si qui minus patientes dedecoris sint et pigriores ad facinus, pro victimis immolari.*

Al rito religioso se añadieron los placeres del vino y los banquetes para atraer a mayor número de adeptos. Después de que el vino hubiese inflamado los ánimos y de que la noche y la promiscuidad de sexos y edades, tierna y adulta, hubiesen eliminado todo límite de pudor, comenzaron a cometerse toda clase de depravaciones, pues cada uno tenía a su alcance la satisfacción del deseo al que era más proclive por naturaleza. Y no se trataba de un solo tipo de maldad, como la violación indiscriminada de hombres y de mujeres, sino que de la misma fragua salían falsos testigos, falsos sellos de testamentos y delaciones: allí mismo se producían envenenamientos y muertes a escondidas, de manera que a veces ni siquiera se encontraban los cadáveres para darles sepultura. [...] Esta violencia quedaba tapada por el hecho de que, debido a los chillidos y el estrépito de los tímpanos y címbalos, no se podía oír ni una sola voz de los que pedían auxilio en medio de las violaciones y las muertes. [...] Desde que los ritos eran promiscuos y se mezclaban hombres y mujeres y se había añadido la permisividad de la noche, no había delito ni inmoralidad que no se hubiera perpetrado allí; eran más numerosas las prácticas vergonzosas entre hombres que entre hombres y mujeres. Los que se mostraban más reacios a someterse al ultraje o más remisos para las malas acciones, eran inmolados como víctimas.

(Tito Livio, *Desde la fundación de la ciudad XXXIX*,  
8, 5-8; 13, 10-11).

Como hemos podido comprobar, el despliegue de la argumentación en contra de la virtud, la moral y la *pudicitia* romanas fue digno de los más altos tribunales de la Inquisición moderna. Si bien es cierto que entre los ritos de Baco existía el culto al falo, no era con connotaciones sexuales sino como elemento de fertilidad, de vida y de renacer natural. Por otra parte, es cierto que existían banquetes —*convivia*— en los que el vino tenía una especial importancia para lograr un ambiente desinhibido que favoreciera las danzas alocadas de las bacantes. En ellos también se realizaban rituales en los que se desmembraban víctimas animales y se consumía su carne —imitando la muerte del propio Baco— y los participantes se vestían con pieles de ciervo para replicar simbólicamente los elementos del mito.

Todos estos ritos, realizados de noche y fuera de la ciudad, en bosques sagrados donde era más sencillo estar en contacto con la naturaleza y con Baco, dieron pie a liberar los pensamientos más lúbricos de aquellos que se habían tornado en adversarios religiosos y defensores de la moral tradicional al ver amenazado su *statu quo*. Sin embargo, y a pesar de que no es posible saber con seguridad si todas estas acusaciones tenían alguna base real —debido a la condición secreta de los misterios—, este tipo de rituales parecen ser como mínimo exageraciones morales esgrimidas por los cónsules ante el Senado, y más tarde ante el pueblo, para justificar una persecución religiosa, política y social. Al fin y al cabo, eran las propias madres, ya iniciadas, las que voluntariamente llevaban a sus hijos a los ritos de salvación, por lo que no parece razonable pensar en desenfrenos sexuales, al menos de forma frecuente, en los rituales báquicos.

Una vez presentadas las acusaciones ya descritas ante una asamblea popular informativa —denominada *contio*— por parte del Cónsul Postumio, el Senado publicó un decreto para suprimir los cultos báquicos que se infiltraban día a día como un mal en la sociedad romana: el *Senatus consultum de bacchanalibus*.

Conocido el contenido del decreto, toda Roma se sumió en un estado de pánico general, pues en él se instaba a que fueran los propios ciudadanos los que delataran a sus familiares, amigos y conocidos, ofreciendo como incentivo recompensas económicas para aquellos que estuvieran dispuestos a vender a sus congéneres. Lógicamente, eran malas noticias para los fieles del culto, pero también para quienes no lo eran, pues pendía sobre sus cabezas el temor a la utilización de las denuncias falsas como forma de deshacerse de una o varias personas.

La ciudad quedó sitiada, las murallas y sus puertas vigiladas y los edificios registrados. A pesar de ello, algunos consiguieron huir amparados en la oscuridad de la noche, pero muchos otros fueron descubiertos y apresados en el intento. Aun así, los que huían no podían sentirse a salvo, puesto que los cónsules habían enviado copias del decreto y cartas a todas las ciudades para que en ellas también se leyese y se cumpliera con lo establecido en aquel. Una de esas cartas, hallada en 1640 en Tirioli —una ciudad al sur de Italia—, se ha conservado en su forma broncea, que estaría colocada en algún espacio público de la ciudad. Conocida como *Epistula consulum ad teuranos de bacchanalibus* (‘carta de los cónsules a los teuranos sobre las bacanales’),

se encuentra hoy en día en el Kunsthistorisches Museum de Viena y detalla las prohibiciones que se votaron en el decreto original y el modo de actuar contra los impuros miembros de la «secta báquica» y sus cabecillas.

En teoría, estos últimos debían ser quienes centraran la atención de la persecución, pero la realidad es que fue indiscriminada. Muchos fieles de Baco se suicidaron para evitar la vergüenza y el deshonor que caería sobre ellos en los juicios públicos que se celebraron y muchos otros acabaron retenidos o ejecutados. Se estableció que quienes solo habían sido iniciados y habían realizado juramentos sagrados, pero ni habían participado ni habían sido víctimas de *stupra* —pecados de impureza sexual que estaban en contra de la moral—, serían retenidos durante un tiempo para evitar problemas. Debemos recordar que en Roma no existía la pena de cárcel como castigo, sino solo como medida de contención temporal o para esperar una sentencia definitiva.

Peor suerte corrieron todos aquellos que fueron acusados de haber participado en ritos sexuales y salvajes: a ellos se les impuso la pena capital. No sabemos cómo fueron ejecutados los hombres, aunque seguramente serían estrangulados en privado sin hacer escarnio público de su ejecución. Las mujeres, en cambio, fueron entregadas a sus padres o maridos —quienes tenían la potestad sobre su vida— para que fueran ellos quienes se encargaran de ejecutarlas en sus casas. De lo contrario, serían ajusticiadas en público, demostrando así un escarnio mayor para ellas, pues se las hacía responsables últimas de todo el mal que se había producido —algo que no debe extrañarnos en una sociedad tan conservadora y patriarcal como la romana—.

En total, se decía que había unos siete mil implicados en esta «conspiración» contra el Estado. No conocemos la cifra exacta de ajusticiados, pero sí sabemos que fueron la mayoría de los capturados, una prueba más del oscuro proceso de represión impune que ejerció el Estado contra este culto.

Se ordenó también la destrucción de santuarios y objetos rituales empleados en los *orgia*, respetando únicamente aquellos que fueran más antiguos y, por tanto, quedaran dentro de la moral respetable. No hay que olvidar que Dioniso-Baco estaba muy relacionado con Liber Pater, una antigua divinidad que fue introducida en el año 496 a. C., cuyo vetusto templo se encontraba en el monte Aventino. Destruir un templo como este —plenamente integrado en la religión romana— habría supuesto un grave

atentado contra la *pax deorum*, la correcta relación de convivencia en armonía entre todas las divinidades.

Finalmente, se introdujeron diversos cambios en la celebración de rituales místicos en honor a Baco, entre los que se encontraba la prohibición de la iniciación de los hombres, debido principalmente a la amenaza que suponía la destrucción de la *virtus* a través de la sodomización de los hombres jóvenes libres, que debían convertirse en soldados de la patria. También se prohibieron las reuniones rituales de más de cinco personas y se eliminó la designación de maestros que pudieran organizar a los diversos grupos de culto en «nuevas conspiraciones», que solo existían en la ficción creada por el Senado. Y si algún hombre pensaba que debía formar parte de los misterios por motivos sagrados, tendría que elevar una propuesta de ingreso al *praetor urbanus* —administrador de justicia de la ciudad—, que solo podría concedérsela tras la aprobación de, al menos, cien senadores.

Con el paso del tiempo, el culto a Baco se siguió practicando, aunque no volvió a tener el gran auge que había experimentado a comienzos del siglo II a. C. Existen ejemplos como las pinturas de la conocida como Villa de los Misterios, un nombre cuyos descubridores le otorgaron por los famosos e impresionantes frescos del comedor que, se piensa, representan la iniciación de una joven en los misterios de Baco —aunque algunos investigadores disienten y opinan que se trata tan solo de las ceremonias preparatorias de una boda—. Durante el Imperio también encontramos ejemplos del culto o, tal vez, de una escenificación del mismo. Por boca de Tácito sabemos que Mesalina, esposa del emperador Claudio, decoraba los jardines del palacio imperial de tal modo que parecieran un bosque dionisiaco y bailaba de forma frenética imitando a una ménade para su divertimento y el de la corte.

En definitiva, el Senado consiguió reducir el culto a Baco a un espectáculo casi teatral que, en la conciencia general, formaba parte del pasado. Se había diezmado a los fieles de esta religión y se había creado una forma de control de aquellos que quedaron con vida, actuando de forma similar a otras represiones históricas posteriores, en las que se creaban una serie de justificaciones para hacer que aquello que se perseguía pareciera maligno y perverso. La intención del Senado nunca fue erradicar el culto a Baco sino las bacanales, los nuevos ritos orgiásticos mixtos que amenazaban la estabilidad de la religión oficial de la República.

En el desenfreno sexual en contra de la moral, el Senado halló la excusa



perfecta para sofocar lo que ellos mismos pensaban que era una revolución religiosa en potencia, haciendo que el culto volviera a sus orígenes sin sufrir las represalias del pueblo romano, que había tenido que soportar la depuración y el terror.

El engaño de las élites políticas, la invención que justificó la represión de este grupo religioso, ha llegado hasta nosotros en la forma del mito popular de las bacanales romanas como unas fiestas salvajes, ya incluso disociadas en la conciencia colectiva de los rituales sagrados del dios Baco y centradas únicamente en lo que nunca fueron.

Del mismo modo, en español conservamos el término *orgia* con el significado de reunión de varias personas en la que se realizan prácticas sexuales diversas y en grupo, cuando en realidad los *orgia* no eran más que los ritos sagrados dedicados a Dioniso con danzas y bailes al son de la música. El poder del engaño y la mentira a través de los siglos es tan grande que las orgías ciertamente todavía conservan, en general, una connotación impúdica desde que esta les fuera impuesta por el cónsul Postumio y el Senado romano hace más de dos mil años.

## UN AÑO ENTRE ANTIGUAS MENTIRAS

A pesar de lo que los propios romanos pensaban, fue al comienzo del periodo republicano cuando su calendario tomó una entidad suficiente para convertirse en un sistema de cómputo estable. Como hemos podido comprobar en capítulos anteriores, fueron los romanos los que retrotrajeron los orígenes del calendario al tiempo de los reyes para otorgarle un aura de majestuosidad y misticismo.

Ahora vamos a descubrir algunos de los mitos, las mentiras y los bulos más extendidos que existen a su alrededor, creados desde el mundo romano y persistentes hasta nuestros días.

Rómulo y Numa fueron los elegidos para introducir el calendario al pueblo romano. El primero de ellos, según la leyenda, creó uno de diez meses, que contenía tan solo 304 días en total. La lógica detrás de este calendario era su fundamento lunar y no solar, por lo que los meses estaban alineados con el ciclo de la luna. Todos ellos tenían una duración variable, aunque se acercaban a los 29 días, y eran los sacerdotes los que determinaban cuándo comenzaba un nuevo mes observando las diferentes fases lunares.

Cómo resolvían el problema de los 61 días restantes hasta completar los 365 que tarda la Tierra en dar una vuelta alrededor del Sol es algo relativamente dudoso. Parece lógico pensar que aquellos días, correspondientes al invierno, se vivían de igual modo que el resto, pero, al no ser un periodo de trabajo activo en el campo, no se les daba un nombre concreto; hay que tener en cuenta que la sociedad romana se basó durante siglos en el trabajo agrícola para prosperar. Sin embargo, no debemos olvidar que ese calendario probablemente no fuera más que una construcción propagandística posterior generada durante la República —a partir del calendario que tenían entonces— para recrear lo que se pensaba que podría haber sido el calendario más arcaico, del que seguramente nadie tenía ya recuerdo.

Eso también justificaría que se atribuyera a Numa una actualización de aquel calendario inicial, como se le habían atribuido tantas otras mejoras a este rey. Rómulo conocía mejor las armas que los astros, por lo que la integración de dos meses más al calendario que él había diseñado, sirvió para reflejar el ciclo solar completo, un avance muy necesario. Este calendario de 355 días se acercaba más a la invariable realidad astronómica y, como tal, se mantuvo en uso hasta el año 46 a. C., el último antes de la reforma que llevaría a cabo Sosígenes de Alejandría por orden de Julio César.

En el calendario de Numa los meses tenían duraciones fijas de 29 o 31 días, conocidos como *cavi y pleni menses*. A los diez meses de Rómulo, que había comenzado su año en marzo, dedicado al padre de los romanos —el dios Marte—, se le añadieron los meses de *Ianuarius* —enero— y *Februarius* —febrero—. A pesar de que el calendario había comenzado hasta entonces con la primavera —algo lógico en una sociedad agrícola que depende del ciclo de las estaciones para subsistir—, el nuevo mes de enero alteró dicha costumbre al instituirse como el primero del año, con 29 días. Febrero, por su parte, que había recibido solo 28 días —para cuadrar los cálculos, ligeramente errados, del nuevo calendario—, se colocó seguramente al cierre del año. Así, tanto el cómputo global del año como la duración de los meses estaban constituidos por números impares, a los que los romanos otorgaban un carácter mágico y de buena suerte. El único mes que tenía un número par de días, febrero con 28, albergó las festividades del culto a los antepasados y a los muertos —por el carácter funesto de los días pares—, así como todos los ritos de purificación para la entrada al nuevo año. No sería hasta el siglo IV a. C. cuando febrero se colocaría detrás de enero, aunque mantuvo aun así todos los ritos tradicionales del final del año como la fiesta de las *terminalia*.

De estos datos podemos extraer uno de los mitos más claros que encontramos en la actualidad sobre el calendario romano. Los análisis en profundidad de este tema son escasos e, incluso entre los investigadores no especialistas en este campo concreto, existen desinformación y bulos de los que poco a poco debemos deshacernos. Uno de los que más se ha fijado en la conciencia colectiva, especialmente en internet, es la creencia de que el año romano había comenzado en el mes de marzo hasta el año 154 a. C. y que fue en el 153 a. C. cuando finalmente fue sustituido por el 1 de enero. Este bulo histórico, que se desmonta con solo leer a los diversos autores clásicos que

hablan sobre el tema y atribuyen unánimemente el cambio a Numa, a finales del siglo VIII a. C., se basa en un error de interpretación de los hechos que acaecieron a mediados del siglo II a. C.

En aquel momento se estaban desarrollando las campañas militares contra los pueblos celtíberos de Hispania. En concreto fueron los segedenses, con ayuda de los numantinos, quienes habían conseguido causar amplias bajas entre las filas romanas del cónsul Quinto Fulvio Nobilior. Por tanto, el Senado decretó que al año siguiente —153 a. C.— los cónsules, que debían acabar con aquella rebelión lo antes posible, no tomaran sus cargos en las *idus* de marzo —15 de marzo—, como era costumbre en aquel momento, sino en las *kalendae* de enero —1 de enero—. Este cambio en el inicio del curso político romano fue, sin duda, el «causante» de esta extendida confusión que ha llegado hasta nuestros días.

A pesar de los esfuerzos —atribuidos a Numa— por regularizar el año, este calendario todavía adolecía de graves problemas de precisión que hacían que se desajustara fácilmente con respecto al ciclo natural de las estaciones. No sería hasta mediados del siglo V a. C., con la publicación de la Ley de las Doce Tablas —fundamento del derecho romano— cuando se regularizó el proceso de adecuación del año a la naturaleza. Se hizo añadiendo un mes, conocido como *Interkalaris*, que contaba con 27 días y se añadía tras el mes de febrero cada dos años.

Pese a esta reforma, los problemas continuaron provocando que el año llegara a tener un desfase de tres meses con respecto a las estaciones. Esto fue debido a que la intercalación no se cumplía estrictamente a causa de que los políticos corruptos la utilizaban a placer como una herramienta para alargar o acortar un mes el mandato de tal o cual magistrado que les era propicio o molesto.

Esta era la situación política y social en relación con el calendario en tiempos de Julio César. Cuando este se hizo con el poder supremo de Roma, ordenó a un grupo de expertos extranjeros —para que se mantuvieran al margen de las corruptelas romanas— que creara un nuevo sistema de calendario para Roma. Este grupo, con Sosígenes de Alejandría a la cabeza, diseñó el nuevo calendario que sería conocido como juliano, en honor de César y que, por fin, contaba con 365 días, gracias a los precisos cálculos que se realizaron. De hecho, fueron tan precisos que lo fijaron en 365 días y 6

horas, cometiendo un error de menos de once minutos con respecto a su duración real.

Pero aquel esfuerzo de ingeniería astronómica no habría servido de nada si se hubiera implantado sin antes volver a sincronizar el calendario civil con el natural. Por eso, en el año 46 a. C., apodado por los romanos como el último año de la confusión —*Annus confusionis ultimus*—, se añadieron tres meses *Interkalares*, uno después de febrero y otros dos entre noviembre y diciembre, haciendo que el año tuviera una duración total de 445 días, convirtiéndose en el año más largo de toda la historia.

Una vez restaurada la regularidad, el 1 de enero del año 45 a. C. entró en vigor el nuevo calendario juliano que, además, corregiría la acumulación de seis horas cada año añadiendo un día completo cada cuatro, que no se introducía al final del mes, sino tras el final simbólico y sagrado del año que había mantenido la tradición en las *terminalia* del día 23 de febrero. El día siguiente, 24 de febrero —*ante diem sextum Kalendas Martias*, ‘el sexto día antes de las kalendas de marzo’—, se duplicaba, de modo que se añadía otro día conocido como *ante diem bis sextum Kalendas Martias* (‘de nuevo el sexto día antes de las kalendas de marzo’). Ese *bis sextum* es el término que hemos mantenido a lo largo de la historia y que seguimos empleando cuando hablamos de los años «bisiestos».

Poco después de su muerte, se decretó que el mes en el que había nacido llevara el nombre del *dictator* asesinado —*Iulius*, de donde viene nuestro *julio*— y dejara de llamarse *Quintilis*. Años después, durante el gobierno de Augusto, el Senado volvió a conceder al propio emperador el mismo honor del que ya disfrutaba su padre adoptivo, decretando que el mes *Sextilis* se llamara *Augustus* a partir de entonces. En este sentido parece que en la Edad Media surgió otro bulo histórico que quedó plasmado en el siglo XIII en la obra del monje cristiano Juan de Sarcobosco. En ella se cuenta que al mes de agosto se le habían otorgado 30 días en el calendario juliano. Pero cuando se cambió el nombre del mes que le había sido otorgado, Augusto decidió añadirle uno más para no ser menos que julio, que tenía 31 días. La envidia de Augusto por la grandeza de César —inventada de la nada por el autor— es la que habría motivado tal cambio. Así, le habría quitado un día a febrero, que anteriormente contaba con 29 para dejarlo con 28, tal y como lo conocemos ahora. Nada más lejos de la realidad, como ya hemos visto. El mes de febrero contaba con 28 días desde los tiempos de Numa y el propio

César no se atrevió a modificar su duración por respeto a los dioses de los antepasados, los manes. Sí lo hizo, por el contrario, con el mes de agosto, que con su reforma pasó de tener 29 a los 31 días que todos conocemos, sin que Augusto tuviera absolutamente nada que ver con ello.

Es sorprendente comprobar cómo esta historieta, cuyos argumentos no se sostienen por ninguna parte, fue pasando de unos autores a otros a lo largo de los siglos sin que ninguno de ellos se parara a comprobar su autenticidad. Desgraciadamente, el uso de argumentos de autoridad ha estado siempre muy extendido. En muchas ocasiones se aceptan datos ajenos a cualquier prueba fehaciente si proceden de la «sabiduría» de un erudito. Contrarios a la investigación histórica, este tipo de prácticas tan solo consiguen que bulos, como el que acabamos de conocer, se hayan convertido en «verdades» a fuerza de repetirlos muchas veces citando como fuente a tal o cual erudito. Hoy en día siguen existiendo esa misma clase de «eruditos», que copian y repiten sin saber —algunas veces en papel y la mayoría entre píxeles—, y somos nosotros quienes debemos darnos cuenta de que no todo vale a la hora de narrar la historia: si en lugar de divulgarla se la vulgariza y se atenta contra ella a través de la falta de rigor, flaco favor le estaremos haciendo a sus protagonistas y a nosotros mismos.

A pesar de todo, Augusto sí se vio obligado a hacer algunos pequeños reajustes al calendario de su padre adoptivo, aunque tan solo sirvieron para corregir una mala interpretación de las instrucciones de la intercalación, que se realizaron por error cada tres y no cada cuatro años durante algún tiempo.

Resuelto ese despiste, el calendario juliano se mantuvo en uso y sin cambios durante el resto de la Edad Antigua, la medieval y hasta bien entrado el siglo XVI. Fue entonces cuando ese pequeño error acumulado de diez minutos y cuarenta y ocho segundos que arrastraban los cálculos de la duración del año, se hizo verdaderamente patente. A lo largo del Imperio había sido prácticamente imperceptible, pero en el siglo XVI se habían acumulado hasta diez días con respecto al ciclo de las estaciones, algo que empezaba a suponer un problema grave. Por ello, en el año 1582, y después de diversas propuestas de actuación, el papa Gregorio XIII decretó un cambio en el calendario que reducía ese margen de error. Del mismo modo que ya había hecho César en su momento, también el papa impuso una drástica medida para corregir los diez días que el calendario juliano se había adelantado: al jueves 4 de octubre de 1582 del calendario juliano le siguió el

viernes 15 de octubre del nuevo calendario gregoriano. Los diez días que estaban entre ellos jamás existieron en los países tutelados por el Vaticano — Italia, España, Portugal y sus respectivas colonias—, aunque sí lo hicieron en muchos otros que no adoptaron el nuevo calendario hasta años o incluso siglos después. En cualquier caso, en la actualidad seguimos usando el calendario juliano, con una pequeña modificación del siglo XVI, demostrando lo importante que fue para el curso de la historia la idea que tuvo César al trabajar de la forma más profesional posible sin las interferencias de quienes deseaban usar el calendario como un arma política y religiosa para su propio beneficio.

## ROMANES EUNT DOMUS

Nos encontramos en Judea, en un día cualquiera del año 33. Más o menos a la hora del té se reúne un grupo radical de judíos que detestan a los romanos, su conquista y su control sobre la población indígena. Uno de ellos, recién llegado, debe probar su valía con una acción que envíe un mensaje contundente al opresor. Aquel al que, según se cuenta, llamaban Brian, decide hacer una pintada que deje claro su mensaje. Al amparo de la noche y en un más que cuestionable latín escribe: *Romanes eunt domus* —[gente llamados] ‘romanes ir la casa’—. Un soldado, que acaba por descubrir lo que está haciendo aquel rebelde judío, le corrige amablemente sus errores gramaticales: *Romani ite domum* (‘romanos marchaos a casa’). Como castigo, le impone escribir la frase cien veces y en letras enormes para que aprenda la lección y mejore su nivel de latín.

Aunque esta historia no tuvo lugar en Judea, sino en el impercedero clásico del humor *La vida de Brian* de los Monthy Python, de 1978. La escena —más allá de que la corrección del propio soldado no sería tampoco del todo acertada— nos muestra con claridad conspicua tres conceptos: el rechazo del pueblo indígena contra su conquistador, el «férreo» control de los romanos sobre los territorios conquistados y la adaptación a las costumbres romanas de los pueblos romanizados. Como esta, son muchas las escenas de la película en las que podemos vislumbrar en clave de humor estos y otros muchos interesantes conceptos del mundo romano tratados, como es lógico, con mayor o menor fortuna si los comparamos con el conocimiento científico actual. Por supuesto, te recomiendo encarecidamente que la veas si todavía no lo has hecho.

En cualquier caso, este sencillo preámbulo nos sirve para adentrarnos en un campo en el que la historiografía ha introducido, con motivaciones muy variadas, numerosos mitos e ideas falsas que deforman totalmente el



concepto que tenemos de la expansión del Estado romano durante la República y los comienzos del Imperio.

Uno de los ejemplos más destacados, que analizaremos también por su cercanía a nosotros, es el de la conquista y la romanización de la península ibérica. Este largo proceso comenzó, por motivos muy diferentes a la conquista, con el desembarco de Escipión en el año 218 a. C. en Emporion (actual Ampurias) y culminó oficialmente en el año 19 a. C. con la victoria del emperador Augusto en las guerras astur-cántabras. Durante dos siglos, Roma conquistó y dominó la península ibérica a la fuerza, luchando contra la gran resistencia indígena que repudiaba al invasor —como Brian y el Frente Popular de Judea— o, al menos, eso es lo que nos han contado.

Tras la guerra con Cartago, de la que —como ya sabemos— Roma salió victoriosa, la península ibérica —que hasta entonces solo había sido el teatro de operaciones bélicas— se convirtió de pronto en un territorio muy interesante para los romanos por diversos motivos. En primer lugar, por sus recursos —que podían ser explotados fácilmente para abastecer al Estado romano—, y en segundo porque constituía un amplio territorio en el que asentar las tropas itálicas licenciadas tras el conflicto. Ambos elementos se combinaron perfectamente en la zona sur de la Península, gracias a la explotación de los yacimientos mineros —especialmente de plomo— y a la fundación de nuevas ciudades, generalmente junto a los asentamientos indígenas preexistentes, en los que en poco tiempo se mezcló un importante componente de población local con el llegado desde Italia. Este último estaría compuesto no solo por soldados, sino también por comerciantes que buscaban enriquecerse en esa nueva tierra por explorar.

De esta forma, el sur de la Península, principalmente en las zonas de costa —puesto que eran las que más contacto previo habían experimentado y estaban más acostumbradas a los intercambios y la llegada de extranjeros—, adoptó muy pronto las costumbres y la lengua de los romanos de una forma natural y sin que el Estado romano tuviera realmente un propósito firme de imponerlos. A Roma desde el primer momento de la conquista no le interesó expresamente, desde un punto de vista político, la «conversión» de aquellas gentes en copias provinciales de la propia Roma. El proceso de asimilación cultural se produjo, por el contrario, de una forma casi espontánea al expandirse paulatinamente el control territorial de la República sobre la zona.

En el año 197 a. C., se dividió oficialmente la Península en dos grandes

provincias: la Hispania Citerior —la más cercana, a Roma— y la Ulterior —la más lejana—. A pesar de ello, en la práctica ninguna de las dos provincias se adentraba demasiado hacia el interior, al ser territorios ampliamente poblados. Tan solo a lo largo de los dos siglos siguientes se llegarían a explorar de forma ordenada, en función de las necesidades del Senado en cada momento.

Durante el siglo II a. C., comenzó la exploración de las dos mesetas, en las que Roma encontró, en muchos casos, las respuestas bélicas lógicas que se esperarían de aquellos pueblos acostumbrados a las continuas luchas de poder entre las diferentes elites guerreras locales. De estos pueblos y de su resistencia surgiría, ya en el siglo XIX, el mito de la oposición al conquistador hasta las últimas consecuencias. Esta tendencia —que oscureció totalmente la realidad más generalizada bajo algunos casos concretos interpretados a partir de las fuentes bélicas— sirvió además a los historiadores de periodos recientes para justificar los orígenes remotos de su propia patria.

Los historiadores ingleses o franceses vieron en la romanización un proceso de completa dominación de pueblos subdesarrollados por parte de la cultura romana, superior —a su parecer— en todos los aspectos; un planteamiento basado claramente en el modelo del colonialismo europeo del siglo XIX. Por el contrario, en España se originó un fenómeno de corte nacionalista para justificar el «genio español» que ya estaría presente en aquellos pueblos que resistían al invasor, creando una suerte de unidad nacional de España en la Antigüedad, algo que desde el punto de vista de la investigación actual no tiene ningún sentido.

Al no poder negar la evidencia de la asimilación final de la cultura romana, el sentimiento se tornó dual, defendiendo, por un lado, los valores del heroísmo hispano, que justificarían el carácter español primigenio esgrimido también —supuestamente— en otras afrentas futuras como la Reconquista o la guerra de la Independencia, y por otro, el definitivo avance cultural que supuso para dichos pueblos su integración en la órbita romana. Siguiendo estas premisas, el historiador A. Ballesteros Beretta hablaba de españoles de cuna, pero romanos por educación, cultura y espíritu.

El nacionalismo invadía a los historiadores españoles y sus teorías sobre la «España» antigua a comienzos del siglo XX, y tenía su contrapartida entre los historiadores catalanes. Ambos grupos de intelectuales integraban sus discursos dentro de la realidad política de la época en el debate entre

centralismo y autonomismo que estaba vigente en aquellos momentos. La tendencia del nacionalismo centralista fue aprovechada, acabada la guerra civil, en forma de propaganda por el régimen dictatorial franquista como una manera de ensalzar los «orígenes españoles» en la Antigüedad, de forma paralela a la tendencia empleada por Hitler en Alemania con la raza germánica —con la que nos encontraremos más adelante— o por Mussolini en Italia con el renacer del Imperio romano.

La propaganda franquista, del mismo modo que las extranjeras, ensalzaba los supuestos orígenes de la patria y del sentimiento español con unos hombres valerosos que resistieron con honor al enemigo y cuyo espíritu se había transmitido a lo largo de la historia a otros muchos españoles. Desde nuestra perspectiva actual es lógico que esta concepción nos parezca totalmente desfasada y fantasiosa en sus planteamientos, pero no debe extrañarnos su uso como legitimación a través de los tiempos para justificar su cruzada antidemocrática, pues es un rasgo común en culturas tanto modernas como antiguas. Es de sobra conocido para nosotros el ejemplo de los propios romanos que hacían llegar sus orígenes hasta la ciudad de Troya y la estirpe de los dioses para reafirmar su poder y su legitimidad.

Especialmente interesante es el caso de la resistencia de los numantinos en el año 133 a. C. ante el sitio de Escipión Emiliano, cuya gesta ya había sido protagonista en tiempos anteriores al franquismo para infundir ánimos patrióticos durante la guerra de la Independencia o como justificación del imperialismo español, de la mano de Miguel de Cervantes:

Indicio ha dado esta no vista hazaña  
del valor que los siglos venideros  
tendrán los hijos de la fuerte España,  
hijos de tales padres herederos.

(Miguel de Cervantes Saavedra, *El cerco de Numancia*,  
«Jornada quarta»,694-697).

El mito de la resistencia numantina ha sido siempre uno de los estereotipos más reconocibles del honor patrio de los «antiguos españoles», y lo sigue siendo. Ya incluso desde el siglo X tenemos constancia de la identificación de los restos de Numancia —de forma errónea— bajo Zamora, en un momento en el que era una de las ciudades cristianas más importantes entre las que

defendían la frontera sur. Desgraciadamente, esta y otras lecturas interesadas, unidas a los peligrosos argumentos de autoridad de quienes perpetuaron el mito una y otra vez, han generado en la conciencia colectiva una historia deformada que no se corresponde con lo que cuentan las fuentes más antiguas.

La historia de Numancia fue recogida por algunos autores tanto griegos como romanos. La obra que seguramente más se aproximaba a la realidad histórica de lo allí sucedido es *La guerra de Numancia* de Polibio, desgraciadamente perdida. Este autor no solo fue contemporáneo de la contienda —lo que añade un importante elemento de veracidad por cercanía al suceso—, sino que quizá pudo ser testigo del mismo —de forma directa o a través de testimonios cercanos—. A pesar de que esta fuente crucial no ha llegado hasta nosotros, Apiano, un autor griego del siglo II, basó su descripción del asedio en ella, por lo que podemos tener una idea muy aproximada de los fundamentos del texto de Polibio.

Según Apiano (*Historia romana*, «Sobre Iberia», 95-96), los numantinos habrían tratado de pactar la rendición con los romanos tras sufrir algún tiempo el sitio. Sin embargo, la negociación fue infructuosa, no porque Roma pidiera la esclavitud para ellos o impusiera la destrucción de la ciudad, sino porque debían entregar las armas. Para los numantinos —y para muchos otros pueblos prerromanos de la península ibérica—, las armas eran una extensión de sus propias extremidades que les conectaban con los dioses, por lo que despojarse de las armas representaba mucho más que un simple desarme militar. De hecho, un gran castigo para estas gentes consistía en cortarles las manos, pues así no podrían empuñar la espada, ni siquiera para suicidarse.

Los numantinos mantuvieron el estado de sitio durante más de ocho meses. Cuando el ganado y el trigo se acabaron, comenzaron a lamer pieles cocidas y, poco después, a comer carne humana. Primero la de los muertos, más tarde la de los enfermos y por último la de mujeres y niños, indefensos ante la violencia de sus propios allegados. Finalmente, sumidos en la enfermedad y la desesperación, los numantinos acordaron rendir la ciudad y entregarse junto con sus armas.

Algunos de ellos, no obstante, pidieron a Escipión que les concediera un día más para poder disponer de sus vidas hasta el último momento y ponerles fin por su propia mano. Los que así lo desearon se dieron muerte y los demás se entregaron al tercer día. Los romanos arrasaron entonces la ciudad hasta

los cimientos, repartieron su territorio entre los pueblos indígenas cercanos que habían ayudado en el cerco, y vendieron a la mayor parte de los numantinos como esclavos. Cincuenta de ellos, en cambio, fueron seleccionados para ser mostrados en Roma como parte del botín de guerra en el desfile triunfal que se le concedió a Escipión Emiliano al año siguiente, el 132 a. C.

Esta es, probablemente, la versión menos adulterada que conservamos de aquel episodio en el que, si bien encontramos algunos de los elementos del mito que surgiría posteriormente (miseria, hambruna, antropofagia, suicidio y resistencia), también comprobamos que los numantinos rindieron la ciudad y se entregaron, algo presente en este y otros autores como Estrabón o Cicerón y que desaparecería completamente de la narración posterior.

El mito de la resistencia numantina nació tiempo más tarde entre los propios autores romanos, a quienes conmovió y sorprendió aquella historia. Orosio, siguiendo los escritos de Valerio Máximo y Floro, escribió en el siglo IV su propia versión novelada para ensalzar el valor de aquellos salvajes rebeldes a quienes nadie les había enseñado a obedecer órdenes y que por aquel motivo resistieron hasta las últimas consecuencias. A pesar de que otros autores anteriores como Tito Livio —de cuya versión solo conservamos un pequeño resumen al haberse perdido el libro LIX de su obra— admitían que se había celebrado el triunfo de Escipión Emiliano en Roma, Orosio niega que aquel hubiera existido y entrega a los numantinos el mérito de haberse suicidado en masa no sin antes quemar ellos mismos la ciudad. Como vemos, casi seis siglos después del suceso, la gesta de aquellos indígenas ya había quedado plasmada del modo en el que se transmitió posteriormente, otorgándoles la honra y el valor que solo las leyendas pueden aportar.

Con o sin leyenda patriótica de por medio, la destrucción de Numancia supuso el final de la guerra celtibérica, pero Roma aún debía adentrarse en la zona norte de la Península, un territorio hasta entonces inexplorado. Seguramente hasta el año 137 a. C. nadie se había atrevido o siquiera había tenido interés en llegar a la zona galaica, algo que cambió con Décimo Junio Bruto, apodado Gallaicus por conquistar la zona. Sin embargo, habrían de pasar ochenta años para que César se diera cuenta de los valiosos recursos económicos que guardaba la Gallaecia y los explotara.

Hacia el año 100 a. C., tan solo el área más septentrional de la Península quedaba aún fuera del control territorial romano. De hecho —y en la misma

línea de pensamiento nacionalista que se enorgullecía de sus héroes muertos por causa del aciago destino—, encontró en los cántabros, astures y vascones un nuevo ejemplo de los indígenas que soportaron la invasión romana y mantuvieron su independencia. Este movimiento, conocido como «vascocantabrismo», fue el causante de que haya perdurado la opinión general de que la zona astur-cántabra y especialmente en el País Vasco nunca llegaron a ser romanizadas, como si de Astérix y sus irreductibles galos se tratara.

En esta última área en especial, ha llegado a ser un tema muy polémico que ha despertado verdaderas pasiones por el singular hecho de la pervivencia del euskera, su origen y su integración en el proceso de latinización de la zona vascona en el siglo I a. C. Desde una perspectiva simplista parece posible pensar que la consolidación de la lengua vasca es la prueba de que Roma no había conquistado esta zona. Y efectivamente así fue: Roma no conquistó por la fuerza a los pueblos vascones, caristios, várdulos o autrigones, entre otros. No existió conquista romana en lo que hoy es el País Vasco y Navarra, porque su integración dentro de la órbita romana fue realizada de forma pacífica a través de pactos y alianzas que establecieron vínculos entre romanos e indígenas.

Decir que el territorio vascón no formó parte del mundo romano es negar la evidencia arqueológica de importantes ciudades del interior como Cascantum —Cascante—, Gracurris —Alfaro—, Pompaelo—Pamplona—, Velleia —cerca de Vitoria— y especialmente Calagurris—Calahorra—, pero también de la costa como Oiasso —Irún—, el último puerto del Cantábrico hispano y la salida al mar de los vascones.

Las élites vasconas recibieron de buen grado los pactos con Roma, viendo en ellos oportunidades comerciales y políticas para seguir siendo quienes dominaban *de facto* sobre el territorio en el día a día. Por otra parte, parece probable que la adaptación de las poblaciones más rurales, campesinos y pastores, fuera mucho más lenta y paulatina, manteniendo así costumbres y tradiciones más antiguas —como en muchos otros puntos de la Península— hasta bien entrado el Imperio. A pesar de todo ello, la creación de infraestructuras viales, la llegada de manufacturas romanas, la reestructuración territorial y la creación de industrias, especialmente las pesqueras en la costa vasca, son elementos suficientes como para borrar

definitivamente la imagen tradicional de los vascones antirromanos, rudos y resistentes a la dominación.

Y es que Roma no tenía realmente ningún interés en dominarlos o subyugarlos, máxime cuando no se habían levantado en armas contra ellos como sí hicieron los celtíberos. El interés romano se centraba en establecer pactos comerciales por tierra y mar, mejorar las comunicaciones y fomentar la industria en la zona. Un claro ejemplo de la industria pesquera introducida por los romanos en el área vasca es el pueblo de Getaria —en Guipúzcoa—, cuyo nombre proviene del latín *caetaria*, que designaba las instalaciones de salazón de pescado de la costa. Precisamente la investigación arqueológica más reciente ha descubierto estructuras que se corresponden con este tipo de industria romana en el municipio.

Pero, a pesar de estar integrados en la órbita romana antes del cambio de era, los indígenas de la zona mantuvieron algunas de sus costumbres propias, a las que Roma no se oponía. Uno de los aspectos fundamentales que encontramos es el de la pervivencia del lenguaje. Los orígenes de lo que más tarde sería el euskera se pueden rastrear en la zona de Aquitania, una región francesa situada al norte del País Vasco y Navarra. Actualmente, a pesar de la enorme complejidad de este tipo de análisis, parece probable pensar que las gentes de esa zona generaran las raíces del euskera, que serían llevadas hacia la zona vasca en la década de los años setenta del siglo I a. C. por contingentes aquitanos que el general Pompeyo trasladó allí para servir de refuerzo contra Sertorio y sus aliados celtíberos. Hasta aquel momento, los territorios que hoy forman el País Vasco y Navarra no mostraban diferencias lingüísticas sobresalientes con respecto a otros pueblos peninsulares, compartiendo las mismas raíces indoeuropeas que estos. Es probable, por tanto, que fuera en el sur de Francia donde tuvieran su origen el conjunto de lenguas que finalmente han pervivido con el paso de los siglos en el área vasca hasta la actualidad.

Lejos quedan ya las visiones aislacionistas de siglos pasados en las que el originario pueblo vasco se resistía a mezclarse con otras etnias al sur de su territorio, algo totalmente descartado por los más actuales estudios genéticos, que muestran la mezcla de componentes mediterráneos en su ADN. Quienes defendían estas visiones nacionalistas, ya desde el siglo XVIII, desarrollaron todo tipo de hipótesis sin ninguna base científica con las que defendían que la vasca era la lengua más antigua y originaria de España. El padre Larramendi

en su *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín*, publicado en 1745, llegó a inventarse —en un alarde de engañosa teatralidad arqueológica— el hallazgo de una placa de bronce con grandes letras, escrita en euskera supuestamente por el antiguo pueblo de los escaldunes, que apoyaba sus teorías. También, por qué no decirlo, sentaba unas perfectas bases monoteístas que ridiculizaban el politeísmo romano desde una perspectiva «curiosamente» similar a la cristiana. Todo ello habría quedado grabado en metal no para su propia contemplación, sino como una crónica —demasiado— perfecta de sus intenciones para su comprensión futura; casi un milagro divino.

*Gur(e) eguill(e) and(iari) ber(e) men(eco) Escal(dunac) menast ol sen(do) au jas(tozen) d(io)gu Erdald(unac) lemb(ician) sart(u) z(aizcu)nean, ond(ocoai) ad(i)araz(teco), bat(i), eta ben(az) gur(tzen gatzai)ca)la, ec(en) ez arr(otzoc) bec(ala), amb(este) jain(co) guez(urrezco), ta irr(i ga)rri(ri).*

A nuestro gran creador, los Escaldunes, bajo su protección y respeto, erigimos esta tabla sólida de metal al tiempo en que por primera vez penetraron los extranjeros de diferente lengua, para dar a entender a los que vengan después de nosotros, que adoramos y de buen grado un solo dios, y no como esos advenedizos, a tantos mentirosos y ridículos dioses.

(Manuel Larramendi, *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín*. Tomo primero, capítulo 8, p. 82).

Aunque este y otros muchos planteamientos similares, que llegaron incluso hasta el siglo XX, ya han sido superados ampliamente por la investigación, estuvieron vigentes el tiempo suficiente como para quedarse grabados en el recuerdo general, siendo muy difíciles de extirpar. En cualquier caso, la utilización o no del latín en mayor o menor medida no es un indicador de la integración más o menos profunda de los pueblos indígenas. El hecho de que no consten sublevaciones entre estos pueblos y sí esté documentada la inclusión de contingentes vascones y várdulos entre los auxiliares del ejército romano nos hablan de una verdadera integración social que desmiente, junto con las infraestructuras, vías y ciudades antes mencionadas, la idea tradicional de la no romanización de estos territorios.

Aun así, el propio término «romanización» puede llegar a ser equívoco, puesto que no existió realmente un afán por hacer que los pueblos indígenas



adoptaran las formas de vida romanas de manera homogénea. Que en algunas áreas los elementos culturales preexistentes se mantuvieran vivos a través del tiempo no era algo que preocupara a Roma.

En otras zonas, especialmente en el sur, el latín se hablaba con fluidez ya en el siglo I a. C. y la forma de vida de la gente se había adaptado ampliamente a las comodidades romanas, por el mero hecho de mejorar las que tenían en periodos anteriores. El área de la Celtiberia es especialmente interesante en este sentido, ya que en ese mismo siglo muchos indígenas todavía hablaban sus lenguas autóctonas aunque empezaban a mezclarlas con el latín, al igual que mantenían sus costumbres pero comenzaban a introducir las novedades que les llegaban por el influjo romano.

Un claro ejemplo de ello quedó plasmado en las monedas, acuñadas en su mayor parte por influencia del sistema monetario romano del bronce y la plata. La mayoría de ellas compartían un diseño común, una cabeza en el anverso y un jinete al galope en el reverso, algo lógico si pensamos en la jerarquía de estos pueblos, basada en una elite de nobles caballeros. En la iconografía aparece el jinete con lanza, hacha u otras armas, dependiendo de la zona de acuñación, desde el Ebro hasta la costa mediterránea pasando por las mesetas. Se trata de emisiones de moneda cívica, o lo que es lo mismo, monedas acuñadas por las diferentes ciudades para darse a conocer. Casi todas ellas, ya desde el siglo II a. C., grabaron los nombres de su ciudad en alfabeto ibero, aunque otras —distintas a estas que comentamos— lo hicieron en el fenicio o incluso en latín, especialmente en el sur de la Península.

A mediados del siglo I a. C., comenzaron a aparecer palabras latinas grabadas en lugares en los que hasta entonces se había hablado en ibero o celtíbero. Un ejemplo de ello es la emisión de Sekobirikez (ΜΕΞΠΟΙΚΕΣ) que después pasó a acuñar monedas como SEGOBRIS y finalmente, ya bajo el control de Augusto, como SEGOBRIGA. Un caso similar ocurre en la ciudad de Segovia que, sin haber acuñado moneda con anterioridad, a comienzos de la segunda mitad del siglo emitió una moneda que mantenía la iconografía del jinete tradicional pero con la leyenda latina SEGOVIA. Pocos años más tarde, tal vez hacia el 27 a. C., la misma ciudad volvió a acuñar moneda y, a pesar de mantener la idea del jinete, incluso su representación había cambiado totalmente, pasando de unos trazos indígenas a un diseño totalmente romanizado. Estos dos casos y muchos otros nos muestran la

transición que se produjo en la mayor parte de Hispania a lo largo del siglo I a. C., quedando la práctica totalidad de la Península «romanizada», si es que queremos emplear el término tradicional.



Monedas acuñadas en la ceca latina de Segovia. Muestran la transición entre los motivos típicamente indígenas, como el jinete con lanza, y las influencias romanas, con los caracteres latinos. Incluso se puede apreciar la evolución del estilo del grabado, más arcaico en la primera moneda, acuñada hacia el año 45 a. C., y más romanizado en la segunda, tal vez hacia el año 27 a. C. (colección particular).

El proceso concluyó de una forma nada pacífica ya a finales del siglo, cuando Augusto, como nuevo *Princeps* de Roma, decidió dirigirse personalmente hacia la zona asturcántabra en el año 26 a. C. para sofocar las revueltas que allí se estaban produciendo. Al fin y al cabo, la riqueza aurífera de la zona era motivo suficiente como para pacificarla, consiguiendo así beneficiarse de dicha explotación minera.

A pesar de que Augusto tuvo que abandonar el frente por una grave enfermedad que a punto estuvo de costarle la vida —y de la que se recuperó en la ciudad de Tarraco, sin duda la más importante de toda Hispania—, sus generales supieron controlar los lances de la guerra. Tres de las legiones que participaron en las operaciones —Legio VI Victrix, X Gemina y IV Macedonica— fueron además establecidas en el territorio para comenzar la reestructuración del mismo y para ejercer como agentes de control del orden, evitando que se produjeran nuevas revueltas. Aun así, la mayor parte de los guerreros, según cuentan las fuentes, se suicidaron antes de ser capturados para conservar su honor militar, por lo que se eliminó una gran parte del componente más belicista de aquellos pueblos, especialmente de los cántabros, que habían supuesto una amenaza mayor.

La contienda se dio por concluida en el año 25 a. C., cerrando las puertas del templo de Jano en Roma. Fue una forma muy prematura de proceder puesto que pronto se tendrían que reanudar los enfrentamientos hasta el año 19 a. C. e incluso más adelante con algunas pequeñas revueltas que quedaron sofocadas en el 16 a. C. Todo ello fue prácticamente silenciado en Roma, puesto que la ficción de la paz era esencial para el comienzo de la nueva y gloriosa Edad de Oro que traía consigo la Paz Augusta, de la que hablaremos en el próximo bloque.

# LOS DOCE CÉSARES

## INTRODUCCIÓN

Si existe un periodo de la historia de Roma sobre el que se ha comentado y opinado hasta el más mínimo detalle, ese es el Principado y sus príncipes, los emperadores que iniciaron una nueva forma de gobierno bajo la apariencia de la continuidad de la República. Es curioso pararse a pensar cómo se ha llegado a analizar de forma global este periodo a través de la figura de los emperadores romanos. Si bien no debemos reducir la vida de Roma a un solo personaje, es cierto que en este periodo encontramos algunos hombres —y mujeres, aunque nos las hayan ocultado— tan trascendentales que su sola presencia influyó decisivamente en la historia de la humanidad (Genealogía de las familias imperiales).

Ya los propios escritores romanos del periodo imperial comenzaron a hablar extensamente de los gobernantes de Roma, amados por unos y odiados por otros pero todos ellos relevantes para la historia. Las pasiones, los vicios, las opiniones y los prejuicios de los propios escritores quedaron depositados en las obras que más tarde formarían la base del conocimiento que tenemos de estos primeros emperadores romanos.

En la actualidad, contamos con más de cincuenta fuentes diferentes que nos hablan de aquellos hombres a los que Suetonio denominó «los doce Césares». Fueron él y otros tantos como Tácito, Plinio el Joven o Dión Casio quienes formaron y deformaron las imágenes de los emperadores. ¿Acaso fue tan piadoso Augusto, tan depravado Calígula o tan despótico Domiciano como nos los han presentado hasta ahora?

Dicen que la historia se escribe al gusto de los vencedores, por lo que para conocer realmente sus vidas, más allá de las tintas cargadas por quienes plasmaron con aversión sus historias, debemos contrastar fuentes, ya sean escritas, arqueológicas o iconográficas, para tratar de formarnos una imagen realista y humana de los hombres que se esconden detrás de los mitos que se han perpetuado en la historia.

## CAYO JULIO CÉSAR

El 12 de julio del año 100 a. C. —o tal vez del 101 o 102 a. C.— nació en Roma uno de los hombres más importantes de su tiempo, que estaría destinado a plantar la semilla de un cambio radical en el mundo que hasta entonces habían conocido los romanos. Cayo Julio César se crió en un momento en el que Roma ya era la única potencia dominadora del Mediterráneo, una Roma que había conseguido derrotar definitivamente a Cartago y que se alzaba más rica y poderosa de lo que lo había sido nunca. Tal vez lo era incluso demasiado para su propio bien.

La Roma en la que nació César —que había experimentado un vertiginoso ascenso de poder y que desde su liberación republicana sufrió profundas heridas externas de las que se había recuperado con creces— estaba a punto de experimentar un colapso bajo el peso de un sistema que, tras más de cuatro siglos de superación, comenzaba a devorarse a sí mismo. Y a pesar de que podemos pensar que fue César quien la guió al cadalso para que su heredero político —Augusto— la ejecutara, lo cierto es que a lo largo del siglo I a. C. fueron muchos los signos que apuntaban a que, de una forma u otra, la República romana tenía los días contados.

Aun así, la propia ciudad de Roma —cuya población ya se estaba acercando al millón de personas— seguía siendo el ombligo del mundo, en el que se concentraba la vida política y social y en la que comenzaron a surgir los poderes personalistas que a la postre condenarían a esta República corrupta y decadente.

César nació en el seno de una familia aristocrática, los *Iulii*, y debió de hacerlo de forma natural y sin complicaciones, algo que no cuadra con el mito tradicional de que los nacimientos por cesárea llevan ese nombre por él. La cesárea era un procedimiento conocido por los romanos, que lo llevaban a cabo solo en los casos en los que la madre fallecía sin llegar a dar a luz al bebé. Esto era así debido a que las posibilidades de realizar una cesárea y que

la madre sobreviviera eran casi nulas debido a la falta de condiciones y prácticas médicas modernas. De hecho, no fue hasta comienzos de la Edad Moderna cuando empezó a realizarse con éxito en algunos casos. Aun así, hasta bien entrado el siglo XIX siguió siendo una operación de alto riesgo que tenía menos de un veinticinco por ciento de probabilidades de supervivencia para la mujer. De ahí que los romanos, si debían elegir entre la vida del bebé o la de la madre, la salvaran a ella si era posible. Al fin y al cabo, en el mundo antiguo, e incluso hasta en el siglo XIX, la mortalidad infantil era extremadamente alta, siendo algo inevitable que muchos niños murieran cuando aún eran bebés.

En definitiva, sabiendo que Aurelia —la madre de César— vivió muchos años más después del parto, podemos asegurar que Julio César nació de forma natural. Plinio el Viejo (*Historia natural* VII, 9) es la única fuente antigua que relaciona indirectamente esta práctica con César, argumentando que el nombre familiar —Caesar— provenía de que un antiguo antepasado suyo había nacido al ser cortado —*caedo*— del vientre de su madre muerta.

El nacimiento de un niño en una familia senatorial se esperaba con alegría entre los familiares, amigos y clientes que se reunían para estar presentes en la casa durante el parto, tal vez como reminiscencia de un antiguo rito por el que se confirmaba que el bebé era en realidad descendiente carnal. Sin embargo, en época de César tan solo la comadrona, algunas mujeres de la familia y, rara vez, un médico estarían presentes en la habitación en la que la mujer paría.

Si el niño, una vez inspeccionado y revisado para detectar posibles defectos o anormalidades, era aceptado como parte de la familia, todavía debía esperar nueve días para recibir su nombre. Aunque el repudio de un bebé era algo legal que dependía de la potestad del padre, en la mayoría de las ocasiones no se recurría a esta práctica. La celebración del *dies lustricus* de un recién nacido —el día de la purificación, en el que se le daba su nombre— tenía, más allá del componente ritual, un sentido práctico, puesto que, de superar la primera semana de vida, las posibilidades de supervivencia del bebé aumentaban.

El nombre que se le otorgaba a un niño era fundamental para afianzar su posición dentro de la sociedad. Los de buena familia recibían entonces los *tria nomina*, los tres nombres que mostraban la preeminencia de su familia. El *praenomen*, Gaius —Cayo— en el caso que nos ocupa, podríamos

compararlo con nuestro nombre de pila, que podía ser utilizado en ambientes distendidos y familiares. En el mundo romano existía un número muy reducido de *praenomina* que se repetían invariablemente entre los ciudadanos. Lucius, Gaius, Publius, Marcus, Gnaeus o los que representaban numerales —Quintus, Sextus, Octavius o Decimus— eran algunos de los más comunes. Tanto era así que normalmente se solía abreviar su escritura con la primera o las dos primeras letras.

Seguidamente aparecía el *nomen*, la parte más importante del nombre romano, que podríamos asimilar a nuestro apellido. Se trataba del nombre de la familia a la que se pertenecía, en nuestro caso, los *Iulii* —Julios—. Finalmente aparecía el *cognomen*, de donde han derivado las palabras *cognome* o *cognom*, que en italiano y catalán, respectivamente, significan ‘apellido’. No todas las familias eran lo suficientemente importantes como para tener diversas ramas, ni siquiera entre la aristocracia. Pero si lo tenían, esta última parte del nombre servía para identificar de qué rama específica procedía el individuo, por ejemplo, la familia de los *caesares* —Césares—.

Por el contrario, las niñas no recibían más que el *nomen*, por lo que las hijas nacidas dentro de la familia de los *Iulii* serían llamadas Julia invariablemente. Si había más de una, lo cual era habitual, se las identificaba mediante numerales como Secunda, Tertia, Quarta o apelativos como Maior o Minor. La discriminación de la mujer en la vida pública romana extendía sus raíces hasta lo más profundo de las tradiciones ancestrales. Su lugar estaba en el hogar familiar, por lo que no requerían los nombres que las identificarían de cara al mundo exterior.

El joven César pronto desarrolló un carácter ambicioso, altivo y agudo que le hizo introducirse temprano en la carrera política romana. En el año 75 a. C., eludió la hostilidad de algunos a quienes habían enfadado sus formas y, con la excusa de complementar sus estudios, partió hacia la isla de Rodas. Allí planeaba estudiar con Apolonio Molón —el mejor profesor de oratoria de su tiempo—, pero fue capturado por piratas cilicios cerca de la isla de Farmacusa. La piratería en aquel momento era un grave problema en el Mediterráneo, en parte generado por los propios romanos, al conquistar y arruinar muchas zonas de Asia Menor, cuyos habitantes se vieron obligados a darse al saqueo y la rapiña para sobrevivir.

Los piratas cilicios que capturaron a César eran tenidos por los más sanguinarios y despiadados del Mediterráneo y destacaban por sus secuestros



a aristócratas romanos a los que usaban para obtener succulentos rescates. Normalmente, una vez pagado el precio por su vida, los piratas liberaban al secuestrado, aunque se conoce una ocasión en la que a alguno le dijeron que desembarcara cuando todavía estaban en alta mar, quien sabe si aquel fue el precedente más antiguo de la costumbre de los piratas modernos de hacer caminar a sus prisioneros por la tabla como forma de ejecución.

Plutarco nos transmite que los piratas pidieron un importante rescate de veinte talentos de plata y César, riéndose de ellos porque no tenían ni idea de a quién habían capturado, sentenció que su vida no valía menos de cincuenta talentos. Aceptaron que quienes le acompañaban fueran a las ciudades de la costa a recaudar la cantidad mientras él quedaba preso junto con un acompañante y dos sirvientes. Se dice que pronto César, de veinticinco años, comenzó a tratar a los piratas como si fueran su guardia personal, mandándoles callar siempre que deseaba echarse a descansar. Durante los treinta y ocho días que estuvo preso, tuvo tiempo de componer y recitarles poemas y discursos y de reprender duramente a aquellos que no admiraban sus dotes oratorias. Su confianza en sí mismo era tal que, en varias ocasiones, les dijo entre risas que les colgaría a todos en cuanto le soltaran y, cuando su rescate llegó de Mileto, cumplió su promesa.

En cuanto fue liberado reclutó una flota y dio caza a los piratas, recuperando el botín con el que huían. Todos los piratas acabaron en la prisión de Pérgamo, pero como el gobernador de Asia, a quien correspondía juzgarlos, sacaba su propia tajada de la piratería y no parecía querer ejecutarlos, el propio César se tomó la justicia por su mano, los sacó de la prisión y ordenó que los crucificaran. Aun así, de sobra es sabido que César siempre fue un hombre que deseaba mostrar por todos los medios un carácter compasivo y mesurado, por lo que pidió que les cortaran el cuello antes de crucificarlos para evitarles el sufrimiento de una forma de ejecución tan terrible como era aquella.

A pesar de que en esta historia se nos muestra al César del que siempre nos hablan las fuentes, inteligente, altivo, compasivo y recio, es muy posible que esta experiencia realmente no sucediera del modo en el que nos la han contado. Es como esas historias familiares que se embellecen y modifican un poco cada vez que se cuentan hasta que la realidad desaparece para dejar paso al mito. Si solo sus sirvientes y un amigo se quedaron con él en su cautiverio, ¿quien podría negar su carismático e impasible semblante ante tal terrible

peligro? Es imposible saber qué hay de verdad en todo ello y si realmente se atrevió a burlarse abiertamente de una banda de los hombres más despiadados del Mediterráneo. Lo que está claro es que esta era la imagen que el joven César proyectaría de sí mismo ante el mundo en los treinta años que le quedaban de vida, en los que forjó su impresionante camino social, político y militar.

## *IACTA ALEA EST*

Sobre César, siempre se decía que era un hombre incansable tanto física como mentalmente y su ambición le llevó a vivir siempre en constante competición contra sus adversarios políticos, en particular contra Pompeyo, y a lamentar no haber alcanzado la misma gloria que su modelo ideal: Alejandro Magno. En el año 61 a. C., se dirigió hacia Hispania como propretor para gobernar la provincia Ulterior y de su viaje y su estancia Plutarco nos menciona dos anécdotas que dejan muy claras sus pretensiones:

λέγεται δέ, τὰς Ἄλπεις ὑπερβάλλοντος αὐτοῦ καὶ πολίχνιόν τι βαρβαρικόν οἰκούμενον ὑπὸ ἀνθρώπων παντάπασιν ὀλίγων καὶ λυπρὸν παρερχομένου, τοὺς ἐταίρους ἅμα γέλῳτι καὶ μετὰ παιδιᾶς ‘ἧ που’ φάναι ‘κάνταῦθ’ά τινές εἰσιν ὑπὲρ ἀρχῶν φιλοτιμίαι καὶ περὶ πρωτείων ἄμιλλαι καὶ φθόνοι τῶν δυνατῶν πρὸς ἀλλήλους;’ τὸν δὲ Καίσαρα σπουδάσαντα πρὸς αὐτοὺς εἰπεῖν· ‘ἐγὼ μὲν μᾶλλον ἂν ἐβουλόμην παρὰ τούτοις πρῶτος ἢ παρὰ Ῥωμαῖοις δεύτερος.’ ὁμοίως δὲ πάλιν ἐν Ἰβηρίᾳ, σχολῆς οὕσης ἀναγινώσκοντά τι τῶν περὶ Ἀλεξάνδρου γεγραμμένων σφόδρα γενέσθαι πρὸς ἑαυτῷ πολὺν χρόνον, εἶτα καὶ δακρῦσαι· τῶν δὲ φίλων θαυμασάντων τὴν αἰτίαν εἰπεῖν ‘οὐ δοκεῖ ὑμῖν ἄξιον εἶναι λύπης, εἰ τηλικούτος μὲν ὢν Ἀλέξανδρος ἤδη τοσούτων ἐβασίλευεν, ἐμοὶ δὲ λαμπρὸν οὐδὲν οὕτω πέπρακται;’

Se cuenta que, según atravesaba los Alpes, pasó junto a cierta aldea bárbara que contaba con poquísimos habitantes y tenía un aspecto miserable, sus compañeros, entre bromas y risas, decían: «¿Habrás, también aquí, ambición por los cargos, disputas por los primeros puestos y envidias recíprocas entre los poderosos?», y César, con gran seriedad, les replicó: «Yo preferiría ser el primero aquí antes que el segundo entre los romanos». Igualmente se cuenta que en Hispania, un día de ocio, leía César un libro sobre Alejandro; se quedó largo rato ensimismado en sus pensamientos y después rompió a llorar. Sus amigos, asombrados, le preguntaron por qué lloraba, y él les dijo: «¿No os parece motivo de aflicción pensar que Alejandro, cuando tenía mi edad, ya reinaba sobre tan gran Imperio, mientras que yo todavía no he realizado ningún éxito brillante?».

(Plutarco, *Vidas paralelas*, «César», XI, 3-6).

Cayo Julio César pronunció estas palabras cuando estaba a punto de cumplir cuarenta años y le quedaban pocos para que sus actos comenzaran a rivalizar en los libros de historia con los de aquel hombre al que tanto admiraba. Poco más de diez años más tarde —el 10 de enero del año 49 a. C.—, conquistada la Galia, César cruzaría el Rubicón para cambiar irremediablemente el destino de Roma y el suyo propio.

Cuando se encontraba en la frontera que separaba la Galia Cisalpina de Italia, acompañado de su legión predilecta —la XIII—, César ya sabía que el Senado conspiraba contra él para destruirle políticamente y reflexionaba sobre cómo la, en apariencia, nimia decisión de cruzar el río supondría que aquel conflicto tendría que resolverse mediante las armas. Al fin y al cabo, no quedaba otra solución que aquella.

La conquista de las Galias había supuesto un gran aliciente para la República romana, pues no solo había permitido mejorar las comunicaciones con Hispania, sino que además, se trataba de un nuevo territorio que abastecía de recursos a Roma y del que muchos romanos se podrían aprovechar para hacer fortuna. Sin embargo, la ambición de César, como consecuencia de su conquista, había crecido. Ya poseía más riqueza, poder y amistades que cualquier otro romano, tal vez con la excepción de Pompeyo. Su popularidad estaba por las nubes y era evidente que se presentaría de nuevo al consulado cuando volviera a Roma. De ahí que el Senado, con Catón el Joven —contrario a César— a la cabeza, se viera obligado a forzar la situación para transformar al general de héroe en villano.

Lejos quedaría la celebración de un gran triunfo galo que solo pudo llevar a cabo en el año 46 a. C., ya como vencedor de la guerra que entonces se cernía. No podemos llegar a saber exactamente cuáles eran en realidad sus pretensiones, si es que tenía ya un plan definido antes de que este terminara por truncarse en favor de las armas, pero no parece descabellado pensar que entre sus prioridades se encontraría la posibilidad de aumentar, si cabía más, su popularidad entre el pueblo y ganarse el favor de sus enemigos senatoriales o, al menos, conseguir que no se atrevieran a ir contra él por su poder y autoridad.

De noche y tan solo con algunos jinetes de su más alta confianza, César se dispuso a cruzar el Rubicón. A pesar de que Suetonio puso en su boca la frase

*Iacta alea est* —siendo este el orden en que aparece en la fuente original y no el inverso (*Alea iacta est*) con el que ha pasado a la historia— (‘la suerte está echada’), es Plutarco quien seguramente nos entrega la frase que realmente pronunció César en aquel momento. A pesar de la discutible traducción latina de Suetonio, César debió de hablar en griego —la lengua franca y erudita del mundo antiguo— cuando dijo ἀνερίφθω κύβος, ‘sea lanzado el dado’.

Si analizamos la frase originalmente escrita por el comediógrafo griego Menandro en su comedia *La flautista*, y el sentido de esta, sugiere que el dado todavía debe ser lanzado, por lo que no hay nada decidido ni la suerte está echada. Acababa de comenzar la partida entre César y el Senado, que elegiría a Pompeyo como adalid y salvador. Las decisiones que tomaran a partir de ese momento serían las que finalmente inclinarían la balanza.

La República —como lamentarían algunos autores con posterioridad— ya estaba muerta, aplastada bajo el peso de estos dos grandes generales que se disputaban entre ellos el poder absoluto.

*Quid C. Caesarem in sua fata pariter ac publica inmisit? Gloria et ambitio et nullus supra ceteros eminendi modus. Unum ante se ferre non potuit, cum res publica supra se duos ferret.*

¿Qué fue lo que empujó a César a atar su destino personal con el del Estado? El deseo de gloria, la ambición y la intemperancia por elevarse sobre todos los demás. No pudo tolerar ni siquiera uno por encima de él, mientras la República toleraba a dos por encima de ella.

(Séneca el Joven, *Cartas a Lucilio* 94, 65).

El César que acababa de declarar la guerra al Senado romano tenía ya cincuenta años y aún mantenía el espíritu incansable y combativo que le acompañaría hasta el día de su muerte. De él se dice que dormía y comía solo para mantenerse con fuerza, pero no por placer. Era capaz de dormir en cualquier momento y lugar para no desaprovechar las horas del día y así poder dedicarlas a tareas, en su opinión, más productivas. Cuando debía asistir por motivos políticos a las carreras de carros en el Circo Máximo, algo que detestaba por considerarlas una pérdida de tiempo, sentado en la tribuna aprovechaba para leer y responder cartas y peticiones, actitud que le fue recriminada duramente por el pueblo. Tampoco estaba demasiado interesado en banquetes y fiestas. Cuando iba a alguna, apenas bebía vino, algo que

confirmaron incluso sus enemigos. El propio Catón dijo una vez que de todos los que se habían levantado contra la República, César fue el único que lo hizo estando sobrio.

## CÉSAR EL AFEMINADO

Su aspecto físico era el que se plasmó en estatuas, relieves y, por primera vez en la historia romana, en monedas. Fue César el primer romano que se atrevió a inmortalizar su propia efigie en una moneda, algo que fue visto con muy malos ojos por el Senado, pero que poco tiempo después se convertiría en un elemento cotidiano que se mantuvo durante todo el Imperio y que ha llegado hasta nuestros días. Hasta aquel momento, los magistrados monetarios, que cada año se encargaban de la acuñación de nueva moneda, grababan alusiones a hechos destacados de la historia romana o a antepasados heroicos de su familia, pero nunca a personas vivas.

Gracias a la osadía de César, podemos contemplar el perfil de un rostro delgado y alargado, casi huesudo como el de aquel que inmortalizó Uderzo en los cómics de Astérix y Obélix. César, según le describieron en la Antigüedad, era un hombre alto, esbelto, de tez clara, con los pómulos prominentes y unos ojos oscuros y profundos. Quienes escribieron tras su muerte, añadieron que sobrepasaba a todos sus conciudadanos en prestancia física o, directamente, que era el más bello de los hombres, opiniones en todo caso influenciadas por la divinización con la que Octaviano le alzaría a los cielos.

Aun así, sabemos que realmente se preocupaba mucho por hacer que su aspecto físico fuera impecable. Se cortaba el pelo, se afeitaba y se depilaba regularmente para estar perfecto en cualquier situación, algo que podía llegar a ser visto como afeminamiento, aunque César siempre se mostró impasible ante tal hecho. Por el contrario, si había algo que no podía soportar de sí mismo era la calvicie. Le acomplexaba tanto que trataba de peinarse siempre hacia delante para disimularla y agradeció enormemente la concesión que, al final de su vida, le hizo el Senado por la que podía llevar la corona de laurel en cualquier situación; esta, además de asociar a su persona constantemente

con la ostentación del poder, le permitía mantener su cabeza protegida de las miradas indiscretas que tanto le avergonzaban.

A pesar de todo, César siempre tuvo fama de mujeriego. Se casó en tres ocasiones, pero por conveniencia política y para conseguir descendencia, no por amor. Tan solo su primer matrimonio, con Cornelia, le dio una hija — Julia—, a la que casó con Pompeyo y que murió durante un parto en el año 54 a. C., antes de que las diferencias entre los dos generales fueran irreconciliables. César siempre se distinguió por conquistar a diversas amantes, incluso el tribuno de la plebe Helvio Cina llegó a extender el rumor, fuera cierto o no, de que César le había ordenado redactar una ley por la que este pudiera casarse con cuantas mujeres deseara, aunque alegaba que era tan solo con el propósito de engendrar a un heredero.

Su estancia en Egipto, donde conocería y se enamoraría de la reina Cleopatra, comenzó de la peor forma que él hubiera podido imaginar. El rey egipcio Ptolomeo XIII quiso congraciarse con César —para que se pusiera de su lado y no del de su hermana Cleopatra— eliminando a su mayor enemigo, Pompeyo, que se dirigía hacia Egipto. El general recibió un mensaje amistoso para que se reuniera con el rey en Pelusio, pero lo único que encontró cuando llegó a la costa fue una muerte traicionera. Pompeyo, vislumbrando su inminente destino, tan solo se tapó dignamente la cabeza con la toga y se dejó morir entre puñaladas. Murió el 28 de septiembre del año 48 a. C., tan solo un día antes de su cumpleaños.

Cuando César se enteró de que Pompeyo se dirigía a Egipto, reanudó su persecución. Al llegar, la comitiva de bienvenida le recibió con el anillo-sello de Pompeyo y su cabeza, que había sido cortada y conservada para él. Se dice que César rompió a llorar cuando vio el anillo e intentó no mirar siquiera la cabeza de quien había sido su mayor adversario. Sus lágrimas, derramadas por su consabida rectitud y compasión, seguramente fueron reales, pues su moral le impedía ver como algo positivo aquel acto atroz contra un hombre por quien en un pasado, ya lejano, seguramente había sentido incluso afecto.

Su reacción no fue la esperada por Ptolomeo, que deseaba ganarse el favor del general romano. Justo al contrario, César tomó parte en el conflicto del lado de Cleopatra, destruyó el ejército del rey y lo derrotó, a pesar de que parte de la ciudad de Alejandría, incluyendo probablemente su biblioteca, fueron pasto de las llamas. Muerto Ptolomeo, Cleopatra VII, que por

entonces contaba con poco más de veinte años, se alzó con el trono de Egipto.

Ella era una mujer, como tradicionalmente se ha dicho, con un gran atractivo, hermosa, sutil, educada, pero sobre todo inteligente y resolutiva; y él un hombre que, a pesar de su fama de incansable, debía de estar agotado — física y mentalmente— por el gran desgaste de la guerra civil y la muerte de Pompeyo. Tal vez incluso se sintiera deprimido y vacío sin un adversario con el que competir. Tan solo así se pueden explicar, y no del todo, los más de tres meses que pasó César en Egipto, desatendiendo sus obligaciones, una vez acabada la guerra en la primavera del año 47 a. C.

Juntos, la reina egipcia y el general romano hicieron un crucero por el Nilo en la gran barcaza real, seguidos de cerca por sus ejércitos. Suetonio cuenta incluso que César habría continuado gustoso su travesía indefinidamente abandonándose al placer, de no haber sido porque sus soldados se negaron a continuar con aquel viaje. César y Cleopatra debieron de enamorarse realmente. Él por poder saborear el cuerpo de una joven atractiva que le hiciera olvidar las preocupaciones de su vejez, pero también por disfrutar de la conversación y por compartir experiencias con una mujer inteligente, culta y exótica como, al parecer, era Cleopatra.

Ella, por su parte, le debía el trono a César y puede que deseara complacerlo por ello, pero es probable también que su amor por él fuera sincero y seguramente sintiera el atractivo con el que César había cautivado a tantas mujeres, que debía de ir más allá de su físico para entrar en el campo de la erótica del poder. Y a pesar de que la historia ha ido transformando su imagen con el paso del tiempo en la de una mujer pasional y sexualmente insaciable, la realidad es que Cleopatra no debía de parecerse tanto a ese estereotipo cinematográfico, que pertenece más a Hollywood que al mundo antiguo. Finalmente, César se vio obligado a marchar de Egipto, dejando, según parece, el fruto de su amor en el vientre de Cleopatra, del que nacería Ptolomeo XV, conocido como Cesarión.

Muchos años antes de su fama de conquistador o de su retiro temporal en el que seguramente pasaría por su cabeza abandonar Roma a su suerte, César había tenido que sufrir el único escándalo sexual que le perseguiría durante toda su vida. Cuando todavía era un chaval poco experimentado, fue enviado a Bitinia, un reino aliado de Roma en la costa de la actual Turquía. Allí, el joven César de diecinueve años conoció al viejo rey Nicomedes IV, quien le

recibió con afecto por haber sido amigo de su padre. A partir de este punto, lo único seguro es que César pasó en aquel reino más tiempo del que habría necesitado para reunir a un escuadrón de barcos aliados, que era su misión. Su demora fue interpretada, especialmente por sus enemigos, como una prueba irrefutable de que había sido seducido por el rey. Según los rumores, César habría sido conducido a los aposentos reales, donde se habría tumbado en un lecho dorado con colcha púrpura sobre la que Nicomedes le habría sodomizado.

Aquel escándalo se acrecentó cuando, poco después, César volvió a Bitinia según dijo, para supervisar los negocios de uno de sus libertos. A pesar de que, con el paso de los años, negó categóricamente los rumores —incluso bajo juramento sagrado casi al final de su vida—, sus enemigos siempre usaron este ejemplo para ilustrar la supuesta depravación de César. Le llamaron «almohada de la litera real», «reina de Bitinia» e incluso «el hombre de todas las mujeres y la mujer de todos los hombres», en referencia a sus múltiples conquistas entre las mujeres, algo que César no ocultaba, y sus supuestas apetencias sexuales hacia los hombres.

Aunque es difícil establecer con seguridad absoluta qué ocurrió en Bitinia realmente, y aceptando que podría haber sido un joven deseoso de explorar su sexualidad, parece posible que todo aquello no fuera más que una gran artimaña para desprestigiarle, puesto que no se le conoció ningún otro escándalo similar durante el resto de su vida y recordar aquel rumor era una de las pocas cosas que conseguían enfurecerle en público.

Las ideas acerca de la sexualidad en la antigua Roma eran totalmente diferentes de las que tenemos en el mundo moderno y, por ello, puede llegar a ser una labor complicada comprenderlas o incluso estudiarlas sin imponer sobre ellas nuestros propios conceptos o prejuicios. En latín no existe ninguna palabra que podamos traducir como heterosexual, homosexual o bisexual. Sencillamente tales conceptos no existían para ellos, porque los romanos no se desenvolvían en un sistema de orientación sexual, sino más bien de identidad de género. Las apetencias sexuales de un romano podían estar más en un lado de la balanza que en el otro, en ambos por igual o exclusivamente en uno de ellos pero, por norma general, en su concepción no era evidente la existencia de dos polos diferenciados, como se puede distinguir de manera generalista entre la homosexualidad y la



heterosexualidad —aunque la realidad es mucho más variada en nuestros tiempos—.

La sociedad romana era innegablemente machista, pero no tenía entre sus rasgos identitarios criticar o juzgar actos sexuales, ya fueran entre un hombre y una mujer o entre dos hombres. A pesar de ello, sí existían situaciones en las que un romano podía ser mal visto por sus prácticas sexuales. En definitiva, para un hombre —la cuestión para las mujeres era muy distinta y mucho menos permisiva—, lo importante no era el sexo de su pareja, sino el papel que cada uno tomaba en el acto. Lo importante para un hombre era mantenerse dominante, penetrar, y no ser penetrado, pues esta segunda actitud era considerada debilitante y propia del género femenino. De ahí que el rumor de la sodomización de César por parte del rey de Bitinia fuese tan emasculante y doloroso para él durante toda su vida.

El sexo con mujeres solteras, esclavos y prostitutas no suponía ningún problema social para un ciudadano romano, incluso estando casado, más allá de alguna queja ocasional de su propia esposa, que en la mayor parte de los casos ni siquiera era tomada en consideración. Sin embargo, que un ciudadano romano mantuviera relaciones sexuales con otro ciudadano era motivo de escarnio, especialmente si el sodomizado era un varón joven. Este tipo de actos, que se consideraban impuros, destruían la virilidad del penetrado y podían considerarse como delitos de *stuprum*. El concepto del *stuprum*, de significado complejo, era una grave ofensa que consistía en la violación de la integridad sexual de cualquier persona libre, ya fuera hombre o mujer. Esto suponía una vergüenza y una humillación para quien era penetrado, pues perdía su *pudicitia*, valor fundamental de la moral romana. Uno de los escándalos más graves de *stuprum* del que tenemos constancia es el episodio de las bacanales en el 186 a. C., en el que, según el Senado —recordemos—, muchos jóvenes romanos habían sido corrompidos en los impúdicos *orgia* báquicos.

El término que normalmente encontramos en las fuentes en referencia a un hombre deshonorado al haber sido penetrado analmente o que se deshonoraba a sí mismo disfrutando de la penetración de otro hombre era el de *pathicus*. Este tipo de hombres eran objeto de escarnio público por parte de aquellos que se mantenían dentro de la moral.

Fuera de estas imposiciones, realmente había una libertad total para que un hombre disfrutara de placer sexual con quien le apeteciese. De hecho, no

debería extrañarnos que, en privado, el mismo hombre que despreciaba públicamente al «desgraciado» que se dejaba penetrar, tachándolo de *effeminatus* ('afeminado'), mantuviera gustosamente una relación sexual con él; eso sí, conservando en todo caso el papel activo en la misma. Especialmente deseables resultaban los adolescentes, tanto esclavos — *delicati*— como esclavas —*deliciae*—, que se hallaban en la edad idónea entre el inicio de su madurez sexual —aproximadamente desde los doce años — y su paso a la edad adulta —hacia los veinte—. Era el momento perfecto para disfrutar de sus encantos mientras se encontraban en la *flos aetatis* ('la flor de la vida'). En ocasiones, un amo podía comprar a sus esclavos específicamente para satisfacer su deseo sexual.

Más allá de lo escandaloso que esto pueda parecernos, por tratarse de un comportamiento que nuestra sociedad encuadra dentro de la pederastia, los romanos no encontraban en esos actos una barrera moral siempre que no se tratara de jóvenes nacidos libres. Al fin y al cabo, las relaciones sexuales en la Antigüedad tenían un fuerte componente de poder y subyugación entre personas de diferente categoría social.

Por otra parte, algunos escritores romanos, como Ovidio, nos revelan que la virtud para ellos estaba en el placer equitativo de las dos partes de la pareja y, por eso, él mismo decía disfrutar menos de sus relaciones con hombres jóvenes.

*Odi concubitus, qui non utrumque resolvunt; hoc est, cur pueri tangar amore minus. Odi quae praebet, quia sit praebere necesse, siccaque de lana cogitat ipsa sua. Quae datur officio, non est mihi grata voluptas: Officium faciat nulla puella mihi. Me voces audire iuvat sua gaudia fassas, quaeque morer memem sustineamque rogent.*

Odio las uniones que no satisfacen a ambos; por eso es por lo que me atrae menos el amor de un muchacho. Odio a la que se entrega porque es necesario entregarse, y, seca, piensa para sus adentros en la lana que ha de trabajar. El placer que se da por obligación no me es grato; que ninguna mujer se sienta obligada conmigo. Me gusta oír sus palabras confesándome sus goces, y que me pida que vaya más despacio y que me aguante.

(Ovidio, *El arte de amar* II, 683-690).

De todos estos conceptos podemos extraer que, durante su vida, la actitud sexual de César estuvo en consonancia con la moral del momento, con la

excepción de aquel escandaloso rumor de juventud que manchó su honra durante toda su vida. La fama de mujeriego, por otra parte, cumplía con las premisas antes descritas —a pesar de que se casó en tres ocasiones—, por lo que nunca tuvo ningún problema al respecto. De hecho, sus propios soldados, por la tremenda confianza que tenían con el general, le cantaban cancioncillas jocosas que César permitía sin demasiado reparo. Suetonio recoge una de ellas durante la celebración de sus triunfos militares en el año 46 a. C:

*Urbani, servate uxores: moechum calvom adducimus. Aurum in Gallia effutuisti, hic sumpsisti mutuuum.*

Romanos, vigilad a vuestras mujeres: os traemos al adúltero calvo. En la Galia te gastaste en putas el oro que aquí tomaste prestado.

(Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida del Divino Julio», LI).

## DIOSES, PATRIA Y ¿REY?

A finales de julio del año 46 a. C., César regresó a Roma victorioso para celebrar el triunfo que legítimamente había conseguido en la Galia. Según Plinio el Viejo, sus hombres habían aniquilado a la nada despreciable cantidad de 1.192.000 personas entre las victorias galas y las de la guerra civil. Todo un hito en el que César también superó a sus contemporáneos. Fue entonces cuando se le declaró *dictator* de Roma por un periodo excepcional de diez años.

En aquel momento César era indiscutiblemente el hombre más poderoso del Mediterráneo y había conseguido, finalmente, tener a Roma entera bajo sus pies. Y eso era algo que muchos senadores no podían soportar. Qué se proponía hacer César con tal poder es una de esas preguntas que necesariamente deben quedar sin una respuesta definitiva, pero podemos pensar que tal vez había comprendido que la moribunda República no podría soportar por mucho más tiempo una Roma que ya comenzaba a tener las dimensiones de un Imperio. Quizá la monarquía fuera la única solución viable para que la Ciudad Eterna sobreviviera. Lo que sí que sabemos con seguridad es que César no se acomodó en su nuevo cargo, que se convertiría en vitalicio —*perpetuus*— a comienzos del año 44 a. C., poco antes de su

asesinato. Comenzó a legislar de manera rápida y fluida para mejorar la vida de Roma y sus ciudadanos.

Se planteó realizar una gran codificación de la ley romana y también ordenó a Marco Terencio Varrón que realizara un acopio sistemático de libros en griego y latín para crear la primera biblioteca pública de Roma, al estilo de la de Alejandría. Sin embargo, su asesinato daría al traste con estos y otros planes que nunca llegaron a realizarse. A pesar de todo, otros muchos sí se llevaron a cabo, siendo particularmente reconocido en la historia el de la ya comentada puesta en marcha del nuevo calendario juliano el 1 de enero del año 45 a. C., de la mano del astrónomo alejandrino Sosígenes.

La precisión y rigurosidad de César llegaron a tal extremo que cuando, el 31 de diciembre del año 45 a. C., el cónsul Quinto Fabio Máximo murió repentinamente, decidió que los *comitia centuriata* —asamblea popular organizada en centurias— se reunirían para votar a un nuevo cónsul para lo que quedaba de día, dado que al siguiente comenzaba el curso político con el nuevo año y se elegirían dos nuevos cónsules. Cicerón no pudo más que burlarse de aquella situación de esta manera:

*Consulem hora septima renuntiavit, qui usque ad K. Ian. esset quae erant futurae mane postridie. Ita Caninio consule scito neminem prandisse. Nihil tamen eo consule mali factum est; fuit enim mirifica vigilantia, qui suo toto consulatu somnum non viderit.*

A la hora séptima [entre las doce y la una del mediodía] anunció la elección de un cónsul que asumiera el cargo hasta las kalendas de enero, que eran al día siguiente. Así, puedo informarte de que durante el consulado de [Cayo] Caninio [Rébilo] nadie almorzó. Sin embargo, nada malo ocurrió mientras fue cónsul, pues ofreció una vigilancia tan asombrosa que, durante todo su consulado, ni siquiera durmió.

(Cicerón, *Cartas a familiares* VII, 30).

Más allá de sus conquistas, de sus ambiciones y de sus escándalos, César fue uno de aquellos hombres que cambiaron el destino de Roma para siempre. No podemos saber cómo habría continuado su vida, a la que seguramente le quedaban otros diez o quince años, ni cómo habría cambiado el futuro de Roma si, en las *idus* de marzo del año 44 a. C., un complot de senadores —instigado por Cayo Casio Longino, Marco Junio Bruto y Décimo Junio Bruto Albino— no hubiera acabado con su vida en la Curia de Pompeyo.

Algunas fuentes, como Suetonio, dejan entrever que César estaba físicamente deteriorado y, tal vez, enfermo, aunque no podamos determinar por falta de detalles si tenía que ver con la epilepsia —*morbus comitialis*— que sufrió durante toda su vida y de la que conocemos solo algunos episodios concretos, porque rara vez permitió que su situación afectara a ningún aspecto de su vida pública.

Su agotamiento o el posible deterioro de su estado de salud serían consecuencias lógicas de tantos años de campañas militares e intrigas políticas sin final. Muchos de sus amigos llegaron a pensar que él mismo habría decidido sucumbir al destino que le esperaba por el bien de Roma, para que otros ocuparan su lugar. De hecho, la noche antes de su asesinato cenó con su amigo Marco Emilio Lépido y le habló de que para él una muerte rápida e inesperada era la mejor que podía conseguir. Por tanto, es posible conjeturar que quizá supiera que se estaba gestando una conjura contra su vida, pero seguramente no sabía con precisión cuándo iba a suceder.

Los *presagia* que acaecieron en los momentos anteriores a su asesinato fueron numerosos. Los caballos que había consagrado y abandonado en el río Rubicón habían dejado de comer y derramaban lágrimas, los pájaros se dejaban morir sobre el Foro, los sueños premonitorios de César se multiplicaron e incluso un *haruspex* ('arúspice') llamado Espúrina le advirtió de que algo terrible le pasaría al llegar las *idus* de marzo. A pesar de que las fuentes que narran estos acontecimientos son muy explícitas al hacerlo, debemos pensar que la mayor parte de estos prodigios, si no todos, son fruto de las historias contadas *a posteriori* para ensalzar la gloria de César.

Estuviera al tanto o no, los puñales de los conjurados horadaron el cuerpo de César hasta en veintitrés ocasiones y él solo acertó a taparse la cabeza con la toga para morir con mayor decoro, como ya hiciera su gran rival Pompeyo, a los pies de cuya estatua cayó muerto el *dictator* de Roma.

Sobre sus últimas palabras debemos destacar que William Shakespeare tuvo y sigue teniendo un gran impacto en esta cuestión con su aclamada obra *Julio César*, puesto que es común entre el público general pensar que Bruto era un hijo carnal de César al que, antes de morir y viendo que le había traicionado, le dijo: «*Et tu, Brute!*» ('¡Y tú, Bruto!'). De hecho, muchos eruditos e investigadores creyeron esto hasta el siglo XX. Tanto es así que incluso se crearon otras versiones de la inexistente frase latina como la que

popularizó un abad francés del siglo XVIII: «*Tu quoque [Brute] fili mi?*» (‘¿Tú también, Bruto, hijo mío?’).

La realidad es que, si César consiguió decir algo a Bruto antes de morir, fue la frase griega que aparece reflejada en la obra de Suetonio (*Vidas de los doce Césares*, «Vida del Divino Julio»,LXXXII, 2): «Καὶ σὺ τέκνον» (‘¿También tú, hijo?’). Cabe destacar que el término τέκνον aporta un significado de afecto por la persona a la que va dirigida, especialmente de alguien mayor a alguien más joven, pero no implica ningún tipo de parentesco entre César y Bruto —que solo existió en la mente de aquellos que malinterpretaron las fuentes tomándolas al pie de la letra sin realizar una lectura crítica—.

A pesar de todo, para otros autores como Plutarco, César no llegó a decir nada, por lo que puede que Suetonio tan solo interpretara lo que César pudo haber pensado al ver a un hombre estimado por él como era Bruto. Esta es, sin duda, la opción más realista, al margen del misticismo formado alrededor del magnicidio y de todo lo que rodeó la muerte de César. Pero, a pesar de que el gran general había muerto, su historia estaba más viva que nunca. Con su muerte terminaría sucediendo el cambio inevitable: el destino de Roma estaba a punto de caer en las manos de un joven de dieciocho años que se convertiría en su primer emperador.

## AUGUSTO, EL SALVADOR

Sería una tarea demasiado compleja y extensa reseñar de forma fidedigna la vida completa de Augusto. Su fama y éxito fueron tales que se trata de uno de los personajes sobre los que más se escribió a lo largo de la Antigüedad, y después de ella. La imagen que normalmente se puede ver del *Princeps*, la que él quería dejar de sí, es la del hombre que salvó la República de sí misma y que se transformó en «el primero entre iguales», otorgándoles la paz y la estabilidad entre los dioses y los hombres.

Sin embargo, existe otro personaje detrás de Augusto, uno más real y más humano, físicamente débil pero también inteligente y sobre todo manipulador, que supo manejar la voluntad de toda una civilización para que aceptaran voluntariamente sus directrices. Esta es la historia de cómo un solo hombre consiguió hacer que toda Roma se pusiera, por voluntad propia, a sus pies.

Nació el 23 de septiembre del año 63 a. C. en Roma, concretamente en una de las laderas del monte Palatino, y a los nueve días recibió el nombre de Cayo Octavio Turino. El joven Octavio pasó su infancia en Velletri, la tierra de su padre, lejos del bullicio de la ciudad de Roma, que pasaba por momentos muy turbulentos en aquellos años.

Cuando su padre murió, teniendo él cuatro años, fue criado por su abuela, Julia la Menor, hermana mayor de Cayo Julio César, que aquel año acababa de conseguir su primer consulado gracias a la influencia y el apoyo de Pompeyo y Craso, sus compañeros en la alianza privada que conocemos como el primer triunvirato. Octavio creció ajeno a los desmanes políticos con los que era vapuleada la República, formándose para ser un buen orador, político y aristócrata en el futuro, como se esperaba de él.

Su primera intervención pública tuvo lugar en el año 51 a. C. cuando su abuela, que había sido su referencia maternal más clara durante los primeros años de su vida, murió. El joven Octavio, de once años, pronunció el discurso

fúnebre en el Foro ante todos los que acudieron para presentar sus respetos por última vez a Julia, siendo felicitado y elogiado por familiares y amigos. A las pocas semanas de cumplir quince años —el 18 de octubre del año 48 a. C. — abandonó su *bullā* ('bula') y aceptó la toga viril como símbolo de su paso a la edad adulta y poco después entró a formar parte del *collegium pontificum*, convirtiéndose en un importante sacerdote.

En aquel momento, Octavio ya era un personaje moderadamente conocido en Roma, gracias a su parentesco con su polémico tío abuelo, Julio César, pero también por su belleza. De él se decía que era atractivo y de facciones proporcionadas y a pesar de que nunca se preocupó demasiado por acicalarse, siempre despertó fascinación en quienes le miraban.

Con todo ello, el propio César se fijó en él y tal vez reconoció pronto el potencial que Octavio iba a desarrollar en los años siguientes. Así, hizo que el joven le acompañara en su campaña bélica en Hispania contra Pompeyo, aunque una enfermedad le impidió llegar a tiempo al teatro de operaciones y se perdiera la mayor parte de la acción. A pesar de todo, a su llegada, a la que se había antepuesto incluso un naufragio que a punto estuvo de costarle la vida, César lo recibió con especial cariño, demostrando que en los años siguientes ayudaría a su sobrino nieto a subir posiciones en el escalafón social.

Pero el destino le tenía reservado un cambio inesperado poco después. El asesinato de César llegó a oídos de Octavio mientras se encontraba en Grecia formándose en retórica, oratoria y otras disciplinas que se esperaba poseyera un aristócrata como él. Inmediatamente regresó a una Roma en la que la incertidumbre era máxima y ni siquiera había consenso entre los partidarios de César. Lépido creía en la necesidad de un ataque directo para vengar a César, mientras que Marco Antonio era partidario de la vía diplomática. El Senado se reunió en el templo de Tellus para discutir lo que debía hacerse. La situación era tan tensa que incluso Antonio llevaba una cota de malla bajo la túnica, como pudieron ver los ciudadanos cuando él mismo la mostró como respuesta a alguien que, entre la multitud, le gritó que tuviera cuidado para no acabar igual que César.

Finalmente, como gesto de buena voluntad, se decidió amnistiar a los asesinos, pero manteniendo todas las leyes y decretos del *dictator* asesinado, algo que era conveniente pues, de invalidar todo el trabajo de César, lo poco que quedaba ya de la República se desmoronaría por completo. Ciertamente,



a pesar de que el relato oficial olvidó pronto estos primeros días tras la muerte de César, no hubo ningún estallido unánime de ira o violencia contra los agresores, aunque tampoco se produjo la reacción de júbilo y libertad que ellos esperaban, sino más bien la de terror e incertidumbre ante una situación de desasosiego.

Poco antes del funeral público que se le concedió a César, en el que Marco Antonio, su mano derecha, fue el encargado de hablar ante el pueblo, se reveló el contenido del testamento del difunto por orden del Senado. Para sorpresa de todos, incluso del propio Octavio, César le había nombrado heredero de tres cuartas partes de sus posesiones y le adoptaba de forma póstuma, con la condición de que tomara su mismo nombre, una cláusula relativamente habitual en estos casos.

El joven Octavio no debió de dudar ni un momento en aceptar la adopción de César, pasando a llamarse Cayo Julio César y convirtiéndose, con tan solo dieciocho años, en el heredero del que había sido el hombre más poderoso de Roma. César había escrito su testamento el 13 de septiembre del año anterior y hasta su apertura se había mantenido sellado y a buen recaudo, custodiado por las vírgenes vestales. En efecto, había visto algo en Octavio para convertirle en su heredero principal, aunque también debemos tener en cuenta que, cuando redactó el testamento, César no sabía que su final estaba tan cerca. Aun así, una vez más nos es complicado conocer los verdaderos planes del *dictator*, por lo que solo podemos intuir que, de cualquier forma, estos habrían acabado involucrando a Octavio, aunque tal vez no de la forma en que ocurrió.

A comienzos de abril, mientras que algunos amigos de César, como Gayo Macio, se lamentaban de que «si él [César], con ese talento, no encontraba salida, ¿quién la va a encontrar ahora?» —citado en Cicerón, *Cartas a Ático*, 355 (XIV, 1)—, llegó Octavio a Roma pidiendo audiencia con el cónsul Marco Antonio para comenzar a transferir y gestionar la herencia que le correspondía. Este era un asunto que Antonio no tenía demasiadas ganas de tratar puesto que estaba más preocupado por atender todas las peticiones que tenía y por alzar su propia carrera, antes que la de un chaval sin experiencia.

Pero aquel ya no era un chaval corriente, ni siquiera era ya Octavio, sino Cayo Julio César. Tan comprometido estaba con la herencia de su tío abuelo que ni siquiera conservó el *agnomen* Octavianus que hacía referencia a sus orígenes, aunque tiempo después sus enemigos se esforzarían en llamarle

Octaviano y no César como forma de deslegitimarle recordándole la que había sido su verdadera familia. En la historiografía moderna, cuando hablamos de Augusto entre los años 44 y 27 a. C., para referirnos a él —y como forma de no confundirle con Julio César— continuamos empleando el nombre que él siempre despreció.

## LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE CÉSAR

Tras las primeras incertidumbres, Octaviano consiguió reunir aliados políticos y militares entre quienes habían sido los seguidores de César. También fue recabando dinero y, especialmente, promesas de recompensas futuras que fácilmente podrían haberle traído muchos problemas. Sin embargo, había mucho del propio César en él, especialmente por su habilidosa forma de esquivar las adversidades —incluso aquellas que él mismo había creado—.

En los siguientes meses Octaviano organizó los *ludi victoriae Caesaris*, como forma de ofrecer unos juegos fúnebres en su honor. Los costeó de su bolsillo, llenado con los préstamos que le habían entregado sus aliados. Se celebraron a finales de julio, el mes en el que había nacido César y, en un calculado gesto de propaganda populista, Octaviano se endeudó aún más para entregar a cada ciudadano la cantidad de trescientos sestercios que César les había legado en su testamento.

La providencia quiso que en aquellos momentos un cometa —identificado en la actualidad como C/-43 K1— fuese visto sobre Roma durante siete días seguidos. En cualquier otra ocasión, se habría interpretado como un presagio terrible, pero el oportunismo de Octaviano entró en acción. Comenzó a extender la idea de que aquella era el alma de César ascendiendo por fin al reino celestial, el lugar que le correspondía. Y ya fuera por fe sincera o por interés, el concepto caló y fue visto como algo maravilloso que aumentó enormemente la popularidad del joven César. Se colocó el llamado *sidus Iulium*, una estrella con cola, como la de un cometa, sobre la cabeza de la estatua de César en el templo de Venus Genetrix, en las monedas que se acuñarían en los años siguientes y en cualquier representación suya a partir de entonces.

Poco a poco, Octaviano estaba consiguiendo legitimar, con su nuevo nombre, su posición en Roma de tal forma que muchos que en un principio le infravaloraron, como Cicerón o Antonio, comenzaron a entender que había un nuevo jugador en la mesa y que sus dados, que hasta entonces habían estado ocultos, anunciaban una jugada muy peligrosa. Desde ese momento, todos los esfuerzos de este joven que acababa de cumplir diecinueve años se centraron en acumular poder personal y renombre, formando incluso su propio ejército privado, para llegar hasta el lugar que pensaba que le pertenecía como legítimo heredero de César. A lo largo de los siguientes años, más por azar y fortuna que por estudio y planificación, se salvó en diversas ocasiones de acabar asesinado por veteranos amotinados o ciudadanos descontentos. Varias veces cayó gravemente enfermo y estuvo a punto de morir. Sin embargo, Octaviano siempre acababa por salvarse de una u otra forma, sobreviviendo a las adversidades contra todo pronóstico. En esta situación, no es de extrañar que él mismo se pensara realmente bendecido y elegido por los dioses para alcanzar un destino glorioso.

Este destino, según las fuentes posteriores, había sido pronosticado en diversas ocasiones por grandes augurios. Antes incluso de nacer, su madre, Atia, había soñado que sus entrañas subían hasta los cielos y se extendían sobre todo el orbe. Su padre, Octavio, soñó a su vez que del interior de Atia había salido una luz más cegadora que el sol. Incluso al nacer, consultando las estrellas se le vaticinó el poder absoluto. Una vez más, no debemos interpretar estos signos como verdaderos, sino como justificaciones añadidas *a posteriori* a su historia para glorificar aún más, si cabe, su leyenda.

Tras el enfrentamiento de Octaviano y Marco Antonio en la batalla del Foro de los Galos y Mútina, ambos comprendieron que una alianza mutua, que se formalizaría junto con Lépido cerca de la ciudad de Bononia, era más beneficiosa para sus intereses a pesar de sus diferencias. Octaviano por su parte, al haber muerto en la batalla los dos cónsules elegidos para aquel año —se llegó a decir que él mismo los había mandado matar para conseguir el control de sus legiones—, pidió al Senado que lo nombrara cónsul a pesar de ser poco ortodoxo por contar solo con diecinueve años cuando la norma era que únicamente se pudiera acceder a este cargo a partir de los cuarenta y dos. Ante la lógica negativa del Senado, Octaviano respondió marchando sobre la ciudad con un amplio despliegue de legiones, que no hallaron ninguna

resistencia. El 19 de agosto del año 43 a. C., Cayo Julio César —Octaviano—, fue investido cónsul de Roma.

La alianza de Antonio, Octaviano y Lépido se formalizó legalmente como un triunvirato público y notorio, a diferencia de aquel que realizaran Pompeyo, César y Craso, que no pasaba de ser un pacto privado. En ese momento la opinión del pueblo ya había cambiado su rumbo radicalmente en relación con el asesinato de César y, aboliendo la ley de amnistía para los asesinos, dio comienzo la guerra contra ellos.

Los triunviros no solo cargaron contra los hombres directamente implicados en aquel homicidio, sus planes iban mucho más allá. Antes incluso de que ellos mismos llegaran a Roma, pero siguiendo sus órdenes, comenzaron los asesinatos en masa. Se expusieron dos listas en el Foro —una de ellas reservada para senadores— y aquellos que aparecían en ellas podían ser asesinados sin temor a represalias, con el aliciente de que quien matara a alguno de ellos podía reclamar en compensación dinero o incluso la libertad si era esclavo. Ciertamente fue una matanza salvaje e indiscriminada de la que sabemos que algunos de los que figuraban en las listas ni siquiera suponían un peligro para los triunviros. Aun así, se decidió incluir los nombres de varios ciudadanos ricos para pagar las deudas contraídas con los soldados y financiar la futura campaña contra los asesinos de César. En poco tiempo las listas de proscripciones contaban con varios cientos de nombres, de los que fueron ejecutados entre doscientos y trescientos, según las fuentes. Estas han preservado algunas anécdotas de quienes se salvaron milagrosamente de una muerte segura. En una de ellas un esclavo se puso las ropas de su amo y los soldados lo mataron a él mientras el verdadero condenado huía, y en otra, un hijo celebró de forma ficticia el funeral de su padre para que dejaran de buscarlo.

El más destacado de todos los ejecutados, por ser el único excónsul, fue Cicerón, incluido en la lista junto con su hermano, su hijo y su sobrino por Antonio, como venganza personal por las *Filípicas* que le había «dedicado» el orador años atrás. A pesar de que Octaviano podría haber intentado evitarlo, permitió que fuera degollado cuando estaba a punto de hacerse a la mar, sin siquiera plantearse parar a Antonio en su venganza. A pesar de ello, las fuentes posteriores trataron de lavar su imagen mostrándolo resignado por el bien común ante las ansias de sangre de Antonio y Lépido.

Cicerón, por su parte, ya había embarcado unos días atrás hacia Oriente

para reunirse con Bruto, pero volvió a la costa, tal vez confiando en que Octaviano detendría su ejecución o por miedo a navegar con mal tiempo. Fue asesinado el día 7 de diciembre; su cabeza y su mano derecha fueron cercenadas y llevadas a Roma antes de que acabara el año para ser clavadas en los *rostra* —la tribuna de oradores— del Foro. Se cuenta que Fulvia, la mujer de Antonio, llegó a escupir e insultar a la cabeza decapitada de Cicerón, e incluso clavó alfileres en la lengua que había osado pronunciar tantas palabras contra su marido.

El 1 de enero del año 42 a. C., el Senado decretó la divinización de Julio César, que se convirtió en el Divino Julio (*Divus Iulius*), y se le concedió un sacerdote de alto rango dedicado a su culto, el Flamen Iuliaris. Octaviano había insistido mucho en la necesidad de la concesión de tal honor, pues le permitiría añadir a su nombre el de *Divi Filius*, o Hijo del Divino [Julio]. No solo había conseguido que se considerara a César una figura divina que había subido a los cielos, sino que además, él lograba en vida ser tenido por el hijo de un dios.

En ese mismo año, Antonio y Octaviano dirigieron sus ejércitos a Oriente, hacia donde habían huido Bruto y Casio con las tropas que les eran leales. Ambos bandos se encontraron junto a la ciudad de Filipos, en Macedonia, donde tuvieron lugar los combates en los días 3 y 23 de octubre. En la primera batalla, Antonio consiguió tomar la posición de Casio, que ordenó a su criado que le ayudara a suicidarse antes de caer preso del enemigo. Por otra parte, Bruto tomó el campamento de Octaviano que, una vez más, había caído terriblemente enfermo. A pesar de todo, salvó su vida, según se cuenta, porque su médico personal había soñado con el peligro y habían decidido trasladar al triunviro. Octaviano nunca tuvo la destreza militar entre sus fuertes, pero en esta ocasión su deshonor quedó agravado más si cabe por estar totalmente ausente de la batalla, que fue comandada de forma magistral por Antonio.

Octaviano siempre fue un hombre terriblemente supersticioso, y presagios como los que tuvieron lugar en Filipos eran especialmente importantes para él. Podían ser grandes avisos como el que aconteció años después, durante una expedición nocturna contra los cántabros. En aquella ocasión un rayo fulminó al esclavo que le precedía mientras él era transportado en su litera y, como agradecimiento, le dedicó un templo a Júpiter Tonans ('el tronador') en el Capitolio. También sentía gran respeto por pequeños detalles que

estuvieran fuera de lugar. Por ejemplo, si por la mañana se calzaba los zapatos en el pie equivocado, lo consideraba como un terrible presagio; no emprendía ningún viaje el día siguiente a aquel en el que se celebrara el mercado semanal —*nundinae*— o evitaba iniciar cualquier asunto serio en las nonas —los días cinco o siete de cada mes— por el mal agüero que para él tenía la palabra en sí misma —tal vez al descomponerla en *non is*, que se podría traducir como ‘no vas’—.

La segunda batalla enfrentó al gran ejército de los triunviros contra un dubitativo Bruto, que terminó por suicidarse también, lanzándose contra su espada antes de que Antonio y Octaviano consiguieran capturarlo. Así culminó la guerra contra los asesinos de César, que había conseguido ser vengado gracias a su mano derecha en vida y su heredero, tal vez en la última gran acción que ambos realizaron conjuntamente.

A pesar de que Antonio se casó con Octavia —hermana de Octaviano— como forma de mejorar las relaciones con él y de que se llegó a renovar el triunvirato en el año 38 a. C. por otros cinco años, la relación entre ellos fue cada vez más distante y poco a poco volvieron al estado natural de tensión con el que habían comenzado su relación diez años atrás.

Hacia el año 38 a. C., Octaviano decidió empezar a usar como *praenomen* Imperator, en lugar de Gaius. Ese término, que nosotros asociamos con el de emperador, no tenía entonces el significado que le otorgamos actualmente, sino el de general victorioso. Sin embargo, su talento militar era realmente limitado —y él era consciente de ello— pero supo delegar en figuras como Marco Vipsanio Agripa, que gestionó sus desafíos militares con destreza. Ni en aquel momento ni en toda su vida Augusto fue un «emperador». Él pronto sería el *Princeps* de Roma y solo con la perspectiva que da la historia se ha terminado por asociar el título de Imperator —que todos los príncipes de Roma llevaron por nombre a partir de entonces en su cargo—, con el concepto que nosotros tenemos de un emperador romano.

El título, otorgado por el Senado o por los propios soldados, era el prelude necesario a la concesión de un triunfo. El apelativo de Imperator nunca había sido usado como nombre permanente hasta aquel momento, pero como en tantos otros asuntos en aquella época, Octaviano —al igual que su padre— fue el primero en cambiar las reglas del juego.

## EL ELEGIDO

A finales del año 33 a. C., cuando estaba llegando a su fin el periodo de cinco años de prórroga del triunvirato, la situación no podía ser más desastrosa entre los triunviros. Lépido había sido relegado de sus funciones y Octaviano y Marco Antonio se disputaban el control de Occidente y Oriente, respectivamente. Cuando el pacto llegó a su fin, Antonio se divorció de forma oficial de Octavia y se unió a Cleopatra en Alejandría; *de facto* su relación con la reina egipcia había comenzado años atrás y la pareja ya tenía tres hijos.

En Roma, Octaviano se había convertido en un *privatus*, un hombre normal sin cargo político en el gobierno de la República y estaba siendo ninguneado y difamado por los dos cónsules, que eran partidarios de Antonio. En aquel momento, por lo desesperado de su situación, Octaviano tomó varias medidas totalmente ilegales y despiadadas. Irrumpió en la sesión del Senado con un séquito armado y defendió su postura, tras lo que más de trescientos senadores y los propios cónsules huyeron de Roma. También cometió un grave sacrilegio al tomar por la fuerza el testamento de Antonio —que estaba a buen recaudo bajo la custodia de las vírgenes vestales— y anunció públicamente partes de él. En ellas se nombraba a Cesarión como único heredero legítimo de César, legaba grandes dones a los tres hijos que tuvo con Cleopatra y pedía que se le enterrase junto a ella en Alejandría.

A pesar de los graves ultrajes que Octaviano había perpetrado, su capacidad para conducir y manejar a la opinión pública hizo que el pueblo de Roma se indignara más por los desmanes orientales de Antonio que por las traiciones a los dioses y a la patria, consideradas como necesarias e inevitables. Pronto los rumores sobre los amantes orientales crecieron y comenzaron a circular bulos, extendidos a propósito para minar la imagen que de ellos se tenía en Roma. Muchos aseguraban que Antonio deseaba regalar la ciudad de Roma a Cleopatra y otros, que incluso quería trasladar la capital del Estado a Alejandría.

Finalmente, el Senado decretó privar a Antonio de todos los poderes que le habían sido concedidos y retirarle el consulado para el que había sido designado al año siguiente junto con Octaviano —31 a. C.—. No le declararon enemigo del Estado por temor a que hubiera una sublevación de

quienes todavía le eran fieles en secreto en Roma, pero sí anunciaron que los que desertaran de sus filas serían perdonados y elogiados públicamente.

La visión que Roma tenía en aquel momento de Marco Antonio, fomentada mediante la propaganda envenenada de Octaviano, era la de una suerte de Hércules ebrio abandonado a los placeres orientales y bajo el control de la reina egipcia que le había manipulado con sus encantos. Al fin y al cabo, Antonio seguía siendo romano y aunque era conveniente difamarle, no debía parecer que había abandonado Roma por voluntad propia, sino por el influjo de una extranjera. Con todo ello se declaró la guerra, pero no contra él, pues Roma no podía permitirse otro conflicto entre romanos estando tan reciente el anterior. La guerra fue formalmente declarada contra Cleopatra e incluso se decretó amnistía y perdón total a Antonio si este se arrepentía de sus actos y regresaba a Roma. Como ya sabemos, fue el propio Octaviano quien recuperó la ceremonia de los *fetiales* ante la *columna bellica*, escenificando su sentido del deber y justificando la contienda, que de este modo era estimada justa y tenía el respaldo de los dioses.

Las maliciosas intenciones de Octaviano dieron su fruto y pusieron a Antonio en una situación en la que no tenía más margen de reacción que luchar contra su propia patria, controlada por su mayor enemigo. La batalla dialéctica y propagandística fue una de las más brutales que conoció Roma. Antonio, por su parte, se apresuraba también a intentar deslegitimar al heredero de César diciendo que no era en realidad su hijo y alegando, falsamente, que Octaviano en el pasado se había ganado su favor mediante actos impuros, dejándose sodomizar por el *dictator*.

Estos argumentos no conseguían llegar a una Roma controlada por su enemigo, aunque eran empleados con frecuencia por los soldados de Antonio. En alguna excavación arqueológica se han hallado glandes —proyectiles de honda o de artillería ligera—, en los que las tropas grababan mensajes obscenos e insultos, entre los que se podía leer que tales proyectiles iban destinados al trasero de Octaviano, al que acusaban de impío por haberse dejado sodomizar.

La guerra entre Roma y Egipto quedó prácticamente decidida en la batalla de Accio, en la costa griega, el 2 de septiembre del año 31 a. C., demostrándose superiores los barcos comandados por el general Agripa que, aunque eran menos numerosos y más pequeños que los del enemigo, también eran más ágiles y rápidos. Cleopatra ordenó la retirada y Antonio y los suyos



obedecieron, dando por perdida la batalla. A pesar de la gran victoria conseguida y de que una buena parte de las tropas de Antonio cambiaron de bando, Octaviano estaba casi en bancarrota por los tremendos costes que todo aquello le había supuesto, además de haber tenido que confiscar dinero y propiedades a poderosas familias de Roma para sufragar la construcción de su flota. Aquel era un cóctel que podría haberle costado tan caro a Octaviano como para pagarlo con su vida, de no haber encontrado la solución.

La orden tras el final de la batalla fue la de apagar los fuegos que los propios soldados romanos habían causado en los barcos enemigos antes de que se hundieran y recuperar todo el dinero y otros tesoros que transportaban. El importante botín de guerra que consiguió Octaviano de las trescientas naves capturadas iba a permitirle pagar a las tropas y restaurar la calma en Roma; solo había un problema: las monedas recuperadas llevaban el nombre de Marco Antonio y las marcas de sus legiones.

La solución más común habría sido fundir y volver a acuñar todas las monedas, principalmente de plata, para pagar a las tropas. Sin embargo, las monedas legionarias de Antonio tenían un contenido más bajo de plata que el estándar romano, por lo que de haberlo hecho, se habría perdido una buena cantidad de dinero. Así, Octaviano decidió entregar las monedas de Antonio a sus propios soldados empleando una estrategia propagandística por la que las legiones que aparecían representadas en ellas a través de águilas y barcos de guerra abandonaban a su general y llegaban para engrosar las filas del Estado romano. Octaviano también había acuñado sus propias monedas de guerra, en las que se presentaba como un general victorioso que dominaba sobre todo el orbe gracias a la protección de Venus, Apolo y Diana, creando un verdadero discurso a través de la iconografía monetaria, al que desde ese momento se unían las acuñaciones de Antonio. A partir de entonces, quien mirase todas aquellas monedas recordaría con regocijo la victoria de Octaviano, la derrota de Antonio y la destrucción de su ejército.

En los años posteriores, la batalla de Accio sería considerada como el punto de inflexión en el que Octaviano tomó el control definitivo de Roma. La gente lo alababa, se hacían sacrificios a Apolo —pues él fue el dios al que Octaviano se encomendó en aquella batalla y durante el resto de su vida— e incluso se celebraban juegos para conmemorar la victoria en los que poetas como Propertio cantaban las gestas del salvador de Roma contra los enemigos egipcios, quienes eran humillados sin piedad.

*Altera classis erat Teucro damnata Quirino, pilaque feminea turpiter acta manu: hinc Augusta ratis plenis Iovis omine velis, signaque iam Patriae vincere docta suae. [...] [Phoebus] astitit Augusti puppim super, et nova flamma luxit in obliquam ter sinuata facem. [...] Mox ait «o Longa mundi servator ab Alba, Auguste, Hectoreis cognite maior avis, vince mari: iam terra tua est: tibi militat arcus et favet ex umeris hoc onus omne meis. Solve metu patriam, quae nunc te vindice freta imposuit prorae publica vota tuae [...]».*

Una flota estaba condenada por el teucro Quirino, pues sus armas se adaptaban vergonzosamente a la mano de una mujer; y aquí el navío de Augusto con las velas llenas del presagio favorable de Júpiter y las enseñas ya expertas en lograr victorias para la patria. [...] [Apolo] se colocó sobre la popa de Augusto y una nueva llama brilló tres veces, doblada en forma de zigzagueante relámpago. [...] Luego dijo: «Oh, Augusto, salvador del mundo desde los tiempos de Alba Longa, reconocido como más grande que tus antepasados troyanos, vence en el mar, que ya la tierra es tuya: de tu lado está mi arco y toda esta carga que cuelga de mis hombros te favorece. Libra de miedo a tu patria, pues, confiada a tu salvaguardia, ha colocado sobre tu proa los votos del Estado [...]».

(Propertio, *Elegías* IV, 6, 21-54).

La victoria definitiva fue lograda menos de un año después en Alejandría, donde se refugiaban los odiados amantes. Octaviano, que había sufrido una derrota el día 31 de julio ante Antonio, tomó la ciudad al día siguiente, poniendo fin a la contienda. Las fuentes cuentan que las tropas de Cleopatra se rindieron y se cambiaron de bando y Antonio estaba furioso con la reina por ello. Cleopatra, quizá para esconderse de Octaviano o, tal vez, temiendo la ira de Antonio, se encerró en la tumba que había hecho construir para ambos e hizo llegar rumores de que se había suicidado. Marco Antonio recibió la noticia y, viendo que la guerra estaba perdida y que el amor de su vida había muerto, no sintió necesidad de seguir viviendo.

Pidió a un criado de confianza que le clavara su espada, pero este se suicidó antes que matar a su amo. Antonio siguió su mismo camino y se clavó su espada en el vientre. La herida no fue mortal, por lo que debió de agonizar durante largo rato hasta que un sirviente, enviado por Cleopatra para ver si su esposo estaba muerto, le confesó que ella seguía con vida. Antonio pidió que lo llevaran hasta la tumba y, desangrándose y con estertores de muerte, lo introdujeron con cuerdas por la parte superior —todavía inacabada—, porque las puertas una vez cerradas no se podían volver a abrir.

Tras la que debió de ser una triste y dantesca escena, Antonio terminó muriendo en brazos de Cleopatra. Ella por su parte intentó negociar desde el interior con los hombres de Octaviano, pero terminaron capturándola y poniéndola bajo vigilancia para que no pudiera matarse, porque el emperador deseaba mostrarla viva en el desfile triunfal en Roma. Pero ella no tenía ningún interés en cruzar el mar ni en ir a ninguna parte.

El relato de los días siguientes es diverso en los textos de los autores que narraron aquellos hechos. Para unos Cleopatra trató de seducir falsamente a Octaviano y en otros, se mostró llena de vida y servicial ante él. En cualquiera de los casos, el propósito era claro, conseguir rebajar su vigilancia para poder suicidarse, algo que consiguió pocos días después dejándose morder en el brazo por una cobra. Esto es lo que sostienen la mayoría de los autores clásicos, aunque también pudo haber ingerido un veneno. Realmente, este famoso pasaje de la historia es uno de aquellos que difícilmente podremos conocer con certeza, al estar rodeado de un aura mítica que seguramente lo deformó completamente, incluso ya en época romana.

## UNA NUEVA ERA

Octaviano no solo volvió a Roma con la noticia del final de la guerra, sino que también había anexionado Egipto como nueva provincia romana, y una muy provechosa además, pues sería conocida a partir de entonces como «el granero de Roma» dada la ingente cantidad de cereal que se importaba de allí. Desde aquel momento, Roma entera se rindió ante el *Princeps* y los honores comenzaron a sucederse.

El mes de agosto del año 29 a. C. debió de ser emocionante para Octaviano, pues vio culminadas algunas de las empresas más importantes que había llevado a cabo hasta la fecha. Se le concedieron tres triunfos consecutivos en los días 13, 14 y 15 por sus victorias en Dalmacia, Accio y Alejandría, en los que fueron mostradas ingentes cantidades de botín y prisioneros, entre los que estaban los tres hijos de Cleopatra y Antonio e incluso una figura de la reina tumbada y con una serpiente enroscada en su brazo. El día 18 se inauguró el templo del Divino Julio en el Foro —dedicado

a la memoria de César— y tan solo diez días después, la nueva Curia Julia, símbolo del poder del Senado, controlado por el nuevo César.

Los dos años siguientes también fueron especialmente intensos en cuanto a los honores y elogios que recibió por parte del Senado y el pueblo de Roma. Es interesante recalcar que, a diferencia de un estilo autoritario y tradicional, que no habría sentado bien a los romanos, el Imperator Caesar Divi Filius se limitaba a aceptar honores que le eran entregados por los senadores, en su mayoría aliados políticos suyos que hicieron todo lo posible por encumbrarle, aunque fuera a costa de la destrucción definitiva de la República. A pesar de todo, oficialmente, no solo no fue destruida, sino que Octaviano la salvó a ella y a todos los ciudadanos, como él mismo dejó escrito en sus memorias antes de morir:

*In consulatu sexto et septimo, postquam bella civilia extinxeram, per consensum universonum potitus rerum omnium, rem publicam ex mea potestate in senatus populique Romani arbitrium transtuli. Quo pro merito meo senatus consulto Augustus appellatus sum et laureis postes aedium mearum vestiti publice coronaque civica super ianuam meam fixa est et clupeus aureus in curia Iulia positus, quem mihi senatum populumque Romanum dare virtutis clementiaeque et iustitiae et pietatis causa testatum est per eius clupeae inscriptionem. Post id tempus auctoritate omnibus praestiti, potestatis autem nihilo amplius habui quam ceteri qui mihi quoque in magistratu conlegae fuerunt.*

Durante mis consulados sexto y séptimo [28 y 27 a. C.], tras haber extinguido las llamas de la guerra civil, siendo dueño de todas las cosas, por acuerdo universal, transferí el gobierno del Estado a la jurisdicción del Senado y del pueblo romano, cediendo mi poder. En virtud de ese acto meritorio fui llamado, por decreto del Senado, Augusto [el 16 de enero del 27 a. C.], y fueron revestidas públicamente con laureles las jambas de mi casa y se colocó la corona cívica sobre mi puerta y se colocó en la Curia Julia un escudo de oro que me otorgaron el Senado y el pueblo romano por mi valor, mi clemencia, mi sentido de la justicia y del deber religioso [*pietas*], como atestigua la inscripción que hay en el propio escudo. Desde entonces gocé de un prestigio superior a todos, mas nunca tuve poderes más amplios que el resto de los que fueron colegas míos en las magistraturas.

(Augusto, *Hazañas del Divino Augusto* 34).

Aquello que no había conseguido César lo llevó a cabo Augusto contando incluso con el beneplácito del Senado gracias a años de propaganda política que moldearon paulatinamente la sociedad romana. No solo logró el poder

personal y monárquico que tanto temían los romanos, sino que consiguió que ellos mismos se lo entregaran de buen grado. El frío y calculador revolucionario se había transformado en el venerable protector de la patria que la había salvado de sus enemigos y, prácticamente de sí misma. En los siglos posteriores se escribió mucho sobre su figura y los grandes cambios que habían tenido lugar en aquella época.

Desde la perspectiva que a autores como Tácito les había dado el paso del tiempo, estaba claro que la República, decadente y moribunda, en la que las luchas personalistas de poder eran la norma, no había tenido más remedio que ceder el control a un solo hombre en pos de la paz, «pues no quedaba para la patria en discordia otro remedio que el gobierno de uno solo» (Tácito, *Anales* I, 9, 4). Incluso dentro de su propia familia, sabemos que el emperador Claudio escribió en su juventud una obra sobre la historia reciente de Roma, comenzando con el asesinato de César. Sin embargo, se tuvo que resignar a narrar las hazañas de Augusto desde la victoria en Alejandría, pues tanto su madre —Antonia la Menor, hija pequeña de Marco Antonio— como su abuela —Livia—, se negaban a permitirle investigar lo que realmente ocurrió en aquellos turbulentos años.

Aun habiendo conseguido tantos honores, Augusto —que significa ‘noble’, ‘venerable’ o ‘sagrado’— siguió haciendo gala de su planificada propaganda con numerosos gestos que no hacían más que otorgarle un grado de idealización cada vez más alto entre los romanos. Construyó su propio mausoleo cuarenta años antes de su muerte para que nadie dudara de que él, a diferencia de Marco Antonio, no iba a abandonar su patria por los placeres extranjeros. Rescató la leyenda de la familia Julia para su propio beneficio y colocó a todos sus antepasados de forma teatral en las exedras de un nuevo Foro centrado en la figura de Marte Vengador, cuyo templo había prometido construir antes de la victoria de Filipos contra los cesaricidas y que no fue inaugurado hasta el año 2 a. C., tras más de cuarenta años de trabajos.

Promocionó a toda una generación de literatos y artistas, bajo la supervisión de su amigo y consejero Mecenas —de cuyo nombre proviene el término «mecenazgo», precisamente por esta labor—. Entre ellos que se encontraba Virgilio, que creó para Augusto la obra propagandística definitiva en la que ya nos centramos en los primeros capítulos y que supuso la culminación de una compleja obra de ingeniería social para unir el destino de Roma al suyo propio como si se tratara de uno solo. Renovó también la *pietas*

de los romanos, a través de la vuelta a la moral religiosa tradicional que prácticamente se había perdido en los últimos tiempos de la República. Reavivó numerosas fiestas religiosas que habían caído en el olvido y reconstruyó o restauró ochenta y dos templos de la ciudad abandonados y en desuso. No en vano, antes de morir dijo haber encontrado una ciudad de barro y haberla dejado recubierta de mármol, refiriéndose no solo a los propios templos, sino también a la brillante nueva moral que había conseguido implantar.

Todo ello se enmarcó dentro de un periodo de paz, armonía, abundancia y felicidad que se respiraba por toda la Urbe e incluso en las provincias, entre sus gentes y en sus monumentos como el Ara Pacis (‘Altar de la Paz’). Este altar contaba con una rica decoración compuesta por muy diversas especies de plantas y animales que demostraban la prosperidad reinante y se entremezclaban con las escenas del pasado y el presente de Roma. El singular monumento, que se situó en el Campo de Marte, fue dedicado —inaugurado— el 30 de enero del año 9 a. C. En sus muros exteriores se representó una solemne procesión ofrecida a la paz —tal vez la que se hizo en el año 13 a. C. para consagrar el lugar en el que se construiría el monumento—, en la que estaban presentes los sacerdotes más importantes de la religión romana, destacados ciudadanos y, por supuesto, Augusto, su familia y amigos. Completan los muros cuatro escenas en las que aparecen Eneas, los gemelos Rómulo y Remo, la diosa Roma y una mujer sentada rodeada de abundancia animal y vegetal que se puede identificar con la propia Abundantia, Pax —la Paz— y Tellus—la madre Tierra—.

La *aurea aetas* (‘edad de oro’) representaba todos estos ideales que, para los ciudadanos de Roma, se hicieron realidad gracias a Augusto. La tradición neopitagórica seguida por los romanos postulaba que la vida humana se regeneraba cada 440 años divididos en cuatro épocas de igual duración. Cada una de ellas se denominaba *saeculum* —de donde procede nuestra palabra para definir un periodo de cien años, el siglo—. Estos *saecula* de oro, plata, bronce y hierro, se repetían eternamente. Según los cálculos sacerdotales que se llevaron acabo —no sin algunos problemas para encajar fechas que no terminaban de cuadrar con los planes de Augusto— estaba a punto de iniciarse el *saeculum aureum* (‘siglo de oro’), la regeneración del mundo que comenzaba con la nueva era de prosperidad que se había estado gestando en la propaganda del régimen durante la década anterior.

De la noche del 31 de mayo hasta el día 3 de junio del año 17 a. C. se celebraron los llamados *ludi saeculares* ('los juegos de los siglos'), que conmemoraron el inicio de la nueva época. Se realizaron diversos sacrificios día y noche a los dioses celestiales y a los del inframundo, en los que participó el propio *Princeps*. Se engalanó la ciudad y se realizaron procesiones de ciento diez matronas y un coro de veintisiete niños y veintisiete niñas, un número nada casual pues se obtiene al sumar nueve veces tres que, como ya mencionamos, es el número mágico más importante de la superstición romana, y además el nueve es tres veces tres. Aquellos niños y niñas cantaron en el Palatino y en el Capitolio el *Carmen Saeculare* ('El himno de los siglos') —en el que se alababa a los dioses y se elogiaban los orígenes divinos de Augusto—, compuesto especialmente para la ocasión por el poeta Horacio.

Con la nueva era se iniciaba la restauración de la República bajo la tutela moral del *Princeps*, una República de la que tan solo quedaba ya el nombre y que se perpetuaría durante casi cinco siglos más. Los emperadores futuros verían en la figura de Augusto el modelo de virtud al que imitar. El Imperio romano acababa de nacer y todavía tendrían que llegar muchos otros para malear y doblegar su naturaleza con el paso de los siglos.

## EL HOMBRE TRAS LA MÁSCARA DEL *PRINCEPS*

En las páginas anteriores hemos ido desentrañando, a través de diversos episodios de su vida y de la historia romana, la figura de Augusto, su personalidad y el cambio radical que dio a su propia imagen con el paso de los años. De manipulador, ambicioso e implacable a venerable figura respetada y querida por todos, Augusto fue una de las mentes más brillantes de su tiempo. Ahora que comprendemos su personalidad, aunque en el transcurso del relato ya hemos vislumbrado algunos rasgos, vamos a conocer un poco más al hombre que se ocultó durante toda su vida detrás de la figura que proyectaba de sí mismo.

*In capite comendo tam incuriosus, ut raptim compluribus simul tonsoribus operam daret ac modo tonderet modo raderet barbam eoque ipso tempore aut legeret aliquid aut etiam scriberet. Vultu erat vel in sermone vel tacitus adeo tranquillo serenoque [...]*

*Oculos habuit claros ac nitidos, quibus etiam existimari volebat inesse quiddam divini vigoris [...]; sed in senecta sinistro minus vidit; dentes raros et exiguos et scabros; capillum leviter inflexum et subflavum; supercilia coniuncta; mediocres aures; nasum et a summo eminentiorem et ab imo deductiorem; colorem inter aquilum candidumque; staturam brevem —quam tamen Iulius Marathus libertus et a memoria eius quinque pedum et dodrantis fuisse tradit—, sed quae commoditate et aequitate membrorum occuleretur, ut non nisi ex comparatione astantis alicuius procerioris intellegi posset.*

Era tan indiferente con respecto al cuidado de su pelo que hacía que varios barberos trabajaran al mismo tiempo y a toda prisa, unas veces se hacía recortar la barba y otras, afeitarse, y hasta en esos momentos aprovechaba para leer o escribir algo. Tenía una expresión tan tranquila y serena, lo mismo si hablaba como si se quedaba callado [...] Sus ojos eran vivos y brillantes y por ellos quería que se le considerase poseedor de una fuerza divina [...] Pero en su vejez no veía muy bien por el ojo izquierdo. Tenía los dientes separados, pequeños y desiguales; el cabello, ligeramente rizado y tirando a rubio; las cejas, juntas; las orejas, medianas; la nariz, prominente en la base y recogida en la punta; la tez, entre morena y blanca, y la estatura, pequeña [no obstante, Julio Marato, liberto y cronista suyo, cuenta que medía cinco pies y tres cuartos, 1,70 metros aproximadamente], pero la disimulaba la perfecta proporción de sus miembros, que la hacía pasar inadvertida a no ser que se le comparara con alguien más alto que estuviera de pie a su lado.

(Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida del Divino Augusto» LXXIX).

Este texto fue escrito más de un siglo después del momento en el que nos encontramos, cuando el Imperio ya era un modelo perfectamente fijado y que tenía a Divus Augustus Pater —la figura divinizada en la que se transformó a Augusto tras su muerte— como el referente fundamental de la virtud. En él podemos ver una interesante mezcla de elementos que nos permiten contemplar al Augusto de carne y hueso, maquillado y oculto, casi literalmente, bajo un velo de idealización que intuimos en justificaciones como la de su estatura. Se nos muestra como un hombre proporcionado, casi divino e impasible, que irradiaba un brillo cegador en sus ojos y que se suponía prácticamente inalcanzable. Sin embargo, sabemos que precisamente su estatura llegó a ser un problema para él, pues a menudo usaba alzas en público para parecer más alto.

Siempre fue de complexión débil y seguramente tenía una ligera cojera en su pierna izquierda. Era terriblemente friolero, por lo que en invierno solía usar una toga gruesa, cuatro túnicas, una pechera de lana y varias telas más que le protegían las piernas del frío. A pesar de ello, tampoco soportaba que



le diera el sol, por lo que siempre que salía al exterior llevaba puesto un sombrero de ala ancha que le protegiera. Y por si todo ello pareciera poco, su naturaleza enfermiza le puso en varias ocasiones al borde de la muerte, aunque siempre sorprendía a todos con su «débil salud de hierro», tan característica de él, que le permitió vivir hasta los setenta y cinco años, mucho más de lo que se hubiera esperado incluso de una persona sana y fuerte.

Ciertamente esta es su cara más desconocida, en contraste con la imagen de fuerza y poder que infundió en la conciencia colectiva de la sociedad romana. Una vez más, la propaganda política tuvo un papel crucial para esconder la figura humana del *Princeps* y entregar a los romanos al salvador que querían ver. De hecho, de su juventud tan solo conocemos alguna representación puntual en las monedas más tempranas del periodo del triunvirato, en las que aparece incluso con barba, algo que no volvería a repetirse en ninguna representación suya nunca más. A partir de entonces, especialmente desde el comienzo de las hostilidades contra Marco Antonio y Cleopatra, Augusto mantuvo una imagen oficial impecable en sus representaciones tanto monetarias como escultóricas.

Este aspecto idealizado se difundió por todos los rincones del Imperio, haciendo que cualquier persona pudiera reconocer al *Princeps* de Roma, manteniéndose siempre joven, aunque el verdadero Augusto fuera envejeciendo, hasta el punto de que pronto dejó de parecerse a aquella figura propagandística que se difundía de puertas para afuera. Pero era la idea de su figura y no la de su cuerpo mortal la que debía mantenerse perenne, incluso después de su muerte; al fin y al cabo, el *Princeps* era el elegido por los dioses y, como tal, acabó por convertirse en un ente superior que llegó a ser venerado como un dios en vida, aunque solo en la zona oriental del Imperio puesto que en la occidental habría sido algo impensable en aquella época y solo se consintió su transformación en *Divus Augustus* —el Divino Augusto— tras su muerte, en el año 14.



Estatua de Augusto con coraza, heroizado e idealizado como salvador universal. Fue hallada en 1863 en la villa de Livia, en Prima Porta (Museos Vaticanos, Ciudad del Vaticano).

Más allá de la idealización de su imagen, pública o privada, y de los asuntos de Estado, Augusto siempre fue un hombre al que le gustaba pasar buenos ratos en ambientes desenfadados y en los banquetes en los que había discusiones filosóficas y morales, pero especialmente era un amante de las bromas. No es de extrañar que con la llegada de las *saturnalia*, cada 17 de diciembre, preparara rifas en las que entregaba grandes premios como telas de calidad y dinero, pero también artículos de broma como esponjas, pinzas o mantos de pelo de cabra. Sabemos por las fuentes clásicas, especialmente por Macrobio, que era un amante de la risa que disfrutaba con los chistes y las chanzas que él mismo contaba:

*Nomenclatori suo, de cuius oblivione querebatur, dicenti: Numquid ad forum mandas? Accipe, inquit, commendatitias, quia illic neminem nosti.*

Su *nomenclator* [el esclavo que recordaba los nombres de todas las personas con las que se reunía el emperador], de cuyos olvidos estaba harto Augusto, le pregunta: «¿Hay algún encargo para llevar al foro?», a lo que Augusto le responde: «Llévate cartas de recomendación, porque allí no conoces a nadie».

(Macrobio, *Saturnales* II, 4, 15).

Y con las que le gastaban a él:

*Cuiusdam provincialis iocus asper innotuit. Intraverat Romam simillimus Caesari et in se omnium ora converterat. Augustus perducere ad se hominem iussit, visumque hoc modo interrogavit: Dic mihi, adolescens, fuit aliquando mater tua Romae? Negavit ille, nec contentus adiecit: Sed pater meus saepe.*

Se hizo famosa la chanza mordaz de un fulano de provincia. Este hombre, de un parecido sorprendente con el emperador, había venido a Roma y todas las miradas se habían vuelto hacia él. Augusto ordenó que fuera conducido ante su presencia y, tras verlo, le preguntó lo siguiente: «Dime, joven, ¿estuvo alguna vez tu madre en Roma?». Respondió que no y, sin contenerse, añadió: «Pero mi padre muchas veces».

(Macrobio, *Saturnales* II, 4, 19).

E incluso él mismo dejó plasmadas para la historia algunas burlas groseras durante los últimos años del triunvirato que servían lo mismo como broma que como insulto:

*Quod futuit Glaphyran Antonius, hanc mihi poenam Fulvia constituit, se quoque uti futuam. Fulviam ego ut futuam? Quod si me Manius oret pedicem? faciam? Non puto, si sapiam. «Aut futue, aut pugnemus» ait. Quid quod mihi vita carior est ipsa mentula? Signa canant!*

Como Antonio se folló a Gláfira, Fulvia [su esposa] me ha impuesto este castigo: que yo [Augusto] me la folle también a ella. ¿Que yo me folle a Fulvia? ¿Y si Manio [un general de Antonio] me ruega que le de por culo? ¿Lo haría? Creo que no, si tengo cabeza. «O follas o luchamos», me dice. ¿Qué hago, si siento más aprecio por mi polla que por mi propia vida? ¡Que suenen las trompetas de guerra!

(Marcial, *Epigramas* XI, 20).

## ¡DEVUÉLVEME MIS LEGIONES!

A pesar de haber conseguido tantos honores y de haber disfrutado plenamente de la vida, manejar los hilos de un Imperio no era tarea fácil, prueba de ello son los últimos años de vida de Augusto, en los que tuvo grandes decepciones que le afectaron profundamente. Las intrigas de la capital y los problemas internos en el seno de su familia sin duda le dieron quebraderos de cabeza, pero tal vez el que más le afectó, a sus setenta años, llegó de mucho más lejos, concretamente de Germania.

Desde la perspectiva de los romanos, los pueblos germanos eran tribus primitivas, en muchos casos seminómadas, que solo buscaban conflictos con quienes se cruzaran en su camino. El hecho de ser considerados como intelectualmente inferiores no significaba, por otra parte, que los subestimaran, puesto que su disposición para la lucha era increíblemente feroz.

El estereotipo que podemos tener de ellos es el mismo que ya imaginaban en Roma: hombres rubios, musculosos, fuertes y altos —incluso más que los galos— que luchaban prácticamente desnudos con un fervor infundido por sus dioses gracias al cual no sentían el miedo a la muerte. La guerra era su vida y el deshonor de la rendición no entraba en sus planes. Se entrenaban

desde pequeños en las armas para conseguir demostrar la valía ante los suyos, por lo que siempre estaban dispuestos para la batalla.

El episodio que nos trae hasta esta tierra remota es un engaño que tuvo lugar en el año 9, pero para explicar qué sucedió hasta llegar a aquel punto debemos comprender lo que ocurrió anteriormente. Aunque ya habían hecho incursiones anteriores, fue en el año 11 a. C. cuando, consolidada la frontera gala, Druso el Mayor —hijo de Livia y su anterior marido— llegó hasta la frontera natural del río Elba y provocó la retirada de los queruscos, que firmaron entonces un duradero pacto de alianza con Roma. El general continuó «pacificando» la zona germana durante dos años más con grandes éxitos que eran bien recibidos en Roma, hasta que en el año 9 a. C. sufrió un fatal accidente con su caballo, que cayó sobre él, aplastándole la pierna. La infección se tornó en gangrena y nada se pudo hacer por él. Su hermano Tiberio, al conocer la noticia, cabalgó hacia Germania y aunque cuando llegó Druso aún seguía con vida, murió al poco tiempo con tan solo veintinueve años.

El propio Tiberio acabaría por tomar el relevo de las operaciones en la zona hasta que, en el año 5, se anunció que la nueva provincia de Germania Magnahabía sido pacificada. Augusto no debía de sospechar que aquel anuncio había sido definitivamente prematuro, como tiempo después llegaría a descubrir de la peor forma posible, por lo que no envió a un militar para ejercer el control de la provincia, sino a un burócrata de alto rango y gran experiencia política y judicial, Publio Quintilio Varo.

Dos años más tarde, partió hacia la provincia el nuevo legado de Augusto, más preocupado por legislar y someter a aquellas gentes a lo establecido por el derecho romano que por tratar de valorar siquiera cómo se sentían los indígenas ante la llegada de Roma a sus tierras. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que los germanos veían con malos ojos la compleja burocracia y la legalidad de Roma en sus vidas, que eran mucho más simples que todo aquello. La arrogancia romana les ponía nerviosos y la tensión fue en aumento en los meses siguientes.

Pese a todo, Varo, fiel a su sistema de integración en la legalidad de la *res publica*, ofreció la ciudadanía romana a las elites de los diversos pueblos germanos, de tal manera que ellos, a cambio, ejercieran por su parte un control efectivo de sus propias poblaciones. La respuesta de los germanos fue diversa, desde quienes aceptaron la oferta romana por contar ya con tratados

de amistad y colaboración firmados de buen grado, pasando por los que simplemente la ignoraron por considerarla un deshonor, hasta los que, conocedores de las estructuras sociales de Roma, se negaron a aceptar un rango ecuestre, sabiendo que no suponía prácticamente ningún beneficio legal para ellos.

En el año 9, Segestes, líder de los queruscos —la tribu germana más integrada dentro de la esfera romana—, informó a Varo de que una sublevación se estaba gestando entre los restantes pueblos germanos aunque, según parece, este desoyó las advertencias y confió en sus cualidades de liderazgo.

Segestes tenía razón, en aquellos momentos se estaba gestando, insospechada, una rebelión acaudillada por Arminio, uno de aquellos nobles queruscos a los que se había concedido la ciudadanía con el orden ecuestre y que se había formado tanto militar como políticamente en el seno de la cultura romana. Nacido hacia el año 16 a. C., pasó sus primeros años entrenando para ser un gran guerrero y, en cuanto tuvo ocasión, se unió a las tropas romanas dentro del cuerpo de auxiliares de caballería, que terminó por comandar él mismo.

Las llamadas *alae* de caballería, formadas por auxiliares germanos, eran una parte fundamental del apoyo de las legiones y, en esta ocasión, también uno de sus puntos más débiles gracias a quien las dirigía. Arminio aprovechó su posición entre los suyos para enarbolar la bandera de la rebelión contra una Roma que los utilizaba y menospreciaba. Aunque aquellos debían de ser los postulados «oficiales», seguramente lo que pretendía era hacerse con el control de una buena parte de Germania para su propio beneficio político y económico.

A pesar de ello, como ya hemos comprobado en los casos de Italia y España, en el siglo XIX se crearía también en Alemania el mito nacionalista, centrado en la figura de Hermann —una falsa traducción del nombre Arminius—, el libertador y unificador de una anacrónica patria alemana. Pocos meses después de establecerse el Imperio alemán, en 1871, el célebre historiador Theodor Mommsen ya hablaba sobre la antigua conexión entre el héroe querusco y la reciente unificación alemana. En el siglo XX, Hitler, en su búsqueda propagandística de los orígenes de la nación alemana, utilizó también al mitificado Hermann como el iniciador de la estirpe que había

sembrado los ideales que germinaban con el nazismo. Huelga decir que, como en los casos anteriores, se equivocaba.

A comienzos de septiembre, mientras el grueso del ejército a las órdenes de Varo marchaba hacia los *castra hiberna* ('cuarteles de invierno'), llegaron noticias de una sublevación que Arminio aconsejó atender sin demora para evitar males mayores. Si bien aquella parecía una buena idea, obligaba a todo el contingente romano a desviarse de su camino establecido y entrar en una zona boscosa y agreste conocida como el *saltus Teutoburgensis* ('el bosque de Teutoburgo'), lo que constituyó el primer gran error.

Los engaños de Arminio eran bien recibidos por Varo en su confianza plena en la integración de los queruscos en la nueva organización social, pero su credulidad le costaría muy cara a Roma. El líder querusco había planificado el recorrido para que los romanos entraran en una zona angosta y de difícil acceso, en la que no podrían moverse rápido —teniendo incluso que talar árboles y cruzar ríos mediante puentes temporales— o siquiera formar en caso de peligro, neutralizando así la mayor ventaja que el disciplinado ejército romano tenía frente a la desorganización germana en el combate.

Numerosas tribus se sumaron al plan y se emboscaron a lo largo del recorrido de la gran columna de marcha romana que se extendía cerca de veinte kilómetros. Los legionarios iban cargados con toda su *impedimenta* —equipo militar y utensilios del día a día, que suponían un peso de más de treinta kilos y que debía portar cada uno de ellos—. Eran acompañados por civiles, entre los que se encontraban sus mujeres e hijos —en realidad, los soldados tenían prohibido casarse, por lo que se trataba de concubinatos— y un séquito de comerciantes, prostitutas y esclavos, entre otros.

Varo, cometiendo un nuevo error, permitió que Arminio con su caballería se separara del grueso de la marcha para reagrupar los destacamentos que se habían establecido a lo largo del camino, algunos de los cuales, aunque Varo no lo sabía aún, ya estaban siendo masacrados por los germanos y el resto caería ante las espadas de Arminio y sus hombres. Mientras tanto, los romanos avanzaban lentamente, y sin exploradores que abrieran el paso, por un territorio desconocido y peligroso, en el que les esperaba una muerte segura a manos de decenas de miles de germanos sedientos de sangre.

Los primeros ataques consiguieron dividir la columna en varias secciones, debilitándola y dificultando la comunicación entre los diferentes sectores del ejército. Los combates se recrudecieron progresivamente mientras una fuerte

tormenta descargaba sobre el terreno arenoso del bosque, lo que dificultaba todavía más el orden y propiciaba un caos organizativo de soldados y civiles que beneficiaba a los germanos.

En la primera noche tras el ataque, los romanos —que ya habían sufrido importantes bajas en sus filas— decidieron abandonar todo aquello que no fuese imprescindible para que la marcha fuera mucho más rápida y poder escapar de aquella emboscada. Pero en lugar de regresar por el mismo camino hacia la vía principal, donde habría sido más fácil entablar un combate en formación a campo abierto —lo que seguramente les brindaría la victoria o, al menos, una derrota menos traumática—, Varo optó por cometer su siguiente error. Las tropas continuaron la marcha, internándose cada vez más en aquel bosque. Las bajas fueron algo inferiores el segundo día, pero el siguiente todo volvió a empeorar.

El cuarto y último día, una nueva tormenta a los pies de la llamada colina de Kalkriese supondría su perdición definitiva. Bajo la intensa lluvia, las armaduras, capas, escudos y demás equipo pesaban demasiado. Los germanos, mucho más ágiles en aquellas condiciones, masacraron sin piedad a lo que quedaba de las tropas romanas.

Tres legiones, la XVII, la XVIII y la XIX —cuyos números nunca volvieron a utilizarse—, seis cohortes y tres alas de caballería auxiliares, además de un importante contingente civil, fueron brutalmente masacrados entre los árboles de Teutoburgo. En la actualidad se estima que en la batalla murieron cerca de veinte mil romanos, cuyos cadáveres quedaron insepultos, expuestos a la intemperie durante varios años.

Herido, antes de que pudieran capturarlo, Varo se suicidó como muchos otros romanos. Los germanos recuperaron el cadáver y le cortaron la cabeza, que fue entregada a Maroboduus, rey de los marcomanos, quien la rechazó y la envió a Roma, donde fue enterrada por sus familiares. Unos mil quinientos hombres fueron capturados todavía con vida; serían ellos los que se enfrentarían a un castigo aún más duro. Aunque algunos serían conservados como esclavos, muchos otros, especialmente los centuriones, fueron torturados y después sacrificados a los dioses germanos. Unos cuantos fueron ahorcados en los árboles, pero a la mayoría se les cortó el cuello con afilados cuchillos. A unos en altares de sacrificio, a otros en una laguna cercana junto a la que los germanos colocaban a los soldados para que la sangre de sus cuellos, o sus corazones, salpicara las aguas consagradas.



Finalmente, decapitaron algunos cuerpos y colgaron sus cabezas en árboles o picas clavadas en el suelo junto a los miles de cadáveres que yacían en el bosque. El lugar de la batalla quedó olvidado hasta finales de los años ochenta del siglo XX, cuando se identificó el emplazamiento en el que había tenido lugar aquel terrible suceso. Desde entonces se han hallado más de cinco mil objetos pertenecientes a los romanos masacrados entre vainas de espada —tan solo una espada completa, puesto que los germanos recuperarían todas las armas que pudieran conseguir de los cadáveres—, jabalinas, proyectiles de honda, fragmentos de cascos, corazas realizadas con placas metálicas —las más utilizadas durante los primeros siglos del Imperio, conocidas en la investigación moderna como *loricae segmentatae*, aunque realmente no sabemos cómo las llamaban los romanos—, cotas de malla, tachuelas, utensilios de cocina, monedas...

Las noticias del desastre tardaron varios días en recorrer los más de mil quinientos kilómetros que separaban aquel lugar de la Ciudad Eterna. Cuando por fin se conoció la masacre, Augusto se vio obligado a poner la ciudad en estado de vigilancia permanente para evitar tumultos, pues se había reavivado el viejo fantasma del invasor extranjero y la idea de que los germanos podían continuar su descenso, incluso hasta Italia.

*Adeo denique consternatum ferunt, ut per continuos menses barba capilloque summisso caput interdum foribus illideret vociferans: «Quintili Vare, legiones redde!» diemque cladis quotannis maestum habuerit ac lugubrem.*

Cuentan, por último, que [Augusto] quedó tan consternado que durante varios meses se dejó crecer la barba y el pelo y que se golpeaba a veces la cabeza contra las puertas gritando: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!», y que cada año observó el día de la derrota como una jornada de dolor y de luto.

(Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida del Divino Augusto» XXIII, 2).

En el año 15, Germánico —hijo de Druso el Mayor—, realizó una misión en la que recuperó el águila de la legión XIX, una de las tres que habían sido arrebatadas por los germanos. El águila de plata de una legión encarnaba el espíritu protector —*numen*— de esta y era portada por el *aquilifer* junto con los otros *signa*, estandartes tanto protectores como tácticos para el combate. El águila convivió en el ejército republicano con otros animales protectores

arcaicos como el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí, aunque, hacia finales del siglo II a. C., comenzó a llevarse a la batalla solo el águila. En el año 103 a. C., Cayo Mario, en su reforma global del ejército, hizo que solo esta última representara de forma unificada a las legiones romanas. En contra de lo que se suele creer, perder el águila de la legión suponía una deshonra para los soldados, que debían protegerla con su vida, pero no comportaba la disolución de dicha legión.

Germánico también visitó poco después el campo de batalla de Teutoburgo para dar sepultura a los cadáveres que habían quedado a la intemperie. Los romanos pensaban que el espíritu de una persona no podía descansar hasta que sus restos mortales estuvieran bajo tierra.

*Medio campi albentia ossa, ut fugerant, ut restiterant, disiecta vel aggerata. Adiacebant fragmina telorum equorumque artus, simul truncis arborum antefixa ora. Lucis propinquis barbarae arae, apud quas tribunos ac primorum ordinum centuriones mactaverant. Et cladis eius superstites, pugnam aut vincula elapsi, referebant hic cecidisse legatos, illic raptas aquilas; primum ubi vulnus Varo adactum, ubi infelici dextera et suo ictu mortem invenerit; quo tribunali contionatus Arminius, quot patibula captivis, quae scrobes, utque signis et aquilis per superbiam inluserit.*

En mitad del llano, huesos blanquecinos esparcidos o amontonados según hubieran huido o resistido. Al lado yacían trozos de armas y restos de caballos; también había cabezas clavadas en los troncos de los árboles. En los bosques cercanos estaban los altares de los bárbaros, ante los cuales habían sacrificado a los tribunos y a los centuriones de los primeros órdenes. Y los supervivientes de aquella masacre, que habían escapado del combate o del cautiverio, contaban cómo aquí habían caído los legados, allá les habían arrebatado las águilas; dónde había recibido Varo su primera herida, dónde había hallado la muerte por un golpe de su desdichada diestra; en qué tribuna había pronunciado Arminio su arenga, cuántos eran los patíbulos para los cautivos, cuáles las fosas, y cómo habían hecho altanero escarnio de enseñas y águilas.

(Tácito, *Anales* I, 61, 2-4).

Al año siguiente se recuperó una nueva águila, que estaba enterrada en un bosque sagrado de los marsos. Mientras algunos soldados atrajeron a los guardias que la custodiaban, otros excavaron a sus espaldas, hallando la preciada insignia. En cuanto a la última de ellas, no se localizó hasta el año 41, bajo el reinado de Claudio. A pesar de todo, no tenemos forma de saber con certeza si las águilas fueron realmente recuperadas o tan solo se trató de una estrategia de propaganda para animar a las tropas, que todavía tenían

aquella gran herida muy reciente. Recuperar las águilas podía suponer una inyección de moral y una reparación póstuma para los caídos en la batalla de Teutoburgo.

Augusto murió en el año 14, sin ver ninguno de estos actos de heroísmo y reparación del honor romano perdido. El área germana volvió a las fronteras que había tenido treinta años atrás. Este fue, sin duda, su fracaso político y militar más destacado, uno que ni siguiera en los siglos posteriores consiguió resolverse por completo, quedando la zona, en buena medida, en perpetuo conflicto para desgracia de Roma.

## LIVIA: EMPERATRIZ, MADRE Y ¿ASESINA?

Hablar del emperador Augusto sin hablar de Livia, su compañera de vida, sería como hablar de Roma sin mencionar a sus dioses. Sin ella no se puede comprender cómo el principado de Augusto llegó a convertirse en un Imperio hereditario. Pero la figura de Livia va mucho más allá. Vilipendiada por muchos a lo largo de la historia y hasta nuestros días y valorada solo por quienes han sabido ver más allá de los prejuicios, fue la primera mujer de la historia de Roma que en realidad tuvo poder, se salió de los cauces establecidos sin miedo a lo que pudieran decir y terminó consiguiendo todo lo que se propuso en vida y más allá de ella. Es el momento de desterrar viejas mentiras y de conocer la historia de la primera mujer que consiguió destacar por encima de los hombres de Roma.

Livia Drusila nació, seguramente en Roma, el tercer día antes de las kalendas de febrero del año 59 o, quizá, del 58 a. C. Hija de Marco Livio Druso Claudiano, tuvo la suerte de pertenecer a una poderosa familia romana de rancio abolengo. La *gens Claudia* era una de aquellas que podían reconstruir su propia historia a través de todos aquellos antepasados que habían accedido a las más altas magistraturas del Estado a lo largo de los siglos y que podían incluso alcanzar los tiempos de Eneas, en los que Claudio, el fundador del linaje, había ayudado al héroe troyano a establecerse en Italia.

Su juventud y, especialmente, su género, nos han ocultado su historia de forma que la mayor parte de lo que ocurrió en su vida antes de las nupcias es prácticamente un misterio para la investigación, aunque podemos deducir que recibió los cuidados, los modales recatados y la moral que se esperaban en una mujer de una familia aristocrática tradicional republicana. Cuando tenía quince o dieciséis años, tal vez en el año 43 a. C., se casó con Tiberio Claudio Nerón, de cerca de cuarenta años y pariente de la joven. Su matrimonio se realizó *sine manu*, una forma menos restrictiva que los enlaces más tradicionales, en los que la mujer era tratada prácticamente como una

mercancía que cambiaba de manos. De este modo, Livia dispondría de una mayor libertad y patrimonio propio —aunque bajo la supervisión y tutela de un hombre—.

Su marido había servido con César, pero su corazón no pertenecía al bando popular, sino al de los optimates, de tradición aristocrática republicana. Y aunque por este sentimiento mostró sus simpatías a los cesaricidas, llegando a pedir honores para ellos, terminó por entrar en el juego de la Roma en la que se luchaba por el poder personal, en especial del lado de Marco Antonio. Durante los primeros años de conflictos de los triunviros, se mostró activamente en contra de Octaviano, por lo que pronto se vio obligado a exiliarse junto con Livia y su hijo Tiberio, que había nacido en el año 42 a. C.

En el año 39 a. C. Octaviano ya se había fijado en Livia y, a pesar de estar casado con Escribonia, tras el nacimiento de su única hija, Julia, se divorció de aquella. Poco después Augusto, irremediamente enamorado, contraería matrimonio con Livia con el permiso de su todavía marido, Nerón. Aunque las fuentes muestran que Octaviano empleó su poder para obligarle a divorciarse de Livia, la realidad es que, por el tipo de matrimonio escogido —muy habitual en la época—, ella podía decidir libremente divorciarse de su marido, aunque era este quien retenía la custodia de los hijos del matrimonio —una medida que en la práctica solía ejercer una función coercitiva que evitaba que las mujeres decidieran divorciarse para no perder a sus hijos—. Nerón debió de pensar con regocijo que aquel divorcio era para él una buena manera de guardarse las espaldas y de conseguir la amistad política de Octaviano, ya que no se opuso a su voluntad y le entregó a Livia sin impedimentos.

Pero al encontrarse ella embarazada en aquel momento de su segundo hijo y por ser un acto totalmente fuera de la norma, se hizo necesario que los *pontifices* otorgaran su consentimiento al enlace, algo que hicieron con la condición de que los contrayentes esperaran a oficializar su relación cuando el hijo de Livia hubiera nacido. Aunque los amantes compartían romance desde hacía meses, el matrimonio se formalizaría el 17 de enero del año 38 a. C., tan solo tres días después del nacimiento de Décimo Claudio Druso, a quien se apresuraron a cambiar el nombre por el de Druso Claudio Nerón para tratar de evitar cualquier tipo de rumor sobre la verdadera paternidad del bebé, algo que no consiguieron. A pesar de los cotilleos, hoy en día podemos saber con seguridad que Druso realmente era hijo de Nerón, con quien fue a

vivir, y no de Octaviano como se pensó en la época. Debió de ser concebido a comienzos de abril, cuando Livia y su esposo todavía no habían regresado a Roma, donde ella conocería a Octaviano.

Desde ese momento Livia y Octaviano compartieron lo que en aquella época se podría entender como un matrimonio aristocrático más que perfecto. Los dos tenían mucho que ganar en su asociación con el otro. Por un lado, Octaviano era un buen partido para Livia, que podía aprovechar su poder para seguir escalando posiciones en su vida social. Por el otro, ella era el nexo que Octaviano necesitaba con la alta nobleza senatorial más antigua, lo que le permitiría ganarse su amistad y conseguir un mayor estatus entre ellos, como así ocurrió. Aquello habría sido suficiente como para asegurar una unión matrimonial, pero parece que Livia y Augusto realmente se amaban. De ello dejó constancia Suetonio diciendo que Augusto «le profesó hasta el final un amor y una estima sin rival» (*Vidas de los doce Césares*, «Vida del Divino Augusto» LXII, 2), algo nada común en los matrimonios entre las familias ricas de la época, que normalmente eran concertados para establecer vínculos de poder entre los parientes de dos personas que ni siquiera se conocían antes de su boda.

## PÉRFIDA POR NATURALEZA

Con el paso de los años, y tras la ascensión a lo más alto del escalafón social de su marido, como el nuevo Augusto, Livia se convirtió en una mujer muy influyente que manejaba sus propios negocios, especialmente propiedades agrícolas con las que amasó una importante fortuna. Además, sabemos que era una gran filántropa que ayudó a hombres y mujeres sin importarles su condición o clase social. Todo ello era posible gracias a que Augusto la había «liberado» en el año 35 a. C. de la *tutela muliebris* a la que estaban sometidas todas las mujeres romanas de la época. Desde aquel momento, Livia, a pesar de ser mujer y no tener ningún cargo público, tomó las riendas de su propia vida. Aun así, siempre actuó de forma discreta, guardando las formas de un estricto régimen patriarcal como era el romano.

Pese a todo, las mujeres en Roma tenían un papel fundamental, al fin y al cabo eran ellas las únicas que podían engendrar nuevos vástagos de la estirpe

romana que mantuvieran viva la *res publica*. La mujer era vista solo como esposa y madre, fiel a su marido y dispuesta para engendrar nuevos hombres romanos, algo particularmente importante en el Imperio, pues de ella dependía la pervivencia de la *domus* —familia— imperial.

Una mujer que se saliera de estos estándares era considerada, por tanto, desde los círculos más conservadores, como pérfida y corrupta, conspiradora e intrigante, y además sin remedio. Aquellos eran rasgos propios de la «naturalezafemenina» que una mujer no podía evitar y «la única solución» a tales problemas era la reclusión al margen de la sociedad. Si, por añadidura, hablamos de una mujer con tanto poder como tenía Livia, algo que ninguna otra había conseguido antes que ella, la visión se vuelve todavía más perversa, mostrando a una mujer ambiciosa, incapaz de gobernar sus pasiones y manipuladora.

Si bien es cierto que Livia nunca tuvo la más mínima intención de quedarse al margen de la vida social y política romana, todos estos aberrantes calificativos no hacen más que evidenciar la estulticia y la misoginia de quienes los pronunciaron escudándose en la inferioridad de la mujer. Augusto siempre entendió a Livia como una compañera de vida y ambos sabían lo que podían y no podían hacer de acuerdo con las convenciones sociales moderadas de la época. Con todo, de puertas para adentro podemos vislumbrar cómo los consejos de Livia en temas de Estado eran, no solo escuchados por Augusto, sino también recibidos y aplicados de buen grado. Ambos eran personas inteligentes y sabían estar por encima de las normas sociales más recatadas, a diferencia de quienes después escribieron sobre ellos.

Al hablar de las «pérfidas» mujeres que tuvieron poder en Roma, especialmente en el caso de Livia, no podemos dejar de mencionar al hombre que en tantas ocasiones vertió sobre ella su malicia. Cayo —o Publio, pues no está claro su *praenomen*— Cornelio Tácito fue un historiador romano activo entre finales del siglo I y comienzos del siglo II para el que Livia representaba todo lo contrario a la recia moral patriarcal que él defendía. Si la emperatriz debía ser un modelo de virtud para las romanas, ¿qué sería de la sociedad si las mujeres se liberaban de sus ataduras y convenciones patriarcales? Eso era algo que seguramente preocupaba bastante a alguien que rechazaba de todo punto la participación de las mujeres en la vida pública, por lo que en sus

escritos fueron pocas las ocasiones en las que perdió la oportunidad de desacreditar a Livia.

Tácito era un escritor astuto y sabía que su propaganda no tendría el efecto deseado si se basaba en meras invenciones de su mano, por lo que siempre utilizó las medias verdades y los rumores para hacer afirmaciones que no iban más allá del mero cotilleo desinformado. Además, su estilo en muchas ocasiones se basaba en «limitarse a exponer» los hechos que él conocía de oídas, entregándoles veladamente una veracidad que no tenían; como si el lector tuviera libertad para decidir al entregarle solo las opciones que mejor servían a su discurso. Aunque Tácito nos aporta, sin duda, el mejor ejemplo de cómo la misoginia fue y, en muchos casos, sigue siendo una potente forma de propaganda, otros muchos autores dejaron constancia —en menor medida en el caso de Livia— de este tipo de conductas.

Son esos otros autores los que se muestran más comedidos en sus críticas —como Suetonio o Dión Casio— o que directamente ensalzan la figura de Livia —como Veleyo Patérculo, Plinio el Viejo o Séneca— quienes nos dejan ver a la verdadera mujer tras el mito.

Dión Casio (*Historia romana* LXVIII, 2) cuenta que Livia había sido tan querida que, tras su muerte, se decretó que erigieran un arco en su honor, algo que no se le había concedido a ninguna otra mujer. Aunque el arco no llegó a construirse nunca por impedimento velado de su hijo Tiberio, también había voces que concebían para ella un título inaudito, el de *Mater Patriae* ('madre de la patria'), que la igualaba al *Pater Patriae* ('padre de la patria') que Augusto había recibido en el año 2 a. C. y que Tiberio rechazó para sí mismo.

*[...] eminentissima et per omnia deis quam hominibus similior femina, cuius potentiam nemo sensit nisi aut levatione periculi aut accessione dignitatis.*

[Livia era] una mujer excelsa y más parecida en todo a los dioses que a los hombres, cuyo poder nadie notó, salvo cuando aliviaba un peligro o aumentaba la dignidad.

(Veleyo Patérculo, *Historia romana* II, 130, 5).

E incluso el propio Tácito, en un alarde de sinceridad y equilibrio, al inicio del quinto libro de sus *Anales*, llegó a reconocer que fue una mujer amable y de gran moralidad «incluso más allá de lo que se consideraba propio en las mujeres de antaño» (*Anales* V, 1, 3). Pero este cumplido, exhibido como



elogio fúnebre para Livia al narrar el momento de su muerte en el año 29, es un gesto prácticamente único en su obra.

## LA MALVADA MADRASTRA

Otro de los elementos comunes de los que se acusaba a las mujeres poderosas, como ya comprobamos en el caso de Cleopatra, era el de la manipulación del hombre que, abandonado a sus deseos carnales, se dejaba guiar por los engaños de la pérfida fémina. Le ocurrió a Marco Antonio, estuvo a punto de ocurrirle a César y, en boca de Tácito, le ocurrió a Augusto con Livia.

Con los años cobró especial relevancia el planteamiento de la cuestión sucesoria del Principado, teniendo en cuenta que en el año 23 a. C. la salud de Augusto llegó a empeorar tanto que reunió a sus hombres de mayor confianza y a los senadores y magistrados más relevantes para compartir con ellos los asuntos de Estado. En principio, los títulos que Augusto había recibido por concesión del Senado no eran hereditarios, por lo que debía buscar la forma de elegir a un posible sucesor de cara a la opinión pública para que, llegado el momento, todo fuera más sencillo.

El primero al que se preparó en este sentido fue a Marco Claudio Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto. Se casó con Julia, la única hija del *Princeps* y su carrera política y militar fue acelerada para que llegara a convertirse en un buen heredero. Durante la enfermedad antes mencionada que estuvo a punto de llevarse al *Princeps*, sin embargo, entregó su anillo a su compañero Agripa y no a Marcelo, pues todavía carecía de la experiencia suficiente como para llevar las riendas del Imperio. Poco después, el joven Marcelo cayó gravemente enfermo y nada se pudo hacer por su vida, destruyendo las esperanzas de una sucesión futura.

En los años siguientes, Augusto también fijó su vista en el segundo hijo de Livia, como destacado y popular general. El *Princeps* nunca ocultó que lo prefería frente a Tiberio, pero la muerte de Druso en Germania en el año 9 a. C. al caerse del caballo volvió a desbaratar sus planes.

Entretanto, el general Agripa se había casado con Julia, con quien tuvo cinco hijos, entre los que sobresalieron Cayo y Lucio. Estos dos jóvenes,

nietos carnales de Augusto, fueron adoptados como hijos por él, convirtiéndolos en *principes iuventutis* ('príncipes de la juventud'), antes incluso de que abandonaran la *toga praetexta* para pasar a la vida adulta. Cuando su padre biológico —Agripa— murió, Cayo y Lucio césares se convirtieron en la mejor opción sucesoria para Augusto. Al fin y al cabo eran dos jóvenes muy queridos por el pueblo, a quienes dedicaron monedas, estatuas e incluso templos —como la famosa Maison Carrée ('Casa Cuadrada') de Nimes— y eran los parientes consanguíneos varones más próximos al *Princeps*.

Pero la Fortuna volvió a truncar los planes de Augusto cuando Cayo César fue herido en Armenia durante las negociaciones a las que había sido enviado por Augusto para pacificar la zona. A pesar de que no murió en el momento, la herida empeoró y se infectó con el tiempo, acabando con su vida el 21 de febrero del año 4 durante su viaje de vuelta a Roma. Con él murió la última esperanza de la *domus* imperial, pues su hermano Lucio había fallecido a causa de una repentina enfermedad tan solo dos años antes.

*Lucium Caesarem euntem ad Hispaniensem exercitum, Gaium remeantem Armenia et vulnere invalidum mors fato prope vel novercae Liviae dolus abstulit.*

A Lucio, cuando marchaba hacia los ejércitos de Hispania, y a Cayo, que volvía de Armenia gravemente herido, los arrebató una muerte fatalmente prematura o tal vez una astucia de su madrastra Livia.

(Tácito, *Anales* I, 3, 3).

Tácito, una vez más, fiel a su estilo velado y malicioso escribió sobre estos acontecimientos de tal manera que donde no había ningún tipo de conflicto, él sembraba incertidumbre y dudas. La investigación racional al margen de los prejuicios de los autores antiguos reconoce la imposibilidad de que Livia estuviera implicada de forma alguna en las trágicas muertes de Cayo y Lucio césares, especialmente por la dificultad que hubiera entrañado organizar toda una trama silenciosa para asesinarlos a tales distancias de Roma cuando podría haberse desecho de ellos sin mayores problemas cuando se encontraban en la ciudad, si es que esa hubiera sido su intención. Todos los argumentos apuntan, por tanto, a que tan solo se trata de un rumor más de los muchos que circulaban en la época contra ella.

En el mismo pasaje, Tácito aprovechó para introducir además el concepto que la acompañaría durante toda su vida y que la perseguiría hasta la actualidad: la madrastra —*noverca*— envenenadora. La figura de la madrastra malvada estaba muy arraigada en la sociedad romana, tanto como lo puede estar en la nuestra gracias a los cuentos de los hermanos Grimm y a las películas de Walt Disney. Ya desde comienzos del siglo II a. C., tenemos algunos ejemplos de madrastras malvadas que, por definición, conspiraban contra sus hijastros.

Así, la figura de Livia la Envenenadora no es más que una adaptación de Tácito de esta figura mal vista y bien conocida por los romanos, que podía ser rápida y fácilmente reconocida por cualquiera, convirtiéndose en una forma sencilla de desprestigiar un modelo de mujer que no debía prosperar en Roma a ojos de quienes tenían por bandera las posturas más tradicionalistas. Lógicamente, Livia siempre veló por lograr que su hijo Tiberio consiguiera llegar lo más alto posible en su vida personal y pública, pero respaldó las decisiones de Augusto en materia de sucesión, apoyando incluso a su hijastra, Julia, cuando esta cayó en desgracia con su padre y se vio obligada a exiliarse.

Si Tiberio llegó a ser el nuevo *Princeps* de Roma tras la muerte de Augusto fue porque Livia le ayudó a llegar a la cumbre, pero no de la forma en la que Tácito y muchos otros después de él nos han hecho creer, pues ella no tuvo nada que ver en los desgraciados incidentes sucesorios de Augusto. Esto mismo podemos decir de la propia muerte del *Princeps*, acaecida el 19 de agosto del año 14. Augusto falleció rodeado de los suyos en la misma habitación que su padre años atrás en la villa que su familia tenía en Nola.

Las fuentes, tanto antiguas como modernas, encabezadas estas últimas por la célebre novela —y posteriormente serie de culto— *Yo, Claudio* de Robert Graves, pusieron en escena la última maldad de Livia. El ingenuo Augusto, que siempre la había amado, había sido engañado durante todos aquellos años por su vil y controladora esposa —nótese la ironía y la familiaridad del tópico antes comentado—, fue también envenenado para provocarle la muerte y facilitar así que Tiberio alcanzara la púrpura.

En este caso, la ponzoña vendría de los higos que tanto gustaban al *Princeps* y que a Livia le encantaba cultivar. Tácito habla, una vez más, de los rumores acerca de un posible envenenamiento por parte de la esposa, aprovechando esta debilidad culinaria e incluso Dión Casio llega a mencionar

los mismos hechos aunque, a diferencia de Tácito, no otorga credibilidad a las maliciosas habladurías.

También se alude a una supuesta reunión entre Augusto y Agripa Póstumo, el último hijo de Agripa, hermano de Cayo y Lucio, que fue adoptado junto con Tiberio en el año 4. Él, y no Tiberio, podría ser el heredero que Augusto esperaba y por ello Tácito acusaba a Livia y al propio Tiberio de haber ordenado su ejecución tan solo un día después de la muerte de Augusto, para que no interfiriera en sus planes. Cuando se le preguntó a Tiberio, confirmó que había sido el propio Augusto quien había ordenado su muerte. El motivo seguramente fuera el mismo por el que llevaba desde el año 9 exiliado en la isla de Planasia: tenía un carácter salvaje e incontrolable. El mismo Tácito se vio obligado a reconocer (*Anales* I, 3, 4) que era un joven bruto y totalmente falto de cualquier aptitud social o política. Así pues, parece claro que Augusto, antes de morir, pudo ordenar su ejecución por considerarlo poco o nada apropiado para gobernar Roma, pues de haberlo hecho, habría terminado con todo lo que él y tantos otros habían construido.

En cualquier caso, si Livia fuera realmente la asesina de Augusto, las condiciones en las que se llevó a cabo el crimen parecen demasiado extrañas. En primer lugar, ¿por qué habría de esperar tantos años para matarlo? Una muerte a partir de los sesenta años habría sido fácilmente asimilada, máxime teniendo en cuenta la caprichosa salud del *Princeps*. Y más aún, si esperó hasta aquel 19 de agosto del año 14, cuando Augusto contaba con setenta y cinco años de edad, ¿por qué Tiberio no estaba presente para escenificar una casual pero solemne ceremonia de traspaso de poderes?

La explicación más sencilla y plausible nos dice que Livia nunca fue la madrastra maléfica que a Tácito le habría gustado que fuera y que Augusto murió de viejo habiendo cumplido todas sus expectativas en la vida y habiendo amado a su esposa durante más de cincuenta años. Suetonio nos transmite que, tras un último beso, murmuró estas palabras: *Livia, nostri coniugii memor vive, ac vale!* ('Livia, vive recordando nuestro amor, ¡y adiós!'; Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida del Divino Augusto» XCIX, 1) y al momento falleció.

En definitiva, Livia siempre ha sido una figura que ha despertado tanto odios como pasiones, en la que se mezclan los crímenes más terribles que se puedan imaginar con virtudes al alcance de muy pocos. Ciertamente es complicado entregar una visión unívoca de Livia: esposa de Augusto, madre

de Tiberio y, ante todo, una mujer libre y empoderada que, a pesar de estar siempre a la sombra política de los hombres, consiguió llegar hasta donde ninguna otra mujer lo había hecho antes en Roma. Y eso es algo que ni Tácito ni Graves ni ningún otro hombre le podrá quitar jamás.

## ¿LA DECADENCIA DE UNA DINASTÍA?

Con la muerte de Augusto, comenzó realmente lo que hoy conocemos como Imperio romano, refiriéndonos a una sucesión de gobernantes que heredaron los títulos y honores que el Senado de Roma, en un primer momento, había decretado de forma excepcional para Augusto como agradecimiento por haber salvado la República. Los más de cuarenta años de gobierno unipersonal del primer *Princeps* le habían servido para transformar por completo la sociedad romana, que ya aceptaba netamente la nueva forma de gobierno que, por otra parte, mantendría durante mucho tiempo la ilusión de una República renovada y unificada, por el bien de los ciudadanos, bajo el poder de uno solo.

Durante la primera mitad del siglo I, la conocida como *domus* Julio-Claudia tomó el control de las instituciones manejando y traspasando el poder cuidadosamente entre las manos de aquellos con los que compartían sangre, algo de lo que las mujeres de la familia se ocuparon especialmente, aunque siempre desde un segundo plano.

Sobre los sucesores de Augusto, muchos dirían que no fueron dignos de continuar su ambiciosa obra o inclusive la del propio César. En sus casos la ambición ha pasado a la historia, en gran medida, como un elemento de valor y coraje contra la adversidad, pero en el de estos se ha entendido siempre como una suerte de corrupción, tanto moral como física. Tal vez Augusto se avergonzase de los actos de sus sucesores si los hubiera conocido, pero no podemos olvidar que Roma llegó a ser lo que fue en momentos posteriores gracias, en parte, a estos hombres.

Las súplicas a los dioses por estos emperadores —término convencional que emplearemos desde este momento para referirnos a estos *principes*— eran continuas y en ellas pedían que les entregaran su fuerza divina para asumir la carga que debían soportar sobre sus hombros. Y es que no tenía que ser tarea fácil controlar las vidas de varios millones de personas a lo largo y

ancho de un Imperio que no paraba de expandirse. Había de contentar a la vez a los poderosos y a los más humildes, controlar las fronteras y aplacar las iras de hombres y dioses. El emperador era el hombre más importante sobre la faz de la tierra y contaba con un poder ilimitado —político, militar, religioso, judicial—, que nadie podía controlar. Y eso era algo que, con toda seguridad, no era fácil de llevar, especialmente siendo el centro de atención bajo escrutinio constante. Al fin y al cabo, un gran poder conlleva una gran responsabilidad y, en este caso, la importancia de comprender esa máxima recalcaba en el carácter de una sola persona que debía anteponer el bien de todos a sus preferencias personales.

De ahí que muchos de los personajes que vamos a conocer someramente a continuación —no pretendo ahora reescribir sus biografías completas— hayan sido representados como depravados, déspotas o simplemente tiranos. Como en tantas otras ocasiones en la historia de Roma y de la humanidad, vamos a descubrir que nada es blanco o negro y que muchas de las historias que la conciencia colectiva ha preservado junto a los nombres de estos gobernantes no son más que exageraciones o directamente rumores venidos a más. A pesar de ello, los prejuicios y las opiniones siempre han formado parte indisoluble de quienes narraron sus historias y sus vidas, tanto en la Antigüedad como en el mundo moderno.

Es casi superfluo enumerar a los indignos sucesores de Augusto. Sus incomparables vicios, y el grandioso teatro en el que obraban, los salvó del olvido. El oscuro e implacable Tiberio, el furioso Calígula, el estúpido Claudio, el libertino y cruel Nerón, el asqueroso Vitelio y el cobarde e inhumano Domiciano quedan ya condenados a su infamia perpetua.

(E. Gibbon, 1776. *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*. Capítulo iii).

Los más que cuestionables apelativos que Gibbon dedicó a los emperadores romanos al comienzo de su gran obra en el siglo XVIII son el mejor indicador de esta tendencia. La causa ya la conocemos sobradamente: propaganda y descrédito en forma de biografías y obras de historia en las que sus autores vertieron opiniones y juicios voraces contra quienes ya no podían defenderse. La historia la escriben los vencedores y, claramente, aquellos hombres no lo fueron.

El tópico de la corrupción del poder ha existido siempre y en la literatura académica se ha hablado mucho de hombres que comenzaron con buenos compromisos de gobierno pero que pronto cayeron en los vicios del poder hasta convertirse en vagas sombras despiadadas de sí mismos. Estas visiones, alimentadas por los pasajes más malévolos de Tácito o Suetonio, ignoran a tantos otros autores que defendieron a quienes, muchas veces, fueron queridos por el pueblo romano mientras vivieron.

No existen los autores neutrales, ni siquiera en la actualidad. Un pensamiento crítico y libre es fundamental en este caso —y en general en la vida—, más incluso cuando Tácito, por mostrar un ejemplo conocido ya por nosotros, comenzó sus *Anales* con las siguientes palabras:

*Inde consilium mihi pauca de Augusto et extrema tradere, mox Tiberii principatum et cetera, sine ira et studio, quorum causas procul habeo.*

Por lo tanto, mi propósito es relatar algunos hechos sobre Augusto, particularmente sus últimos actos, luego el reinado de Tiberio, y los que le siguieron, sin rabia ni parcialidad, o cualquier intención a las que soy totalmente ajeno.

(Tácito, *Anales* I, 1, 3).

Este es el retrato de un hombre prosenatorial a quien su resignación por la decadencia de su clase había hecho dirigir sus iras contra aquellos que habían debilitado su poder y la justificación de quien más tiene que esconder. Revisar sus obras en el contexto en el que fueron escritas nos puede dar incluso más información sobre los porqués de sus acusaciones. Vivió bajo las órdenes del emperador Trajano, al que ayudó, en gran parte, a destruir el recuerdo de quienes le precedieron para ensalzar a quien servía, cuidándose mucho de conservar, eso sí, la memoria del Divino Augusto. Al fundador del Principado también le habría podido lanzar tantas y tan horribles acusaciones como hubiera querido, algo que no hizo por ser el referente de la virtud para el propio Trajano y sus sucesores.

Todo el mundo miente, también las fuentes escritas, aunque muchas veces lo hacen sutilmente, no inventando los hechos, sino deformando la realidad a través de opiniones que el lector pueda interiorizar a lo largo de su lectura, para generar subliminalmente la aversión hacia el personaje en cuestión. A pesar de lo que los propios autores grecolatinos pusieron de su parte en esta empresa, no hay que despreciar la ayuda recibida de las fuentes cristianas



posteriores, que gracias a su completa dominación sobre la sociedad, consiguieron estigmatizar a quienes, según su propia tradición habían sido más perjudiciales para el cristianismo. La lista se puede completar con la literatura y el cine modernos en los que los malvados personajes, alentados por el morbo que reclama el espectador, han sido explotados hasta la saciedad. ¿Acaso le interesa a alguien contar la historia de un emperador pacífico que no hizo nada fuera de lo que era considerado como virtuoso? La historia nos responde claramente que no.

## EL OSCURO TIBERIO

A la muerte de Augusto, Livia envió a Tiberio una carta urgente para que retornara de la costa dálmata hacia Nola lo más rápido posible. La rapidez era un elemento imprescindible en una situación inédita como aquella. Tiberio, gracias a su *imperium* ('poder militar') se aseguró la lealtad del ejército y gracias a su potestad tribunicia convocó al Senado para que se decidieran los honores que se concederían a Augusto. En su testamento se leyó que, además de al pueblo y a diversos herederos menores, una buena parte de su dinero y propiedades se las legaba a Tiberio y otro tanto a Livia, que además, a partir de ese momento cambiaría su nombre por el de Julia Augusta, adoptándola formalmente en la *gens Iulia*, como manera de mantener intactas las formas dinásticas de la ancestral tradición de la familia de los Julios.

Se estableció también la divinización de Augusto, como ya se hizo con César años atrás y se le rindieron diversos honores, como la creación de un culto al nuevo *Divus* ('Divino'), cuya sacerdotisa principal fue la propia Livia. Sin embargo, en cuanto al nuevo *Princeps*, parece que Tiberio se mostró dubitativo, oscuro e irresoluto, como si no quisiera aceptar la carga que aquello suponía para él. Después de que el Senado mostrara ampliamente su interés en que tomase su puesto, presionándole al preguntarle hasta cuándo permitiría que la República estuviera sin cabeza, Tiberio terminó por aceptar su destino, no confirmando un poder que *de facto* ya tenía, sino dejando de negarlo. Esta situación, a pesar de mostrar claramente un carácter poco apropiado en Tiberio en un momento de incertidumbre, fue empleada por

autores contemporáneos y afines a él para justificar una virtud que seguramente no era tal.

*Tandem magis ratione quam honore victus est, cum quidquid tuendum non suscepisset, peritulum videret, solique huic contigit paene diutius recusare principatum, quam, ut occuparent eum, alii armis pugnaverant.*

Finalmente, venció la razón más que el honor, al darse cuenta de que cualquier cosa que él no hubiera aceptado proteger se habría perdido. Solo él tuvo la oportunidad de rehuir durante tanto tiempo el Principado como el que otros habían combatido por asegurarlo.

(Veleyo Patérculo, *Historia romana* II, 124, 2).

A pesar de todo, ya fuera por mostrarse comedido, por fingida humildad de quien ya ostentaba el poder, por saberse inferior a Augusto —al menos así lo dejó ver— o por su carácter dubitativo y algo oscuro, se negó a aceptar que se le otorgaran todos los títulos y cargos honoríficos que habían sido concedidos a su padraastro. Algunos le fueron entregados más adelante y otros, como el cambio del nombre del mes de septiembre por el de Tiberius o su declaración como *Pater Patriae*, jamás los aceptó.

Con el tiempo se acostumbró al cargo, aunque siempre repetía que él, que había recibido un poder tan enorme, estaba al servicio del Senado y de los ciudadanos, de cada uno de ellos en particular si era necesario. Sin embargo, mientras mantenía cerca a senadores, caballeros y tantos otros que le aconsejaban sobre lo que era mejor para Roma, alejó a la única persona a quien habría necesitado escuchar: su madre. Livia fue apartada por Tiberio desde un primer momento, a pesar de que había sido ella quien propició que llegara a aquella posición. La moral del nuevo *Princeps* con respecto al nulo papel que debían desempeñar las mujeres en la vida política era firme para evitar suspicacias indeseadas. Así nadie podría acusarle de ser controlado por una mujer, algo que le habría arrebatado su dignidad como hombre.

En los años siguientes, se vio en la figura de Germánico, sobrino de Tiberio, un candidato perfecto para suceder a su apático tío y padre adoptivo, cuyo gobierno no terminaba de convencer a nadie. Cuando Tiberio ya pasaba de los sesenta años, surgieron con fuerza las voces que apremiaban al traspaso de poderes. Germánico murió por una rápida enfermedad en el año 19 —aunque se acusó en falso a Cneo Calpurnio Pisón de haberlo asesinado, el cual terminaría suicidándose— y, desde aquel momento, Druso el Menor

—hijo del propio Tiberio— copó las esperanzas del Senado y del pueblo, aunque en el año 23 murió también. En aquel momento no se supo, pero había sido envenenado.

En este punto las fuentes son prácticamente unánimes y apuntan en la misma dirección: Lucio Elio Sejano, uno de los hombres más siniestros que conoció Roma. Este ideó un plan para envenenar a Druso poco a poco y que así pareciera una enfermedad, como confesaron bajo tortura los esclavos de Livila, esposa de Druso y después prometida de Sejano.

Aun así, todo aquello no saldría a la luz hasta ocho años después, cuando Sejano fue finalmente condenado y ejecutado junto a la mayor parte de su familia. Este hombre, ambicioso por definición, había conseguido acercarse a Tiberio hasta el punto de llegar a convertirse en el prefecto del Pretorio —el máximo responsable de la seguridad del emperador— y, finalmente, en su asesor y confidente.

Tras la muerte de su hijo y heredero, Tiberio abandonó Roma para refugiarse del mundo en su palacio de la isla de Capri, desde el que gobernaba o, más bien, delegaba en Sejano, quien aún gozaba de su plena confianza al no haberse descubierto todavía sus intrigas. Este ganaba cada vez más poder en la Urbe e incluso parecía que él era el emperador y que Tiberio existía solo como un consejero que le hablaba desde su isla. Finalmente, en el año 31, parece que se extendió el rumor de que Sejano quería ir más allá y arrebatarse el trono a Tiberio. Si aquello era real, no está claro, especialmente porque la parte de los *Anales* en la que Tácito lo narraba se ha perdido. Lo que es seguro es que terminó cayendo en desgracia, fue condenado a muerte por estrangulación y su cadáver lanzado por las *scalae gemoniae*, junto al Foro, para que la masa furiosa lo destrozara.

Tiberio pasó sus últimos años, como hemos visto, completamente alejado de Roma. Por entonces, era un hombre que rondaba los setenta años. Debía de encontrarse muy debilitado tanto física como psicológicamente por los fuertes golpes de confianza que había sufrido en los años anteriores, que lo convirtieron en un tipo huraño y algo misántropo que tal vez dejó de contener ciertas restricciones personales de su moral, lo que hizo aflorar vicios que en otra época había mantenido a raya.

De él se decía que, desde joven, le agradaban especialmente los banquetes abundantes y tenía una considerable afición al vino, lo que le otorgó el apodo de Biberius, que podemos traducir como ‘borrachín’, jugando a cambiar la

primera letra de su nombre, Tiberius. Aun así, Plinio el Viejo nos transmite cuánto le gustaba cuidarse, en particular su dieta alimenticia, por lo que tal vez debamos sospechar que se hayan exagerado ambas cuestiones más de lo debido.

Por otra parte, autores como Tácito o Suetonio —que despreciaban profundamente a Tiberio— no escatimaron detalladas descripciones sobre los supuestos vicios y aberraciones a los que el emperador daba rienda suelta en Capri.

*Secessu vero Caprensi etiam sellaria excogitavit, sedem arcanarum libidinum, in quam undique conquisiti puellarum et exoletorum greges monstrosique concubitus repertores, quos spintrias appellabat, triplici serie conexi, in vicem incestarent coram ipso, ut aspectu deficientis libidines excitaret. Cubicula plurifariam disposita tabellis ac sigillis lascivissimarum picturarum et figurarum adornavit librisque Elephantidis instruxit, ne cui in opera edenda exemplar imperatae schemae deesset. In silvis quoque ac nemoribus passim Venerios locos commentus est prostantisque per antra et cavas rupes ex utriusque sexus pube Paniscorum et Nympharum habitu, quae palam iam et vulgo nomine insulae abutentes «Caprineum» dictitabant. Maiore adhuc ac turpiore infamia flagravit, vix ut referri audirive, nedum credi fas sit, quasi pueros primae teneritudinis, quos pisciculos vocabat, institueret, ut natanti sibi inter femina versarentur ac luderent lingua morsuque sensim adpetentes; atque etiam quasi infantes firmiores, necdum tamen lacte depulsos, inguini ceu papillae admoveret, pronior sane ad id genus libidinis et natura et aetate.*

Al retirarse a Capri, ideó incluso unos aposentos para sus secretas obscenidades, donde grupos de licenciosos jóvenes de ambos sexos seleccionados como expertos en relaciones sexuales desviadas y conocidos como *spintriae*, unidos de tres en tres, fornicaban ante su vista, para excitar de este modo sus apagados deseos. Instaló alcobas por todas partes y las adornó con cuadros y estatuillas de los más lascivos asuntos, equipándolas además con libros eróticos, para que cualquiera tuviera, al ejecutar su cometido, un modelo de la postura requerida. Se le ocurrió también disponer en bosques y prados diversos parajes consagrados a Venus, y distribuir por cuevas y grutas a jóvenes de uno y otro sexo que se ofrecían al placer vestidos de faunos y de ninfas; de ahí que todo el mundo la llamara ya abiertamente «Caprínea» [haciendo un juego de palabras ente el macho cabrío y el nombre de la isla de Capri]. Se le atribuían vicios aún peores y más indignos, de tal naturaleza que apenas es lícito exponerlos u oírlos contar, y menos aún creerlos. Se decía, en efecto, que enseñaba a niños de la más tierna edad, a los que llamaba sus pececillos, a revolverse y jugar entre sus muslos mientras nadaba, dándole tiernos lametones y mordiscos; e incluso que introducía su miembro, como si de un pecho materno se tratara, a niños más crecidos, pero todavía sin destetar, pues su naturaleza y su edad le hacían sin duda muy propenso a este tipo de placer.

(Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida de Tiberio» XLIII-XLIV).

A pesar de la dureza del texto de Suetonio, resulta interesante comprobar que ni Dión Casio ni Plinio ni prácticamente ningún otro autor, más allá de dos sucintas menciones de Aurelio Víctor y Eutropio —ambos autores tardíos— refieren unos supuestos escándalos sexuales tan flagrantes como aquellos. El acceso a la isla de Capri era ciertamente complicado, pues estaba bien protegida por pronunciados acantilados que hacían que pocos pudieran saber realmente lo que allí ocurría. En definitiva, teniendo en cuenta todo ello y uniéndolo a que al relatar los años anteriores de su vida ningún autor menciona excentricidad alguna, caracterizándose el reinado de Tiberio por su sobriedad y moralidad, parece que todo el frenesí y las aberraciones descritas por estos autores —que seguramente se basaron en alguna fuente maliciosa de la época hoy perdida— no son más que invenciones lúbricas de aquellos depravados que, una vez más, despreciaron tanto a un hombre como para lanzar sobre él tal inmundicia para acabar con su imagen a través de los siglos.

Si bien Tiberio no debió de ser, por tanto, un monstruo sin escrúpulos, tampoco fue un emperador particularmente querido por el pueblo. Fue más bien un gobernante mediocre que pasó sin pena ni gloria —seguro que la comparación con Augusto fue una constante en su vida—. Murió a los setenta y siete años, el 16 de marzo del año 37 y hasta el último momento, por su enorme desconfianza, siguió manteniendo sus apariciones en espectáculos públicos para que todo el mundo viera que seguía vivo. Hubo rumores de que había sido asesinado por su heredero, Calígula, y por Macrón, el prefecto del Pretorio que ocupó el puesto de Sejano cuando este cayó en desgracia. A pesar de que las circunstancias de su muerte pueden parecer oscuras, los investigadores consideran que lo más probable es que muriera por causas naturales.

Se nos cuenta también que algunos, al conocer la noticia de su fallecimiento, gritaron «Tiberium in Tiberim!»—‘¡Tiberio al Tíber!’— (Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida de Tiberio» LXXV, 1) y que cuando Cayo —Calígula—, su sucesor, propuso su divinización ante el Senado como ya se había hecho con Augusto, esta no prosperó. Tiberio pasaría por ser el único de los emperadores que no fue ni divinizado ni condenado al olvido tras su muerte.

## EL FURIOSO CALÍGULA

El personaje que ahora trataremos es, indudablemente, uno de los hombres que más han dado que hablar a lo largo de toda la historia. Su escabrosa leyenda ha permanecido viva desde hace siglos y no hay quien no conozca su nombre. Veamos qué hay de verdad en la narración de la despiadada vida de Calígula.

Pero antes de profundizar en el hombre, tenemos que descubrir al niño. El pequeño Cayo César nació en el año 12, tan solo dos años antes de la muerte de Augusto. Fue criado junto a su padre, Germánico —a quien el pueblo tenía en gran estima—, entre campamentos y soldados cerca del Rin. Su afición de infancia por lo militar llegaba hasta tal punto que su madre, Agripina la Mayor, le hacía pequeños uniformes militares con los que se paseaba entre las tropas. No es de extrañar que los soldados le apodaran «Calígula» ('botitas'), por las pequeñas sandalias militares con tachuelas —*caligae*— que llevaba. Aunque por entonces debió de ser un apelativo cariñoso, con el paso de los años terminaría odiándolo por considerarlo infantil y peyorativo. Cabe resaltar, como ya hemos visto en otros casos similares, que sus enemigos siempre lo usaron en su contra y el hecho de que todavía hoy lo conozcamos comúnmente con este nombre, nos empieza a dar una idea de quiénes fueron los que escribieron su historia.

En los años siguientes, tras la desoladora muerte de su padre, que fue llorada con desgarró en toda Roma, el joven Cayo vivió unos años con su bisabuela Livia —cuya oración fúnebre pronunció en el año 29— y después con su abuela Antonia, hasta que, en su decimonoveno año de vida, Tiberio —su tío abuelo— lo llamó a su lado en la isla de Capri. De su estancia allí con el emperador, que lo adoptó formalmente, tenemos pocos datos fiables —del mismo modo que nos ocurrió con Tiberio—, pero las fuentes ya comienzan a hablar de algunos de sus problemas y extravagancias.

Suetonio cuenta que no podía dormir bien y que no soportaba que nadie le molestara durante la noche, pues debía aprovechar el poco rato en que el sueño le vencía. Se decía que no era capaz de dormir más de tres horas y que incluso durante ellas tenía terribles y extrañas visiones que no le dejaban descansar, por lo que al final terminaba sentado en la cama o deambulando entre desquiciado y taciturno por los largos pórticos del palacio.

A la edad de veinticuatro años, tras la muerte de Tiberio, se abrió el testamento en el que se le nombraba heredero político junto con Tiberio Gemelo, hijo del malogrado Druso y nieto carnal de Tiberio. Pronto, con la ayuda de Macrón —ambicioso prefecto del Pretorio que siempre estuvo del lado de Calígula—, consiguió el favor del ejército y, especialmente de la guardia pretoriana, a cuyos miembros entregó el doble de dinero del que Tiberio había estipulado en su testamento.

Aquella fue la primera vez que el poder militar aupó al nuevo emperador, una costumbre que, por desgracia para Roma, terminó por enquistarse cada vez más en los siglos posteriores. Se declaró nulo el testamento de Tiberio, según el cual tanto Calígula como Gemelo debían compartir el poder, y el nuevo emperador Gaius Iulius Caesar Augustus Germanicus consiguió el trono de Roma por el consenso del Senado y el pueblo, contando con una escasa destreza social y una nula experiencia política a sus espaldas.

Seguramente, el comienzo de su reinado fue un punto de inflexión al que nunca antes se había llegado, pues era la primera vez en la que se nombraba a un emperador plenipotenciario, que amasó el poder absoluto desde el momento en el que alcanzó la púrpura al contar con el *ius arbitriumque omnium rerum* ('derecho y autoridad sobre todas las cosas'). Ante tal poder, parece lógico pensar que durante los años posteriores sus enemigos políticos se verían, como esclavos de un hombre omnipotente. En cualquier caso, esta realidad dejaba claro que la transición política que había comenzado con Augusto y se había perpetuado con Tiberio se consolidaría en la figura de Calígula, el primero en disfrutar del poder imperial plenamente desarrollado.

Su gobierno, que duró menos de cuatro años, comenzó con grandes derroches económicos que pensó que agradarían al pueblo, como así ocurrió. Entre estos se contó la finalización de los trabajos de construcción del templo del Divino Augusto, consagrado en el año 14 y cuyas obras se habían prolongado durante veintitrés largos años. Su inauguración para honrar la memoria de Augusto a los pocos meses del comienzo del reinado del nuevo emperador fue la guinda del inicio jubiloso de su mandato, en el que la euforia se tornó poco a poco en desesperación.

Hacia noviembre de ese mismo año, Calígula sufrió una grave enfermedad que a punto estuvo de acabar con su vida. Aunque se recuperó, algunos autores opinaron que aquel periodo le marcó para siempre, cambiando totalmente el rumbo de su reinado. La investigación actual tiende más a

pensar que los primeros momentos de su reinado se dulcificaron para crear un contraste mayor con las atrocidades que se le imputaban en los posteriores. Aun así, no se puede descartar, como se ha sugerido en ocasiones, que tal vez aquella enfermedad —que pudo estar relacionada con graves crisis nerviosas— le dejara algún tipo de secuela neurológica que arrastraría en los años siguientes. Séneca y Filón de Alejandría —los únicos autores contemporáneos suyos cuyas obras se conservan—, a pesar de que le tacharon de loco, no dejaron constancia de ninguna condición física atribuible a un cuadro clínico relacionado con enfermedades neurológicas o psiquiátricas.

Ahondar en sus raíces familiares es igual de infructuoso, pues ninguno de sus antepasados cercanos tuvo, que sepamos, signo alguno que pudiera indicar un trastorno congénito. No sabemos con seguridad qué le pasó en aquel momento, pero lo que sí es cierto es que tras su recuperación, las fuentes que escribieron sobre él apuntan a un cambio radical que comenzó con diversas ejecuciones de personajes importantes, entre los que se encontraba el propio Tiberio Gemelo, a quien se acusó de haber dado por muerto al emperador durante su enfermedad para hacerse con el poder.

Sin contar con nadie que ejerciera de guía o le aconsejara políticamente, el joven emperador inexperto no podría soportar por mucho tiempo la importante carga que comenzaba a pesar sobre sus hombros, lo cual abocaba irremediabilmente su gobierno al fracaso. Él mismo lo sabía y por ello buscaba consuelo y refugio en su familia, especialmente en sus tres hermanas, a las que honró en numerosas ocasiones y con las que, por su cercanía y complicidad, se decía que tenía relaciones incestuosas. Una acusación como esta no debe ya sorprendernos; seguramente estamos una vez más ante un bulo extendido para desacreditar políticamente su imagen, su honor y su moral. De haber sido reales, sus relaciones impuras habrían quedado, con toda probabilidad, reflejadas entre los despectivos comentarios que le dedicó Filón de Alejandría, una de las voces tempranas más críticas contra el emperador. Y sin embargo, no encontramos nada al respecto, por lo que es posible que no fueran más que habladurías, como aseguró Suetonio años más tarde.

En el año 38, Calígula sufrió un duro golpe con la muerte de su hermana Drusila. Durante mucho tiempo mantuvo el luto por su hermana preferida y dejó que su cabello y su barba crecieran desaliñados y descontrolados, una



actitud común entre los romanos en una situación de duelo, con lo que tanto su aspecto físico como su estado psicológico se vieron muy afectados. Desde aquel momento, sus acciones fueron cada vez más excéntricas e incontrolables. Según sus enemigos, la locura de Calígula estaba llegando a sus máximos niveles. Fue en esta época cuando se produjeron los episodios más rocambolescos de su vida, los que verdaderamente hicieron nacer la leyenda del demente en que le convirtió la historia.

Una de las más conocidas tradicionalmente es que, en su locura, nombró cónsul a su caballo preferido, Incitatus. Como la mayoría de los romanos, Calígula disfrutaba enormemente de las carreras de carros, que fueron el deporte estrella del mundo antiguo. Sobre este caballo, que pertenecía al equipo verde —el favorito del emperador— sabemos que comía en platos de oro en un establo recubierto de mármoles y cualquier otro lujo en el que pensara su amo para que el caballo estuviera cómodo. No es cierto que Calígula lo nombrara cónsul —o senador, como también se menciona ocasionalmente en la cultura popular—, pues ningún autor clásico refiere tal cosa. La cita de la que procede esta historia es de Suetonio: *consulatum quoque traditur destinasse* —‘se dice que hasta tenía pensado otorgarle el consulado’— (Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida de Calígula» LV, 3). De esta escueta frase extraemos que el sentido original pudo ser una broma que alguien hiciera sobre el modo que tenía de tratar al caballo, al que ponía por encima de muchos hombres. Alternativamente, pudo ser en realidad el propio Calígula el que, en un ambiente relajado, manifestara aquel desprecio a la importancia de los magistrados en tono jocosos y socarrón.

Si realmente demandó recibir culto como un dios es una cuestión compleja. No hay que olvidar que en aquel momento Roma ya contaba con los precedentes de César, Augusto e incluso de su hermana Drusila, a quien Calígula divinizó tras su muerte. También hay que recordar que en las provincias, especialmente en la zona oriental del Imperio, al emperador ya se le rendía culto como a una divinidad. Esta realidad, que en la zona occidental habría sido impensable —al menos en esa época—, estaba normalizada en estas otras áreas, en las que las gentes estaban acostumbradas a considerar divinos a sus gobernantes desde mucho tiempo atrás.

Más allá de esto, es difícil saber cuánto hay de verdad y cuánto de bulo en todo el asunto. Quizá se hayan interpretado ciertos sucesos aislados que fueron plasmados en el papiro fuera de su contexto. Tal vez algunas personas

mostrarán una excesiva complacencia adulando al emperador o, tal vez, sí hizo que se le considerara un dios, como forma de demostrar hasta qué punto era capaz de llevar su poder ilimitado sin temor a las represalias. No en vano se dice que una de sus máximas fue *Oderint, dum metuant* —‘Que me odien, con tal de que me teman’— (Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida de Calígula» XXX, 1).

Aunque, si realmente tenía planes de ser adorado como un dios, hay un elemento que parece no terminar de cuadrar. En la historia, muchas veces las ausencias son tan elocuentes como los vestigios conservados y, en este punto, la propaganda en las monedas imperiales se muestra totalmente ajena a la supuesta divinidad de Calígula. Este emperador, por otra parte, destacó en particular por mostrar con todo lujo de detalles los elementos más destacados de su gobierno, como la dedicación del templo de Augusto o incluso a sus tres hermanas, a las que también plasmó en el frío metal. Y a pesar de sus innovaciones iconográficas, no encontramos ninguna que podamos relacionar con esta supuesta divinización en vida.

Sería difícil obviar grandes extravagancias como la que realizó en la bahía de Nápoles cuando dispuso numerosos barcos, unos junto a otros, a lo largo de los más de cinco kilómetros que separaban Bayas del puerto de Puteoli. Colocó además tierra sobre ellos para crear una especie de paso sobre las aguas, decorado como si fuera la propia vía Apia. Así, lo atravesó en varias ocasiones, montado en carro o a caballo vestido con una capa púrpura adornada con oro, una corona de roble y una majestuosa coraza que se decía que había pertenecido a Alejandro Magno. Allí estuvo durante dos días, y sus noches, las cuales iluminaba con multitud de pequeños fuegos que, según refirió Dión Casio, hacían de la noche el día, del mismo modo que había hecho del mar, tierra (*Historia romana* LIX, 17, 9).

En relación con el mar, en la cultura popular se suele escuchar que en una ocasión le declaró la guerra a Neptuno y ordenó a sus soldados que apuñalaran las olas del mar desde la playa. Por muy demente y hasta divertida que suene, no se trata más que de una leyenda, y una de nuevo cuño, desarrollada por primera vez en la ya mencionada novela *Yo, Claudio*, que tantos favores ha hecho a los enemigos de los Julio-Claudios al difundir sus noticias falsas e inventar algunas más.

El episodio que dio lugar a este bulo tuvo lugar en una ocasión en la que Calígula había preparado la conquista de Britania. Cuando llegó a la costa

frente al Canal de la Mancha, a comienzos del año 40, formó a las tropas y él mismo salió en un barco para regresar al poco rato de haberse alejado de la costa como si volviera triunfante. Ya fuera porque decidió no proseguir con aquella campaña en el último momento o porque nunca hubiera tenido la intención de atacar la isla más allá de la propaganda que aquel acto le proporcionaría, ordenó a los soldados que regresaran, no sin antes recoger conchas de la playa como botín de guerra por haber conquistado el océano.

Realmente no es extraña la imagen que se nos presenta de Calígula mostrándose como soberano del océano; de hecho, fue un tema recurrente en los años posteriores, cuando Claudio sí acometió la conquista de la isla. A pesar de que podría ser real, la mención precisa de la recogida de conchas quizá esconda una mala interpretación de las fuentes. Se han propuesto diversas alternativas para explicar lo que realmente pudo ocurrir, aunque una de las más creíbles sería la de la utilización de la palabra *conchae* con un sentido diferente al que describieron las fuentes, que pudieron añadir posteriormente el contexto que terminara por borrar el sentido original del vocablo en boca de Calígula.

Este término latino, además de a las conchas de mar, podría referirse en tono grosero a los genitales femeninos, por lo que algunos autores han llegado a decir que Calígula envió a sus hombres a los burdeles de la zona en lugar de continuar con la conquista. Si bien es una posibilidad, no parece demasiado lógica, pues no tendría relación con el botín de guerra que se menciona. Otra alternativa es que la palabra original no fuera *conchae* sino *musculi*, que significa ‘molusco’, pero también se usaba para designar las tiendas de campaña en la jerga legionaria. Calígula estaría pidiendo a los soldados que recogieran *musculi* —sus ‘tiendas’ y, por extensión, sus equipos para regresar— y no los moluscos de la costa. Los autores que escribieron sobre el episodio podrían haber modificado la palabra con o sin intencionalidad, aunque el hecho de que no tengamos ninguna mención a otro término que no sea *conchae* también nos hace dudar de esta propuesta.

Se puede interpretar un último significado de *conchae* como recipiente cóncavo, que se asociaría con pequeños barquitos capturados como prueba de la conquista de los britanos. Así, Calígula habría pedido a sus soldados que cargaran estos pequeños barcos enemigos para mostrarlos en Roma en el desfile triunfal y no las conchas que mencionan los textos. He aquí algunas de las posibles explicaciones de este episodio que parece revelarnos, una vez

más, que Calígula no debía de ser un psicópata tan grande como nos lo han pintado siempre. Tal vez nunca conozcamos la realidad, pero nos servirá para comprobar lo compleja que es en ocasiones la interpretación de los datos que nos han llegado del mundo clásico por sus ambigüedades y partidismo.

Aun así, conocemos bien, gracias a la arqueología, otros casos en los que sus aires de grandeza y la suntuosidad que demostró se hicieron patentes a unos niveles nunca vistos hasta entonces. Es el caso de los gigantescos barcos que hizo construir en el lago de Nemi, a pocos kilómetros al sur de Roma. Aquel idílico lugar era la morada de una divinidad, Diana Nemorensis ('de los bosques') y en las aguas del lago se construyeron dos barcos que rivalizaban en lujo con cualquier villa aristocrática.

Su descripción era tan increíble que hasta el siglo XIX algunos investigadores pensaban que no podían ser reales o al menos no con la magnitud que habían sido imaginados. Quienes vivieron en las orillas del lago —al que los romanos llamaban *speculum Dianae* ('el espejo de Diana') — durante la Edad Media y Moderna, siempre imaginaron que en el fondo se ocultaban grandes e inalcanzables tesoros, porque de vez en cuando algún resto se mezclaba con las capturas de los pescadores. Ya en los siglos XV y XVI se realizaron las primeras inmersiones, en las que se hallaron pavimentos de mármol y mosaico, columnas, objetos de bronce y las estructuras de madera. Aunque en el siglo XIX hubo algunos intentos de extracción, no fue hasta finales de los años veinte cuando Mussolini, en su afán por «recuperar» la gloria de Roma, ordenó dragar una buena parte del lago a través de un antiguo canal romano que salía de él. En los años siguientes, los dos grandes barcos, que por sus dimensiones no habrían podido maniobrar o navegar de forma efectiva, salieron a la luz. Ambos medían más de setenta metros de largo y albergaban lo que pudieron ser un templo y un palacio con salones de banquetes, baños termales e incluso agua corriente a través de cañerías de plomo.

Por desgracia, ambas naves, que fueron extraídas con éxito del lecho fangoso del lago y colocadas en un enorme museo en su orilla, fueron presa de las llamas en un pavoroso incendio que se desató durante la segunda guerra mundial. Por esas fechas, tropas americanas perseguían a los alemanes en la zona de los montes Albanos. Los combates se intensificaron y, finalmente, el museo —y con él uno de los hallazgos arqueológicos más impresionantes del mundo romano— acabó siendo la víctima de sus

enfrentamientos. De lo ocurrido en la noche del 31 de mayo de 1944 en Nemi, ambos bandos se apresuraron a culpar al enemigo —al más puro estilo de la propaganda romana—, con lo que quizá nunca lleguemos a saber toda la verdad sobre este asunto.

En los meses anteriores a la muerte de Calígula, el clima de crispación debió de llegar a ser insostenible. Las ejecuciones por crímenes contra la *maiestas* del emperador se habían multiplicado, alcanzando incluso a senadores, que fueron asesinados delante de sus familiares. A pesar de todo, el Senado mantuvo su actitud pasiva y servilista por la que concedieron al emperador mayores honores. Calígula había conseguido que los senadores se encontraran en una posición ridícula, en la que se veían obligados a humillarse a sí mismos —no es de extrañar que al escribir sobre este y otros emperadores, los aristócratas moldearan los hechos hundiendo a quien despreciaban, salvando a su vez su propia dignidad y reputación—.

El pueblo siempre estuvo de parte de Calígula, quizá porque había demostrado ser todo lo contrario que su rancio, serio y aburrido tío abuelo Tiberio. Tanto era así que sabemos que la masa lloró amargamente su asesinato y pidió airada que se capturara a sus asesinos para hacer justicia. Su muerte, que llegó el día 24 de enero del año 41, fue propiciada, como su ascenso, por la guardia pretoriana.

Aquel día, en el que estuvo a punto de no levantarse —por la resaca y el dolor de estómago de la noche anterior—, pasado el mediodía —como refiere Suetonio—, un grupo de pretorianos le esperaban en uno de los laberínticos pasillos subterráneos —*cryptoporticus*— del palacio imperial. Fue Casio Querea, el cabecilla del grupo, quien lanzó el primer ataque al cuello del emperador, que cayó al suelo sin posibilidad de defenderse y acertó a decir que todavía vivía. Entonces, los soldados lo apuñalaron repetidas veces al grito de «*Hoc, age!*» (‘¡Hazlo, actúa!’), que se usaba ritualmente en los sacrificios religiosos de animales para dar la orden de degollar a la víctima.

Cayo César Germánico murió sin haber cumplido los veintinueve años, habiendo sido emperador durante casi cuatro y —como dijo Dión Casio dos siglos después— al morir aprendió, por experiencia propia, que no era un dios (*Historia romana* LIX, 30, 1). Quienes le sobrevivieron escribirían las historias que hemos conocido y las deformarían, aunque no sepamos hasta qué punto, para crear la figura siniestra de un monstruo condenado al olvido, tras el que seguramente había un joven que vivió muy deprisa y envejeció

muy rápido. Asegurar cuál de los dos Calígulas fue real parece una tarea compleja, si es que no se trató de una mezcla de ambos, como piensa la mayoría de los investigadores actualmente. Puede que fuera arrogante y atrevido, irresponsable y demasiado joven e inexperto para soportar una responsabilidad tan enorme, pero probablemente no el loco maníaco que nos han vendido durante tanto tiempo y cuya historia se gestó después de su muerte tras las puertas del Senado de Roma.

## EL ESTÚPIDO CLAUDIO

Momentos después del asesinato de Calígula, su esposa y su hija compartieron su fatídico destino, mientras que Claudio —el débil y repudiado tío del emperador muerto— fue a esconderse como pudo tras los cortinajes de una balconada. Un soldado raso vio sus pies que sobresalían penosamente por debajo y fue a comprobar quién se escondía allí. Cuando apartó las cortinas, Claudio cayó a sus pies implorando por su vida, pero, al reconocerlo, el soldado lo saludó como emperador y lo llevó ante los pretorianos. Fue escoltado contra su voluntad hasta las afueras de la ciudad, donde se encontraban los *Castra Praetoria* —el acuartelamiento de la guardia pretoriana— desde los que se le alzaría unánimemente como nuevo *Princeps* de Roma.

El Senado, por su parte, se había reunido con urgencia para tratar de conseguir, como muchos querían, que el de Calígula fuera el último principado y se volviera a las formas más tradicionales de la República. Cuando supieron que Claudio estaba bajo custodia de los pretorianos, sospechando sus intenciones, enviaron un mensaje para que el propio Claudio, que era senador, se uniera a la declaración senatorial y no consintiera el nombramiento.

Para su disgusto, el ya emperador se negó. A los dos días se presentó decretando que todas las informaciones que habían llegado desde el Senado en aquellos convulsos momentos, incluyendo la intención de destruir el Principado, quedarían olvidadas y perdonadas. También ordenó ejecutar a los cabecillas del asesinato de Calígula —como le pedía el pueblo— y dejó que la muerte de su sobrino quedara olvidada en un segundo plano —con el

tiempo, sin hacer ruido, mandó retirar sus estatuas y revirtió la mayoría de los mandatos que había dado aquel en vida—.

Divinizó a su abuela Livia y honró la memoria de su hermano Germánico —algo que nunca estaba de más recordarle al pueblo, por su enorme popularidad— e incluso la de su abuelo materno, Marco Antonio, que compartía fecha de nacimiento —el 14 de enero— con Druso, el padre de Claudio, por quien decretó que se celebraran *ludi circenses* ('juegos circenses') anualmente en ese día. Todo aquello lo juró «por Augusto» y comenzó su principado.

Así nos narra Suetonio los momentos posteriores al asesinato de Calígula y el ascenso al poder de Claudio en un ambiente de confusión y miedo, al que aquel hombre de cincuenta años sin expectativas políticas no estaba acostumbrado. Sin embargo, hay varios elementos que nos hacen pensar que lo antes descrito difícilmente debió de ser lo que realmente ocurrió. En primer lugar, parece claro que los pretorianos habían decidido que era hora de que Roma cambiara de emperador, tal vez por otro más manejable, menos impredecible y que les debiera a ellos su posición en el trono. No podemos descartar que actuaran bajo las órdenes de alguien superior, lo cual tendría sentido, pues en aquella época aún no habían desarrollado el tremendo poder coercitivo que ejercieron en los siglos siguientes para encumbrar o hacer sucumbir a los emperadores a voluntad.

A propósito de ello, la forma en la que Claudio fue saludado como emperador de manera inmediata, no por uno de los cabecillas de la trama, sino por un soldado raso, parece revelar que no había sido una feliz coincidencia, sino que existía una voluntad estudiada de que fuera él quien subiera al trono. Si realmente Claudio estaba tan asustado y tembloroso como nos lo han presentado tras la cortina y mientras le llevaban al campamento pretoriano, ciertamente consiguió rehacerse en muy poco tiempo. Siendo realistas, si esa situación hubiera sido cierta, Claudio no habría contado con el suficiente tiempo para organizar sus primeras medidas tan solo dos días después del asesinato de su sobrino.

Puede, aunque es imposible confirmarlo, que él mismo estuviera detrás de todo aquello y que, viendo que el gobierno de Calígula era una deriva permanente, buscara la ayuda de los pretorianos para gestar un complot que acabara con su vida. De ser así, la conjura no sería un grito de libertad de unos soldados descontentos, sino una forma de que Claudio consiguiera el

cargo al que jamás habría esperado llegar aprovechando la batalla constante entre Calígula y el Senado.

El montaje que tuvo lugar en esos días le permitió librarse de cualquier acusación de implicación en el asesinato, al haberse escondido temiendo, supuestamente, por su propia vida. Tampoco podrían acusarle de haber comprado el favor de la guardia pretoriana, porque eran ellos los que habían llevado a Claudio «contra su voluntad» hasta los campamentos pretorianos. Por último, su aspecto débil le permitía hacer creer al Senado que podrían manipularlo a su voluntad.

Probablemente Claudio no era tan estúpido como hacía ver e incluso sabemos que en ocasiones había acentuado sus defectos a propósito para que quienes le rodeaban no lo vieran como una amenaza.

*Ac ne stultitiam quidem suam reticuit simulatamque a se ex industria sub Gaio, quod aliter evasurus perventurusque ad susceptam stationem non fuerit, quibusdam oratiunculis testatus est.*

Ni siquiera guardó silencio sobre su estupidez; antes bien, declaró en algunos discursos breves que la había fingido deliberadamente durante el principado de Cayo [Calígula], pues de otra manera no habría podido escapar ni llegar al puesto que alcanzó.

(Suetonio, *Vidas de los doce Césares*,  
«Vida del Divino Claudio» XXXVIII, 3).

La opinión general que existe en la actualidad sobre Claudio —muy influida por la imagen que de él nos dejó R. Graves en su famosa novela *Yo, Claudio*— debía de ser similar a la que tenían en la antigua Roma. Desde pequeño sufría diversas taras físicas que hicieron que ya Augusto y, después Tiberio, le apartaran de la vida pública para evitar la vergüenza de mostrarle como parte de la familia imperial. Cuando, pasando a la edad adulta, fue llevado al Capitolio para ser inscrito en las listas de ciudadanos, lo hizo dentro de una litera y en mitad de la noche para que nadie le viera y sin la habitual compañía de familiares y amigos.

A pesar de que su cuerpo no debía de ser demasiado escuálido, tenía un aspecto débil y cojeaba profundamente, en especial con su pierna derecha, lo que le hacía caminar de forma torpe. Se nos dice que cuando estaba quieto, ya fuera levantado o sentado, su porte y su prestancia eran nobles y que solo



cuando andaba salían a relucir sus defectos físicos. Su cabeza y sus manos temblaban, su voz era ronca y su risa desagradable y aspirada.

En ocasiones, principalmente cuando estaba nervioso o agobiado, sus pensamientos se le trababan en la boca en una suerte de tartamudeo que avergonzaba a su familia. No debemos olvidar que, para los romanos, todas estas condiciones físicas eran producto de un castigo divino. Sin embargo, como Augusto transmitió con asombro en una de sus cartas privadas — recogida por Suetonio— a Livia, cuando se relajaba, era capaz de controlar su cuerpo y demostraba una habilidad portentosa al declamar.

Claudio tenía sus capacidades físicas mermadas, pero este y otros testimonios, así como su propio gobierno, demuestran que su estupidez no era tal, pues fue un hombre inteligente al que otorgaron el papel de tonto por su aspecto físico. Solo así se puede explicar cómo sobrevivió a la mayoría de sus familiares, por el simple hecho de que nadie reparaba en él como una amenaza.

Mucho se ha escrito sobre las posibles patologías que padecía Claudio a partir de las detalladas descripciones que los autores clásicos, con mayor o menor grado de exageración maliciosa, hicieron de él. Aunque en el pasado se pensó que podía haber tenido la polio o una serie de defectos congénitos causados por la consanguinidad de su familia, en la actualidad podemos descartar ambas por no ajustarse sus síntomas a los de la primera y ser una especulación prejuiciosa la segunda, pues no se mostraba ninguna traza en sus antepasados directos que pudiera indicarlo, máxime cuando eran muchas las familias aristocráticas que casaban a sus descendientes entre sí para fortalecer su linaje y poder.

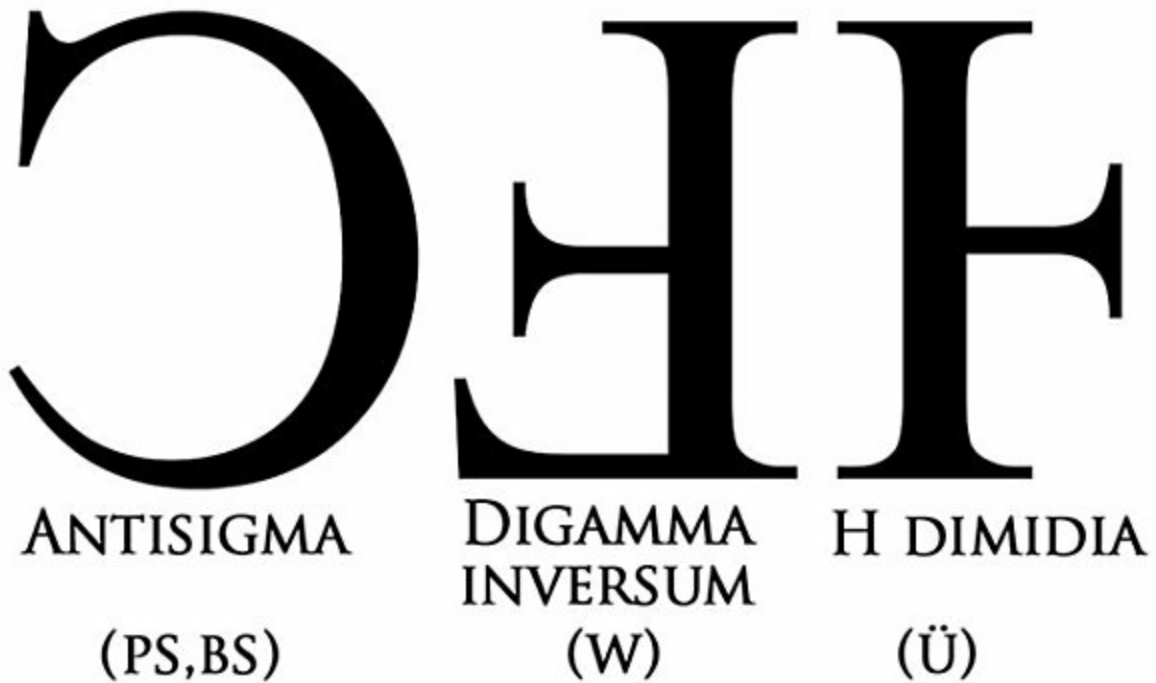
Aunque parece difícil afinar un diagnóstico en estas condiciones para un hombre que vivió hace dos mil años, actualmente se piensa que podría sufrir algún tipo de encefalitis, contraída a una corta edad, o una parálisis cerebral leve causada quizá por una falta de riego sanguíneo durante su nacimiento, tal vez por sufrir un parto difícil o prematuro. Este tipo de condiciones neurológicas aúnan prácticamente todos los síntomas del padecimiento de Claudio, en especial en el caso de la segunda, que incluye debilidad muscular, disminución de la fuerza o parálisis de las extremidades de un lado del cuerpo, problemas en el habla y la audición y convulsiones o temblores localizados, entre otros.

Esta enfermedad, por el contrario, no afecta a las funciones cognitivas,

cosa que favorece la teoría de que Claudio era inteligente y aprendió a convivir con su enfermedad, aparentando, quizá, cierto grado de discapacidad mental fingida a propósito para mantenerse apartado y a salvo. Con el paso de los años, si estaba relajado y controlaba la situación —especialmente desde que fuera nombrado emperador— era capaz de hablar con normalidad y demostrar que era un hombre muy válido a pesar de la imagen que todos tenían de él.

Fue Calígula el único que, encontrándose en la tesitura de contar con su familia para mantener fuerte su posición, le nombró cónsul *suffectus*, junto a sí mismo, en julio del año 37, cuando Claudio estaba a punto de cumplir cuarenta y cinco años. Por entonces, Claudio se había casado dos veces y pronto lo haría una tercera, con Valeria Mesalina. De este matrimonio nacieron sus dos únicos hijos, Octavia y Británico.

Siendo emperador consiguió importantes logros como la conquista de Britania, de la que sabemos que estaba especialmente orgulloso, o la ampliación del *pomerium* —recinto sagrado— de una ciudad que no paraba de crecer. Haber estado tanto tiempo en la sombra, observando a sus familiares, realmente le hizo aprender las formas de un buen *Princeps*. Administró con rigor los bienes imperiales, construyendo obra pública y mejorando muchos servicios; fue piadoso y educado —aunque las fuentes cuentan que en ocasiones no se comportaba en ciertos ambientes como se esperaba de un emperador—. Era un hombre culto que disfrutaba de la lectura y de la escritura de la historia. No en vano escribió una obra en la que contaba la historia de Roma desde Augusto hasta su tiempo, una autobiografía e incluso un tratado sobre el alfabeto, que siempre le interesó. Fue un firme defensor de la imposición del latín como lengua franca del Imperio —siempre había sido el griego— e incluso añadió tres letras al alfabeto latino, aunque cayeron pronto en desuso tras su muerte.



Las tres letras añadidas al alfabeto latino por el emperador Claudio.

Fue también comedido en los títulos y honores que recibió y conservó la ficción de la igualdad y el trabajo conjunto entre el emperador y el Senado por el bien de Roma, como había aprendido de Augusto. En la práctica, sin embargo, realizó una centralización del poder del Estado en la figura del emperador, dejando al Senado en una posición de total sumisión y aplicando con claridad un plan marcado a lo largo de sus trece años de gobierno.

También ofreció grandes espectáculos para contentar a la plebe: celebró de nuevo los Juegos Seculares en el año 47 —recalculando las fechas que Augusto tergiversó en su momento— para conmemorar una nueva época de felicidad que coincidía con el octingentésimo (800.º) aniversario de la fundación de Roma. A pesar de su intención, como se suponía que aquella era una celebración que, como mucho, se podía ver una vez en la vida, estos nuevos juegos fueron recibidos con risas al celebrarse poco más de sesenta años después de los anteriores.

Más allá de estos, también costó diversos espectáculos gladiatorios, cacerías y luchas de condenados a muerte en las que le gustaba que se realizaran escenificaciones ingeniosas e impresionantes. En una ocasión, en el año 52, ofreció una *naumachia* —simulacro de batalla naval— en el lago

Fucino. En ella, los *naumachiarii* —hombres condenados por sus delitos a morir luchando en el espectáculo— se acercaron a la tribuna en la que se encontraba Claudio y le gritaron «*Have Imperator, morituri te salutant!*» —‘¡Ave Emperador, los que van a morir te saludan!’— (Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida del Divino Claudio» XXI, 6). No debemos olvidar que esta —ahora famosa— frase, popularizada especialmente gracias a las películas de Hollywood, fue un caso aislado que solo está recogido por Suetonio y Dión Casio al narrar este mismo suceso. De ninguna manera estamos ante un lema gladiatorio, sobre todo si tenemos en cuenta que no fueron gladiadores sino condenados a muerte los que profirieron aquellas palabras. Por otro lado, los gladiadores sí contaban con un juramento que los identificaba como tales. El llamado *sacramentum gladiatorium* debía ser recitado en el momento de su iniciación: *Uri, vinciri, verberari, ferroque necari* (‘Ser quemado, atado, golpeado y muerto a hierro’; Petronio, *Satiricón*, CXVII, 5). Ni que decir tiene que los gestos con el pulgar hacia abajo o hacia arriba, para significar si un gladiador ha de morir o no en la arena, también forman parte de los bulos históricos modernos, en este caso consagrados por el cine. En la actualidad los investigadores han propuesto diversas alternativas, mejor o peor documentadas, pero su interpretación no es del todo clara. Una visión más amplia de este asunto puede leerse en mi libro *Un año en la antigua Roma*.

De todo ello podríamos deducir que Claudio fue un buen gobernante, desde la perspectiva de la sociedad romana, en especial si lo comparamos con lo que estaba por llegar. Aun así, también encontramos la visión opuesta, la de un hombre estúpido —un término utilizado expresamente por Suetonio—, que no se enteraba de las cosas y que, por ello, fue manipulado con facilidad por sus esposas y libertos.

De su esposa Mesalina no es raro escuchar referencias a su promiscuidad sexual, sus intrigas o incluso su ninfomanía, por la que tristemente ha pasado a la historia. Como ya pudimos comprobar en el caso de Livia, a las mujeres que alcanzaban el poder imperial, aunque solo fuera a través de sus maridos, siempre se las atacó, tachándolas de manipuladoras, malvadas o depravadas sexuales.

*Dormire virum cum senserat uxor, sumere nocturnos meretrix Augusta cucullos ausa  
Palatino et tegetem praeferre cubili linquebat comite ancilla non amplius una, sed*

*nigrum flavo crinem abscondente galero intravit calidum veteri centone lupanar et cellam vacuum atque suam; tunc nuda papillis prostitit auratis titulum mentita Lycisca ostenditque tuum, generose Britannice, ventrem. except blandam intransis atque aera poposcit.*

Cuando su esposa [Mesalina] lo notaba dormido [a Claudio], ella, augusta meretriz, osando ponerse la capucha nocturna y prefiriendo un catre a su lecho en el Palatino, salía acompañada de no más de una esclava. Es más, con una peluca rubia que le disimulaba la negra cabellera, se metía en un tórrido prostíbulo de raídas cortinas, instalándose en un cuarto vacío que tenía reservado. Allí, desnuda y con los pezones adornados de oro, bajo el nombre ficticio de Licisca, exhibió, ¡oh, noble Británico!, el vientre del que nacieras. Acogió mimosa a los que entraron y reclamó su paga.

(Juvenal, *Sátiras* VI, 116-125).

Esta sátira de Juvenal, junto con las acusaciones de Tácito, fueron las que perpetuaron la leyenda negra de una mujer a la que se utilizó para atacar políticamente a Claudio. Al fin y al cabo, si ella era una ninfómana, él era un estúpido que, o bien le consentía sus vicios adúlteros, o bien no se enteraba de ellos. Dejando al margen que, de haber sido él el adúltero, ningún historiador romano se habría escandalizado —o al menos no tanto—; la mala conducta sexual de una mujer de la familia imperial era vista en Roma como una terrible amenaza de que un hombre consiguiera, por este medio, entrometerse en las cuestiones de palacio.

En el caso de Mesalina, no podemos negar, por la cantidad de referencias específicas de diversos autores, que pueda haber algo de verdad en sus aventuras sexuales, aunque estas hayan sido claramente adulteradas y exageradas. Seguramente estamos ante una mujer que utilizó los medios de los que disponía para favorecer su posición política y la de su marido Claudio. Su empleo del sexo, por tanto, estaría más relacionado con sus formas para controlar y extorsionar a aristócratas que con el divertimento lascivo de una ninfómana sin escrúpulos que se nos ha presentado.

Hacia finales del año 47 comenzó una relación con Cayo Silio, un apuesto senador del que se había enamorado. Aunque aquella relación la llevaría a la muerte, el motivo una vez más no fue probablemente el escándalo de su adulterio —esgrimido por muchos como desenlace esperado por sus vicios—, sino una trama de corrupción política difícil de desenmarañar. Es posible que ella se uniera a Silio por sus conexiones políticas para que protegiera a su

hijo Británico y que este consiguiera llegar al trono. La amenaza la personificaban Agripina la Menor —sobrina de Claudio— y su hijo Nerón, que era mayor que Británico y, por lo tanto, tenía más opciones que él de llegar a ser el nuevo *Princeps*. Por otro lado, no se puede descartar la posibilidad de que fueran los libertos de Claudio, en particular Narciso, quienes quisieran eliminar a Mesalina y tergiversaran la situación de tal forma que Claudio no pudiera soportarla. No en vano, fue Narciso, y no el emperador, el que dio la orden de ejecutar a Mesalina.

Al año siguiente de la muerte de aquella, en el 49, Claudio se casó por cuarta y última vez; en esa ocasión con Agripina —su sobrina, y hermana de Calígula—. Como se puede suponer, el escándalo estaba servido. Las voces de incesto se extendieron con rapidez aunque, «curiosamente», la figura de Claudio no ha llegado hasta nosotros como la de un hombre depravado. A pesar de todo, una vez más la motivación de aquel matrimonio no era incestuosa, sexual o siquiera afectiva. Tan solo era una unión que permitía al emperador mantener vivo el linaje de la familia imperial a través del hijo de Agripina —Nerón—, al que adoptó. El joven heredero del trono fue declarado mayor de edad en el año 51, cuando solo contaba con trece años, aunque la edad mínima para realizar el paso a la edad adulta era de catorce.

Claudio murió poco tiempo después, el 13 de octubre del año 54, tal vez asesinado mediante un veneno que quizá le administrara Agripina en unas setas. Tácito cuenta que se le revolvió el estómago y vomitó el veneno, por lo que ella, con la excusa de ayudarle a expulsar toda la comida introduciéndole una pluma por la garganta —un procedimiento común—, la impregnó en veneno y el emperador finalmente murió. Su muerte, que debió de producirse aquella noche, no fue comunicada hasta la mañana siguiente, pasado el mediodía, con seguridad para realizar todos los preparativos para la ascensión de Nerón y evitar que Británico llegara a tener opciones reales de proclamarse emperador.

Claudio fue enterrado con grandes honores y se le divinizó inmediatamente. Toda Roma estaba a favor de ello, con la excepción de aquellos a los que había perjudicado durante su reinado. Séneca, que fue uno de estos, puso a funcionar inmediatamente la máquina de la propaganda contra el emperador fallecido. Escribió una sátira que llevaba por título *Apocolocyntosis divi Claudii* ('La «calabacificación» del Divino Claudio') jugando con la palabra *apotheosis* ('divinización') y el término griego

κολοκύντη ('calabaza'), que normalmente se utilizaba como metonimia de tonto o estúpido, como siempre se consideró a Claudio, por lo que se podría interpretar como «La divinización del estúpido Claudio», un título póstumo que ha tenido que arrastrar durante dos mil años.

## EL CRUEL NERÓN

Pocas presentaciones son necesarias cuando hablamos de uno de los personajes más conocidos y más odiados de la historia de Roma. Nero Claudius Caesar Augustus Germanicus, o simplemente Nerón, fue el último emperador de la dinastía Julio-Claudia y, para muchos, un monstruo con poder ilimitado. En sus catorce años al frente del Imperio, Nerón tuvo tiempo para asesinar a su hermano adoptivo, a su madre, a su esposa embarazada, para incendiar y arrasar Roma, para ver como esta ardía mientras tocaba la lira, para castrar a uno de sus libertos y casarse con él, para hacerlo con otro siendo él la novia, para hacer una gira por las provincias de Oriente para mostrar sus talentos musicales, para construir un mega complejo palacial en el centro de la Urbe a la que quería cambiar el nombre por Neropolis, para ejecutar a miles y miles de cristianos, para ganar carreras de carros, para eliminar a todos sus enemigos y también a sus amigos y consejeros, para suicidarse con treinta años y hasta para regresar de entre los muertos y convertirse en el anticristo.

Estos son solo algunos de los episodios más destacados de entre los que han pasado a la historia —y a la leyenda— de Nerón. Un simple vistazo nos permite comprobar que o bien fue el ser más despreciable que ha pisado jamás la faz de la tierra o realmente enfadó a demasiada gente influyente en poco más de diez años. Aunque no defenderemos su figura como la de un hombre completamente inocente, vamos a tratar de comprender algunas de las cosas que ocurrieron durante su gobierno y cuáles no llegaron a ocurrir, para intentar llegar a un punto medio entre noticias falsas y verdaderas en la vida de uno de los emperadores más odiados del mundo romano.

Nerón llegó al poder en el año 54 gracias al inmenso esfuerzo de su madre y al apoyo de la guardia pretoriana, frente a Británico, también heredero e hijo de Claudio, pero más joven que Nerón. Sin embargo, sus esfuerzos no

terminarían por dar buen fruto; ya se sabe que el poder dinástico no permite gobernar al mejor preparado sino al que consigue heredarlo, al margen de sus capacidades.

Aun así, el gobierno de los primeros años de Nerón fue considerado, incluso por las fuentes que le eran contrarias, como moderado y hasta virtuoso en algún caso, un logro solo posible gracias a la tutela de Agripina sobre todos los asuntos tanto públicos como privados del jovencísimo *Princeps*, que por entonces rondaba los diecisiete años. Pocas fueron las mujeres que ostentaron tanto poder en Roma como Agripina que, en la sombra, detrás de la imperial figura de su hijo, gobernaba sobre un mundo de hombres —que alabaron sus actos sin mencionarla—. Incluso en las primeras acuñaciones de áureos y denarios de Nerón se mostraba la dualidad de este gobierno grabando el diseño de las caras de madre e hijo enfrentadas, en una posición de poder compartido que pronto sería ocultado, colocando la cara de ella en una posición secundaria tras la de Nerón.

El gobierno de Agripina no se desarrolló solo hacia el exterior; de puertas para adentro también trató de inculcar a su hijo los valores de un gobierno basado en la clemencia, que continuara la línea del que había desarrollado Claudio —en el que ella había sido parte fundamental en los últimos momentos—. Esta misma línea también fue seguida por su mentor y consejero Séneca, que precisamente escribió una obra que se tituló *Sobre la clemencia*, en la que trataba de guiar los pasos de Nerón cuando ya comenzaban a desviarse.

Tan buenos eran los tiempos que corrían, que incluso se vislumbraba el inicio de una nueva edad de oro. La calma acabaría pronto y su final llegaría propiciado por la lucha de poder que se desarrolló entre aquellos que controlaban a Nerón. Por un lado, Agripina mantenía el ritmo firme que había planeado y por el otro, sus consejeros, especialmente Séneca y Burro, animaban al emperador a obedecer a su propia voluntad, tratando de contrarrestar un odioso poder femenino que no podían soportar.

A causa de estas luchas internas, la relación entre Agripina y su hijo fue empeorando cada vez más, haciendo que Nerón tomara la decisión de eliminarla de escena para siempre. Según Tácito, pensó durante mucho tiempo cómo llevar a cabo el crimen y, aunque barajó envenenar su comida o sus cosméticos, finalmente decidió que se haría en el mar, donde la intimidad le permitiría actuar de forma rápida e inadvertida. Aunque su plan, que



incluía el naufragio de su barco para que pareciera un accidente, no funcionó y Agripina, según parece, huyó a nado y llegó a la costa. Rápidamente Nerón descubrió que seguía viva y mandó que la asesinaran sin miramientos. Más tarde envió una carta al Senado para anunciar lo ocurrido, esgrimiendo que había sido ella quien había orquestado un complot para acabar con él a través de uno de sus libertos y que, al ser descubierta la conjura, se había suicidado.

*Adiciebat crimina longius repetita, quod consortium imperii iuraturasque in feminae verba praetorias cohortis idemque dedecus senatus et populi speravisset, [...] namque et naufragium narrabat: quod fortuitum fuisse quis adeo hebes inveniretur ut crederet? aut a muliere naufraga missum cum telo unum qui cohortis et classis imperatoris perfringeret? ergo non iam Nero, cuius immanitas omnium questus anteibat, sed Seneca adverso rumore erat quod oratione tali confessionem scripsisset.*

[En la carta] añadía acusaciones que se remontaban más atrás: que había concebido esperanzas de verse asociada al Imperio, de que las cohortes pretorianas prestaran juramento a una mujer, y de que igual deshonor se impusiera al Senado y al pueblo; [...] Narraba también el naufragio, ¿pero quién podría ser tan obtuso como para creerlo fortuito, o que una mujer que había sufrido un naufragio enviara a un solo hombre armado con la pretensión de quebrantar las cohortes y flotas del emperador? El caso es que ya no solo Nerón, cuyas monstruosidades superaban a las quejas de todos, sino incluso el propio Séneca era objeto de comentarios adversos, porque con un discurso tal, había escrito una confesión.

(Tácito, *Anales* XIV, 11).

Su madre no sería la única que acabaría muerta durante el reinado de Nerón. Su propia esposa, Popea Sabina, de la que se enamoró y con la que se casó tras divorciarse de Octavia —la hija de Claudio—, moriría durante el embarazo de su segundo hijo, en el año 65. Según Tácito, Suetonio y Dión Casio, la causa fue una patada en el vientre que le propinó Nerón, aunque no se ponen de acuerdo en si fue algo premeditado o «accidental». Aun así, considerando el odio de los tres historiadores hacia Nerón y que Suetonio menciona expresamente que Popea estaba enferma en ese momento, la investigación actual tiende a pensar que su muerte se pudo deber a complicaciones del embarazo y que la historia del ataque de furia de Nerón no sea más que un rumor. Al fin y al cabo, Tácito también menciona el veneno como alternativa —aunque no le da crédito— y difícilmente alguno de ellos tuvo acceso a los «secretos de palacio».

Poco antes de aquello, se vio obligado a enfrentarse contra una gran conspiración, conocida como la Conjura de Pisón, en la que estaban implicados más de cuarenta hombres de la aristocracia romana, que fueron descubiertos y ejecutados u obligados a suicidarse. Entre ellos estaba Séneca, consejero del emperador, caído en desgracia a pesar de que es posible que no tuviera nada que ver con dicha conjura.

Durante esos años, ajena a las conspiraciones que estaban por llegar, Roma entera, incluidas las provincias, disfrutaba de un periodo de lujo y opulencia sin parangón, en el que hasta los aristócratas que odiaban al emperador alababan el lujoso estilo de vida que se había promovido gracias a Nerón. Eran comunes las grandes fiestas donde se derrochaba dinero y alegría por igual. Precisamente fue esta la época de *glamour* en la que las mesas de la aristocracia se llenaban de los más exóticos platos de comida, servida en los banquetes más extravagantes que se habían conocido hasta entonces. El nuevo estilo de vida —que terminaría en la guerra civil y el austero gobierno de Vespasiano que se acercaban— es el que se ha quedado grabado como la norma durante toda la Antigüedad, al menos en Roma. Aunque realmente ocurrieron estas grandes fiestas en las que el exceso de comida estaba servido, nunca pasaron de ser una moda temporal y muy criticada por el resto de la sociedad por sus decadentes connotaciones de opulencia y derroche.

*Undique convehunt omnia nota ignota fastidienti gulae; quod dissolutus deliciis stomachus vix admittat, ab ultimo portatur oceano. Vomunt ut edant, edunt ut vomant, et epulas quas toto orbe conquirunt nec concoquere dignantur.*

De todas partes acarrear cualquier cosa para satisfacer su glotonería, que aborrece las que ya conocen; lo que su estómago, estropeado por las exquisiteces, apenas admite, se les trae desde el confín del océano. Vomitan para comer, comen para vomitar y ni siquiera se dignan a digerir los manjares que buscan por todo el mundo.

(Séneca el Joven, *Diálogos*, «Consolación a su madre Helvia» 10, 3).

Resulta que el gran bulo del vómito de los romanos para seguir comiendo —tal vez introduciendo plumas de ave por la garganta, aunque solo está atestiguado como tratamiento médico— es real, si bien no estaba generalizado ni en el tiempo ni entre las diversas clases sociales y, mucho menos, estaba bien visto. Al margen dejaremos la variación en la que se nos cuenta que además tenían una habitación para vomitar —el *vomitorium*—

pues no se trata más que de una mala interpretación moderna del término latino. Es una palabra que aparece por primera vez en las fuentes clásicas, en las *Saturnales* de Macrobio —una obra del siglo IV— en una conversación retórica que se refiere a los accesos al graderío de los edificios de espectáculos por los que la estructura «expulsa» —el sentido original de *vomitare*— a los espectadores.

Pero el lujo y el festejo decadente enmudecieron de súbito la noche del 18 al 19 de julio del año 64, cuando un pavoroso incendio se desató junto al Circo Máximo, en el punto en el que convergen el monte Celio y el Palatino. El fuego comenzó en una zona de puestos y tiendecillas en las que se guardaba mucha mercancía inflamable que ardió con gran facilidad. El viento, furioso, avivó las llamas que pronto se extendieron a lo largo de toda la fachada del Circo. Al amanecer, ya se había propagado hasta el Esquilino y más allá y consumía las casas de ricos, pobres y dioses sin distinción.

En diferentes lugares se derribaron construcciones de sólida piedra para que actuaran como cortafuegos y se redoblaron los esfuerzos por apagar las llamas. A pesar de todo, el fuego afectó a diez de las catorce «regiones» en las que Augusto dividió la ciudad, quedando tres de ellas consumidas por completo. Roma estaba acostumbrada a los incendios cotidianos por la caótica construcción de sus calles y sus altos edificios de madera, que no respetaban el límite de altura impuesto por Augusto medio siglo atrás, pero no se había visto nada así desde la invasión de los galos a comienzos del siglo IV a. C.

Nerón, que en aquellos momentos se encontraba en Anzio, en un primer momento no regresó a Roma aun habiendo sido informado del incendio —estos eran habituales en la ciudad—, pero cuando supo de su verdadera magnitud se apresuró a volver para ayudar. En la mañana del sexto día, las llamas se extinguieron en la mayor parte de los focos, aunque más tarde se reavivaron durante tres días más. Durante ese tiempo Nerón desplegó cuanta ayuda pudo para socorrer a aquellos que lo habían perdido todo. Para ellos se abrieron las puertas de los edificios públicos del Campo de Marte, que había quedado fuera del alcance del fuego. Se interesó enormemente por la reconstrucción de sus casas y decretó una nueva normativa por la que se abrieron grandes avenidas, se reguló con mayor severidad el cumplimiento de la ley de altura máxima de las *insulae* —bloques de pisos de tres o más alturas— y se saneó la ciudad para evitar que los fuegos se extendieran con

tanta facilidad como lo había hecho aquel. Incluso hizo traer grandes cantidades de grano desde otras ciudades para evitar hambrunas. Los barcos que llegaban cargados de alimento por el Tíber se marchaban después repletos de los escombros de la ciudad.

Los costes para devolver a Roma la normalidad fueron altísimos. La catástrofe pasó una gran factura a las arcas del Estado y el descontento general pronto se hizo notar. No es de extrañar que comenzaran a surgir rumores que apuntaban a Nerón como el ejecutor del incendio. Muchos alegaron haber visto gente que avivaba las llamas o que impedía que otros las apagaran —aunque es más probable que fueran saqueadores— y otros vieron en el derribo de edificios una planificación interesada para liberar terrenos que el *Princeps* deseaba.

De todos es sabido que los rumores se expanden como la pólvora y que, además, se deforman a cada paso que dan. Pronto se decía que el emperador había destruido la vieja Roma para hacerla renacer como Neropolis y otros aseguraban haberlo visto en Roma durante los primeros momentos. Había nacido el mito de Nerón cantando y tocando la lira mientras Roma ardía. Lo cierto es que ni siquiera las fuentes más antiguas que lo mencionan, Tácito y Suetonio, se ponían de acuerdo en lo que había ocurrido.

Tácito recogió los rumores que decían que Nerón había estado dentro del palacio, en un escenario privado, cantando una tragedia sobre la destrucción de Troya. Para Suetonio, la representación había tenido lugar en lo más alto de la torre de los jardines de Mecenas, en el Esquilino, desde donde pudo ver toda la ciudad arder. Con el paso del tiempo, el bulo fue creciendo. Para Dion Casio —siglo y medio después— Nerón se había encaramado al tejado del palacio y desde allí había tocado la cítara mientras comparaba la caída de Troya con las llamas que devoraban Roma. La bola de nieve que formó este bulo con el paso de los siglos llegaría a ser tan grande que Nerón terminaría tocando incluso el violín en el balcón del palacio, pensando en su delirio en la gran obra maestra que había creado.

Echando la vista atrás, nos damos cuenta de cómo una habladuría que pudo salir de boca de cualquiera, en las manos apropiadas, puede convertirse en la mayor condena para el recuerdo eterno. Hay que decir que no todas las fuentes culparon a Nerón del incendio, especialmente las más próximas a él —que no se han conservado—, pero también Tácito, que en su relato dejó muy claro que era imposible saber si el fuego había sido provocado por el

azar o por la malicia de Nerón. Algunos detalles como la destrucción de parte del palacio imperial —la llamada Domus Transitoria, que se estaba construyendo para unir el palacio con el Esquilino— o la propia ausencia del emperador revelan que lo más probable es que Nerón no incendiara Roma.

Es cierto que decidió aprovechar los grandes espacios que habían quedado llenos de escombros para reconstruir su palacio y ampliar aún más su extensión. La rebautizada como Domus Aurea ('Casa Dorada') era una ciudad en sí misma en el centro de Roma a través de la que fluiría la vida de toda la Urbe. Contaba con grandes jardines, zonas residenciales, un gran comedor, que —según algunos investigadores— giraba por medio de sistemas mecánicos, y un gran lago central en la zona que más tarde sería desecada para construir el anfiteatro más grande y famoso del mundo. A pesar de que Nerón no pudo completar su obra, parece que tenía la intención de integrar también grandes espacios de espectáculos, de culto y avenidas por las que los ciudadanos pudieran transitar, haciendo del palacio un verdadero centro neurálgico de la ciudad.

La consecuencia más notable del incendio no fue la construcción de la magnífica Domus Aurea, que terminaría siendo sepultada en los años siguientes bajo el peso del olvido de la nueva Roma de los Flavios, sino la decisión de quién cargaría con la culpa del fuego. Los elegidos —para desgracia de la reputación de Nerón *per saecula saeculorum*— fueron los cristianos.

Es innegable que desde el poder imperial se decidió quién sería el chivo expiatorio que zanjaría la investigación sobre las causas del incendio —investigación que fue decretada por Nerón rápidamente y que tal vez descubriera un origen fortuito que no sería bien recibido por nadie—. ¿Por qué elegir a los cristianos? ¿Sentía Nerón un odio irrefrenable contra ellos como varios siglos después defenderían las fuentes cristianas?

En primer lugar, debemos tomar un hecho como este, considerado como la primera «persecución» contra los cristianos por las fuentes afines, con mucho cuidado. Que el cristianismo llegara a ser la religión oficial del Estado romano a finales del siglo IV, destruyendo de forma efectiva todos los cultos anteriores, es un factor importante que seguramente sobredimensionó la magnitud de lo que entonces ocurrió. En el siglo XIX, algunos investigadores comenzaron a rechazar toda la historia de la persecución, alegando que debía de tratarse de una interpolación cristiana tardía o, lo que es lo mismo, un

añadido posterior que intentaba parecerse al estilo del original para introducir datos malintencionados que modificaran la historia. Aunque parece que podría haber alguna interpolación —concretamente en un texto de Tácito donde se menciona la figura de Cristo con una precisión que no encaja con la época en la que se supone que se escribió—, se acepta como una realidad histórica que aquella persecución sucedió.

Precisamente este autor considera que los cristianos eran inocentes y que no fueron más que el chivo expiatorio empleado por Nerón ante la opinión pública, pero también muestra el desprecio que sentía hacia ellos, lo que aleja de él la sospecha de una falsificación de su texto en este punto. Los castigos sufridos por los cristianos variaron entre la *damnatio ad bestias* —una condena que consistía en morir despedazado por animales salvajes, que incluso se aprovechaba para representar escenas mitológicas—, la crucifixión —condena habitual para esclavos, piratas o bandidos comunes— o ser quemados vivos como si se tratase de antorchas humanas que iluminaban el cielo nocturno de Roma —un castigo tradicionalmente asociado con los pirómanos—. Sin embargo, no parece que existiera una persecución continuada en el tiempo como pretenden las fuentes cristianas.

A pesar de la tremenda magnitud que se les daría, ya en la tardoantigüedad, a estas ejecuciones, hay que decir que ni Suetonio, ni Dión Casio ni ninguna otra fuente de la época menciona estos castigos o la persecución en sí misma. Ni siquiera los grandes escritores cristianos, Lactancio, Tertuliano o Eusebio de Cesarea, aluden en sus obras a esta supuesta matanza de cristianos. Esto no quiere decir que no se produjeran las ejecuciones que menciona Tácito, sino que su número fue mucho más reducido de lo que las fuentes eclesiásticas medievales dieron a entender para demonizar aún más a Nerón y ensalzar el martirio de dos santos fundamentales como son Pedro y Pablo, ejecutados durante su reinado.

Fue Sulpicio Severo, citando precisamente el pasaje de Tácito, el primer autor cristiano que, ya en el siglo V, mencionó la masacre posterior al incendio del año 64, dejando en el resto de los autores cristianos antes nombrados la imagen de Nerón el perseguidor, pero sin referir de forma concreta este suceso que tanto se ha magnificado.

Parece que fueron pocos los cristianos ejecutados como consecuencia del incendio de Roma, pero todavía no hemos respondido algunas preguntas importantes: ¿Fue Nerón quien culpó a los cristianos? ¿Tenía argumentos

contra ellos? La respuesta actual de la investigación es que con toda probabilidad no fue Nerón quien eligió a los cristianos como chivos expiatorios. Incluso es posible aventurar que Nerón ni siquiera sabía de la existencia de una secta escindida del judaísmo que predicaba la llegada inminente del fin del mundo —como hacían los cristianos en aquellos primeros años de su religión—. Debemos tener en cuenta que en esos momentos el número de cristianos en Roma debía de ser muy bajo, pues todavía se estaba desarrollando la fe, en gran medida gracias a las enseñanzas de Pablo de Tarso, ya que los Evangelios que conocemos hoy en día todavía no habían sido escritos. Además, el origen judío de los cristianos haría que muchos romanos ni siquiera llegaran a diferenciarlos de estos otros, a los que también despreciaban, pero que estaban protegidos por la ley como *religio licita*.

Es posible, por tanto, que fueran los judíos, que gozaban de poder e influencia sobre la emperatriz, Popea, quienes le sugirieran que se castigara a los cristianos para distanciarse lo más posible de ellos y así perjudicarlos con el fin de detener su crecimiento emergente. Tal vez Popea se lo expresara así a Nerón en la reunión que sabemos que tuvieron en los momentos posteriores al incendio y él viera en los seguidores de Cristo la víctima propiciatoria perfecta. A fin de cuentas, al carecer de lugares de culto reconocidos, eran los únicos de quienes se podía decir que «no tenían nada que perderen el incendio». Esto, unido a la imagen que de ellos podrían tener algunos ciudadanos, hizo que cargaran con la culpa de un incendio que no provocaron —seguramente ni ellos ni nadie—.

Los cristianos estaban rodeados por el secretismo de sus rituales —sobre todo desde comienzos del siglo II en adelante—, al tratarse de una religión de tipo místico en la que solo los iniciados podían participar. Esto no ayudaba a su causa ante las instituciones y el pueblo romanos. En muchas ocasiones se les acusó de ateos por no consentir la adoración del resto de las divinidades que convivían en el mundo romano y se les atribuían muchos males causados por la ira de los dioses, debida a su exclusión voluntaria de la sociedad en la que vivían.

Los rumores llegaban hasta tal punto que mucha gente pensaba que en sus reuniones secretas realizaban actos pecaminosos que incluían el incesto, el infanticidio y el consumo de carne humana. Todos estos bulos pueden ser explicados sin dificultad basándonos en los propios rituales cristianos y

haciéndolos pasar por el filtro del desconocimiento de los romanos. Los rumores sobre el incesto y el libertinaje sexual seguramente estuvieran relacionados con el amor fraternal que se manifestaban los fieles, que se trataban entre sí de «hermanos»y «hermanas». De una forma similar, el rumor del canibalismo pudo surgir a partir de la deformación poco informada del sacramento de la comunión, en el que los cristianos recibían «la sangre» y «el cuerpo» de Cristo.

Estas acusaciones son las que explican la desconfianza romana hacia el cristianismo, especialmente durante los siglos II y III, puesto que en el IV su situación llegó a normalizarse cada vez más por la enorme popularidad que llegarían a alcanzar. Ya habrá tiempo para hablar de ello, ahora es fundamental que hayamos comprendido un poco mejor el contexto de las persecuciones y las ejecuciones de los primeros cristianos.

Retornemos a la figura de Nerón en sus últimos momentos. El emperador, sin su madre, su esposa ni sus consejeros, se hallaba en su peor tesitura, lleno de inseguridades y tratando de atraer con desesperación la atención y la admiración de todos. Se dedicaba a dar conciertos, a exhibirse en carreras de carros y a gobernar de forma totalmente autoritaria sin ni siquiera respetar la ficción republicana que todos los emperadores habían representado en su relación con el Senado. Su gobierno no resistió una nueva conjura, apoyada incluso por los pretorianos, que no toleraron sus muestras de debilidad. En el año 68 fue declarado enemigo público del Estado y se vio obligado a huir de Roma, refugiándose en la villa de uno de sus libertos. Allí, antes de que fueran en su busca, se suicidó con la ayuda de Epafrodito, otro de sus libertos. Nerón, muerto a los treinta años de edad y después de catorce como emperador de Roma, fue enterrado por su antigua nodriza y sus niñeras en el mausoleo de la familia de los Domitii, de la que descendía su padre.

Quién sabe si llegó a pensar en huir a Oriente para hacerse músico ambulante, algo que, viendo sus apetencias artísticas le habría sido seguramente mucho más provechoso en vida. Circularon rumores al respecto y hubo muchos que creyeron que Nerón no había muerto, sino que realmente había escapado. No debe extrañarnos que se llegara a pensar algo así, incluso mayoritariamente, puesto que se cumplían tres condiciones fundamentales que permitieron el nacimiento de tal creencia: el pueblo lo adoraba y añoraba su reinado, existía un sentimiento generalizado de que su obra había quedado



truncada, inacabada —tanto física como figuradamente—, todo ello unido al misterio y las sospechas que rodearon a las noticias de su inesperado suicidio.

Dos años más tarde comenzó a ganar notoriedad un liberto que demostraba buenas cualidades con la cítara y, según decían, compartía un gran parecido con Nerón, por lo que muchos creyeron que había regresado. A pesar de que pronto fue ejecutado, fuera quien fuese aquel hombre, el rumor de los falsos Nerones que aparecían de repente no terminó ahí. Veinte años después, durante el reinado de Domiciano, surgiría al menos un impostor más que decía ser Nerón resucitado —*Nero redivivus*—, siguiendo a otro que lo había hecho durante el reinado de su hermano Tito. Todo esto ayudó en gran medida a crear uno de los mitos cristianos más conocidos que versan sobre el mal: la llegada de la bestia.

## EL INHUMANO DOMICIANO

Tras la muerte de Nerón se produjo un convulso periodo de guerra civil en Roma conocido en la historiografía como «el año de los cuatro emperadores», en el que se sucedieron progresivamente Galba, Otón, Vitelio y, finalmente, Vespasiano, que tomó el control del Imperio durante una década. Tras su muerte, su hijo Tito fue alzado al poder, creando de nuevo un principado dinástico que terminaría por desaparecer con el final del siglo.

Después de los grandes logros militares contra los judíos de Vespasiano — que delegó en su hijo Tito— cuando se convirtió en emperador de Roma y de los monumentales restos que nos quedan de su reinado —como el gran anfiteatro que en la Edad Media tomó el nombre de Coliseo y que fue inaugurado ya por su hijo Tito en su corto reinado—, llegó el turno para el hijo menor: Domiciano.

El reinado del emperador Domiciano, del mismo modo que el de Nerón, ha sido visto por diferentes grupos de pensamiento a lo largo de los siglos como uno de los más horribles que Roma conoció jamás. Del inhumano Domiciano nos han hablado autores cristianos, historiadores prosenatoriales e incluso novelistas, y todos ellos tenían motivos para destruir su memoria. Su figura, como vemos, ha sido especialmente deformada por las mismas personas que se habían encargado de hacerlo con Nerón. Es momento de remediarlo. Especial interés tendrá para nosotros, en primer lugar, el relato de los cristianos y cómo estos relacionaron a Nerón con Domiciano y con el número 666.

## LA RESURRECCIÓN DE LA BESTIA

A finales del siglo I, los grupos cristianos comenzaban a ser cada vez más numerosos y su fe se había desarrollado de tal manera que había conseguido diferenciarse plenamente de la de los judíos, que no creían que el mesías hubiera llegado. Las enseñanzas de Jesús de Nazaret se habían expandido desde Oriente hacia Roma gracias a la difusión —y la reinterpretación— que de ellas hizo Pablo de Tarso, un judío mesianista que creyó ver en aquel hombre al verdadero mesías de Israel.

Pablo no conoció a Jesús —de cuya existencia histórica no hay motivos para dudar—, pero sí recibió la transmisión de algunas de las cosas que aquel estudioso de la ley divina dijo en vida. Decidió generar, a partir de su figura, un nuevo camino que guiara a los judíos. Fue Pablo quien transformó para la historia a un hombre en un dios, a través de la construcción mística de Cristo(‘el ungido’). A partir de la nueva creación paulina se desarrolló toda una doctrina de tradición helenística que sería plasmada en diversos relatos conocidos como Evangelios, creados paulatinamente desde de la segunda mitad del siglo en diversos lugares del Imperio.

Los primeros cristianos surgieron plenamente a partir de este nuevo impulso de Pablo, puesto que hasta entonces los pocos que habían seguido a Jesús en vida no eran más que judíos que creían que el mesías prometido por el judaísmo había llegado. Pensaban que el fin del mundo estaba cerca, pero no debemos entender este concepto como lo hacemos hoy en día. El fin del mundo no representaba para ellos la destrucción de la vida en la Tierra; muy al contrario, suponía la bajada de Dios al mundo terreno para ejercer su dominio sobre él.

Con ello llegaría —como decían las antiguas profecías judías— la restauración de las doce tribus y del reino de Israel. Pero, según piensan los investigadores, para conseguir que el«fin del mundo» llegara, algunos seguidores de Jesús, entre los que se encontraba Pablo, se dieron cuenta de que faltaba algo. Yahvé había hecho tres promesas a Abraham, tierra, descendencia y el gobierno sobre diversos pueblos. Esta última de las promesas, la única que todavía no se había cumplido, fue interpretada como la necesidad de convertir a algunos paganos a la fe para que así, efectivamente, esta dominara sobre gentes de diverso origen. Esa fue, de hecho, la principal intención de Pablo al extender las noticias de la llegada del Salvador.

Con el paso de los años, algunos comenzaron a convertirse al cristianismo

con la esperanza de la salvación. Pero, si ya se habían cumplido las profecías, ¿cuándo llegaría el fin del mundo? Se dice que un hombre llamado Juan —al que no debemos confundir con el apóstol ni con el evangelista, que fueron personas diferentes— recibió en la isla de Patmos, donde estaba desterrado, la revelación divina. A partir de ella, escribió, probablemente hacia finales del reinado de Domiciano, una obra literaria de revelaciones proféticas del futuro, cuyos paralelos y analogías pueden encontrarse en el Antiguo Testamento, y que serviría como consuelo e información para los cristianos que esperaban con impaciencia el reino de Dios en la Tierra.

Este volumen, destinado a ser leído y difundido en las liturgias cristianas, era el *Libro de la revelación* o, en griego, Ἀποκάλυψις —‘Apocalipsis’—. En él se revelaba que el fin del mal con la llegada del reino de Dios estaba muy próximo. El texto era tan preciso que anunciaba de forma concreta que tendría lugar en cuarenta y dos meses (Juan de Patmos, *Libro de la revelación* 13, 5). Entre sus revelaciones, Juan de Patmos también hablaba de las dos bestias que reinaban en el mundo y que lo harían hasta la llegada de Dios.

Καὶ εἶδον ἐκ τῆς θαλάσσης θηρίον ἀναβαῖνον, ἔχον κέρατα δέκα καὶ κεφαλὰς ἑπτὰ, [...] καὶ μίαν ἐκ τῶν κεφαλῶν αὐτοῦ ὡς ἐσφαγμένην εἰς θάνατον, καὶ ἡ πληγὴ τοῦ θανάτου αὐτοῦ ἔθεραπεύθη. καὶ ἐθαυμάσθη ὅλη ἡ γῆ ὀπίσω τοῦ θηρίου.

Καὶ εἶδον ἄλλο θηρίον ἀναβαῖνον ἐκ τῆς γῆς, καὶ εἶχεν κέρατα δύο ὅμοια ἀρνίῳ, καὶ ἐλάλει ὡς δράκων. καὶ τὴν ἐξουσίαν τοῦ πρώτου θηρίου πᾶσαν ποιεῖ ἐνώπιον αὐτοῦ.

ἾΩδε ἡ σοφία ἐστίν· ὁ ἔχων νοῦν ψηφισάτω τὸν ἀριθμὸν τοῦ θηρίου, ἀριθμὸς γὰρ ἀνθρώπου ἐστίν· καὶ ὁ ἀριθμὸς αὐτοῦ ἑξακόσιοι ἑξήκοντα ἕξ.

Y vi subir del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas [...] y vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue curada. Y toda la tierra se maravilló en pos de la bestia.

Después vi otra bestia que subía de la tierra, y que tenía dos cuernos semejantes a los del cordero; pero hablaba como el dragón [Satanás]. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella.

Aquí hay sabiduría: El que tenga entendimiento, cuente el número de la bestia, porque es número de hombre; y su número es seiscientos sesenta y seis.

(Juan de Patmos, *Libro de la revelación* 13, 1-3, 11-12, 18).

Es muy interesante apreciar el simbolismo que contienen estos pasajes, pensados en forma de «acertijo» para que, como dice el propio texto, quien

quiera entender, entienda. En primer lugar, Juan de Patmos describe la bestia del mar, que representa al Imperio romano y su poder político, que llegó a Israel desde el mar. Una de sus cabezas está herida de muerte, pero resucita y todos la siguen. He aquí la imagen de Nerón, supuestamente muerto, pero que resucita —según los rumores— para guiar a Roma a la desgracia. La segunda bestia se identifica con Domiciano, el nuevo gobernante romano en el que vive la maldad de Nerón —como dice el texto, esta segunda bestia ejerce la autoridad de la primera—. Encarna, por tanto, la religión romana que obliga a los cristianos a adorar al emperador: el falso profeta o el falso Cordero. Pero el punto más interesante y, tal vez, el más famoso del Apocalipsis es el fragmento en el que Juan de Patmos revela el código para descifrar a quién se refiere en su texto con el número de la bestia, seiscientos sesenta y seis.

En la Antigüedad, como ya hemos comentado, la numerología era una disciplina a la que se otorgaba una veracidad y un valor supremos, dado que estaba presente en todos los momentos de la vida. Tanto para romanos, como para griegos o, en este caso, para los judíos, las letras del alfabeto representaban los números —aún faltaban varios siglos para la creación del sistema de numeración arábigo—. Tras el número 666 se esconde un rompecabezas numerológico tan complejo que poco tiempo después de haber sido escrito se olvidó su verdadero significado, redescubierto a mediados del siglo XIX.

Se trata de una gematría, también conocida por los griegos como isopsefía, una práctica que consistía en sumar los valores numéricos asociados cotidianamente a cada una de las letras que formaban una palabra o frase. Según la hipótesis más plausible, el autor habría pensado en griego en el nombre del que para él había sido el hombre que comenzó a perseguir a los cristianos, Νερων Καισαρ —Nerón César—, lo transliteró al hebreo נרׁון קסר —*nrwn qsr*— y sumó los valores de las letras. El resultado de los valores es el siguiente: נ (*nun*) = 50, ר (*resh*) = 200, ׁ (*waw*) = 6, ׃ (*nun sofit*) = 50, ק (*qof*) = 100, ם (*samekh*) = 60 y ר (*resh*) = 200. Sumando todos los valores, el resultado es claro: 666.

$$50 + 200 + 6 + 50 + 100 + 60 + 200 = 666$$

El papiro más antiguo en el que se conserva el texto de Juan de Patmos, fechado en el siglo III, porta estos números, escritos en griego como χξς,

—*chi* = 600, *xi* = 60 y *stigma* = 6—, aunque en otro papiro —seguramente de finales de siglo— hallado en Oxirrinco, aparece  $\chi\iota\varsigma$ , donde, en lugar de la *xi*, figura una *iota*, con valor 10, lo que da 616. Esta variación se produce cuando, en lugar de transliterar el nombre de Nerón desde el griego, se hace desde el latín —Nero Caesar—, eliminando la «-n» final en el nominativo del nombre, por lo que habría que restar 50 —una *nun*— a 666, de donde sale ese 616.

Contrariamente a lo que podría parecer, esta dualidad proveniente de las diferencias lingüísticas de los diversos manuscritos no es un problema, sino un argumento más a favor de esta interpretación, puesto que hay muchas palabras que pueden sumar alternativamente 666 o 616, pero no existe ningún otro nombre posible que encaje correctamente con ambas cifras. Esto es importante porque, en muchas ocasiones, con el paso de los siglos e incluso a día de hoy, se ha pensado en el Apocalipsis de Juan de Patmos como una obra críptica que porta mensajes atemporales y ocultos, que serán revelados a quien los descifre cuando, en realidad, es evidente que se trata de una obra escrita en su época y su contexto, para ser interpretada únicamente por aquellas primeras comunidades cristianas. Y aunque la profecía falló, podemos decir con toda seguridad que Juan de Patmos hablaba, de forma velada, de Nerón, reencarnado en Domiciano, cuando mencionaba al Anticristo en su revelación.

## *DOMINUS ET DEUS*

Domiciano era la figura que centraba entre los cristianos del momento la imagen del poder religioso de Roma que se veían obligados a venerar, especialmente en la zona oriental del Imperio y acaso también en Roma. De ahí que sea la segunda bestia, la pequeña, surgida de la tierra, que se muestra con cuernos como los del cordero, en referencia a Cristo —el Cordero de Dios—. Para los cristianos, él era la antítesis de Jesucristo y, por tanto, el anticristo.

También fue una figura malvada para algunos romanos, concretamente para los historiadores prosenatoriales, que escribieron sobre Domiciano en los años siguientes. De hecho, su imagen ha sido maltratada por la historia

tanto o más que la de Nerón, a quien le une esta curiosa y «diabólica» relación que estamos descubriendo. Autores como Suetonio, Plinio el Joven o Tácito, centraron en Domiciano sus críticas más feroces dada la proximidad temporal que tenía con ellos. No hay que olvidar que todos escribieron bajo las órdenes de alguno de los emperadores que siguieron al que nos ocupa. Nerva y, en especial, Trajano serían considerados por la mayoría como los gobernantes que elevaron a Roma a una verdadera época de bienestar que, irónicamente, comenzó en realidad con la gestión de Domiciano.

El reinado de este emperador se inició de forma repentina tras la muerte de su hermano Tito, quien permaneció al frente del Imperio poco más de dos años —siendo Domiciano acusado también de su muerte por las fuentes posteriores, aunque realmente se produjo por una enfermedad—. Su infancia había transcurrido como la de cualquier joven aristócrata romano, educado en la retórica y en la literatura de los clásicos. Su pasión por estos se transformó pronto en la apreciada habilidad de citar los grandes textos de Homero y Virgilio en las ocasiones indicadas, demostrando interesantes aptitudes sociales en su adolescencia. De hecho, siendo ya emperador, invirtió una gran cantidad de dinero en recuperar para la biblioteca de Alejandría numerosos textos que se habían destruido durante el turbulento periodo de conflictos de la época de César.

Creció prácticamente al margen de su familia, con un padre que le dedicaba catorce horas al día al Imperio y un hermano siempre ausente en batalla. Eso le hizo desarrollar un carácter algo más introvertido; disfrutaba particularmente de la soledad, aunque ahondar con mayor profundidad en su personalidad es una tarea compleja, entorpecida de continuo por las desviaciones políticas de los escritos con los que contamos.

Cuando llegó al poder en el año 81, inició un plan de renovación del Estado romano a imagen y semejanza de aquel que llevó a cabo Augusto casi un siglo antes. Para Domiciano, el primer emperador siempre fue una referencia fundamental. Así, decidió llevar a Roma a una nueva edad de oro, que incluía grandes mejoras en las políticas económica, social y religiosa del Imperio, mediante las que Domiciano pretendía convertirse en el nuevo Augusto.

Con todo ello consiguió ganar el favor del ejército y del pueblo, para quienes ofreció grandes espectáculos incluyendo la renovación de los casi olvidados juegos capitolinos dedicados a Júpiter Óptimo Máximo. En el año

86, Domiciano los transformó en unos juegos atléticos que emulaban el estilo griego de los Olímpicos, llegando a celebrarse de igual manera cada cuatro años a lo largo de todo el periodo imperial. También volvió a celebrar, en el año 88, los *ludi saeculares* imitando una vez más a Augusto y como forma de instaurar la propaganda del renacimiento de la edad de oro de Roma.

En materia religiosa, siguió el estilo de la moral tradicional y el respeto a los dioses. Durante su reinado se restauraron numerosos templos, especialmente el de Júpiter Capitolino, que había ardiendo en el incendio del año 80, y se construyeron otros nuevos como el de Minerva, diosa protectora del emperador, en el nuevo Foro transitorio que —después de la muerte de Domiciano— finalizaría Nerva, eliminando el recuerdo de que aquella era una construcción de su antecesor.

También renovó la fortaleza del culto imperial mediante la finalización del templo dedicado al Divino Vespasiano, que comenzó en el Foro su hermano Tito —a quien Domiciano divinizó también tras su muerte— y la construcción del Templo de los Flavios (*Templum Gentis Flaviae*) en el Quirinal. Del mismo modo que Augusto, Domiciano divinizó a su familia, incluyendo a su hijo, que murió con solo diez años y a Julia, su sobrina —la única hija de Tito—, que falleció sin haber cumplido treinta años. Su muerte debió de ser una gran pérdida para Domiciano, que siempre demostró un fuerte afecto hacia ella. Al fin y al cabo, fue quien seguramente la cuidó durante los años en que su padre estuvo ausente de Roma. Tito se la llegó a ofrecer a Domiciano en matrimonio, pero él nunca tuvo sentimientos de ese tipo hacia ella. A pesar de todo, las fuentes maliciosas atacaron también al emperador en ese aspecto, llegando a decir que la sedujo y vivió con ella como su esposa en los últimos años de su vida. Estas acusaciones, concebidas para lastrar aún más la figura de un inhumano e incestuoso Domiciano, llegaron hasta el punto de culparle de la muerte de ella al haberle provocado un aborto.

Son muchas las razones que nos alejan de esa imagen malvada, especialmente su relación familiar de juventud con Julia, la fuerte moral religiosa y piadosa que siempre demostró el emperador o la renovación de la ley augusta contra el adulterio —*lex iulia de adulteriis coercendis*—, que castigaba severamente este tipo de prácticas.

En cuanto a sí mismo, los escritos recogen de forma insistente que Domiciano ordenó que todos se dirigieran a él como *Dominus et Deus noster*



(‘nuestro Señor y Dios’). A pesar de que este título se ha aceptado sin reparos entre muchos investigadores hasta hace relativamente poco, las evidencias nos muestran algo totalmente distinto. Leyendo a Estacio (*Silvas* I, 6, 83-84) comprobamos que el propio Domiciano rehusó emplear aquel título siguiendo los preceptos de Augusto como *Princeps*. Por otra parte, es cierto que encontramos el término *Dominus* aplicado a él en dos inscripciones, pero ambas están asociadas a esclavos, que lógicamente empleaban ese nombre para su amo y, aun así, no hay rastro del apelativo de «dios». Ahondando un poco más, comprobamos que ese título fue utilizado por Plinio el Joven para dirigirse a Trajano en la correspondencia privada que mantenía con él, en un humillante gesto de adulación hacia el emperador similar a los que se dedicaban a Domiciano.

Él era un gran valedor de la moral y un hombre inteligente que sabía diferenciar claramente la condición de sus familiares fallecidos como *divi* (‘divinizados’) y la de los dioses todopoderosos —*dei*—. Él nunca fue un dios, ni pensaba que jamás llegaría a serlo, pues lo máximo a lo que podría aspirar tras su muerte era su apoteosis como el Divino Domiciano. Aun así, si damos credibilidad a las fuentes que mencionan que estaba fuera de todo comportamiento cabal y que era un megalómano —lo cual podría explicar la obligación de emplear el término—, ¿por qué no utilizarlo en su titulación imperial? ¿Por qué no lo encontramos ni en inscripciones ni en monedas, que serían las mejores formas de propaganda para extender esta nueva condición del emperador? Lo que pensara el Senado le habría dado igual, por lo que los impedimentos para proclamar su título divino habrían sido nulos. Hay quienes han esgrimido que algunas de sus monedas lo muestran con el rayo de Júpiter, como si tratara de equipararse a su figura, pero la misma representación se puede encontrar en la iconografía monetaria de Trajano sin que a él se le acuse en ningún momento de tratar de hacerse adorar como un dios.

Podemos concluir que, más allá de la literatura, no encontramos ningún indicio de que Domiciano se hiciera llamar a sí mismo *Dominus et Deus*. Incluso en ella, cuando podríamos esperar que poetas aduladores de su corte como Estacio o Quintiliano utilizaran estos términos para alabar al emperador, no lo hacen, empleando, por el contrario, los términos habituales en todo el siglo I para designar a los anteriores *principes*. Es cierto que otros —como Marcial—, que estaban tratando de escalar posiciones, debieron de

apelar a su persona con títulos extravagantes como esos o similares para adularlo de forma excesiva, evidenciando que se trataría de hechos interesados y puntuales que seguramente fueron exagerados por las fuentes posteriores para ensombrecer aún más la imagen del emperador ya fallecido.

Resulta innegable, por otra parte, que en las provincias orientales —en especial en la zona de Asia Menor— el emperador fuera venerado como una divinidad, algo que ya se hizo incluso desde época de Augusto. De hecho, el testimonio del Apocalipsis de Juan de Patmos es una buena muestra de este tipo de veneración que estaba presente en las zonas donde se concentraban mayoritariamente los cristianos de la época. Su texto fue escrito teniendo en mente las comunidades cristianas de Asia Menor, pues era la realidad que aquel hombre conocía, y no debe aplicarse a otros contextos ajenos en el tiempo y el espacio. La interpretación de Domiciano como la bestia que vislumbrábamos al principio, se debe precisamente a la obligada veneración que en esta zona se rendía al emperador, no a que él o sus antecesores en el cargo la pidieran, sino por la idiosincrasia propia de aquellas gentes. A decir verdad, no existen indicios de que Domiciano ejecutara desde Roma ninguna orden de persecución contra los cristianos, a pesar de que la tradición de la Iglesia le asignara más adelante el papel del segundo perseguidor de los primeros adeptos de Cristo.

### ¿*OPTIMUS PRINCEPS*?

Cuando vamos más allá de la visión que nos presentan las fuentes contrarias a Domiciano, empezamos a vislumbrar la verdadera intención del origen del mito del emperador amargado, obsesivo, megalómano, que se gestó en los años posteriores a su muerte. Los autores prosenatoriales que ya conocemos se esmeraron en convencernos con sus obras de que Domiciano no era más que un nuevo Nerón trayendo la decadencia a Roma. Juvenal escribió en una de sus sátiras que, durante el gobierno de Domiciano, Roma estuvo dominada por un *calvus Nero* ('Nerón calvo'), en referencia a las similitudes que veía entre ambos personajes, asegurando que lo único que les diferenciaba al uno del otro era la calvicie de Domiciano. Todo era parte de una intencionada propaganda política para ensalzar, de forma muy efectiva, las virtudes del

nuevo emperador, Trajano, en comparación con los excesos de los gobernantes que le precedieron.

Por suerte, los investigadores han mitigado en buena medida la influencia de Tácito, Suetonio, Plinio el Joven, Dión Casio y tantos otros gracias a la verdadera investigación. Solo así se puede poner en su lugar, en la medida de lo posible, a cada personaje de esta narración. Y, a pesar de ello, todavía quedan aquellos que siguen manipulando la historia para favorecer a unos más que a otros o que simplemente creen lo que siempre se ha contado sin revisar verdaderamente los hechos.

Trajano no tuvo que sobreponerse a ningún tipo de desastre o crisis económica heredada del periodo domicianeo como pretendían las fuentes afines a él, sino que encontró una Roma con sus finanzas saneadas y bien administradas, el estado en el que verdaderamente la había dejado Domiciano. Tanto era así que primero Nerva y después Trajano pudieron completar los proyectos arquitectónicos del defenestrado emperador, construir y mejorar las vías, restaurar monumentos y especialmente financiar contiendas militares de gran calibre.

En numerosas ocasiones se exageraron las reacciones ante los mismos actos del tirano en comparación con los del emperador bueno. Particularmente interesantes son los *congiaria*, donaciones de dinero a la plebe realizadas por un emperador a lo largo de su mandato. Domiciano realizó tres de estas donaciones por un valor total de novecientos sestercios por cabeza en quince años y fue tachado de extravagante, pero si lo comparamos con los de Trajano comprobamos que, en menos de veinte años, llegó a entregar dos mil seiscientos sestercios por cabeza, un valor casi tres veces superior al de Domiciano en un periodo de tiempo similar, aunque de aquel se decía que «se mostraba generoso con el pueblo». Las cifras desorbitadas de tales gastos —que se estiman en más de 135 millones de sestercios, solo en el caso de Domiciano— eran posibles únicamente en un Estado saneado que tenía unos ingresos aproximados anuales de mil millones de sestercios, como han calculado de forma aproximada algunos investigadores. Aunque sería tremendamente complejo, por no decir infructuoso, calcular una correspondencia fehaciente con cantidades actuales, estaríamos hablando de un concepto similar a unos cinco mil millones de euros, una cantidad equivalente a la suma del producto interior bruto de Italia, Francia y España en 2018.

Que Domiciano fue un brillante gestor de las finanzas de Roma es un hecho que investigadores de la talla de Ronald Syme o Theodor Mommsen ya comprobaron. Este último le describió en 1909 como «uno de los administradores más cuidadosos que ocuparon el cargo imperial» (Mommsen, *The provinces of the roman Empire. From Caesar to Diocletian*, p. 108). Mediante su eficaz autocracia consiguió recuperar para Roma el esplendor con el que se proponía emular a Augusto. Trató también de aunar la sobriedad y el control interno propios de Tiberio, quien fue otro de los personajes que admiró hasta tal punto que se decía que no paraba de leer los comentarios y los hechos escritos por este emperador.

Además, frenó el progresivo deterioro de la calidad de la plata en los denarios y del peso de los áureos —de oro—, que había disminuido a lo largo de todo el siglo. La pureza de la plata de los denarios con las reformas de Domiciano llegó más allá del noventa por ciento, alcanzando incluso el noventa y nueve por ciento en algunos momentos, alejándose del ochenta por ciento hasta el que había bajado en periodos anteriores —al aumentar el margen fiduciario para poder producir más monedas—. Estos altísimos niveles de pureza, que no se veían desde tiempos de Augusto, no volverían a recuperarse jamás en la moneda romana, que sufriría un progresivo deterioro que afectaría, especialmente desde el siglo III, a la salud del Imperio.

Más allá de las políticas económicas falseadas, que permitieron a Trajano usar la excusa política de la herencia recibida, la comparación establecida con su antecesor fue la de un tirano despótico frente al nuevo adalid de la justicia, la paz y el bienestar. La exaltación comparativa de los valores de Trajano llegaría hasta el punto de ser conocido con el título de *Optimus Princeps* ('el mejor emperador'). Primero fue empleado por sus más fieles seguidores, como Plinio el Joven —que lo utilizaba ya en el año 98— para adularle y más adelante, gracias a ellos, se extendió su uso en diversos ámbitos, especialmente en las acuñaciones monetales, en las que aparece desde el año 103 en adelante. Aun así, se cuidó de no incorporarlo formalmente en su titulación para no comprometer su posición en un gobierno todavía joven. Solo en el año 114 terminó por aceptar el ruego de un Senado que, humillado ante él, le suplicaba que incluyera *Optimus* como parte de su nombre. No podemos dejar de lado que ese término era propio de Júpiter, por lo que le otorgaba a Trajano ciertas connotaciones divinas que podríamos comparar, salvando las distancias, con aquel *Dominus et Deus* atribuido a Domiciano. A

pesar de ello, la referencia al *Princeps*, que mantenía la tradición augusta del «primero entre iguales», permitió a Trajano aceptar el apelativo, que apareció en toda su propaganda, sin que ello supusiera ningún problema para su gobierno.

Domiciano por su parte, lejos de mantener la ficción republicana del Senado, gobernó abiertamente en solitario sin permitir el nepotismo ni la autohumillación constante de los senadores, a los que él despreciaba de continuo. Aun siendo esta la tónica de su gobierno, Suetonio —más moderado en sus comentarios que otros contemporáneos suyos— atribuyó a Domiciano varios años de reinado ecuánime, en los que administró la justicia escrupulosamente y luchó contra la corrupción, tras los que llegó un periodo convulso en el que todo cambió.

El 1 de enero del año 89 se produjo una sublevación militar en Germania Superior comandada por su gobernador, Lucio Antonio Saturnino, al mando de dos legiones. Fue rápida y duramente sofocada por las legiones colindantes de Germania Inferior y Raetia antes incluso de que pudieran llegar la Legio VII Gemina de Trajano, convocada desde Hispania, y las tropas pretorianas de Domiciano, que salieron desde Roma. Pese a ello, una revuelta suponía un peligroso precedente para el emperador y Domiciano, que siempre había sido un hombre cauto y precavido, aumentó su desconfianza más si cabía en busca de posibles conjuras contra su persona.

Aunque los motivos de aquella no están claros, es posible que tuviera que ver con la visión de los sectores afines al Senado, que pasaba por atacar los territorios de los quados y los marcomanos al norte de la frontera, algo a lo que Domiciano se negó, con buen criterio, prefiriendo mantener unas fronteras sólidas y duraderas antes que caer en un vano afán expansionista. Algo similar ocurrió en la Dacia tras la derrota sufrida en la batalla de Tapae en el año 87. Al año siguiente, Domiciano —tras contener a los dacios—, terminó por firmar una paz con el rey Decébalos por la que se convertía en aliado de Roma y a cambio recibiría una compensación económica. Aquello fue visto como una derrota moral y una deshonra desde esta postura expansionista senatorial —que más adelante culminaría el propio Trajano para gloria de sus soldados, de sí mismo y de Roma—, pero Domiciano pensaba que era más factible mantener la frontera estable que meterse de lleno en un gran conflicto demasiado costoso para las arcas públicas.

La protección que ejerció sobre el *aerarium publicum* ('erario público')

podía ser interpretada como una muestra de que Domiciano había desarrollado *avaritia* y ese, según Suetonio, fue uno de los motivos que propiciaron que su *clementia* diera paso a la *saevitia* ('crueldad'). De todos es sabido que la relación de Domiciano con el Senado era poco amistosa. Existía una pequeña facción de senadores favorables a su causa —entre los que se encontraba Nerva, buen amigo del emperador y futuro sucesor en el trono—, pero la mayor parte estaban enfrentados con él por sus malos modos y el nulo interés de hacer que el Senado se humillara y mantuviera la ficción del poder conjunto. Domiciano ordenó ejecutar, al menos, a once senadores de rango consular y exilió a muchos otros. Sus acciones contra ellos, no estando exentas de crueldad, respondían a cargos de traición y corrupción que Domiciano trataba con una crueldad rigurosísima. En diversas ocasiones se nos habla del uso que hizo de los *delatores*, hombres que se dedicaban a dar testimonio para inculpar a otros, especialmente senadores en este caso. Y aunque en tiempos pasados los falsos testimonios habían sido una lucrativa fuente de corrupción y enriquecimiento privado, Domiciano trató con severidad las falsas acusaciones, pues en sus propias palabras: *Princeps qui delatores non castigat, irritat* ('un príncipe que no castiga a los delatores, los alienta'; Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida de Domiciano»9, 3).

Sus enemigos en el Senado veían estas condenas a muerte como despreciables y trataron de impedir las mediante la creación de decretos que prohibían al emperador ejecutar a miembros de su propio estatus, decretos que Domiciano ignoró. Como es lógico, aquella era una cuestión de rango social; un senador nunca se hubiera opuesto a la ejecución de alguien perteneciente a una clase inferior pues en la idiosincrasia senatorial las condenas a muerte eran necesarias, siempre que no afectaran a los suyos.

La supuesta *avaritia* de Domiciano fue esgrimida como causa de las ejecuciones, dado que, más allá de si eran justas o no en cada caso, los bienes del ajusticiado eran confiscados por el Estado. Según Suetonio, Domiciano ansiaba su dinero a causa de la escasez de recursos que sufría Roma, una escasez que ya hemos comprobado que no era más que propaganda trajanea, por lo que el *leitmotiv* del reinado de Domiciano en boca de sus enemigos queda reducido a una falacia *post hoc ergo propter hoc*, en la que se esgrime una causalidad falsa como justificación de un hecho que no es tal.

Si Domiciano ejecutó a senadores no fue por motivos económicos, sino políticos. La lucha constante y la incansable oposición del Senado animaron a

varios conspiradores a actuar. Algunos de ellos fueron detenidos y ejecutados, pero otros consiguieron abortar sus planes y negarlos. Domiciano sabía que aquella era la única forma de acabar con los continuos ataques contra él pero, en palabras del propio emperador, aquella situación era difícil de mantener sin que pareciera que sus ejecuciones eran, como mínimo, arbitrarias o simplemente frívolas y propias de un hombre enajenado.

*Condicionem principum miserrimam aiebat, quibus de coniuratione comperta non crederetur nisi occisis.*

Solía decir que la condición de los príncipes no podía ser más desdichada, pues cuando afirmaban haber descubierto una conjura, no se les creía hasta que esta hubiera acabado con sus vidas.

(Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida de Domiciano» XXI, 1).

Los motivos para destruir la memoria pública de este emperador se desmoronan ante la realidad histórica que se oculta tras las pretensiones políticas de un grupo de personas de voz preeminente. Domiciano no fue el megalómano loco, codicioso y ávido de sangre que nos han mostrado siempre, sino más bien —aun siendo severo— un autócrata eficiente como lo sería Trajano y como lo fueron tantos otros emperadores —aunque aquellos supieron fingir en el juego político del Senado—. Sus formas fueron despreciables en muchos casos, pero no más que las de otros emperadores como el Divino Claudio que ejecutó a treinta y cinco senadores y trescientos caballeros. Lo que nosotros juzguemos de actos como estos es fruto de la perspectiva que nos dan los dos mil años que nos separan de aquella época, pero para muchos romanos tal severidad era lógica y legal. Si Augusto fue su modelo, ¿por qué usamos dos varas de medir tan diferentes con uno y con el otro? ¿Acaso Octaviano no ejecutó y confiscó los bienes de muchos romanos? ¿Acaso no eliminó de forma velada la República romana y la convirtió en un Imperio en el que el poder lo ostentaba un solo hombre «por el bien de todos»?

Domiciano no deja de ser una mezcla de formas de ver la vida. El mismo emperador autoritario y firme fue también capaz de amar la literatura clásica y de organizar numerosos y generosos banquetes, que normalmente terminaban pronto, sin prolongarse más allá de la puesta de sol, ni iban acompañados de borracheras, pues, hasta la hora de dormir, lo único que

hacía era dar un paseo en solitario por algún lugar apartado (Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida de Domiciano» XXI, 3). Difícilmente este piadoso Domiciano cuadra con el despiadado sanguinario, ni con el hombre aburrido y vago, que pudo ser el mismo que después controló tan de cerca la administración y las finanzas del Estado.

Es la propaganda la que deforma nuestra visión de unos a los que tratamos como monstruos frente a otros que son recordados como héroes. La historia no tiene blancos o negros, tan solo una variada gama de grises que debemos tratar de interpretar con la precisión que nos permitan los datos de que disponemos.

### *DAMNATIO MEMORIAE*

El 18 de septiembre del año 96 Domiciano murió asesinado en una conjura palaciega en la que estaban implicados varios miembros de la corte del emperador. Aunque su relación con el Senado resultó nefasta, no fueron los senadores quienes consiguieron eliminar al *Princeps* en última instancia, sino sus propios cortesanos. El instigador del complot fue Partenio, liberto y consejero imperial, que supuestamente habría organizado la trama para vengar la ejecución —ordenada por el emperador— de Epafrodito, liberto y secretario imperial, el mismo que había ayudado a Nerón a darse muerte unos años antes.

Entre aquellos a los que había convencido Partenio se encontraba Estéfano, un auxiliar de la sobrina de Domiciano —asesinado por los sirvientes fieles al emperador que acudieron en su ayuda—, quien cubrió su brazo izquierdo durante los días anteriores simulando una herida para esconder una daga. El emperador le concedió una audiencia para que le revelara una posible conjura que decía haber descubierto y en aquel momento —en su propia habitación y aprovechando que estaba distraído con una nota en la que se revelaba la conspiración—, le clavó la daga en la ingle.

*Saucium ac repugnantem adorti Clodianus cornicularius et Maximus Partheni libertus et Satur decurio cubiculariorum et quidam e gladiatorio ludo vulneribus septem contrucidarunt. Puer, qui curae Larum cubiculi ex consuetudine assistens interfuit caedi, hoc amplius narrabat, iussum se a Domitiano ad primum statim vulnus pugionem*



*pulvino subditum porrigere ac ministros vocare, neque ad caput quidquam excepto capulo et praeterea clausa omnia repperisse.*

Herido, y mientras intentaba resistirse a su agresor, cayeron sobre él Clodiano, ayudante militar; Máximo, liberto de Partenio; Satur, decurión de los ayudantes de cámara y un gladiador, y acabaron con él asestándole siete puñaladas. Su esclavo, que, hallándose como de costumbre al cuidado de los lares de su habitación, fue testigo del asesinato, contaba que Domiciano, nada más recibir la primera herida, le ordenó alcanzarle el puñal que tenía escondido bajo la almohada y llamar a sus sirvientes, pero que él encontró solo la empuñadura a la cabecera de la cama y que, además, halló todas las puertas cerradas.

(Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Vida de Domiciano» XVII, 2).

No parece probable que su esposa, Domicia Longina, estuviera al tanto de la conjura —a pesar de que se sugiera en las fuentes—, puesto que se mantuvo fiel a su marido, haciendo que siguieran considerándola la esposa de Domiciano tiempo después de su muerte, algo que no hubiera sido necesario para ella si hubiera tomado parte en el asesinato. Es posible que los prefectos del Pretorio —Tito Petronio Segundo y Tito Flavio Norbano— estuvieran al tanto del plan, pero seguramente no se involucraron en él; aquel fue un asesinato motivado por intrigas cortesanas y no militares. Prueba de ello es que la guardia pretoriana y todo el ejército lloraron amargamente la muerte de Domiciano, pidieron su divinización y solo consiguieron, ya durante el reinado de Nerva —quien tampoco debía de estar al tanto de la conjura—, la cabeza de sus asesinos.

Domiciano murió entre las diez y las once de la mañana, un dato que podemos deducir gracias a que sabemos que temía la *hora quinta*, pues un adivino le había predicho que moriría concretamente a esa hora —como atestigua Suetonio (*Vidas de los doce Césares*, «Vida de Domiciano» XVI, 2). El día de su asesinato, habiendo terminado de despachar algunos asuntos, le anunciaron falsamente la llegada de la *hora sexta* —aunque precisamente acababa de comenzar la *quinta*—; pensándose fuera de peligro, bajó la guardia y fue entonces cuando sucedió su asesinato. Las horas del día romano no tenían siempre la misma duración a lo largo de todo el año como las nuestras, salvo en los equinoccios de primavera y otoño, cuando el día y la noche tienen la misma duración. Las veinticuatro horas del día se dividían invariablemente en doce horas de luz y otras doce de oscuridad, siendo más

cortas las horas en invierno y más largas en verano. Gracias a la precisión que podemos lograr en los cálculos astronómicos en la actualidad, sabemos que el 18 de septiembre del año 96 amaneció en Roma sobre las seis menos cinco de la mañana y, estando tan cerca del equinoccio de otoño, la quinta hora coincidiría aproximadamente entre lo que para nosotros serían las diez y las once.

El Senado se apresuró a nombrar emperador a Nerva, un hombre que, por otra parte, era amigo de los Flavios y había sido beneficiado por Domiciano durante su gobierno. Sin embargo, su edad y su posición en el Senado le situaban como un buen candidato de transición hacia la nueva era que estaba a punto de comenzar. Una era en la que Domiciano no tenía cabida, ni siquiera después de muerto. Se decretó una *damnatio memoriae*, una condena póstuma que requería de la eliminación de cualquier resto visible de que aquel hombre había ejercido su poder sobre Roma.

La *damnatio memoriae* no fue una condena exclusiva de este emperador, muchos otros la sufrieron tras su muerte como Nerón y a algunos les fue incluso revocada, como al emperador Cómodo, a quien Septimio Severo devolvió el honor que le había sido arrebatado por el Senado mediante este castigo. También se aplicó sobre magistrados, senadores y ciudadanos como forma de destruir todo recuerdo del condenado, uno de los peores castigos que podían imaginarse para cualquier persona tras su muerte. Fue Cicerón quien pronunció la frase: *Vita enim mortuorum in memoria est posita vivorum* ('La vida de los muertos se conserva en la memoria de los vivos'; Cicerón, *Filípicas IX*, 10).

Por todo el Imperio se suprimió su nombre de inscripciones y relieves, se destruyeron numerosas estatuas, hasta tal punto que hoy en día conservamos muy pocos retratos de Domiciano. Algunas se reaprovecharon sustituyendo su rostro por el de emperadores posteriores, como Nerva o Trajano, y otras fueron lanzadas al Tíber —una de ellas, de bronce, fue hallada en 1891 en el fondo del río y hoy en día se conserva en la Ny Carlsberg Glyptotek de Copenhague—.

En Roma la primera en caer sería seguramente la colosal estatua ecuestre de bronce dorado que presidía la plaza del Foro, justo frente a la Curia del Senado. A comienzos del siglo XX, se localizaron los restos de su base, de casi doce metros de longitud. La estatua, por lo tanto, mediría seguramente

entre doce y dieciséis metros de alto y fue alabada de esta forma por Estacio en una de sus *Silvas*:

*Quae superimposito moles geminata colosso stat Latium complexa forum? caelone peractum fluxit opus? [...] nec veris maiora putes: par forma decorque, par honor. [...] Par operi sedes. hinc obvia limina pandit, qui fessus bellis adscitae munere prolis primus iter nostris ostendit in aethera divis; discit et e vultu, quantum tu mitior armis, qui nec in externos facilis saevire furores das Cattis Dacisque fidem. [...] vix sola sufficiunt insessaque pondere tanto subter anhelat humus; nec ferro aut aere: laborant sub genio, teneat quamvis aeterna crepido, quae superingesti portaret culmina montis.*

¿Qué mole es esta, agigantada por el coloso que se alza sobre ella y que domina todo el Foro latino? ¿Ha llovido del cielo esta obra acabada? [...] Y nadie crea que exagero: su belleza y su prestancia corren parejas con su dignidad. [...] El emplazamiento es digno de la obra. De un lado, frente a ella, abre sus puertas el templo de aquel que, cansado de contiendas, por la ofrenda de su hijo adoptivo, fue el primero en mostrar a nuestros dioses el camino de las alturas, y ahora comprende por tu semblante cuánto más clemente en las batallas eres tú, que, no proclive a ensañarte frente a la furia bárbara, concedes un tratado a los catos y a los dacios. [...] El suelo apenas puede sostenerte y jadea a tus plantas la tierra al ser hollada por tal mole. No es el hierro ni el bronce: es tu genio el que fatiga el suelo, y lo fatigaría aun cuando fuera un pedestal eterno el que te sustentara, soportando las cumbres de una montaña alzada sobre él.

(Estacio, *Silvas* I, 1).

A pesar de que esta y tantas otras estatuas de Domiciano fueron destruidas, Procopio —un historiador del siglo VI— asegura que en su época todavía se podía ver una estatua de Domiciano en el Clivus Capitolinus, una calle que salvaba el desnivel entre el Foro romano y el Capitolio. Solo esta había sobrevivido en toda la ciudad. Según su relato —el único que la menciona en toda la Antigüedad— se trataba de una estatua hecha con diferentes fragmentos de bronce unidos entre sí de forma habilidosa, pero claramente distinguibles. No sabemos mucho más de su historia pero, seguramente, los fragmentos de una o varias estatuas troceadas fueron recogidos por alguien que profesaba lealtad a Domiciano, guardándolos hasta que se calmasen los ánimos. Tal vez fuera reconstruida y recolocada en los años siguientes, tras la ejecución de los asesinos del emperador, cuando el Senado ya no se habría atrevido a tocarla por miedo a posibles represalias militares. Y allí debió de quedar aquella estatua durante varios siglos, como único recuerdo imborrable de una condena partidista.

Ya en época de Procopio su origen se había olvidado y, aunque se recordaba que aquella estatua representaba a Domiciano, se había gestado una leyenda popular que es la que recoge este autor. Después de su asesinato, Domiciano habría sido descuartizado y, posteriormente, su esposa Domicia habría recogido su cadáver, cosiendo los fragmentos para que un escultor pudiera crear una representación de su marido, lo que explicaría por qué la estatua estaba hecha de varios trozos de bronce unidos entre sí. Más allá de esta rocambolesca historieta, fruto de la imaginación colectiva del pueblo romano, Domiciano fue incinerado en una villa propiedad de los Flavios en la Via Latina y sus cenizas fueron mezcladas por Filis, la que había sido su nodriza, con las de su sobrina Julia, para que reposaran junto a su familia en el templo de la *gens Flavia*.



Inscripción conmemorativa del nuevo acueducto de Domiciano en la ciudad de Corduba. La segunda línea, en la que aparecía el nombre de Domiciano, ha sido repicada a causa de la *damnatio memoriae* decretada contra él por el Senado (Museo Arqueológico de Córdoba).

Su memoria fue borrada casi completamente por el Senado, por los historiadores favorables a este e incluso por aquellos que no buscaban la verdad sino solo narraciones morbosas; por eso la labor de los historiadores

actuales es precisamente la de desmontar los bulos y las medias verdades y reconstruir la realidad mediante hipótesis que poco a poco encajen, como los fragmentos de aquella curiosa estatua que protegió el recuerdo de Domiciano siglos después de su condena, esperando a que alguien contara su historia.

## VÍCTIMAS DE LA HISTORIA

Con Domiciano, Suetonio terminó su obra *Vidas de los doce Césares*, en la que plasmó sus ideas y opiniones acerca de aquellos que cargaron a sus espaldas el peso del mundo conocido durante casi dos siglos de historia. Nosotros, en este viaje en busca de las personas que estuvieron detrás de aquellos personajes, hemos querido aportar nueva luz sobre sus personalidades, vicisitudes, fortalezas y debilidades, públicas y privadas, desde un punto de vista multidisciplinar y actualizado, tratando de evitar las lecturas simplistas y crédulas de las fuentes para eludir contagiarnos de los errores del pasado.

Analizando algunos de los momentos más importantes de las vidas de los personajes más poderosos de Roma, desde Cayo Julio César hasta Tito Flavio Domiciano, hemos tratado de comprender mejor las mentes humanas que se ocultan tras las figuras públicas, muchas veces veladas por el sesgado peso de la historia. Ni Augusto fue siempre el ideal moral por el que todos le tenían, ni Domiciano fue un megalómano o acaso peor *Princeps* que cualquiera de sus antecesores, incluyendo al propio Augusto. La visión que hasta ahora hemos tenido de todos aquellos hombres se ha visto ensombrecida por las opiniones de quienes escribieron sus historias —más si cabe en el caso de las mujeres, como Livia Drusila, que siguen siendo maltratadas a través de los siglos a causa del poder y la eficacia que demostraron para mantener a flote el Imperio, tanto o más que sus contrapuntos masculinos—.

Lejos quedan ya, por suerte, los viejos estudios que se esmeraban en demostrar las posibles causas de la «locura» de los Césares ante la perplejidad y las contradictorias narraciones que sobre los primeros emperadores de Roma hicieron los diversos escritores griegos y romanos que hablaron sobre ellos.

Una de las explicaciones más esgrimidas, y que todavía puede encontrarse con asiduidad, es la del desarrollo de saturnismo en las elites políticas

romanas. Esta enfermedad, también conocida como plumbosis —envenenamiento por plomo—, es la que habría causado en aquellos depravados emperadores los daños neurológicos que supuestamente les habrían llevado a los estados de locura y delirio que se les atribuían. Una vez hemos analizado las bases de aquellos comportamientos y los hemos desmitificado, se nos plantea la duda de si, tal vez, el famoso tópico del envenenamiento por plomo de los romanos también forma parte del gran mito.

Actualmente sabemos que el plomo es un metal venenoso que puede producir graves daños cerebrales e incluso la muerte si se acumula en el organismo. De hecho, este conocimiento ya se tenía, de forma similar, en el mundo romano, según atestiguan autores como Plinio el Viejo o Vitruvio en sus obras.

*Etiamque multo salubrior est ex tubulis aqua quam per fistulas, quod per plumbum videtur esse ideo vitiosum, quod ex eo cerussa nascitur; haec autem dicitur esse nocens corporibus humanis. Ita quod ex eo procreatur, [si] id est vitiosum, non est dubium quin ipsum quoque non sit salubre. Exemplar autem ab artificibus plumbariis possumus accipere, quod palloribus occupatos habent corporis colores. Namque cum fundendo plumbum flatur, vapor ex eo insidens corporis artus et inde exurens eripit ex membris eorum sanguinis virtutes. Itaque minime fistulis plumbeis aqua duci videtur, si volumus eam habere salubrem.*

El agua conducida por tubos de barro es mucho más salubre que la que llega por cañerías de plomo, pues el plomo resulta más perjudicial, ya que facilita la presencia de la cerusa [blanco de plomo] que, según dicen, es nociva para el cuerpo humano. Si pues lo que genera el plomo es perjudicial, no cabe la menor duda de que también el plomo será nocivo. Podemos aportar el ejemplo de los que trabajan con plomo y observaremos que tienen la tez completamente pálida. Cuando se funde el plomo, el vapor que despiden va penetrando por todos los miembros del cuerpo y va minando la energía de la sangre. En conclusión, no parece conveniente usar tuberías de plomo para conducir el agua, si queremos que sea salubre.

(Vitruvio, *Sobre la arquitectura* VIII, 6, 10-11).

Después de leer la que, suponemos, es la opinión informada del gran tratadista romano de la arquitectura y la construcción, puede resultarnos extraño saber que el uso de cañerías de plomo estaba muy extendido en la sociedad romana a pesar de que, como vemos, ellos mismos le atribuían



propiedades nocivas a los compuestos derivados de él. ¿Se estaban envenenando a propósito los romanos?

Aunque en muchas ocasiones a lo largo de la historia el conocimiento de una problemática con un material no ha supuesto un impedimento para continuar con su uso por su disponibilidad o su precio, este caso se plantea algo más conflictivo. Las tuberías de plomo —*fistulae aquariae*— se empleaban para conducir agua a presión especialmente en la red de abastecimiento para las casas —de quienes se lo podían permitir—.

Este último concepto, que restringe el consumo de agua a través de cañerías de plomo a los más ricos de la sociedad queda invalidado desde el momento en el que conservamos numerosos ejemplos de este tipo de conducciones que terminan en fuentes públicas, de donde recogían el agua la mayoría de los habitantes de las ciudades que no podían permitirse el lujo de tener agua corriente en sus hogares. Es decir, si alguien se envenenaba por plomo en Roma no serían solo los emperadores sino toda la población.

Por otra parte, el testimonio de Vitruvio no tiene por qué ser tomado como representativo del pensamiento general, especialmente cuando entendemos que él nos habla de los problemas que produce el plomo a quienes lo trabajaban —los fontaneros, que eran conocidos como *plumbarii*, literalmente ‘plomeros’ por el material empleado—, pues la inhalación de sus vapores sí puede provocar graves problemas de salud. Sin embargo, la exposición que tendría la mayoría de las personas no era por inhalación, sino a través del agua que pasaba por las cañerías.

Estudios muy recientes han realizado análisis de isótopos de plomo en la composición de los sedimentos estratificados por la deposición a lo largo de los siglos en la desembocadura del río Tíber, concretamente en el Puerto de Trajano. Los resultados han demostrado que en el periodo romano se encuentran concentraciones cien veces superiores a las que son corrientes en los manantiales de la zona. Esto apunta hacia la evidente utilización masiva de tuberías de plomo durante este periodo. Aun así, los autores de tales estudios concluyen que «la contaminación por plomo del agua corriente en tiempos romanos está presente, pero [dentro de unos márgenes que] difícilmente habrían sido perjudiciales para la salud» (Delile *et alii.*, 2014).

En este sentido, el hecho de que el flujo de agua fuera continuo a través de las conducciones, primero por los acueductos de piedra y cemento hidráulico —*opus signinum*, que impermeabilizaba las juntas— y después por las

canalizaciones de plomo, hacía que el contacto con el metal venenoso fuera mínimo, a diferencia de los sistemas modernos en los que el agua puede pasar horas estática. Y aunque también lo estuviera, se ha sugerido que el arrastre de partículas por el contacto del agua con rocas sedimentarias fuera responsable de la formación rápida de una capa de carbonato cálcico que ejercía de aislamiento entre el plomo y el agua. Este fenómeno está documentado ampliamente en los acueductos, que debían limpiarse a menudo a causa de la severa incrustación de este componente.

En definitiva, el plomo no envenenó masivamente a los romanos ni los volvió locos y mucho menos causó la caída del Imperio como llegó a sugerir algún autor pretencioso el siglo pasado. Otro de los motivos esgrimidos tradicionalmente de la supuesta decadencia de los emperadores que se desvanece ante nosotros para dejar libre el camino de la investigación y de la difusión de las hipótesis más recientes que eliminan las noticias falsas de la historia.

*Hi omnes, quos paucis attigi, praecipue Caesarum gens, adeo litteris culti atque eloquentia fuere, ut, ni cunctis vitiis absque Augusto nimii forent, profecto texissent modica flagitia.*

Todos estos, sobre los que he tratado brevemente, y en especial la familia de los Césares, fueron tan cultos en literatura y elocuencia que, sin el exceso de sus vicios, de los cuales, con la excepción de Augusto, fueron presas, sus grandes talentos hubieran hecho olvidar ciertamente sus pequeñas debilidades.

(Pseudo Aurelio Víctor, *Sobre los Césares* VIII, 7).

# AUGE Y CAÍDA DE UN IMPERIO

## *FELICIOR AUGUSTO, MELIOR TRAIANO*

Nerva, el viejo senador que mantuvo el orden y la concordia en Roma tras el asesinato de Domiciano, murió poco más de un año después de haber asumido el poder imperial. El Senado, el ejército y el pueblo recibieron de forma unánime a quien había sido elegido como sucesor para comenzar una nueva era, muy probablemente por la persuasión del bloque de senadores procedentes de la misma provincia que el nuevo emperador. Marco Ulpio Trajano, nacido en Itálica, en la provincia Bética, en el seno de una familia provinciana, se convertiría así en el primer *Princeps* en llegar a la púrpura sin haber nacido en una de las antiguas familias que habían dominado Roma durante siglos.

Su brillante carrera militar le llevó, siguiendo los pasos de su padre, a ejercer la pretura, comandar legiones e incluso ostentar el consulado en el año 91, todo ello durante los años en los que el Imperio era administrado por Domiciano —que nació dos años antes que él—, con quien seguramente tuvo una buena relación, al menos política y militarmente hablando. Aunque durante su futuro reinado se trató de no publicitar esta relación para forzar al máximo la idea del cambio y la contraposición entre ambos emperadores, lo cierto es que el *cursus honorum* (‘carrera política’) de Trajano se desarrolló bajo los auspicios de Domiciano.

Siempre trató de servir y honrar al emperador, siendo el primero en acudir en su ayuda en ocasiones como la sublevación militar de Saturnino, algo que parece lógico si pensamos que, además, los Ulpios y los Flavios habían estado emparentados desde hacía más de treinta años gracias a que la madre de Trajano y la segunda esposa del emperador Tito eran hermanas.

Lejos de ser un suplicio o de temer por su seguridad como en ocasiones se ha asegurado, durante el gobierno de Domiciano la vida del futuro *Princeps* fue estable y le permitió conseguir la posición y el renombre que posteriormente le alzaría al trono. Sobre Nerva también se encuentran

testimonios similares en las fuentes. Dión Casio narró una inverosímil historia en la que Domiciano habría consultado el horóscopo de Nerva, descubriendo que le auguraba un destino regio, por lo que habría decidido ejecutarlo. Tan solo se habría salvado porque un astrólogo amigo del propio Nerva le habría indicado que este estaba destinado a morir en poco tiempo. Así, Domiciano, no queriendo mancharse las manos de sangre con «otro asesinato más», habría decidido perdonarle. Este y otros motivos, como el exilio, fueron esgrimidos para justificar que Nerva hubiera sobrevivido al reinado de Domiciano sin airear la buena relación que realmente tuvo con el emperador.

En el año 97, se eligió como sucesor de Nerva a Trajano. Aquella fue una decisión casi obvia, pues contaba con el respeto del Senado, la lealtad del ejército y la admiración del pueblo. Aun así, tanto Plinio el Joven como Dión Casio se esforzarían en demostrar que se trataba de una decisión divina con augurios y premoniciones cuidadosamente falsificados *a posteriori* —del mismo modo que se había hecho con emperadores anteriores—.

Cuando se encontraba en Germania Superior como gobernador, Trajano conoció la noticia de la muerte de Nerva a través de su sobrino segundo, Adriano. Inmediatamente envió una carta al Senado en la que aseguró, sin dejar lugar para la duda, que se alejaría lo más posible de la tiranía y que respetaría el precepto de no ejecutar a los senadores, algo que parecía necesario reafirmar dadas las experiencias del pasado, donde estos habían perdido toda inmunidad ante Domiciano.

Cuando regresó a Roma, después de hacer un repaso a las legiones de la frontera septentrional del Imperio, tuvo muy claro que su administración iba a ser una continuación de los reinados anteriores, especialmente del de Domiciano, de quien respetó la mayoría de las políticas que habían sido implantadas. Aunque la imagen que se transmitió de él, como ahora veremos, nos hace pensar en una forma innovadora y completamente diferente de concebir el Imperio, lo cierto es que Trajano adoptó las mismas formas del gobierno autocrático de su predecesor, en el que solo el emperador era el poseedor de la *auctoritas*. Lo que, ciertamente, diferenció a ambos emperadores fue su actitud pública. Trajano, gran diplomático, supo mantener el decoro que los senadores y la aristocracia requerían del emperador. Así, recompensó a aquellos que lo merecían y a quienes

ostentaban puestos de influencia que podrían, llegado el caso, causar problemas si hubieran estado descontentos con su mandato.

La propaganda anunciaba que había llegado una nueva era —una más— dominada por la libertad de expresión y la prosperidad ensayadas por Nerva y que Trajano podría desarrollar gracias a la ayuda de hombres como Plinio el Joven o Tácito. Ambos disfrutaron de una buena vida durante el reinado de Domiciano pero, llegado el momento, supieron reflejar lo que se pedía de ellos al recordar las épocas pasadas. Era necesario presentar a Trajano como un monarca benevolente y mesurado, el ideal ante quienes le habían precedido, y para ello no dudaron en deformar las figuras de los principes anteriores, explotando y amplificando sus defectos o inventándolos si no los encontraban.

Plinio accedió al consulado el 1 de septiembre del año 100 y ante la Curia recitó su *gratiarum actio* ('acción de gracias') hacia Trajano, un texto en el que alababa sin medida al nuevo *Princeps* y en el que se le presentaba como la culminación del buen gobierno de Roma, esforzándose en justificar la ruptura total entre un presente glorioso y un pasado deleznable. Lo que hoy conocemos como *Panegírico a Trajano* es la versión mejorada y aumentada que publicó por escrito para dar más difusión al texto y que fuera leído por la mayor cantidad de gente posible para expandir así las alabanzas al nuevo emperador.

*Quo magis aptum piunque est, te, Iuppiter optime maxime, antea conditorem, nunc conservatorem imperii nostri, precari, ut mihi digna consule, digna senatu, digna principe contingat oratio: utque omnibus, quae dicentur a me, libertas, fides, veritas constet: tantumque a specie adulationis absit gratiarum actio mea, quantum abest a necessitate.*

*Equidem non Consuli modo, sed omnibus civibus enitendum reor, ne quid de Principe nostro ita dicant, ut idem illud de alio dici potuisse videatur. Quare abeant ac recedant voces illae, quas metus exprimebat: nihil quale ante dicamus; nihil enim quale antea patimur: nec eadem de principe [palam] quae prius praedicemus; neque enim eadem secreto loquimur quae prius. Discernatur orationibus nostris diversitas temporum, et ex ipso genere gratiarum agendarum intelligatur cui, quando sint actae. Nusquam ut deo, nusquam ut numini blandiamur: non enim de tyranno, sed de cive; non de domino, sed de parente loquimur. Unum ille se ex nobis, et hoc magis excellit atque eminent, quod unum ex nobis putat; nec minus hominem se quam hominibus praeesse meminit. Intelligamus ergo bona nostra dignosque nos illis usu probemus, atque identidem cogitemus quam sit indignum, si maius principibus praestemus obsequium, qui servitute civium quam libertate laetantur.*

Es tanto más apropiado y piadoso rogarte a ti, Júpiter Óptimo, antes fundador, ahora custodio de nuestro Imperio, que mi discurso sea digno de un cónsul, digno del Senado, digno del Príncipe, que en todo lo que voy a decir estén presentes la libertad, la sinceridad y la verdad, y que mi acción de gracias esté tan alejada de parecer adulatoria como lo está de ser forzada.

En mi opinión, creo que no solo el cónsul, sino todos los ciudadanos deben procurar no decir nada de nuestro gobernante que pudieran haber dicho sobre cualquiera de sus predecesores. Que se marchen pues y se retiren aquellas palabras que el miedo forzaba. No digamos nada igual que antes, pues no sufrimos nada igual que antes; no alabemos públicamente del emperador lo mismo que hacíamos antes, puesto que ahora tampoco decimos lo mismo de él en privado. Que en nuestros discursos se distinga claramente el cambio de los tiempos, y que por la propia manera de dar las gracias se sepa a quién, cuando se dan. No lo adulemos nunca como a un dios, nunca como a una divinidad: no hablamos de un tirano, sino de un ciudadano, no hablamos de un amo, sino de un padre. Él piensa que es uno de nosotros y esto es precisamente en lo que más destaca y sobresale: en que piensa que es uno de nosotros y que tiene presente que es un ser humano, tanto como que está al frente de seres humanos. Comprendamos, pues, nuestra buena fortuna, y demostremos en la práctica que somos dignos de ella, y no dejemos de considerar si vamos a mostrar mayor obsequio a los gobernantes que disfrutaban con la esclavitud de sus ciudadanos que a aquellos que disfrutaban con su libertad.

(Plinio el Joven, *Panegírico a Trajano* I, 6; II, 1-5).

Pero la fortaleza principal de Trajano no radicaba en el Senado y sus aliados o en el pueblo, sino en el ejército, en cuyo ambiente se había desenvuelto desde su juventud. Si hay un rasgo que ha identificado a este emperador a lo largo de la historia es su marcado carácter militarista gracias al que consiguió expandir las fronteras del Imperio más allá que ningún otro, logrando durante su reinado que los límites del territorio conquistado por Roma alcanzaran la máxima extensión que tendrían jamás, casi cinco millones de kilómetros cuadrados. Pero ¿eran realmente necesarias las conquistas que realizó? ¿Está justificado el masivo gasto de suministros y hombres en los que incurrió para llevarlas a cabo? ¿De qué le sirvió a Roma todo aquello?

Su primera gran contienda tuvo lugar en la Dacia. Donde Domiciano había firmado la paz —vista como vergonzosa por algunos sectores de la sociedad—, Trajano emprendió la guerra con el objetivo de aumentar su prestigio personal a través de la reparación moral de los agravios cometidos en los años anteriores. Sin embargo, calculó peligrosamente mal la fuerza de su

enemigo en esta primera contienda del año 101, en la que sufrió importantes bajas, viéndose obligado a ampliar la campaña hasta el año siguiente, cuando finalmente llegó a un acuerdo de paz con Decéballo, por el que el rey dacio recibió los medios para mantener el orden en la zona como aliada de Roma. A pesar de este tratado, pronto comenzaron a resurgir las revueltas, que llevaron a una segunda guerra entre los años 105 y 106 en la que, una vez más a pesar de las numerosas pérdidas y de su alto coste, Trajano conquistó la Dacia.

Los triunfos dácicos que recibió Trajano por sus victorias fueron ampliamente merecidos y celebrados, incluso con la construcción, dentro del complejo de su Foro, de la famosa Columna Trajana, decorada con relieves historiados que narran los sucesos de ambas guerras, y coronada por una estatua del emperador. La Dacia había sido conquistada, Decéballo se había suicidado y el prestigio militar de Trajano pasaría a la historia y, no obstante, aquella conquista —si la miramos con perspectiva—, seguramente fue un gran error.

Las guerras dacias fueron un pozo sin fondo para los recursos económicos y humanos de Roma. Los enormes gastos que comportaron aquellas duras campañas dejaron casi vacío el erario público que Domiciano había gestionado con tanta eficiencia en los años anteriores. Debemos recordar que fue él quien precisamente prefirió no seguir con aquella guerra previendo el gasto desmesurado. Pese a todo, la propaganda política se encargaría de reparar el daño económico en la conciencia general forjando el bulo de la mala administración de Domiciano, a quien se culpaba de haber vaciado las arcas que Trajano habría heredado ya expoliadas.

El problema no acabó allí. En los años siguientes el área dacia demostró ser costosa y compleja de manejar haciendo que, con el paso del tiempo, el poder de Roma en la zona fuera disminuyendo hasta abandonarla completamente en los siglos posteriores. Algo parecido ocurrió en los últimos años del reinado con la guerra pártica. Una vez más, aquella contienda supuso gastos desmesurados y sin sentido que hicieron que Adriano, al suceder a Trajano, se viera obligado a retroceder, ganándose la antipatía y los reproches de muchos. Las desmesuradas conquistas de Trajano, en definitiva, crearon una situación de sobrecrecimiento que, aun entregándole a él la mayor gloria personal, supusieron graves problemas para sus sucesores. Una vez más, si bien carentes de gloria y muy impopulares, la medida de



Domiciano y el retroceso de las fronteras de Adriano demostraron ser estrategias más provechosas para Roma que el expansionismo descomedido de Trajano.

Terminado el conflicto dácico, Trajano volvió a centrar sus esfuerzos en la capital, donde era necesario llevar a cabo un plan de restauración y construcción de edificios que, aun habiendo sido iniciado por Domiciano en gran medida, había quedado inconcluso. Se completó la restauración del Circo Máximo, gravemente dañado en el gran incendio del año 64 y después, seguramente durante el reinado de Domiciano. También se trabajó en el Foro de César y en especial en la recuperación del templo de Venus Genetrix que lo presidía. El conjunto fue reinaugurado el 12 de mayo del año 113, junto con la Columna Trajana.

Esta última se encontraba dentro del conjunto del Foro de Trajano, dedicado el 1 de enero del año anterior. Se trataba del más monumental y grandioso de todos los foros imperiales que se habían ido añadiendo al antiguo Foro republicano a lo largo de todo el siglo I. A pesar de que la construcción tal y como la conocemos fue obra de Apolodoro de Damasco, lo cierto es que algunas evidencias arqueológicas apuntan a que fue Domiciano quien comenzó los trabajos para allanar el terreno sobre el que más tarde se construirían las estructuras de Trajano.

El programa constructivo del nuevo *Princeps* fue alabado como grandioso y digno de Roma en contraposición con el de Domiciano o el de Nerón, que fueron calificados de aberrantes, pese a que algunas de sus estructuras fueron precisamente aprovechadas y culminadas por Trajano. Del mismo modo, los espectáculos de este fueron mucho más costosos que los de cualquiera de los emperadores que le precedieron. Por ejemplo, sus juegos triunfales tras la guerra dacica, según recoge Dión Casio, duraron ciento veintitrés días y en ellos se cazaron once mil animales y lucharon diez mil gladiadores.

Para financiar todo aquello, fue necesario devaluar la moneda, revirtiendo la reforma de Domiciano, para así conseguir una mayor masa monetaria. A fin de que el pueblo no criticara la reforma, que pasaba por fundir y reacuñar grandes cantidades de monedas de periodos anteriores, se ideó un programa iconográfico novedoso. Se trataría de diseños conmemorativos de tiempos pasados que les recordaran a los romanos las glorias pretéritas que resurgían durante el gobierno de Trajano.

En el año 107 se produjo el cambio. Todos los anversos mostraban la

cabeza del emperador y una leyenda que hacía alusión a su persona como artífice de la restitución de los personajes que se mostraban en los reversos. Se introdujeron nuevos denarios de plata, en los que aparecían alegorías de la República, sus virtudes y monumentos, generales victoriosos, antiguos reyes de Roma, Eneas y Anquises u otros personajes relacionados con el pasado remoto. La serie de plata terminaba con Julio César como punto de unión con el Principado. De una forma nada casual, también con César comenzaba la serie de áureos —monedas de oro— en la que se representó a los emperadores «buenos»: Augusto, Tiberio, Claudio, Galba, Vespasiano, Tito y Nerva.

En palabras de H. Mattingly «las glorias legendarias de la República descienden a través de la línea de grandes generales y hombres de Estado republicanos y después a través de los *buenos* emperadores hasta el *Optimus Princeps* que garantiza el *optimus status rerum* [el estado perfecto de las cosas], que había sido el sueño de los patriotas romanos durante siglos» (H. Mattingly, 1936, *Coins of the Roman Empire in the British Museum, Volume III, Nerva to Hadrian*, p. XCIII).

De forma paralela, se dispusieron en el ático de los pórticos de la plaza del Foro de Trajano grandes estatuas que representaban a dacios capturados — algunas de las cuales se conservan en diferentes museos e incluso en el arco de Constantino, que las reutilizó para decorar su monumento— y, entre ellos, grandes clipeos que rodeaban las cabezas monumentales de los mismos hombres que aparecían en las emisiones de moneda. De esta serie, en las excavaciones del foro se hallaron algunas piezas destacadas: un fragmento de la cabeza del padre de Trajano, divinizado por su hijo, y la cabeza completa de Julio César, que fue integrada en la colección Farnesio tras su descubrimiento y hoy puede contemplarse en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

La propaganda que enlazaba el gobierno de Trajano con el pasado glorioso de Roma se imbricaba con aquella que Augusto había desarrollado en el mismo sentido, a través de las representaciones de los Julios y de los hombres ilustres que figuraban en su foro, junto al que se encontraba el de Trajano.

Asimismo, divinizó tanto a su padre biológico como al adoptivo —Nerva— e incluso a su hermana —Marciana—, lo que le hacía descender de una familia divina que le confería una relación preeminente con los dioses. Especialmente importante fue su relación con Júpiter gracias al apelativo

Óptimo, empleado hasta entonces solo para el rey de los dioses. Y aunque no lo usó oficialmente en su nombre hasta casi el final de su vida, sí apareció en sus monedas desde los primeros años, evidenciando que la propaganda que circulaba de mano en mano era mucho más importante —y elegante— que un título que podría haber despertado suspicacias en Roma.

A pesar de que solo era un hombre, y no trató activamente de demostrar lo contrario, la figura del emperador perfecto elegido por los dioses le confería un aura especial y le equiparaba a ellos al ser el representante de Júpiter en la Tierra. Aunque en las provincias orientales se le veneraba directamente como a un dios, en Roma tal extremo todavía no se hubiera considerado aceptable, aun así ya comenzaba a revelarse una tendencia que se acercaba peligrosamente a la divinización en vida. En cualquier caso, Trajano fue siempre, junto con Augusto, el ideal que estaba en la mente de los emperadores que gobernaron tras ellos. De hecho, la fórmula *felicior Augusto, melior Traiano* ('[ojalá seas] más afortunado que Augusto y mejor que Trajano'; Eutropio, *Breviario* VIII, 5, 3) terminó por ser parte indispensable de la fórmula para aclamar al nuevo emperador, demostrando que la propaganda lo era todo en el poder romano, pues quienes más hábilmente la aplicaron en su propio beneficio son considerados los mejores emperadores de la historia.

La nueva era de esplendor que se vivió en Roma bajo el dominio de Trajano se basó en el mandato de un autócrata al más puro estilo de Domiciano, aunque —a diferencia de este— supo guardar las formas para que el Senado y el pueblo se encontraran conformes con ello. Continuó las políticas de sus predecesores y culminó la consecución definitiva del poder absoluto, transformando el Principado en un verdadero Imperio. En este sentido, es posible vislumbrar una analogía de la que se desprende que la historia siempre se repite. Del mismo modo que Augusto llevó a cabo, gracias a la manipulación propagandística, lo que César no había conseguido por sus formas, Trajano logró instaurar, sin oposición, aquello que Domiciano había iniciado y por lo que se ganó el odio perpetuo de la historia. Las estrategias de tiempos pasados seguían vivas en esta nueva Roma de los emperadores «buenos» que acababa de empezar.

## MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

El emperador Trajano, *Optimus Princeps*, murió en Selinunte de Cilicia —en la costa turca— el 9 de agosto del año 117, mientras emprendía el camino de vuelta a Roma que nunca completó. Aunque los rumores abogaban por otros nombres, o incluso por que Trajano deseaba morir sin un heredero político, como Alejandro Magno, el elegido fue Publio Elio Adriano. Esto suscitó habladurías que contaban que Adriano habría seducido a los libertos de Trajano y después al propio emperador, consiguiendo su favor a través de sus encuentros amorosos.

Difícilmente podemos dar credibilidad a estos u otros rumores como el que hablaba de una adopción falsa en presencia de Adriano, que habría sido imposible porque el nuevo emperador no se encontraba con Trajano cuando este murió. Así lo expuso Elio Esparciano, autor a quien se le atribuye la biografía de Adriano, en la *Historia Augusta*:

*Nec desunt qui factione Plotinae, mortuo iam Traiano, Hadrianum in adoptionem adscitum esse prodiderint supposito, qui pro Traiano fessa voce loquebatur.*

Y no faltan quienes han propalado que, por un ardid de Plotina [esposa de Trajano], cuando había muerto ya Trajano, Adriano había sido llamado para recibir la adopción por un individuo que estaba escondido y que hablaba en lugar del emperador.

(*Historia Augusta*, «Vida de Adriano» IV, 10).

Todas estas acusaciones, incluyendo la que plasmaba a Plotina como la persona que habría urdido la trama, poniendo una vez más a una mujer romana poderosa en la ya manida posición de «madrastra» malvada, no son más que indicios del odio que terminó por demostrar el Senado hacia Adriano. Ante los sombríos pasajes de los últimos momentos de Trajano, que quedaron fijos en la historia, encontramos muchos datos que apuntan a la intención última del emperador por convertir a Adriano en su sucesor. El

emperador favoreció a su sobrino en muchos momentos de su carrera ofreciéndole puestos de importancia como comandante de la Legio I Minerva en la segunda guerra dacia o confiándole el mando de las legiones en Siria justo antes de su muerte. Incluso le regaló un diamante que Nerva le había dado a él cuando le adoptó. Este gesto —similar al que Augusto llevó a cabo con Agripa cuando estuvo a punto de morir en el año 23 a. C.—, nos conduce a pensar que verdaderamente tenía la intención de que fuera Adriano el hombre que heredara el Imperio tras su muerte.

Adriano se encontraba en Siria, esperando las órdenes de Trajano, cuando recibió la carta imperial en la que se le nombraba heredero. Dos días después se le anunció el fallecimiento del emperador y ese mismo día, el 11 de agosto, fue aclamado como emperador por el ejército.

Adriano era sobrino segundo de Trajano y, como su padre adoptivo, había nacido en Itálica—Santiponce, Sevilla— y no en Roma como menciona la *Historia Augusta*. Aunque el debate a este respecto en la investigación ha sido intenso, existen diversas fuentes como Apiano, Eutropio o incluso el horóscopo del propio emperador —compilado a finales del siglo II por Antígono de Nicea— que sitúan con toda seguridad su nacimiento en la provincia Bética y no en la capital del Imperio.

Ya como emperador, Adriano evacuó inmediatamente las tropas romanas más allá del Tigris y el Éufrates, devolviendo las fronteras a su estado anterior a la conquista de Trajano y abandonando las tres nuevas provincias de Armenia, Mesopotamia y Asiria, cuyo mantenimiento no era viable. También desistió de algunos territorios conquistados por Trajano al norte del Danubio Inferior e incluso estuvo pensando en abandonar toda la Dacia, pero la cantidad de hombres y recursos que allí se habían gastado le obligó a reconsiderarlo ante el temor de que se originara una revuelta.

Antes de que regresara a Roma se descubrió una conjura dirigida por Cayo Avidio Nigrino, que pretendía asesinar al emperador mientras realizaba un sacrificio, posiblemente durante una cacería. Como Adriano se guardó de atestiguar claramente en su biografía —hoy perdida—, fue el Senado el que condenó a morir a los cuatro instigadores, pero lo cierto es que su voto era irrelevante. Adriano comenzó su gobierno con un desastre político que le obligó a rehuir las críticas culpando a su consejero, Acilio Atiano, quien habría actuado sin su consentimiento. Además, dejó claro que él no ejecutaría a ningún senador sin contar con el apoyo de la asamblea, evitando que se

comparara su forma de actuar con la del malogrado Domiciano. Si Adriano estaba diciendo la verdad o todo aquello fue un acto orquestado para limpiar su nombre, es difícil de decir con seguridad. Lo que es seguro es que el Senado y el emperador se distanciaron nada más comenzar sus relaciones y eso terminaría por pasar factura a la memoria de Adriano.

Mientras ocurría todo aquello y antes de que el nuevo emperador llegara a Roma —algo que no hizo hasta el 9 de julio del año 118, casi un año después de su ascensión—, se estaban acuñando las primeras monedas que incluían la cara de Trajano ya divinizado —como no podía ser de otra manera— y la de Adriano. Ya sabemos que la moneda era una de las formas más rápidas y efectivas de que una noticia se difundiera por todo el Imperio. Ante el mundo apareció Adriano, un hombre de cuarenta y un años, con el pelo ondulado y barba larga —posiblemente para cubrir algunas cicatrices que tenía en la cara—. Fue el primer emperador y prácticamente el primer aristócrata romano en más de un siglo que lucía su barba sin complejos —lo correcto era conseguir un afeitado apurado—.

Se dice que en su aspecto físico y en su forma de ser también influyó el amor por el mundo griego y su cultura, lo que le valió el sobrenombre de Graeculus ('el Pequeño Griego'). Tenía inquietud y aptitud para la poesía, la literatura, la aritmética, la geometría, la arquitectura, la pintura, el canto y la música. Todas ellas las ejercitó a menudo pues más de la mitad de sus veintiún años de gobierno los pasó viajando por todo el Imperio, adquiriendo nuevos saberes y conociendo las provincias romanas como ningún otro emperador lo había hecho antes.

En sus viajes dedicaba tiempo a su disfrute personal. Por ejemplo, sabemos que cuando estuvo en Sicilia subió al monte Etna para ver salir el sol desde su cima. Pero más allá de sus apetencias culturales y de ganarse el favor de la gente al ser cercano y abierto, algunos de sus viajes más importantes estuvieron motivados por el control de las fronteras. Rompió completamente con la política trajanea de expansión y, siendo realista, abandonó los territorios que suponían más un problema que un beneficio real para Roma. Delimitó unas nuevas fronteras estables, siendo la más conocida de todas ellas el largo muro de Britania que lleva su nombre, aunque más que una frontera militar, era simbólica y, especialmente, comercial.

También en Roma renovó, en el año 121, el *pomerium* sagrado de la ciudad, marcándolo de una forma muy visible para que no hubiera duda de

que las fronteras de la Urbe eran firmes. Pero en la capital había muchas voces que no opinaban como él. Muchos aristócratas querían seguir expandiendo las fronteras del Imperio y veían en Adriano a un hombre poco preocupado por la guerra, que estaba creando muros de resistencia pasiva a los enemigos situados más allá de los límites del mundo conocido. A Adriano le gustaba ser visto como un hombre pacífico y por ello se comparaba a sí mismo con Numa, un rey pacificador, religioso y racional en contraposición con su antecesor, el beligerante Rómulo.

Restauró numerosos edificios y espacios, como el Panteón de Agripa o el Foro de Augusto, donde no dejó grabado su nombre sino el de aquellos que los dedicaron en su origen. Precisamente Augusto fue su modelo ideal y se cuidó de rendirle homenaje en diversas ocasiones. Entre los años 122 y 123, pasó el invierno en Tarraco y allí restauró el templo del Divino Augusto conmemorando que hacía ciento cincuenta años que Augusto había instaurado el Principado. Tal era su devoción por el primer *Princeps* que desde aquel momento en sus monedas dejó de utilizar su nombre completo Imperator Caesar Traianus Hadrianus Augustus para usar simplemente la fórmula Hadrianus Augustus. Él era el nuevo Augusto que instauraba la nueva edad de oro.

Lo hizo en el año 121, precisamente durante la festividad que conmemoraba la fundación de la ciudad, a la vez que prometió la construcción de un templo dedicado a las diosas Venus y Roma —que -inauguraría en el año 135 todavía sin completar—. Aquel día también cambió el sentido de la tradicional fiesta pastoril que había sido en origen, para darle un significado mucho más patriótico. Las *parilia* pasaron a ser las *romaia* en honor de la diosa Roma que compartía su nuevo templo con la diosa del amor. Una relación nada casual, puesto que «amor» y «Roma» en latín —y en castellano— son palabras bifrontes. Dos caras de la misma moneda cuya única diferencia era el sentido en que se leyeran, justo como las dos *cellae* —estancia sagrada principal— del templo, en las que estaban las estatuas de las diosas, contrapuestas por sus espaldas como si una se tratara del reflejo de la otra.

Para la construcción del gran templo —que aprovechó una zona junto al anfiteatro de los Flavios donde había estado la Domus Aurea de Nerón— fue necesario trasladar el gran coloso de bronce dorado que en su día representó a Nerón y que Vespasiano había modificado colocándole unos rayos para que

se asimilara con el dios Sol. Adriano, como había quienes decían que aún se parecía a Nerón o incluso a Tito, decidió reformar la enorme estatua, que además fue trasladada unos metros a una nueva ubicación, justo entre el anfiteatro y el nuevo templo, para lo que el arquitecto Decriano empleó la fuerza de veinticuatro elefantes.

A Apolodoro de Damasco, que había sido el arquitecto más reconocido de Roma durante el reinado de Trajano, le encargó crear otro coloso de tamaño similar al del Sol —de más de treinta metros de altura— que representara a la Luna, aunque el proyecto nunca se llegó a realizar. Seguramente tuvo que ver en aquel asunto que el arquitecto despreciara el diseño del templo de Venus y Roma, realizado por Adriano. Se dice que Apolodoro criticó la gran envergadura de las estatuas de culto en relación con el tamaño del templo, alegando que si en algún momento las diosas querían ponerse de pie se darían en la cabeza contra el techo. Por esta y por alguna otra chanza que le dedicó al emperador años atrás, Apolodoro acabó exiliado y, según las malas lenguas, asesinado por orden de aquel.

En uno de sus muchos viajes, el emperador conoció a un joven bitinio llamado Antinoo, del que inmediatamente se enamoró. Adriano, al igual que Trajano, sentía predilección por los hombres jóvenes. No sabemos si Antinoo había nacido libre o esclavo, pero está claro que en la corte de Adriano no vivía como un ciudadano romano. Como ya sabemos, las leyes de la moral verían como una ofensa que un hombre libre sodomizara a otro hombre libre, más aún si era joven. Pero ni Adriano, ni Trajano cometían ningún sacrilegio a ojos de la moral romana, pues en lo referente a extranjeros y esclavos y siempre que el ciudadano mantuviera el papel dominante, no existía ningún desafío a la virilidad. Aun así, para desacreditar su memoria, Adriano sería acusado con posterioridad de haber deshonrado a otros jóvenes por su supuesta lascivia irrefrenable.

Antinoo no era un joven cualquiera, y menos para Adriano. El mundo entero lo conoció tras su muerte en Egipto a finales de octubre del año 130 en condiciones poco claras —que irremediablemente alimentaron los bulos y los rumores—. Tan solo sabemos con seguridad que el joven, que debía de tener menos de veinte años, se ahogó en el río Nilo. Existen diversas posibilidades sobre lo que ocurrió. Una de ellas, la más extendida, habla del sacrificio de Antinoo en un ritual mágico cuyo fin era alargar la vida de Adriano, que por entonces ya pasaba de los cincuenta años. Si Antinoo se ofreció



voluntariamente o no y qué grado de implicación tendría Adriano en todo aquello, es difícil saberlo. Aun así, el desarrollado carácter supersticioso del emperador Adriano induce a pensar que la idea de un ritual mágico sea plausible.

La muerte de Antinoo también pudo deberse a un accidente en el río — como posiblemente defendía Adriano en su biografía perdida— o quizá pudo haberse suicidado para no aguantar más los amores del emperador —al menos eso dijeron las habladurías—.

Adriano ciertamente sentía un gran afecto por aquel muchacho, pues el 30 de octubre, a los pocos días de su fallecimiento, fundó una ciudad a la que llamó Antinópolis en su honor. Lo que más criticaron quienes escribieron sobre el tema no fue la relación en sí misma, que seguramente no habría sorprendido a nadie, sino que Adriano llorara su muerte de forma desmesurada, «como si fuera una mujer» (*Historia Augusta*, «Vida de Adriano»XIV, 5). Al poco tiempo le divinizó, difundiendo su imagen y su culto a través de monedas, relieves y estatuas que se extendieron rápidamente por todo el Imperio. Se le asoció con Dioniso, Osiris, Silvano y otras divinidades, y se consagraron templos en su honor, incluso tenía un santuario en la gigantesca villa que Adriano poseía en Tibur, muchos de cuyos espacios fueron diseñados por él mismo en recuerdo de sus numerosos viajes. Aquel joven bitinio que murió en circunstancias que nunca terminaremos de comprender y al que Adriano amó, se convirtió tras su divinización en el ideal atemporal de la belleza masculina.

Mientras tanto, Sabina, la esposa de Adriano, se mantenía en un segundo plano en un matrimonio de conveniencia —como la mayoría en la época—. Pero, aun sin haber química entre ellos, Adriano era respetuoso y protector con ella. Sabemos que Suetonio —que por entonces ya había completado sus *Vidas de los doce Césares* y ejercía de secretario imperial encargado de la correspondencia oficial— fue despedido por Adriano por tratar a Sabina con más informalidad de la debida. Aunque, una vez más, los rumores decían que Suetonio y ella eran amantes o que Adriano llegó a envenenarla para provocar su muerte.

Ciertamente los últimos años de su reinado se vieron enturbiados por estos y otros escándalos tanto políticos como militares y religiosos. Uno de los conflictos más importantes fue la gran revuelta judía que tuvo lugar entre los años 132 y 135, conocida como la guerra de Bar Kojba. En ella murieron,

según Dión Casio, 580.000 judíos y se destruyeron cincuenta fortificaciones y 985 asentamientos. La causa parece haber sido la construcción de una nueva ciudad, Aelia Capitolina, sobre los restos de la desolada Jerusalén, que contaba con un templo dedicado a Júpiter en el lugar en el que había estado el gran templo judío destruido por Tito en el año 70. Aun así, la prohibición total de la práctica de la circuncisión, que para los romanos era una mutilación despreciable, encendió aún más los ánimos de los rebeldes.

La forma despiadada de sofocar aquella revuelta judía no parece cuadrar con el estilo más sosegado de Adriano, del que se decía que nunca había comenzado una guerra voluntariamente y que tenía la mente abierta por completo en materia religiosa. Prueba de ello es su política en relación con los cristianos. No condenó a ninguno por profesar su religión, tan solo eran castigados si incumplían la ley, como cualquier otra persona. Incluso se decía que llegó a plantearse edificar templos a Cristo, incluyéndolo entre el resto de los dioses, aunque aquella medida nunca se llevó a cabo.

Adriano, satisfecho con sus acciones como emperador —aunque algunos hechos concretos, de los que probablemente se arrepentía, afearan su reinado —, murió cuando todavía le quedaba mucho por descubrir y por hacer. Para un hombre tan activo como él, la debilidad que le producía su enfermedad —seguramente una cardiopatía— en sus últimos momentos debió de ser horrible. Tanto era así que trató de suicidarse, aunque no lo consiguió. Su vida se apagó el 10 de julio del año 138 con sesenta y dos años y, a pesar del odio del Senado, su sucesor luchó para conseguir que finalmente se le divinizará.

Dado que su matrimonio con Sabina no le había proporcionado un heredero, dos años antes de morir adoptó al yerno de Nigrino, tal vez como forma sincera de reconciliarse con aquella familia senatorial. Sea como fuere, Lucio Elio César —según el nombre que había tomado en su adopción— murió en las kalendas de enero del año 138, por lo que Adriano tuvo que idear un plan de contingencia para la sucesión. Adoptó a quien se convertiría pocos meses después en el emperador Antonino Pío con la condición de que él adoptara a su vez al hijo de Elio —Lucio Vero— y al futuro Marco Aurelio. Ellos dos serían posiblemente los verdaderos elegidos por Adriano que, considerándolos todavía muy jóvenes, designó a Antonino para un periodo de transición hasta que aquellos crecieran.

## LOS «EMPERADORES ADOPTIVOS»

La investigación siempre tiende a clasificar la historia en periodos y subperiodos que se suceden de forma más o menos ordenada a través del tiempo. Durante el siglo I, la división entre la dinastía Julio-Claudia y la Flavia, con el breve intervalo de la guerra civil, es clara y no presenta dudas, pero no sucede lo mismo en el siglo II. Algunos propusieron denominar este periodo «el apogeo del Imperio», que vendría seguido de la invariable decadencia. Esta se iniciaba, según Gibbon, con el principado de Cómodo que, en su opinión, era un loco al más puro estilo de Calígula o Domiciano que llevó a Roma al abismo. Aunque las fuentes realmente no muestran cambios apreciables en la sociedad romana durante su gobierno, en particular si lo comparamos con el de su padre, lo que de él nos cuentan las fuentes hace prácticamente imposible separarle de su fama de excéntrico.

Otros han querido ver en Trajano, Adriano, Antonino Pío, Lucio Vero y Marco Aurelio a los «emperadores buenos», lo que nos hace suponer que antes debió de haber otros que, en contraposición, fueron malos o despreciables. Incluso se les ha llamado «emperadores adoptivos», a pesar de que los vínculos familiares entre ellos son muy evidentes (Genealogías de las familias imperiales). Las opiniones y los juicios de valor siempre terminan aflorando entre los hechos y por eso es tan difícil categorizar a los emperadores del siglo II dentro de una unidad. Tal vez la forma más correcta de designarlos sea la de la dinastía de los Ulpio-Aelios, por la ascendencia que comparten entre sí. Como última posibilidad, también se ha propuesto el sugerente nombre de la dinastía de los hispanos, pues o bien nacieron en Hispania —como Trajano y Adriano—, o bien tuvieron relación con ella —como Faustina la Mayor, esposa de Antonino Pío, y Marco Aurelio, que pertenecían a una misma familia procedente de Ucubi, una pequeña ciudad cerca de Córdoba—.

Sea como fuere, conocemos de forma desigual a los herederos de Adriano. En el caso de Antonino Pío, desgraciadamente, conservamos muy poca información escrita al haberse perdido por completo el libro LXX de la *Historia romana* de Dión Casio, dedicado a sus veintitrés años de reinado. Ni siquiera se conservaba ya en el siglo XI, cuando un monje de Constantinopla llamado Xifilino resumió toda la obra —una labor que nos ha permitido conocer la mayor parte de los contenidos esenciales de muchos libros que no se han conservado de otra forma—. Aun así, contamos con una escueta biografía en la *Historia Augusta* y los datos arqueológicos y epigráficos para reconstruir su vida. El menor peso que tradicionalmente tuvieron estos elementos —que solo se han tenido en cuenta en estudios multidisciplinarios desde hace relativamente poco tiempo— hace que Antonino sea un emperador poco conocido o siquiera tenido en cuenta, a pesar de su largo reinado.

De él se suele decir, de manera generalizada, que fue un exponente de moderación y *pietas*. De hecho, su apelativo Pius se refería precisamente a la total ausencia de vicios en su vida. También se le atribuye haber propiciado uno de los tiempos más felices que vivió Roma, no en vano celebró con grandes festejos el noningentésimo (900.º) aniversario de la fundación de la ciudad en el año 147, y la palabra que definió su reinado fue *aequanimitas* ('ecuanimidad' o 'equilibrio').

*Solusque omnium prope principum prorsus sine civili sanguine et hostili, quantum ad se ipsum pertinet, vixit et qui rite comparetur Numa, cuius felicitatem pietatemque et securitatem caerimoniasque semper obtinuit.*

Fue casi el único de todos los emperadores que gobernó sin derramar ni una gota de sangre de sus conciudadanos ni de sus enemigos y que con razón puede ser comparado con Numa, pues mantuvo siempre la prosperidad, la religiosidad, la serenidad y las costumbres religiosas de este.

(*Historia Augusta*, «Vida de Antonino Pío» XIII, 4).

Aunque continuó la política defensiva de Adriano de resistencia y no de conquista —lo que le hizo ganarse la fama de ser uno de los emperadores más pacíficos de la historia de Roma—, lo cierto es que bajo esta generalización se esconde el hecho de que durante su mandato sí se produjeron guerras. Él mismo, en contraposición a su padre adoptivo,

siempre se negó a salir de Italia, por lo que aquellas guerras en las fronteras se orquestaron a través de sus *legati*, que las llevaron a cabo de forma casi silenciosa para nosotros. Especial importancia tuvo el abandono del muro de Adriano poco después de su construcción y la creación de un nuevo muro — llamado «de Antonino»— en el sur de Escocia, que se convirtió en la frontera septentrional más lejana de Roma. Aquel muro, que estaba hecho de tierra con una base de piedra y una empalizada de madera encima, fue construido por la necesidad de una mayor defensa ante los ataques de los indígenas de la zona, aunque su uso fue efímero y pronto se recuperaría el muro de Adriano como frontera.

Antonino también sufrió algunas conspiraciones contra su persona que fueron abortadas por él mismo, que no permitió que se llevara a cabo ninguna investigación al respecto, lo que nos muestra que su gobierno no debió de ser todo lo estable que se piensa. A pesar de ello, la imagen que ha prevalecido de él es la de un emperador modélico del que conocemos pocos detalles y al que su virtud le fue recompensada mediante su divinización junto con la de su esposa —fallecida veinte años antes que él— y la construcción de un gran templo de culto en el Foro, que está entre los mejor conservados de Roma.

## HÉRCULES ROMANO INVICTO

Marco Aurelio, el estoico emperador apodado «el filósofo» que sucedió a Antonino Pío, retomó el marcado carácter militarista de Roma, latente desde los tiempos de Trajano. Tras dos reinados basados en el ideal de la Paz Augusta, Marco Aurelio derrotó a los partos y después se embarcó en una dura contienda en Germania contra los marcomanos y los quados. Junto a él estaba Lucio Vero como coemperador, por primera vez en la historia del Principado, aunque en la práctica fue Marco Aurelio quien ostentó más cargos, como el de *Pontifex Maximus*, y más poder que su compañero a pesar de la equidad que compartían sobre el papel.

Cuando la guerra contra los partos había terminado y la de los marcomanos acababa de estallar, se desató un enemigo aún mayor, una gran epidemia —tal vez de viruela—, que mató a varios millones de personas por todo el Imperio. Es posible que esta fuera llevada hasta Roma por los soldados que volvían del Este, comandados por Lucio Vero, muerto seguramente a causa de la enfermedad. Las tropas romanas estaban mermadas y Roma vivió uno de los peores momentos que se recordaban.

A la muerte de Marco Aurelio en el año 180, contagiado —según la *Historia Augusta*— con aquella terrible enfermedad, el Imperio pasó a manos de su hijo Cómodo, a quien se había nombrado César en el año 166 —y, por tanto, heredero del trono—, que ya era coemperador desde hacía más de dos años. El joven emperador, a punto de cumplir diecinueve años, había recibido una exquisita educación aristocrática y estaba familiarizado con el poder imperial cuando alcanzó la púrpura. Y aun así, no cabe duda de que se le añadió a la lista de Nerones, Calígulas y Domicianos de la historia.

Contando con estos antecedentes, podemos deducir que Cómodo no fue un emperador muy querido por el Senado y que no continuó la tendencia bélica de su padre. En efecto, el nuevo emperador abandonó las hostilidades fronterizas, llegando a un acuerdo con los pueblos germanos. No lo hizo por

tener más tiempo que dedicar a sus vicios —como leemos en los comentarios que se hicieron de él—, sino con la intención de volver a restaurar la modélica Paz de Augusto y —por enésima vez— una nueva edad de oro —el *Saeculum aureum Commodianum*—, aunque para otros no fue sino de hierro y óxido, basada en unos ideales que habían perseguido tantos otros emperadores denostados por la historia.

Cómodo se esforzó en complacer tanto al pueblo como al ejército, que le tenían en gran estima y admiración, pero no a los senadores, que se veían desfavorecidos y desprotegidos con el nuevo emperador. De ahí que el retrato casi cómico que de él hace la *Historia Augusta*, es el que nos podríamos esperar de cualquier tirano que se precie, incluyendo todos los ingredientes clásicos que dieron mayor sabor a la «historia» de este y otros emperadores. Una infancia despótica canalizada más tarde en repulsivos y asquerosos deseos lascivos, un carácter violento y megalómano y, por supuesto, un odio irrefrenable contra el Senado y la aristocracia. Todos aquellos rasgos no eran más que exageraciones del autor de una biografía propagandística que trataba de inculcar y convencer a quienes llegaran después de que la autocracia y la falta de respeto hacia el Senado eran portadoras de desgracias.

A pesar de todo, Cómodo no realizó cambios sustanciales en las políticas de su padre, por lo que el origen de la mala impresión que tenemos sobre el primero debemos buscarlo en el Senado. Uno de los senadores de la época fue Dión Casio, que nos muestra una imagen diferente del emperador alejada de las desmesuradas críticas de otros autores. Si bien el relato sigue estando lleno de fantásticas escenas de locura, el autor atribuye los errores de Cómodo a las malas influencias de la corte y a su juventud, no adecuada para cargar con un peso tan grande a sus espaldas. A diferencia de otros, no se centró en escándalos sexuales que violaban la moral, sino en asuntos más prosaicos como que el emperador gravaba con impuestos y contribuciones extraordinarias a los senadores y a sus familias para después emplear ese dinero en reparticiones populares —*congiaria*—. También sabemos que estableció una lista de precios —mucho antes que el famoso edicto de precios máximos de Diocleciano— por una inscripción en la que está registrado que se establecía *ex forma censoria* el precio de un esclavo en quinientos denarios. Todo ello nos indica una tendencia política de ayuda a las clases más pobres, algo que provocaría un resentimiento cada vez mayor entre los aristócratas.

En los últimos años de su reinado, la tensión en la corte debía de ser abrumadora y las intrigas rodeaban el palacio. En el año 182, Lucila —hermana de Cómodo y viuda de Lucio Vero— organizó una conspiración contra su propio hermano —seguramente por envidia— aunque el ejecutor, Claudio Pompeyano, entró en la estancia en la que se encontraba el emperador y desenvainando su arma gritó *Hunc tibi pugionem senatus mittit* ('El Senado os envía este puñal'; *Historia Augusta*, «Vida de Cómodo» IV, 1). Al momento, fue apresado y después ajusticiado mientras que Lucila acabaría desterrada en Capri, donde más tarde fue asesinada.

El reinado de Cómodo se volvió más caótico por momentos. Fueron ejecutados varios senadores implicados en la conspiración y el carácter del emperador —que hasta entonces había mantenido unos mínimos para con el Senado, al que hasta ese momento no apreciaba pero tampoco había odiado— cambió por completo. Parece que a partir de entonces dio rienda suelta a la pasión que sentía por los combates gladiatorios y por la figura de Hércules como forma definitiva de conseguir la unión del pueblo romano en torno a él. Añadió diversos epítetos a su nombre, tantos que llegó a sustituir los nombres de los doce meses del año con ellos: Amazonius, Invictus, Pius, Felix, Lucius, Aelius, Aurelius, Commodus, Augustus, Herculeus, Romanus y Exsuperatorius. Estos no eran apelativos militares, como los que habían tenido otros emperadores antes que él —Británico, Germánico, Dácico, Pártico—, sino referentes tanto a su faceta de pacificador universal —*Pacator Orbis*— como a su *alter ego* gladiatorio: el Hércules Romano Invicto.

Sabemos con seguridad que, al menos en el año 192, combatió en la arena del Coliseo ataviado con las armas de un *secutor* ('perseguidor'), aunque en la lucha no puso en juego su vida, porque se realizó con espadas de madera. Su fama se extendió por toda Roma y el Imperio, llegando incluso hasta los destacamentos militares de las fronteras, que acogieron con entusiasmo el carácter de Cómodo y le dedicaron algunos monumentos como si se tratara de un dios. En efecto, Dión Casio nos cuenta que el propio emperador propuso que el nombre de Roma fuera cambiado por el de Colonia Comodiana, algo que el Senado ratificó junto con su estado divino asimilándolo a Hércules, hijo de Júpiter.

Para conmemorar su poder hizo que le cortaran la cabeza al gran coloso de bronce del dios Sol y que colocaran una de él mismo, añadiendo también la



clava o porra en la mano y la piel del león de Nemea a los pies de la estatua, como atributos de Hércules. En la base añadió una inscripción donde se le declaraba campeón de los secutores y el único gladiador zurdo en haber vencido a doce veces mil hombres (Dión Casio, *Historia romana* LXXIII, 22, 3). Esto mismo hizo representar en monedas, relieves y estatuas, algunas de las cuales se han conservado hasta nuestros días —especialmente un magistral busto en mármol que se guarda en los Museos Capitolinos de Roma—. Pero la extravagancia y el poder divino de sus últimos momentos llegaron pronto a su fin. En la noche del 31 de diciembre del año 192, intentaron envenenarle pero, como no murió, fue estrangulado por un atleta llamado Narciso, con el que solía ejercitarse.

Como podemos comprobar, poco tiene que ver la vida de Cómodo con aquella que Riddley Scott presentó en la siempre épica, pero históricamente desastrosa *Gladiator*. Scott, haciendo las veces de moderno autor prosenatorial, nos presentó al villano perfecto —que incluso asesinó a su padre— en contra de Máximo el Hispano. Es interesante comprobar que en la película al menos se respetó la faceta gladiatoria de Cómodo y que, a pesar de que habría sido más sugerente ver al Hércules romano en toda su gloria, la coraza augustea que porta también es sugestiva de los ideales morales del emperador —¿quién sabe si lo hicieron a propósito!—.

Esta imagen y otras más antiguas —como la de la película *La caída del Imperio romano*— hacen que la figura de Cómodo sea aun más compleja de desentrañar. Volviendo al mundo clásico, hemos comprobado que todas las fuentes que hablaron de él trataron de denostar su figura de una u otra manera. La *Historia Augusta* lo hizo con manidos tópicos de depravación sexual, empleados una y otra vez como un corta y pega a diversos emperadores. Otros, como Dión Casio o Herodiano —quien es seguramente el autor que nos ofrece un retrato algo más fiel a la realidad—, de forma más suave, apelaron a su juventud e inexperiencia para atribuirle sus desmanes al mando del Imperio. Tan solo Blosio Emilio Draconcio, un poeta norteafricano del siglo V, describió a Cómodo como un gran emperador:

*Alter ait princeps modico sermone poeta Commodus Augustus, vir pietate bonus:*  
«*Nobile praeceptum, rectores, discite post me: sit bonus in vita qui volet esse deus*».



Estatua del emperador Cómodo idealizado como Hércules, portando los atributos de este: la piel del león de Nemea cubre su cabeza, sostiene la clava en la mano derecha y las manzanas del jardín de las Hespérides en la izquierda (Museos Capitolinos, Roma).

El otro emperador, Cómodo Augusto, un poeta y un hombre bueno y con sentido del deber [*pietas*], dice en un discurso modesto: «Un precepto noble, maestros, aprendan de mí: el que quiere ser un Dios debe llevar una vida responsable».

(Draconcio, *La Enmienda* 187-190).

Más allá de los problemas que puedan presentar las palabras de un autor tardío, este poeta tuvo motivos suficientes para decir que Cómodo fue un buen hombre. Seguramente debemos contemplar aquí una influencia de las políticas permisivas que tuvo con los cristianos, en contra de la legislación restrictiva que había iniciado su padre, Marco Aurelio. Ese agradecimiento de un autor cristiano, unido a que Cómodo benefició ampliamente la zona norteafricana, nos dejan una imagen más clara del porqué de la alabanza de este autor. No obstante, es significativo que existan voces disonantes, aunque hablen con voz muy baja, que traten de narrar una historia diferente a la que escribieron los vencedores.

## EL TRONO BASTARDO

La muerte de Cómodo fue recibida con desbordantes muestras de júbilo por los senadores, que inmediatamente decretaron la condena al olvido del emperador asesinado. Este es un pequeño extracto de la aclamación del Senado, recogida por Mario Máximo y después copiada por Elio Lampridio, a quien se atribuye la biografía de Cómodo en la *Historia Augusta*:

*Hosti patriae honores detrahantur. parricidae honores detrahantur. parricida trahatur [...] Hostis deorum, carnifex senatus [...] Hostis statuas undique, parricidae statuas undique, gladiatoris statuas undique. [...] Impuri gladiatoris memoria aboleatur. gladiatorem in spoliario. [...] Saevior Domitiano, impurior Nerone. sic fecit, sic patiatur. [...] qui senatum vendidit, unco trahatur. [...] parricidae cadaver trahatur.*

Quítensele todos sus honores al enemigo de la patria, quítensele al parricida [en referencia a los *patres*, los senadores], que se le arrastre por el suelo. [...] ¡Enemigo de los dioses! ¡Verdugo del Senado! [...] Destrónense por todas partes las estatuas del enemigo de la patria, destrónense por todas partes las estatuas del parricida, destrónense por todas partes las estatuas del gladiador. [...] Que se borre el recuerdo del gladiador impuro, al espoliario [espacio al que se arrastraban los cuerpos de los gladiadores muertos en combate] el gladiador. [...] Ha sido más cruel que Domiciano. Ha sido más impuro que Nerón. Así actuó, pues que así sufra. [...] Él vendió al Senado: que le arrastren con el garfio. [...] Que el cadáver del parricida sea arrastrado.

(*Historia Augusta*, «Vida de Cómodo» XVIII-XIX).

El 1 de enero los pretorianos proclamaron como emperador al senador Publio Helvio Pértinax, a cambio de doce mil sestercios por cabeza. La misma práctica se repitió pocos meses después cuando este fue asesinado y Didio Juliano entró en una subasta en la que pugnaba con el suegro de Pértinax ante los pretorianos. La cifra final de veinticinco mil sestercios por cabeza y el miedo a que su rival tomase represalias por la muerte de Pértinax le dio el trono a Juliano. Casi al mismo tiempo, cuando las noticias de la

muerte de Pértinax se extendieron, Septimio Severo —gobernador de Panonia Superior— aunó una potente fuerza militar, fue proclamado emperador, tomó como suyo el nombre del asesinado y marchó hacia Roma. Septimio Severo llegó a la ciudad con su ejército y ordenó que se dispersaran y ocultaran las armas para que nadie se diera cuenta de su presencia. Mientras Juliano dudaba sobre cómo enfrentarse a Severo cuando llegara a Roma, el enemigo ya había tomado en secreto la ciudad. El Senado proclamó oficialmente al nuevo emperador y Juliano fue ejecutado. Lucio Septimio Severo Pértinax Augusto, habiendo reunido a la guardia pretoriana, que tal vez esperaba una nueva subasta, ordenó ejecutar a los asesinos de Pértinax y expulsó al resto, colocando a militares de confianza en su lugar. Así se aseguró de no caer en el mismo error que sus efímeros predecesores en el cargo, que fueron controlados por unos pretorianos corrompidos por el dinero y el poder.

Ya como emperador legítimo todavía debió luchar contra Prescenio Níger y Clodio Albino, dos usurpadores del trono que tenían las mismas aspiraciones que Severo pero a quienes la fortuna no acompañó. Finalizada la guerra, en el año 195, restituyó la memoria de Cómodo, declaró que aquel emperador solo había desagradado a los infames e incluso le divinizó y estableció un sacerdote para su culto. Pero aquel acto piadoso no era altruista. Severo por una parte se vengaba del Senado y por la otra, sabía que aquella era la mejor forma de legitimar su propio poder. Acababa de nacer el juego propagandístico de la nueva dinastía Severa.

Septimio Severo fue un emperador amante de la rectitud, la disciplina y el honor, cualidades que, a su parecer, se habían perdido en la Roma de su tiempo. Acusó a los senadores y a la aristocracia de proteger y compartir los mismos vicios de los que habían acusado a Cómodo y recuperó las penas que Augusto había impuesto para el adulterio dos siglos atrás. Celebró, siguiendo a Augusto y a Domiciano, los *ludi saeculares* en el año 204. Un nuevo Augusto inauguraba así su propia edad de oro: *Laetitia temporum* ('tiempos felices') se inscribió en las monedas de la época.

En sus monedas también se reflejaba su afán por hacerse representar de la forma más similar posible a Cómodo y especialmente a Marco Aurelio, como forma de legitimar su poder. A pesar de haber nacido en el norte de África, concretamente en la ciudad de Leptis Magna, se creó una ficción por la que se convirtió en hijo de Marco Aurelio y, por tanto, digno heredero de su

«padre» tras la muerte de su «hermano» Cómodo. Fueran creíbles o no aquellos rumores, lo cierto es que en el año 195 él mismo proclamó su adopción en la antigua familia imperial, algo que también habían intentado el resto de emperadores que habían luchado en los años anteriores por el trono. Tal vez todos ellos realmente tenían la barba tupida que mostraban en sus monedas, pero es evidente que, realidad o no, la usaron como propaganda política para sus propios intereses. La barba se había convertido en un símbolo de sabiduría y liderazgo que identificaba al emperador venerable —*senex*— en contra de la imagen de los *principes* jóvenes y alocados.

El nuevo emperador era un hombre tremendamente supersticioso, no en vano su propio nombre, Septimius, estaba relacionado con el mágico número siete. Siete fueron los días que duraron los *ludi saeculares* y siete veces cien los animales que murieron en los que fueron los séptimos juegos de los siglos que celebró Roma.

También construyó a los pies del Palatino y junto al Circo Máximo un gran ninfeo monumental, el Septizodio, que alojaba las representaciones de los siete dioses planetarios —Saturno, Sol, Luna, Marte, Mercurio, Júpiter y Venus— que daban nombre a los siete días de la semana y que eran sus divinidades protectoras.

Sentía una supersticiosa pasión por la astrología que dejó plasmada en el palacio imperial. Dión Casio cuenta que ordenó pintar el techo de las salas de audiencias con la representación de las constelaciones visibles en Leptis Magna en el momento de su nacimiento. La lectura del horóscopo, con el que se podía averiguar el destino de cada persona, era fundamental para él. Tanto era así que la parte en la que se identificaba la hora de su nacimiento estaba pintada de formas diferentes en cada habitación para que nadie pudiera conocerla con precisión pues, a través de ella, un experto observador podría averiguar la fecha exacta de su muerte.

Tras fallecer su primera esposa, antes de llegar a ser emperador, supo también por el horóscopo que en Siria había una joven de la nobleza a quien se le había revelado que se casaría con un rey. El supersticioso Severo no descansó hasta haberse casado con aquella mujer. Se llamaba Julia Domna y era la hija de Julio Basiano, sacerdote del culto al dios Elagabalus en la ciudad de Emesa. Con el paso de los años, y tras haberse confirmado la predicción del horóscopo —que seguramente formaba parte de los aderezos

épicos de la autobiografía del propio emperador—, su matrimonio con Julia se forjó con fuerza, al más puro estilo de Livia y Augusto.

Julia, a quien se concedió el título de Augusta —de forma paralela al nombre que recibió Livia tras la muerte de su esposo—, siguió en numerosas ocasiones el ejemplo de Livia, como su marido seguía el de Augusto. Así, financió la reconstrucción de edificios públicos como el templo de Vesta, que había sido pasto de las llamas años atrás —este nuevo templo es el que se conserva en la actualidad en el Foro romano— y se involucró activamente en los asuntos de Estado. Su especial intervención en materia militar le brindó el cariño y el respeto del ejército, por lo que recibió el apodo de *Mater Castrorum* (‘madre de los campamentos’) el 14 de abril del año 195. Durante el reinado de su hijo llegó a recibir una titulación aún más destacada: Madre del Emperador, de los Campamentos, del Senado y de la Patria —*Mater Augusti et Castrorum et Senatus et Patriae*—.

A la muerte de Severo, sus dos hijos fueron nombrados coemperadores, siguiendo el camino de Marco Aurelio y Lucio Vero, y su madre, Julia, cobró incluso más importancia en la vida política de Roma, ejerciendo *de facto* como consejera de sus hijos. Pero las cosas no iban bien en la corte. Los hermanos, Publio Septimio Geta y Lucio Septimio Basiano —quien al convertirse en emperador cambió su nombre por el de Marco Aurelio Severo Antonino Augusto—, no tenían una buena relación. Se dice que dividieron el palacio en dos partes y las incomunicaron para no encontrarse jamás. Julia trató por todos los medios de acercar posturas entre ellos e incluso se acuñaron monedas con la leyenda *concordia augustorum* (‘concordia entre los emperadores’), pero sus posiciones eran antagónicas.

Geta era más letrado y culto, mientras que Antonino —más conocido como Caracalla, un tipo de capa que él mismo puso de moda en Roma— tenía un fuerte carácter militarista que le valió el apoyo total del ejército —aunque seguramente también estaba interesado en artes como la oratoria, la poesía o la música—. Su padre, el supersticioso Severo, había presentido años atrás que los tiempos felices iban a terminar cuando tuvo conocimiento de una nueva erupción del Vesubio, aunque esta fue menos destructiva que la que arrasó Pompeya y Herculano durante el reinado de Tito —posiblemente el 24 de octubre del año 79 —.

La lucha propagandística entre los hermanos fue intensa, tanto que se llegó a plantear la división del Imperio en dos mitades, algo para lo que Roma

todavía no estaba preparada. Caracalla se quedaría con Europa y Geta, con Asia, estableciendo la capital en Antioquía o Alejandría. Pero Julia, llorando amargamente, hizo abandonar aquella idea lamentándose y reprochándoles si a ella también la iban a dividir en dos mitades. Cada uno quería el Imperio para sí mismo y ninguno estaba dispuesto a ceder. La postura más moderada y razonable hacía que la mayoría se pusiera de parte de Geta, pero Caracalla fue quien terminó venciendo. Según Herodiano, habían tratado de asesinarse mutuamente, sobre todo mediante veneno. Ambos estaban fuertemente protegidos por sus respectivos partidarios y Caracalla le pidió a su madre que organizara una reunión entre los dos para escenificar una supuesta reconciliación. El 19 —o tal vez el 26— de diciembre del año 211, estando los tres solos —sin nadie que pudiera interferir— apuñaló a su hermano Geta, que murió en los brazos de su madre. Caracalla salió de allí corriendo y gritando que su hermano había estado a punto de asesinarle y que a duras penas había conseguido escapar con vida.

Lo que siguió después fue uno de los actos más despiadados que alguien pueda llevar a cabo contra su propio hermano. La guardia pretoriana, después de que Caracalla diera gracias a la Fortuna y prometiera dos mil quinientos denarios para cada soldado, proclamó a Geta enemigo del Estado. Se declaró una *damnatio memoriae* y su nombre fue eliminado brutalmente de monumentos, estatuas, frescos e inscripciones. Su recuerdo fue completamente borrado de la historia con una ferocidad y una perfección insólitas hasta la fecha. La memoria de su existencia fue destruida incluso en inscripciones en las que solo se le representaba con simples abreviaturas como «AVGGG»—*Augustorum trium* ('tres emperadores'), cada «G» designaba a uno de ellos: Septimio Severo, Caracalla y Geta—, o «AVGG», ya después de la muerte de Septimio, donde se borraba la G final.

El reinado del nuevo emperador no se extendió más de cinco años, en los que consiguió mantenerse a flote gracias, en gran parte, al control que ejerció Julia Domna sobre él. Caracalla siempre fue admirado por los soldados: era el primero en cavar fosas, portar las insignias y vivir como el resto de los legionarios, sin los lujos propios del emperador. Habría sido un buen soldado, pero no fue el mejor de los emperadores. En el año 211, extendió la ciudadanía romana a todas las personas libres del Imperio a través de la conocida como *Constitutio Antoniniana*, con el fin de recaudar más



impuestos en un Estado que comenzaba a padecer síntomas de una crisis económica que se revelaría a lo largo del siglo.



*Tondo Severiano*, retrato de la familia imperial, que representa al emperador Septimio Severo con su esposa, Julia Domna, y sus hijos, Caracalla y Geta. El rostro de este último ha sido borrado a consecuencia de la *damnatio memoriae* decretada por Caracalla tras su asesinato (Altes Museum, Berlín).

La mayor parte de su reinado lo pasó en las fronteras entre la soldadesca haciendo lo que mejor sabía hacer. Entre soldados vivió y entre soldados

murió, el 8 de abril del año 217, asesinado por uno llamado Julio Marcial — seguramente instigado por el usurpador Macrino—, que apuñaló con su daga a Antonino mientras este orinaba aprovechando un alto en el camino hacia Carras —en la actual Turquía— con algunos jinetes de su confianza.

## LA GRAN BOCA NEGRA

Un año después del ascenso de Macrino al trono, el ejército volvió a dar un giro a la historia. Guiados por la propaganda dirigida por Julia Maesa, hermana de Julia Domna —quien se suicidó poco después de la muerte de Caracalla—, Vario Avito Basiano fue proclamado emperador en Emesa. Era un joven de solo catorce años que en aquel momento ejercía de sacerdote principal del dios El-Gabal —Elagabalus en latín—, una divinidad de origen oriental de cuyo culto era responsable su familia.

El joven, primo segundo de Caracalla, tenía un interesante parecido con él y por ello Julia Maesa extendió entre los soldados el rumor de que era hijo ilegítimo suyo. Este dato, sumado a que se le presentó con la ropa de su «padre» y que tomó el mismo nombre que él —Marco Aurelio Antonino Augusto—, legitimaron su poder y el de su familia, que consiguió recuperar el trono utilizando al joven como cara visible.

Heliogábalo es, sin embargo, el —erróneo— nombre con el que le conoce la historia y su corto pero intenso reinado fue uno de los más inusuales que concibió Roma. Este apodo, con el que ha pasado a la posteridad, procede, sin duda, de la divinidad de la que era sacerdote, Elagabalus. Para el joven Vario Avito Basiano debía de ser un gran honor servir a este dios y no quiso renunciar a su sacerdocio, pese a su nombramiento como emperador. La particularidad de este dios estaba en que su figura en la tierra no era omnipresente, sino que se asociaba única y específicamente con una gran roca negra —seguramente un meteorito— que se veneraba en la ciudad siria de Emesa.

Cuando el joven emperador marchó a Roma, se llevó consigo el gran betilo (‘roca sagrada’), que entró en la ciudad en procesión sobre un carro dorado y se alojó en un gran templo construido en el Palatino. Aunque este dios era conocido y venerado en Roma desde el comienzo de la dinastía de los

Severos, su importancia hasta el momento había sido mínima. La situación cambió cuando el emperador desplazó a Júpiter como dios supremo del panteón romano y colocó en su lugar a Heliogábalo, el nuevo dios Sol que iluminaría al mundo, algo que no gustó a los defensores de la religión y la moral tradicionales de Roma. Este gesto no se debe interpretar como monoteísta, aunque en ocasiones esto se ha mencionado —ni siquiera como una imposición semejante a la que tendría lugar con el cristianismo a finales del siglo IV—, puesto que el resto de los dioses seguían siendo venerados, eso sí, con Heliogábalo convertido en la divinidad principal —lo que se conoce como henoteísmo—.

Pero sus transgresiones de la moral no acabaron ahí. Los escritos de la época nos cuentan que se casó con una virgen vestal, que además era la Vestal Máxima, la sacerdotisa principal del culto a la diosa. Aunque ya tenemos suficiente experiencia como para no confiar demasiado en lo que dicen las fuentes, el hecho de que sepamos su nombre, Aquilia Severa, y de que aparezca representada en monedas junto al emperador y con la leyenda «VESTA», hace probable que aquel sacrilegio realmente tuviera lugar. Su motivo para hacerlo es mencionado por Dión Casio: de la unión de un sumo sacerdote y de una suma sacerdotisa se crearía una nueva estirpe a imagen y semejanza de los dioses.

La historiografía tradicional, como en el caso de muchos otros emperadores «malos», ha dado una gran importancia a su decadencia y sus vicios, seguramente exagerados e integrados en el relato de los autores clásicos como una forma de desprestigio póstumo que ya debería ser familiar. Pero si hay un rasgo que se suele destacar de él a este respecto —principalmente en la cultura popular actual y en internet— es que presentaba rasgos que lo identificaban como travesti o, quizá, transexual. No en vano, Dión Casio nos cuenta que Heliogábalo estaba circuncidado —una práctica considerada repulsiva, y prohibida por los romanos— como parte del ritual sagrado desu venerado dios. Pero este historiador va más allá al sugerir el rumor de que el emperador habría planeado cortarse los genitales para satisfacer aún más su carácter afeminado. Esta afirmación debe ser tomada con cautela, pues no pasa de ser un rumor que, al igual que tantos otros, puede ser falso. Sin embargo, si le concediéramos veracidad, lo más probable es que —al igual que su circuncisión— se tratara de un rito sagrado de emasculación como el que llevaban a cabo los sacerdotes de Cibeles,

siguiendo los actos que realizó el dios Atis en un arrebatado de locura de amor por la diosa.

Más allá del simple bulo sensacionalista y de las conceptualizaciones que tratan de asimilar mentalidades sexuales contemporáneas a aquellas del mundo romano —lo cual denota un escaso conocimiento de la sexualidad y la moral de la Antigüedad—, Heliogábalo era lo que los romanos denominaban un *effeminatus* ('afeminado'). Vestía con los coloridos ropajes típicos de los sacerdotes orientales, incluso en actos oficiales del Estado romano, demasiado exóticos y «propios de las mujeres» para las mentes de la metrópoli. Para los romanos, por su aspecto y su cultura, la imagen estereotipada de un hombre sirio era la de un afeminado inmoral dado a los vicios, el lujo y las perversiones sexuales —los prejuicios han existido siempre—. Aun así, en la historia de Heliogábalo —al que Dión Casio a todas luces intenta mostrar como impuro, extranjero y ajeno a Roma— es difícil distinguir cuánto hay de verdad y cuánto de pura invención, sobre todo teniendo en cuenta que el historiador no conoció al emperador y durante su reinado ni siquiera se encontraba en Roma sino en Asia Menor, hasta donde llegarían rumores de lo que sucedía en la capital.

El joven Heliogábalo, con su total falta de experiencia tanto política como militar y con su obsesión religiosa y sus formas orientales —lógicas si tenemos en cuenta de dónde procedía y que había sido preparado como sacerdote desde su infancia—, no convencía ni a la aristocracia ni a los pretorianos. La singular unión de estos dos actores principales hacía augurar que su reinado no se prolongaría durante mucho tiempo.

El clan de Emesa se dio cuenta de que los escándalos religiosos y morales de Heliogábalo —cada vez más sacerdote que emperador— iban a terminar pronto con él y con el poder de toda la familia si no le ponían remedio. En el año 211 se nombró César y heredero del trono a su primo, de tan solo doce años. El joven tomó el nombre de Marco Aurelio Severo Alejandro —en referencia a su abuelo Caracalla, a su bisabuelo Septimio Severo y a Alejandro Magno—, de quien la propaganda proclamaba que sería fiel reflejo —igual que había hecho Caracalla—.

Heliogábalo trató de hacer que el nuevo César también aprendiera las formas del sacerdocio, algo a lo que la madre del pequeño, Julia Mamaea, se negó. Surgió entonces una rivalidad en la que parece que Heliogábalo trató de deshacerse de su primo. Fuera así o no, los rumores se extendieron entre los

pretorianos, tal vez guiados de forma malintencionada por la propia familia imperial. En marzo del año 222, Heliogábalo fue asesinado junto a su madre, Julia Soemias, por la guardia pretoriana. Sus cadáveres decapitados y desnudos fueron arrastrados por la ciudad y los restos del emperador terminaron en el fondo del río Tíber.

Tras su muerte se declaró una condena sobre su memoria. La gran roca sagrada volvió a Emesa y el culto tradicional fue restaurado en Roma. El nuevo emperador —conocido como Alejandro Severo— desde aquel momento fue tratado como hijo de Caracalla. Su familia, por su propio bienestar político, olvidó también que Heliogábalo alguna vez había formado parte de ella.

El reinado de Alejandro Severo fue inusualmente largo dada su edad cuando se convirtió en emperador, unos catorce años, y teniendo en cuenta la duración de los de aquellos que le precedieron. Su gobierno se basó en una máxima que el emperador decía haber oído a un judío o un cristiano: *quod tibi fieri non vis, alteri ne feceris* ('no hagas a otro lo que no quieras que te hagan ti; *Historia Augusta*, «Vida de Alejandro Severo»LI, 7). Era tan importante para él, que estaba inscrita en el palacio imperial y en los edificios públicos de Roma.

A pesar de que la diplomacia fue la línea que le permitió mantener su gobierno durante trece años, en los últimos momentos, los enfrentamientos fronterizos terminarían por hacer saltar por los aires el *statu quo*. Tras sofocar los ánimos encendidos en Mesopotamia, los germanos estallaron también, aprovechando que se habían enviado tropas romanas hacia el este. Alejandro Severo trató de calmarlos con donativos económicos que mantuvieran la paz, pero sus soldados no pudieron soportar más el deshonor de ver cómo el enemigo recibía regalos de Roma sin que ellos pudieran combatir. Después de nombrar nuevo emperador a Maximino —un general de origen bárbaro que nunca llegó a pisar Roma—, dieron muerte a Alejandro y a su madre.

Así terminaron más de cuarenta años de dominio de los Severos sobre Roma. Con Alejandro murió el último de los llamados emperadores civiles y comenzó un periodo en el que se sucederían diversos emperadores que subieron al trono aupados por el ejército y que, en muchos casos, terminaban siendo asesinados a los pocos meses.

El erario público también estaba sufriendo la mala gestión de los recursos: subida del salario de los soldados, aumento del número de tropas, subastas

del trono, recompensas, dádivas y otros desmanes que exprimían las arcas públicas desde los años anteriores. Caracalla ya había tratado de atajar estos problemas reduciendo sus propios lujos y especialmente mediante la creación de un nuevo tipo de moneda, el antoniniano, que tenía el valor de dos denarios, pero la plata correspondiente a uno y medio, con lo que se conseguía acuñar una mayor cantidad de moneda efectiva. Sin embargo, esta medida llevó a que en pocos años se produjera una tremenda devaluación del sistema, ya que las piezas terminaron por llevar un contenido testimonial de plata para poder hacer frente a la gran crisis económica y la enorme inflación que sufría Roma.

Aunque este periodo, tradicionalmente llamado «anarquía militar», se ha considerado como una época nefasta para la historia de Roma, lo cierto es que no todos estos emperadores fueron un desastre para el Imperio. Se vivieron buenos tiempos bajo los reinados de Filipo I, Aureliano, Galieno o Probo y aquella «crisis» dio lugar a un nuevo sistema que llegaría a finales de siglo de la mano de la tetarquía de Diocleciano. Si realmente hubo una crisis global, como ha defendido siempre la historiografía tradicional, es algo que daría para llenar varios libros completos, una compleja tarea que se está llevando a cabo desde los nuevos planteamientos de la investigación. La historia está viva y su conocimiento se construye día a día.

## DE LA SALVACIÓN AL ABISMO

A finales del siglo III, ni las invasiones externas ni la crisis económica podían superar al problema más grave que padecía Roma: la sucesión. Los emperadores pasaban uno tras otro entre asesinatos, usurpación e intrigas generadas por el ejército, sin que el Senado —el órgano que teóricamente designaba al nuevo emperador— pudiera hacer nada para evitarlo. Diocleciano trató de atajar este grave problema creando por primera vez en la historia romana un sistema que definiera con claridad los mecanismos de la sucesión en el poder.

La denominada por los investigadores como tetrarquía —el poder de cuatro— dividió el vasto Imperio en dos mitades, Oriente y Occidente, e hizo que cada una de ellas estuviera controlada por un Augusto como cabeza visible, seguido de un César que ascendería al cargo del Augusto. Diocleciano, abdicando de su puesto, quiso poner a prueba en vida el sistema que había creado, algo inédito hasta el momento en toda la historia de Roma. También lo hizo —aunque no con la misma disposición que Diocleciano— su contrapunto, el Augusto de Occidente, Maximiano.

Sin embargo, pensar que cuatro hombres de gran poder surgidos del mundo militar iban a colaborar de forma pacífica sin que ninguno de ellos tratara de acaparar todo para sí mismo parece algo demasiado idílico como para ser real en un mundo en constante conflicto por el poder. Los hijos de los emperadores no tardaron mucho en mostrar su indignación y sorpresa ante el hecho de que otros y no ellos fueran los elegidos como nuevos gobernantes a la muerte de sus padres. El sistema les era nuevo y extraño y la situación llevó a que se produjera una gran lucha de poder entre emperadores y usurpadores, que fragmentaría aun más el Imperio entre los partidarios de unos y otros.

## *IN HOC SIGNO VICTOR ERIS*

En el año 306, se proclamó emperador en Roma Majencio, hijo del ex Augusto Maximiano, aunque la usurpación se produjo de forma pacífica y sin mayores impedimentos. Por otro lado, Constantino —hijo de otro Augusto, Constancio— se había alzado gracias al apoyo de su ejército tras la muerte de su padre pocos meses atrás y controlaba la zona occidental del Imperio.

Constantino, después de haber logrado una alianza con el resto de los gobernantes legítimos —que lo aceptaron como soberano de Occidente, a pesar de que había usurpado el trono del mismo modo que Majencio—, marchó hacia Roma para enfrentarse a este último, quien ya había esquivado el asedio de Severo —el excésar de Occidente y legítimo Augusto hasta que fue asesinado en el año 307— y de Galerio, el Augusto de Occidente. Roma no parecía dispuesta a ceder ante Constantino.

Las imponentes murallas, construidas por el emperador Aureliano cuarenta años atrás, protegían la ciudad de casi cualquier asedio, por lo que tan solo manteniéndose en su interior, como le habían recomendado los oráculos, Majencio tenía casi asegurada la victoria. Sin embargo, en el año 312, cuando Constantino ya se acercaba a la capital, Majencio volvió a pedir consejo a los libros sibilinos y estos revelaron que en el conflicto moriría el enemigo de Roma. Aquello le animó a salir de la ciudad y a hacer frente a su adversario cruzando el Tíber mediante un puente provisional formado a base de barcas junto al puente Milvio, que había sido destruido para dificultar el paso a Constantino.

El 28 de octubre del año 312, se enfrentaron los ejércitos y Constantino, contra todo pronóstico, ganó la batalla. Los enemigos huyeron despavoridos y el precario puente cedió bajo el peso de la multitud que trataba de cruzarlo para regresar a Roma. Muchos soldados se ahogaron, entre ellos Majencio. Su cuerpo fue recuperado y su cabeza exhibida por Constantino al día siguiente en su desfile triunfal por las calles de la ciudad.

Cómo consiguió Constantino vencer en aquella batalla y por qué Majencio decidió salir de Roma cuando solo tenía que mantenerse dentro de la ciudad para repeler al enemigo es algo que ya se preguntaban en la época y que muchos atribuyeron a un acto divino. Antes de cualquier batalla, un general se encomendaba a su divinidad protectora para que le diera fuerza y apoyo en



el combate. Desde joven y como militar que era, Constantino había tenido predilección por el dios Marte, aunque más adelante escogió a Helio-Apolo —el invencible dios Sol— como su protector. Se trata de un desarrollo henoteísta, una forma religiosa en la que existe un dios principal y toda una serie de divinidades menores —como había sucedido años atrás con Heliogábalo—.

Pero según las fuentes cristianas que vivieron en aquel tiempo, algo aún más extraordinario tuvo lugar antes de aquella batalla. Algo que ha desconcertado a los investigadores durante años e incluso siglos y que todavía se sigue debatiendo ampliamente. Es un episodio complejo, pero merecerá la pena aportar luz sobre él.

Lactancio dejó por escrito poco tiempo después el sueño que Constantino había tenido la noche anterior a la batalla. La tradición del general que justo antes de la contienda tenía un sueño premonitorio de la victoria era algo común desde hacía siglos. Debemos pensar que, con el paso del tiempo, se había convertido en un ritual y el general, hubiera soñado realmente o no, debía suscitar confianza en sus soldados.

*Commonitus est in quiete Constantinus, ut caeleste signum dei notaret in scutis atque ita proelium committeret. Facit ut iussus est et transversa X littera, summo capite circumflexo, Christum in scutis notat.*

Constantino fue advertido en sueños para que marcara en los escudos el signo celeste de Dios y entablase así el combate. Hace como se le había ordenado y con la letra X girada con su extremidad superior curvada en círculo, marca el nombre de Cristo en los escudos.

(Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* 44, 5).

Se podría pensar que el símbolo descrito por Lactancio es el mal llamado lábaro o crismón, formado por las mayúsculas de las letras griegas *chi* —X— y *ro* —P—, las dos primeras del nombre de Cristo en griego, integradas en la forma monogramática  $\chi\rho$ . Sin embargo, una lectura cuidadosa del texto nos hace dudar de esta interpretación tradicional, que se apoya, como ahora veremos, en un escrito de otro autor posterior. Lactancio dice claramente que se trata de una *chi* mayúscula —X— girada, creando una forma de cruz, con una curvatura en la extremidad que ha quedado en la parte superior. El resultado es el llamado cristograma o *staurograma*:  $\text{X}^{\text{P}}$ . Se trata de una

abreviatura formada con las letras *tau* —T— y *ro* —P— mayúsculas, empleada con anterioridad de forma común en textos sin relación con el cristianismo, pero que debió de introducirse en los círculos cristianos al emplearse en la palabra σταυρος —σ<sup>†</sup> ος— (‘cruz’), haciendo referencia a la crucifixión. Se trataría del monograma cristiano más antiguo conocido, anterior al más famoso de *Chi-Ro*.

Veinticinco años después del suceso, Eusebio de Cesarea volvería a narrar aquel episodio en su obra sobre la *Vida de Constantino*. En ella, la experiencia mítica se había ampliado enormemente, incluso con respecto a la vaga descripción que este mismo autor hizo en su obra *Historia eclesiástica*, más cercana en el tiempo a la batalla. Esto último es importante tenerlo en cuenta, puesto que al escribir aquella primera obra, Eusebio parecía no saber nada de lo que más tarde narraría.

Este autor nos asegura que lo que escribe es increíble pero cierto, pues tiene claro que lo que está a punto de contar es totalmente inverosímil. Eusebio asegura que la historia se la narró el propio emperador jurando que era cierta —¿¡quién puede dudar de la palabra de un emperador!?. Parece que en pleno día se le apareció a Constantino y a todos sus soldados un milagro en el cielo: un trofeo en forma de cruz que llevaba junto a él las palabras τούτῳ νικά (‘Con este signo, ¡vence!’; Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino* I, 28, 2). Aunque las palabras de Eusebio están escritas en griego, la tradición eclesiástica las tradujo posteriormente como *In hoc signo vinces*, a pesar de que en el año 350 se acuñó una moneda en la que aparece la forma que debe tomarse como más correcta: *In hoc signo victor eris*.

Al no saber interpretar aquel símbolo, se le apareció Cristo en sueños para revelar su significado. Al día siguiente los orfebres reprodujeron en oro y piedras preciosas el símbolo ☩, formado por las mayúsculas griegas *chi* —X— y *ro* —P—. Constantino colocó aquel símbolo en su casco y sobre un asta con un paño en forma de estandarte —conocido como lábaro— en el que aparecían las efigies de los hijos del emperador.

La historia de Eusebio es tan detallada y precisa que casi pareciera fabricada *ex profeso*, quizá no por él, sino por el propio Constantino si creemos que este se la comunicó realmente. Sin embargo, las diferencias con el texto de Lactancio son notables, así como sus incongruencias internas. Si todo el ejército vio junto a Constantino el símbolo en el cielo, ¿cómo es que

nadie habló o escribió sobre el tema y por qué nos dice que el emperador le contó esta historia en confidencia? ¿Cuál era el secreto si, supuestamente, lo vio mucha más gente? ¿Por qué no lo contó años atrás en su *Historia eclesiástica*, en la que también hablaba de la batalla? A esto debemos sumarle el hecho de que la imagen de las efigies de los hijos de Constantino sobre el estandarte no puede ser real, pues en el año 312 solo había nacido uno de sus hijos: Crispo.

El debate está servido. Es posible que Eusebio inventara esta historia para glorificar a quien fue el primer emperador cristiano de Roma o que el propio Constantino, con el paso de los años, adornara y mejorara la narración de lo que había ocurrido en los momentos anteriores a la batalla; al fin y al cabo la memoria humana tiende a deformar los eventos del pasado lejano.

No podemos olvidar que en el año 310, tan solo dos años antes de la batalla de Puente Milvio, Constantino había tenido otra visión, aunque aquella vez no fue cristiana, sino relacionada con el dios Apolo-Sol, su protector.

*Vidisti enim, credo, Constantine, Apollinem tuum comitante Victoria coronas tibi laureas offerentem, quae tricenum singulae ferunt omen annorum. Hic est enim humanarum numerus aetatum quae tibi utique debentur ultra Pyliam senectutem. Et immo quid dico «credo»? vidisti teque in illius specie recognovisti, cui totius mundi regna deberi vatum carmina divina cecinerunt.*

Porque viste, creo, Constantino, a tu propio Apolo acompañado por la Victoria, ofreciéndote coronas de laurel, cada una de las cuales te trae el presagio de treinta años. Esta es la cantidad de generaciones humanas que se te deben en todo caso, más allá incluso de la vida de Néstor. Pero, ¿por qué digo «yo creo»? Tú lo viste y te reconociste en los rasgos de aquel, a quien los cantos divinos de los poetas profetizaron que la soberanía sobre la tierra entera le era debida.

(*Panegíricos latinos VII, 21, 4-5*).

Este texto forma parte de un discurso laudatorio en honor del emperador por la celebración de sus *quinquennialia* —primeros cinco años de gobierno—, en los que era costumbre desear tantos años más de gobierno feliz al emperador. ¿Acaso esta visión pudo ser la que influyó después a los autores cristianos para generar el relato de la subsecuente? Parece improbable en el caso de Lactancio, pues no sería una estrategia extraña por parte de Constantino emplear un augurio profético antes de una importante batalla. En

el caso de Eusebio, encontramos algunos elementos que parecen encajar con la descripción anterior de tal manera que se ha planteado si su narración no es otra cosa que una mezcla amalgamada y modificada de la visión del año 310 y el sueño del 312. Algunos elementos así parecen indicarlo: especialmente la relación de la visión solar de Apolo y Cristo —que no aparece en Lactancio— y la mención de las tres coronas que anunciaban treinta años de reinado y que tal vez pudieron ser asimiladas por Eusebio como las cabezas colocadas en el estandarte.

No en vano existe una imagen acuñada en monedas de bronce en la que se puede ver una serpiente, que representa el mal vencido, bajo el lábaro con tres glóbulos —las coronas/cabezas— coronado por el signo de *Chi-Ro*, todo ello flanqueado por la leyenda *SPES PVBLIC[A]* —la personificación de la esperanza—. La representación del estandarte que contiene los votos que se hacían para que su reinado se alargara en el tiempo son comunes en época de Constantino pero, ¿por qué esa mezcla entre atributos cristianos y paganos?

Se ha planteado que el signo *Chi-Ro*, que tiene un origen ajeno a su uso cristiano, podría haber sido adoptado como un símbolo personal del emperador, apareciendo también en un medallón de plata fechado en el año 315. Así, tan solo después de la muerte de Constantino, Eusebio lo habría asociado de forma clara con un símbolo cristiano para dar difusión a la cristianización del emperador. Lógicamente, no es posible asegurar que esto fuera realmente así, pero parece cuanto menos digno de mención, teniendo en cuenta que el símbolo no aparece más que en estas escasas acuñaciones monetarias durante los más de treinta años de reinado de Constantino. Si hubiera sido un signo cristiano importante que el emperador hubiera exhibido públicamente como muestra de su cristianización, estaría presente en monumentos, monedas y todo tipo de elementos propagandísticos —como encontramos en emperadores cristianos posteriores—. Sin embargo, no hay más rastro de este o de cualquier otro símbolo similar relacionado con Constantino. Ni siquiera en el arco de triunfo construido junto al Coliseo en el año 315, en el que se representa la batalla contra Majencio. Allí, donde esperaríamos ver el signo de Dios en los escudos, no está y, sin embargo, sí vemos al emperador realizando sacrificios en ritos de la religión estatal romana.



*Arriba:* Moneda de bronce acuñada en Constantinopla, en época de Constantino, con el estandarte de tres glóbulos-coronas —que anuncian treinta años de reinado— campeando victorioso sobre el mal, representado por la serpiente. El emblema *Chi-Ro* aparece sobre el estandarte (colección particular).

*Abajo:* Anverso de un medallón de plata, acuñado en Ticinum en el año 315, que muestra al emperador Constantino con coraza y un casco que porta el signo *Chi-Ro* en la cresta (Staatliche Münzsammlung).

Esto nos deja varias posibilidades abiertas: que la leyenda cristiana hubiera surgido de la visión anterior de Apolo-Sol en el año 310, que Constantino hubiera tenido un sueño, pero fuera el dios Sol el protector de la batalla —modificado posteriormente para cuadrar con los postulados cristianos—, que Constantino hubiera buscado la protección del Dios cristiano de forma puntual o que Lactancio hubiera iniciado el mito del sueño premonitorio *a posteriori* como otros autores habían hecho con multitud de batallas y emperadores anteriores y que en los años que siguieron, ese mito se hubiera difundido de forma oral, tal vez incluso por boca del propio emperador.

De todo ello podemos deducir que es probable que Constantino no fuera cristiano ni se convirtiera al cristianismo en los años anteriores o siquiera en los inmediatamente posteriores a la batalla de Puente Milvio, como pretenden sugerir las fuentes cristianas. Sin embargo, esto no significa necesariamente que este emperador no llegara a ser cristiano. Pero entonces, ¿cuándo se produjo su conversión?

Lo cierto es que, tras la derrota de Majencio, Constantino comenzó a mostrar simpatía hacia el cristianismo mediante la construcción de basílicas, la exención de impuestos a los clérigos e incluso la formalización, junto con el Augusto de Oriente —Licinio—, de una circular de tolerancia religiosa —conocida tradicionalmente como Edicto de Milán—, en el año 313. En ella se permitió que cualquier persona, no solo los cristianos, pudiera ejercer libremente el culto a cualquier divinidad sin temor a persecuciones como la que los seguidores de Cristo habían sufrido bajo el control de Diocleciano. No obstante, no fue una expresión de tolerancia y libertad en el sentido moderno y laico del término, en el que el Estado no debe intervenir o tener lazos y ataduras en materia de religión. Se trataba de todo lo contrario: el bienestar del Imperio dependía de la religión, por lo que era necesario que

cualquier divinidad venerada fuera complacida y no perseguida, pues solo así esta favorecería a Roma y mantendría la prosperidad.

En los siguientes años, Constantino fue ganando cada vez más poder, enfrentándose en ocasiones a su colega Licinio— a quien llegó a entregar a su hermana Constancia como símbolo de concordia entre ellos— hasta que finalmente le derrotó en el año 324. Ella suplicó por la vida de su marido y Constantino le permitió vivir en Tesalónica, aunque al año siguiente ordenó su ejecución.

Constantino se había convertido en el soberano universal y puede que fuera en este momento cuando finalmente adoptara la fe cristiana. Al fin y al cabo, en su concepción del mundo todo acababa de encajar. Un solo emperador que ostentara el poder máximo de forma autocrática, un solo dios en los cielos y una religión única para controlar al pueblo y mantener la estabilidad política desde la recién fundada Constantinopla, una ciudad en el centro mismo del Imperio, justo en el punto que separa Oriente y Occidente.

La iconografía numismática nos entrega algunas pruebas que apuntan precisamente en esta misma dirección. Como ya sabemos, la moneda era el modo perfecto de hacer llegar los mensajes políticos fundamentales del emperador. Durante todo su reinado, Constantino empleó especialmente los argumentos militares como forma de ensalzar las tremendas ansias de poder que le llevaron, en un largo viaje, desde el extremo más occidental del Imperio —Britania, donde murió su padre— hacia Oriente. Constantino también se preocupó de mostrar qué divinidades eran las que protegían su camino. Especial interés tiene la presencia de la representación del dios Sol Invicto como compañero del emperador en todas sus contiendas. De hecho, el dios Sol se representó en más de la mitad de las monedas acuñadas por Constantino, quien demostraba así su fe total en él durante unos veinte años de su reinado. Incluso en el año 321 decretó —aunque parece posible que existiera una primera legislación en años anteriores— que el día oficial de descanso en el Imperio fuera el *dies Solis* ('día del Sol'), que en el año 386 sería renombrado como *dies Dominicus* ('día del Señor').

En cualquier caso, a partir del año 318 la representación del Sol desaparecería totalmente de las monedas de cobre —pensadas en especial para transmitir mensajes a la plebe—. De cara a las elites políticas todavía mantuvo la iconografía solar durante unos años más, aunque su paulatino acercamiento a las posturas cristianas era evidente. Y en el año 324 —al

convertirse en soberano único—, el dios Sol desapareció también de sus monedas de oro. Desde entonces y hasta el año 337, cuando falleció, sus monedas se centraron en motivos militares y su cara en los anversos aparecía mirando hacia el cielo, evidenciando un más que probable cambio de mentalidad pública del emperador.

Constantino se había cristianizado y prueba de ello es que un año después, en el 325, se celebró el concilio de Nicea para regularizar y organizar el cristianismo bajo unos conceptos claros y unificados. Solo así era posible, desde la concepción de Constantino, que el cristianismo sirviera a los intereses de Roma. Frente a unos cultos diversos en los que había multitud de cargos sacerdotales mezclados con las magistraturas civiles en un panorama difícil de gestionar, el cristianismo proporcionaba unas bases claras y diferenciadas, así como unos sacerdotes especializados en la salvación de los fieles y alejados de cualquier otro cargo.

Por otra parte, a pesar de que las fuentes cristianas muestran a Constantino como el mejor emperador, es probable que la persona que había tras las alabanzas distara mucho de aquel ser perfecto que salvó a los cristianos de las persecuciones. Constantino era un hombre ávido de poder y lo demostró durante toda su vida haciendo lo que fuera necesario para conseguir sus objetivos, aunque eso supusiera ir en contra de sus aliados e incluso de sus familiares, ejecutando a su cuñado Licinio, a su hijo primogénito, Crispo, o a su segunda esposa, Fausta.

Esta fama incluso llevó a los investigadores, especialmente en el siglo XIX, a ver su conversión al cristianismo como una mera estrategia política para conseguir grandes apoyos para su gobierno. Si bien hemos comprobado que cuadrar todos y cada uno de los detalles de lo que sabemos y lo que nos han contado sobre Constantino no es sencillo, parece posible aventurar que su conversión fue sincera, aunque no ocurrió tan pronto como tradicionalmente se había pensado. Tal vez durante su tercera década como emperador y la primera como cristiano reflexionara sobre los acontecimientos de su propio pasado y, donde antes había visto al dios Sol, ahora viera al dios cristiano y modificara de acuerdo con ello las historias épicas de batallas como la que le enfrentó a Majencio en el año 312.

En cualquier caso, su conversión afectó profundamente tanto a la sociedad romana como a su propia familia, en particular a su madre, Helena. De ella se suele oír que siempre fue cristiana o que ejerció su influencia sobre



Constantino para acercarle al cristianismo. Sin embargo, como atestiguan las propias fuentes cristianas —en concreto Eusebio de Cesarea (*Vida de Constantino* III, 47, 2) —, Helena, de quien Ambrosio de Milán dice que no había sido más que una *stabularia* —sirvienta en una posada, oficio relacionado con la prostitución en muchas ocasiones—, fue cristianizada por su hijo, tal vez en el año 325, poco después de su propia conversión. En los años siguientes, la envió a la zona de Palestina como forma propagandística de promocionar una peregrinación a Tierra Santa y así demostrar la unidad de la familia imperial con el cristianismo y calmar los ánimos ante la ejecución de Crispo. Allí fundó iglesias y ayudó a muchos en diversas ciudades.

Aunque la tradición cristiana también se lo atribuye con asiduidad, Helena no excavó en el monte Calvario ni encontró la reliquia de la Santa Cruz. Sabemos que un fragmento de madera atribuido a la cruz de Cristo existía en Jerusalén al menos desde mediados de siglo, pero la leyenda fue asociada a Helena en los últimos años en la *Historia eclesiástica* de Gelasio de Cesarea, publicada hacia el 390, y hoy solo conservada en la obra de Rufino de Aquilea, que tradujo y extendió la *Historia eclesiástica* de Eusebio. También es mencionada por Ambrosio de Milán en su *Oración por la muerte de Teodosio* del año 395. Otros autores del mismo periodo, como Sócrates de Constantinopla, Teodoreto de Ciró o Sozomeno, añadieron a la leyenda el descubrimiento de los tres clavos que sujetaron a Cristo en la cruz, alegando que uno de ellos fue llevado a Constantinopla e integrado en el casco mágico que mencionó Eusebio y que hacía invencible a Constantino.

Durante los siguientes siglos se fueron gestando esta y otras leyendas en relación con Helena, Constantino y con todos aquellos personajes romanos que de una forma u otra hubieran contribuido a la expansión de la religión cristiana. La propaganda religiosa siempre ha sido fundamental para la Iglesia, especialmente en sus orígenes. Solo así pasó de ser una pequeña secta que se escindió del judaísmo a convertirse en la religión más profesada del mundo.

## EL FIN DE UNA ERA

La conversión al cristianismo del emperador Constantino fue fundamental para consolidar el auge que experimentó a comienzos del siglo IV esta religión, que ya había sido adoptada por entre un quince y un veinte por ciento de la sociedad romana, sobre todo en las ciudades de la vertiente oriental. Desde entonces y hasta el final del siglo, el cristianismo no pararía de crecer hasta convertirse, durante el reinado del emperador Teodosio (379-395) en la religión oficial y única del Estado romano.

Pero la llegada de aquel nuevo hito, que supondría el dominio del cristianismo a escala mundial hasta nuestros días, no solo estuvo propiciada por el impulso imperial que recibieron los cristianos. Detrás del éxito del cristianismo se esconde el mayor sistema de política social y propaganda que jamás puso en práctica una religión en el mundo antiguo.

Para llegar a descubrirlo debemos retroceder en el tiempo en un viaje verdaderamente complejo y del que trataremos de hacer solo una aproximación desde el punto de vista histórico —y en ningún caso desde la fe, en la que no es nuestra labor entrometernos—. Viajemos hasta el momento en que todo comenzó, el día en que nació un niño que tiempo después se convertiría en el motor de esta nueva fe: Jesús de Nazaret.

Jesús, o más bien Yeshúa ben Josef, nació en Galilea tal vez entre los años 5 y 3 antes de Cristo —aunque suene extraño decirlo así—. Fue el monje escita Dionisio el Exiguo —que escribió entre finales del siglo V y comienzos del VI—, quien erróneamente creyó averiguar la fecha exacta del nacimiento del nazareno, con la finalidad de calcular de manera más precisa el momento adecuado para la celebración de la Pascua. Habría que esperar hasta el siglo VIII para que Beda el Venerable estableciera la datación *Anno Domini* ('año del Señor'), que seguimos empleando hoy en día, tomando esta el año 753 desde la fundación de Roma como el primer año de la era cristiana.

Aquel niño, al que no adoraron ni reyes ni pastorcillos, aprendió el oficio de carpintero y albañil de su padre, pero lo que verdaderamente le apasionaba era el estudio de las escrituras sagradas judías. Con muchas horas robadas al sueño, determinación e ingenio logró hacerse todo un experto en su interpretación mística. Con el paso de los años se dio cuenta de que el fin estaba cerca, la llegada del reino de Yahvé sobre el mundo terreno estaba muy próxima y quiso avisar de ello a la mayor cantidad de gente posible.

Sus esfuerzos fracasaron, pues tan solo unas pocas personas de las distintas zonas en las que predicó se decidieron a seguirle. Para su desgracia, los

rumores sobre el contenido de sus prédicas sí llegaron a oídos de las autoridades romanas que controlaban la zona y, en concreto, hasta el procurador Poncio Pilato. Aquel hombre que predicaba la llegada de un nuevo reino estaba cometiendo un delito contra la autoridad del emperador Tiberio, la única legítima en Judea. Jesús fue capturado, se le condenó por sedición contra el Estado romano y fue crucificado, una forma de ejecución común entre bandidos, piratas y sediciosos como él.

En este punto muchos podrán preguntarse dónde queda el episodio en el que Pilato se lava las manos, dado que fueron los judíos quienes condenaron finalmente a Jesucristo. Sin embargo, esa escena no forma parte de la vida del Jesús histórico, sino que fue modificada posteriormente por los propios cristianos para conseguir seguidores entre los romanos. Al fin y al cabo, no resultaría tan sencillo ganarlos para la causa de un hombre que «conspiraba contra el emperador y fue ejecutado por ello». De ahí que la culpa cambiara de manos y se adjudicara a los judíos en un momento en el que los primeros cristianos ya se habían separado completamente de ellos, aprovechando que estaban muy mal vistos por los romanos.

Esta es la imagen resumida de la vida del Jesús histórico. En sus últimos momentos llegó a creer que él era el elegido de Dios, el mesías-rey esperado por los judíos —y por ello fue ejecutado—, pero en ningún momento se proclamó hijo de Dios ni una figura sobrehumana que resucitaría al tercer día. Esos elementos no pertenecen a la vida de Jesús, sino a la tradición posterior, como ahora comprobaremos.

Aceptar la existencia de la figura de un judío estudioso de la ley que fracasó en su empeño de comunicar que el fin del mundo estaba próximo y que fue ejecutado por ser un sedicioso contra la ley romana, no supone ningún problema para un investigador al margen de la fe. De hecho, conocemos a diversos predicadores en la Judea de la época con unas características similares, como Rabí Honí y Rabí Hanán, cuya existencia no se pone en duda.

Aun así, al hacer esta afirmación debemos tener muy claro que no estamos hablando de Jesucristo, sino de Jesús, el hombre en el que la tradición posterior se inspiró para generar primero la esperanza de la llegada del fin del mundo y más tarde para crear la nueva religión cristiana. En Jesucristo, la figura que nos transmiten los Evangelios, se mezcla el hombre —Yeshúa— y el Cristo —Χριστός ('el Ungido')—. Este último es una construcción mística

que emplearon Pablo de Tarso y sus seguidores para dotar de un aura de poder y majestuosidad los dichos y hechos del hombre, que muchas veces queda oculto tras el brillo de esta figura.

Esa doble personalidad de hombre y mito, que está muy presente en los escritos cristianos, deja claro que Jesucristo no es un personaje histórico, pero que Jesús sí lo fue. A pesar de que las evidencias directas del hombre son escasas —algo lógico en una figura que sería muy poco conocida en su propia época—, los Evangelios nos dan la clave para descubrir al Jesús histórico. Las incongruencias, los fallos y los errores del propio Jesús están presentes en ellos, algo que no sería así de haber sido inventados. ¿Por qué mostrar las debilidades del hombre en sus últimos momentos durante su supuesta ascensión al Padre? ¿Por qué presentar en diversas ocasiones su ira y rencor humanos? Todas estas complicaciones y muchas otras serían innecesarias a la hora de generar un mito que convenciera a los nuevos fieles. Su humanidad escapa entre las rendijas de la fe y nos deja ver, al menos en parte, al hombre detrás del mito.

Su resurrección es un asunto realmente complejo, pero es posible encontrar una explicación en el hecho de que quienes le siguieron en vida —tal vez algo menos de un centenar de personas en total, contando a los apóstoles— quedaron destrozados con su muerte y, en el luto, que pasaron, comenzaron a sentir cercana su presencia espiritual y a creer que realmente era el mesías y que su muerte formaba parte del plan de Dios. Su resurrección sería, por tanto, conceptual y espiritual, no física. Con el paso del tiempo, y al abrirse la fe a tantas personas que no contaban con formación teológica previa, la resurrección se fue tornando poco a poco en algo carnal durante la fase de formación del mito, que cristalizó y quedó inmortalizado en el Evangelio después de las diversas transformaciones que sufrió, especialmente a manos de Pablo de Tarso.

Fue este quien realmente generó este mito fundacional, uniendo al hombre que había existido realmente con la figura mística que anunciaba el fin del mundo. Pablo era un judío radical pero de formación helenística que, como Jesús, tenía el convencimiento de que el reino de Dios en la Tierra estaba próximo y con él la restauración de las doce tribus de Israel —representadas por los doce apóstoles en la concepción nacionalista de Jesús—. Pablo creía firmemente que Jesús había sido el mesías que había anunciado aquel

mensaje con claridad, por lo que decidió extender la noticia, no solo entre los judíos, sino también entre los paganos.

A comienzos del siglo II, el fin del mundo no había llegado, la bestia no se había revelado y en ese tiempo los cristianos se habían posicionado ya lo suficientemente lejos de los postulados judíos como para constituir una nueva fe independiente. Desde mediados del siglo anterior y hasta finales del mismo se escribieron los Evangelios y se compusieron la mayoría de los textos que hoy forman parte del Nuevo Testamento. Al respecto de los Evangelios canónicos, todos sus autores bebieron de la tradición paulina al redactar sus escritos. No sabemos quiénes fueron en realidad los hombres que escribieron aquellos textos, a pesar de que tradicionalmente se les identifique con discípulos de Jesús, lo cual es imposible por su forma de escribir, de concebir los hechos y también por las fechas en las que fueron compuestos.

El evangelio más antiguo que conservamos es el atribuido por la tradición desde el siglo II a Marcos. Fue escrito en griego, seguramente hacia el año 70 y tal vez en Roma. Los evangelios de Mateo y Lucas —quien incluye una segunda parte conocida como «Hechos de los apóstoles»— fueron escritos hacia los años 80-90 y tuvieron los textos de Marcos como fuente principal, aunque los investigadores piensan que ambos leyeron también otra fuente hoy perdida que contendría dichos de Jesús, escrita tal vez hacia mediados de siglo y que la historiografía ha dado en denominar «fuente Q». Finalmente, el Evangelio de Juan, el más tardío de los cuatro, y por ello muy diferente a los otros tres —denominados «sinópticos»—, fue escrito hacia los años 90-100, reelaborando y reinterpretando la tradición de Jesús hasta entonces difundida.

Más allá de las fuentes cristianas existen algunas menciones a Jesús en los textos romanos, siendo el más importante de ellos el llamado *testimonium flavianum*, de Flavio Josefo (*Antigüedades judías* XVIII, 63-64). En él aparece Jesús mencionado como el mesías y se habla sobre su resurrección. La mayoría de investigadores piensa que, aunque existen grandes interpolaciones posteriores añadidas por copistas cristianos a quienes no gustó el contenido del texto, la mención a Jesús como uno de los personajes que causaron desgracias al pueblo de Israel es real. Algo similar ocurre con el testimonio de Tácito en sus *Anales* (XV, 44, 2-3), precisamente en relación con las consecuencias del incendio del año 64 bajo el gobierno de Nerón. Aunque en este caso, en el que también se han planteado dudas al respecto de las posibles interpolaciones, la opinión no es unánime. Menos aún lo es en la

mención de Suetonio en su *Vida del Divino Claudio* (XXV, 4), en la que el manuscrito recoge el nombre de un tal Chresto, que se ha querido identificar con Cristo, pero que bien podría ser un agitador judío de la época.

Estos testimonios realmente no invalidan la existencia de Jesús —más bien justo al contrario—, pero no aportan demasiado conocimiento sobre su vida. Aun así, son pruebas fehacientes de que la propaganda cristiana posterior caló muy hondo en la sociedad, haciendo que se llegaran a modificar textos clásicos durante los procesos de traducción o copia a nuevos soportes, llevados a cabo para que el deterioro físico de los códices y volúmenes no hiciera desaparecer sus valiosos contenidos.

Durante el siglo III el cristianismo continuó su expansión firme, a pesar de que la imagen que tenemos es la de las grandes persecuciones contra los cristianos. Hasta el año 249, cuando comenzó la primera persecución a gran escala contra estos emprendida por el emperador Trajano Decio, Roma no había perseguido a los cristianos de forma generalizada, sino que había impuesto castigos puntuales a aquellos que se habían negado a venerar a sus dioses, o al emperador, siendo incluso considerados ateos.

En el invierno del año 249, Decio publicó un edicto —hoy perdido— por el que se obligaba a todos los habitantes del Imperio a realizar un sacrificio a los dioses ante la autoridad competente y a jurar que siempre lo habían hecho así. Roma había sido tradicionalmente muy tolerante a la hora de integrar en los cultos oficiales a diversos dioses o, como mínimo, había respetado otras religiones siempre que quienes las profesaban también adoptaran a los dioses romanos. Los cristianos tenían prohibido adorar a cualquiera que no fuera su dios, por lo que este edicto —sin mencionarles de forma específica— se convertía en un problema para ellos. Miles de cristianos cumplieron por miedo lo que se ordenaba y también para conseguir un *libellus*, documento en el que se acreditaba que lo habían hecho, aunque por ello sufrieron represalias por parte de otros cristianos. Aunque no sabemos si el edicto especificaba penas y castigos para quienes se negaran, lo cierto es que se produjeron exilios, confiscaciones de propiedad, torturas e incluso ejecuciones.

En el año 251 —coincidiendo con la muerte de Decio—, el edicto dejó de aplicarse, y no fue hasta el año 257 cuando el emperador Valeriano recuperó las obligaciones religiosas en los mismos términos que Decio, provocando que los cristianos que se negaran a honrar a los dioses fueran exiliados o

condenados a muerte. La persecución acabó por orden de su hijo Galieno en el año 260. Finalmente, después de cuarenta años de paz, tuvo lugar la gran persecución de los tetrarcas Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio —siendo este último quien la aplicó con menor rigor—, la tercera y última que se llevó a cabo contra los cristianos. Diocleciano sí estableció leyes contra los cristianos, que habían sido tolerados en periodos anteriores. Entre los años 303 y 311 se destruyeron lugares de culto, se quemaron textos y se negaron sus derechos legales a los cristianos, aunque según recoge Lactancio (*Sobre la muerte de los perseguidores* 11, 8), Diocleciano trató de hacer que no hubiera derramamiento de sangre. Por su parte, Galerio opinaba que los cristianos que se negasen a ofrecer sacrificios a los dioses debían ser quemados vivos.

No obstante, fue el propio Galerio quien terminó por revocar la persecución —ya en su lecho de muerte— convirtiendo el cristianismo en una *religio licita* —o permitida—, lo que la colocaba a la altura del judaísmo. El edicto de tolerancia se publicó en Nicomedia el 30 de abril del año 311 y fue la antesala del llamado Edicto de Milán, que —como ya comentamos— se firmó entre Constantino y Licinio el 13 de junio del año 313 para ratificar el texto de Galerio.

*Inter cetera quae pro rei publicae semper commodis atque utilitate disponimus, nos quidem volueramus antehac iuxta leges veteres et publicam disciplinam Romanorum cuncta corrigere atque id providere, ut etiam Christiani, qui parentum suorum reliquerant sectam, ad bonas mentes redirent, siquidem quadam ratione tanta eosdem Christianos voluntas invasisset et tanta stultitia occupasset, ut non illa veterum instituta sequerentur [...] Denique cum eiusmodi nostra iussio extitisset, ut ad veterum se instituta conferrent, multi periculo subiugati, multi etiam deturbati sunt. Atque cum plurimi in proposito perseverarent ac videremus nec diis eosdem cultum ac religionem debitam exhibere nec Christianorum deum observare, contemplatione mitissimae nostrae clementiae intuentes et consuetudinem sempiternam, qua solemus cunctis hominibus veniam indulgere, promptissimam in his quoque indulgentiam nostram credidimus porrigendam. Ut denuo sint Christiani et conventicula sua componant, ita ut ne quid contra disciplinam agant. [...] Unde iuxta hanc indulgentiam nostram debebunt deum suum orare pro salute nostra et rei publicae ac sua, ut undique versum res publica praestetur incolumis et securi vivere in sedibus suis possint.*

Entre las restantes disposiciones que hemos tomado mirando por el bien y el interés del Estado, nos hemos procurado, con el intento de amoldar todo a las leyes tradicionales y a las normas de los romanos, que también los cristianos, que habían abandonado la

religión de sus padres, retornasen a los buenos propósitos. En efecto, por motivos que desconocemos, se había apoderado de ellos una contumacia y una insensatez tales, que ya no seguían las costumbres de los antiguos [...] Tras emitir nosotros la disposición de que volviesen a las creencias de los antiguos, muchos accedieron por las amenazas, otros muchos por las torturas. Mas, como muchos han perseverado en su propósito y hemos constatado que ni prestan a los dioses el culto y la veneración debidos, ni pueden honrar tampoco al dios de los cristianos, en virtud de nuestra benevolísima clemencia y de nuestra habitual costumbre de conceder a todos el perdón, hemos creído oportuno extenderles también a ellos nuestra muy manifiesta indulgencia, de modo que puedan nuevamente ser cristianos y puedan reconstruir sus lugares de culto, con la condición de que no hagan nada contrario al orden establecido. [...] Así pues, en correspondencia a nuestra indulgencia, deberán orar a su dios por nuestra salud, por la del Estado y por la suya propia, a fin de que el Estado permanezca incólume en todo su territorio y ellos puedan vivir seguros en sus hogares.

(Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, 34).

Como podemos ver en el texto, Galerio, que no llegaba a entender la insensatez de los cristianos que no querían retornar a las costumbres tradicionales, decidió permitirles mantener sus cultos. El objetivo principal de esta y del resto de las persecuciones —como se lee claramente al final de la cita— no era destruir la religión cristiana ni castigar a sus fieles por placer, como prácticamente ha transmitido la Iglesia posteriormente, sino asegurar en todo momento el bienestar del Estado mediante las plegarias a los dioses. Si los cristianos no querían adorar a las divinidades de los romanos, al menos debían pedirle a su propia divinidad que fuera favorable para con Roma y su Imperio.

Las persecuciones contra los cristianos duraron, a lo sumo, menos de quince años en los tres siglos de historia en los que Roma había convivido con esta religión y, en muchos casos, conllevaron penas económicas o encarcelamientos y no la muerte. La visión instaurada durante siglos de persecuciones continuas y de ejecuciones de miles y miles de cristianos en sangrientos espectáculos con leones es, en gran parte, un mito extendido por la Iglesia como parte de la narrativa teológica de los martirios de santos. A pesar de ello, es innegable que existieron ejecuciones —especialmente en el norte de África—, algunas tan importantes como la de Cipriano, obispo de Cartago, cuya sentencia de condena a morir por la espada conservamos. Aun



así, se estima que, a lo largo de tres siglos, fueron algunos cientos —y no varios miles de personas— los ejecutados por causas similares.

Una vez hemos comprobado que los terribles y generalizados martirios a los cristianos no fueron tales —o, al menos, no en el grado y la magnitud en que siempre se nos han presentado—, podemos seguir indagando en otros motivos por los que el cristianismo pasó de ser un culto marginal a la religión principal del Imperio en poco más de trescientos años.

La doctrina cristiana, como otros cultos de tipo místico surgidos en Oriente, tenía en su origen el concepto solar de nacimiento, muerte y resurrección. Principalmente a partir del siglo II, se alzó como una importante alternativa a otras religiones de salvación que existían en la época. Este tipo de creencias se basa en la superación de una serie de niveles o estadios a través de pruebas de fe —que en el cristianismo se denominan sacramentos—, cuyo cumplimiento permite que el iniciado consiga la salvación eterna del alma en la otra vida. Así lo creían los cristianos y otros muchos —como los fieles de Mitra— que, en tiempos de desasosiego, se esforzaban más en conseguir la salvación futura después de la muerte que en ocuparse de la vida presente.

Este tipo de credos diferían de la religión tradicional romana en que esta no basaba sus rituales en la esperanza de una salvación futura, sino en una relación directa de interdependencia con los dioses. A ellos se les solicitaban favores y, a cambio, se les entregaban ofrendas y sacrificios para que ayudaran a quien se los pedía, ya fuera un particular, el emperador o el Estado en su conjunto. Roma siempre fue tolerante con otras religiones, mientras no interfirieran en sus propias creencias y mantuvieran el respeto por los cultos oficiales a los dioses y a los emperadores.

De ahí que devociones como el mitraísmo —que compartía una amplia tradición y rituales con el cristianismo por su desarrollo paralelo— no fueran perseguidas o mal vistas al no tener ningún problema en acatar a otras divinidades —al contrario que el monoteísmo cristiano, herencia del judaísmo del que surgía—. Y a pesar de todo, fue el cristianismo y no el mitraísmo —por mencionar solo uno de los muchos ejemplos de cultos místicos, como el de Eleusis o el de Baco—, el que triunfó.

Uno de los factores más importantes de este triunfo cristiano fue la concesión gratuita de la salvación. En contra de otras religiones en las que los fieles debían pagar —lo que solamente unos pocos podían permitirse—,

Cristo ofrecía una salvación eterna abierta a todos. Esto era especialmente importante en el caso de las mujeres, a las que algunos de estos cultos, como el mitraico, les estaban vetados. El cristianismo conseguía así el interés potencial del cincuenta por ciento de la población. En este mismo sentido, el mandamiento del amor al prójimo fue también indispensable para la supervivencia de la comunidad cristiana. Este sentimiento de unidad de las comunidades de fieles, desarrollado principalmente por las mujeres del grupo como si se tratara de una suerte de seguridad social —salvando las distancias temporales y conceptuales—, hacía que su esperanza de vida aumentara y que se vieran afectados en menor medida por epidemias. Así, los grupos de cristianos no dejaban de crecer, difundiendo la palabra de la salvación cada vez en más lugares.

Pero el mayor escollo del cristianismo en su ascenso hasta la cumbre fue, sin duda, la divinidad que dominó el panteón religioso romano desde finales del siglo III: el dios Sol Invicto.

Los inicios del culto al dios Sol en Roma se pueden rastrear desde la República, cuando se le veneraba en dos santuarios diferentes. En el año 10 a. C., Augusto le dedicó un gran obelisco, que desde entonces presidió la *spina* central del Circo Máximo. En los años posteriores, se le erigieron diversos espacios de culto y estatuas, siendo la más famosa de todas el coloso, que terminó por situarse junto al gran anfiteatro de los Flavios.

En el siglo II, el Sol recibió el sobrenombre de Invicto por su camino eterno de muerte en el ocaso y resurrección al alba, convirtiéndose paulatinamente en una divinidad cada vez más importante para los romanos. En el año 274, el emperador Aureliano impulsó el culto del dios Sol Invicto con un majestuoso templo junto al campo de Marte, donde se le honraría a partir de entonces cada 25 de diciembre, coincidiendo con el solsticio de invierno, cuya fecha ha variado con el paso de los siglos hasta situarse en el día 21, a causa de los ajustes del calendario. Ese era el día en el que el Sol renacía de su letargo invernal y resurgía cada vez con más fuerza en su pausado pero inexorable camino hacia el solsticio de verano.

El Sol se había convertido en la divinidad fundamental de la mayoría de los romanos haciendo, incluso, que el resto de dioses se consideraran extensiones y partes del gran conjunto unitario que representaba el dios Sol. Muchos emperadores lo adoptaron como su divinidad protectora para que se comparara el poder universal del astro en el cielo con el suyo en la Tierra. Un

caso paradigmático es el del emperador Constantino que ya conocemos. De hecho, su conversión al cristianismo después de haber adorado al dios Sol no debe extrañarnos, pues Cristo y el astro rey desarrollaron una especial relación a comienzos del siglo IV, que fue forzada de manera premeditada y propagandística por los cristianos.

En un movimiento digno de las estrategias publicitarias actuales más agresivas, los cristianos comenzaron a celebrar el nacimiento de Jesucristo el mismo día en el que se celebraba el del Sol. La asimilación de Cristo con el propio dios Sol hacía más sencillo que quienes adoraban al Invicto comenzaran a venerar también al dios cristiano. En el año 336, encontramos la referencia más antigua a la celebración de la Navidad el 25 de diciembre, aunque la práctica seguramente surgió en los años anteriores, durante el reinado de Constantino.

Cristo se convertía así en el Sol, siendo representado en esta época como tal, con la corona de rayos propia del astro rey. Pero no se trataba de un Sol pagano y demoniaco, sino el Sol de Justicia que había venido a traer la luz eterna al mundo.

Tras un breve periodo —361-363— en el que el emperador Juliano, hijo de un hermanastro de Constantino, rechazó el cristianismo y reinstauró los cultos tradicionales —lo que le valió el apelativo de Apóstata en la historia—, el cristianismo concluyó su escalada de poder en el año 380, cuando se convirtió de forma definitiva en la religión oficial del Imperio de la mano de Teodosio I y a través del conocido como edicto de Tesalónica. Aquella medida no fue única, ya que bajo el gobierno de Teodosio se publicaron otros muchos decretos que no iban dirigidos a los cristianos, sino a todos aquellos que hasta entonces habían expresado sus distintos credos en libertad —englobados por los cristianos bajo el concepto de paganos—. Entre los años 391 y el 392 se prohibieron los sacrificios, la veneración de divinidades e incluso la entrada en sus templos. En el 395 los emperadores Honorio y Arcadio, hijos de Teodosio, decretaron también la eliminación de las festividades paganas del calendario oficial.

La idiosincrasia religiosa romana —mantenida durante tantos siglos— terminaría por desaparecer, dejando solo el recuerdo de algunos ritos y otros pequeños retales que se mantuvieron ocultos a través de la historia, para que ahora podamos rescatarlos, tratar de comprenderlos y darlos a conocer.

# EPÍLOGO

La historia es interpretación y cada persona que escribe aporta su propia visión y plasma entre sus palabras los motivos que le han llevado a compartirla. Tras haber leído estas páginas, mi intención ha quedado reflejada con claridad o, al menos, eso espero. He tratado de aportar nueva luz sobre ciertos episodios y personajes de la antigua Roma, desde sus orígenes hasta su completa transformación en un sistema político, social y económico nuevo y diferente. Algunos de ellos muy conocidos —y caricaturizados por los historiadores y por la cultura popular— y otros más ocultos, pero igual de importantes para la comprensión del pasado romano.

La historia no es el discurso unívoco y simplificado que nos contaban de pequeños para darnos unas bases generales de cultura o el que nos ofrecen — en muchas ocasiones manipulado—, sin ser ya tan niños, por motivos interesados. La historia tiene sus hechos, pero también sus engaños, propaganda y mentiras que reflejan las opiniones y las concepciones de quienes la escribieron hace ya mucho tiempo y de los que ahora la transmiten.

Esto no tiene por qué ser malo para nosotros, pues solo así logramos acercarnos a los pensamientos más profundos de aquellas personas que ya forman parte de nuestro sustrato histórico. Pero, más allá de sus contextos, y después de analizar lo que nos cuentan y sus porqués, encontramos relatos en los que se intuye que ni los buenos fueron tan buenos ni los malos tan malos como siempre nos contaron. La historia no es blanca ni negra y, como en nuestro presente, tiene muchos matices que cada uno debe descubrir.

El pensamiento crítico —una conciencia que nos haga ir en busca de la verdad, por muy difícil que eso sea en ocasiones en la ciencia histórica— nos servirá igualmente para vislumbrar lo ocurrido hace dos mil años y lo que ocurre a diario en nuestra sociedad. Ojalá este libro despierte esa curiosidad,

genere sorpresa y nos ayude a desenmascarar las *fake news* del ayer —y acaso también nos de pistas para comprender las del hoy—, porque en la historia siempre ha existido gente que por ignorancia, miedo o ambición ha tratado de cambiar y deformar lo que una vez fue, y eso es algo que no debemos permitir.

No somos quiénes para juzgar los actos del pasado remoto, pues nuestra civilización y nuestra idiosincrasia son muy distintas de aquellas, pero sí debemos tratar de mostrar lo que de verdad ocurrió entonces o, al menos, de dar una visión aproximada de ello. Hay cosas que sencillamente, no llegaremos a saber nunca. Muchas las hemos descubierto con el paso del tiempo y el avance de la investigación; de tantas otras, tan solo podremos hacer suposiciones y plantear hipótesis razonables. Las certezas en historia son esquivas, pero investigadores y divulgadores tenemos la obligación de transmitir lo que sabemos —en este caso, sobre el mundo romano— para que entre todos reconstruyamos nuestro propio pasado, del que somos herederos y que cimenta las bases de nuestra sociedad, nuestra cultura y nuestras ideas.

*Voto finiendum volumen est. Iuppiter Capitoline, et auctor ac stator Romani nominis Gradive Mars, perpetuorumque custos Vesta ignium et quidquid numinum hanc Romani imperii molem in amplissimum terrarum orbis fastigium extulit, vos publica voce obtestor atque precor: custodite, servate, protegite hunc statum, hanc pacem, hunc principem, eique functo longissima statione mortali destinate successores quam serissimos, sed eos, quorum cervices tam fortiter sustinendo terrarum orbis imperio sufficientiam quam huius suffecisse sensimus, consiliaque omnium civium aut pia fovete aut impia opprimite.*

Permitidme que acabe mi volumen con una plegaria. Júpiter Capitolino y Marte Gradivo, fundador y protector de los romanos y Vesta, guardiana del fuego eterno y todas las divinidades protectoras que habéis elevado a lo más alto del orbe terrestre esta gran obra del Imperio romano, os invoco y ruego en nombre de este pueblo: guardad, mantened, proteged esta estabilidad, esta paz, a este príncipe y después de agotada una prolongadísima residencia mortal, destinadle sucesores lo más tarde posible, y que sean capaces de sostener sobre sus hombros valientemente el Imperio del mundo como lo ha hecho este. Favoreced los planes piadosos de todos los buenos ciudadanos y aplastad los designios impíos de los malvados.

(Veleyo Patérculo, *Historia romana* II, 131).

## AGRADECIMIENTOS

Dicen que quien puede vivir de hacer lo que le apasiona no tendrá que trabajar ni un solo día en su vida. Una vez más, la oportunidad de escribir este libro me ha hecho confirmar que cada día de investigación y escritura de estas páginas —que han sido muchos— ha reflejado plenamente el sentido de esta frase. El trabajo del divulgador es duro si se hace correctamente, pero también muy grato cuando a uno le agradecen día tras día sus esfuerzos.

El tema de este libro es complejo, pues he tratado de sumergirme en la investigación a un nivel que ciertas personas dirían que no es apropiado para un público general. Yo pienso de forma diferente. En divulgación todo es comprensible e incluso interesante si se sabe cómo explicarlo. Así, espero que al leerlo hayas comprendido al menos los conceptos básicos que se esconden y se repiten invariablemente a lo largo de toda la Antigüedad en forma de bulos históricos que he tratado de desmontar. Espero también que —seas lego o docto en la materia— hayas aprendido algo nuevo que te haya hecho reflexionar.

Si lo he conseguido, el mérito no será solo mío. Esta obra —que, espero, cambie de forma radical la manera en la que miramos comúnmente al mundo romano desde lo general a lo particular— no sería una realidad sin las aportaciones y la ayuda de muchas personas. En primer lugar, como siempre, tengo que mostrar mi agradecimiento a todo el equipo de Espasa, que ha sabido ver que una divulgación de calidad es necesaria. Especial mención merecen Pilar Cortés y Alegría Gallardo, que siempre están ahí para resolver mis dudas, aportar propuestas y acompañarme en este emocionante camino.

De entre los muchos que han compartido conmigo pequeñas ideas, comentarios y ayuda en los detalles, me gustaría destacar a María Limón, siempre atenta a mis consultas; a Pablo Díaz, que me orientó en el periodo

que mejor conoce; a Sergio España, que ha sido mis ojos y mis oídos en Roma en varias ocasiones; a Luís Romero por su aportación epigráfica y a Javier Andreu por su apoyo y consejos.

Debo mostrar mi agradecimiento a Daniel Ramon, filólogo que ha revisado los textos clásicos del libro, sin cuya dedicación este pobre arqueólogo habría cometido seguramente más de un fallo en las traducciones. Y también a María Engracia Muñoz y Mario Agudo —compañeros de batallas en esto de la divulgación— por el apoyo compartido en diversas ocasiones.

No puedo olvidarme de mis padres, que han sido los primeros lectores, y correctores del manuscrito, gracias a quienes la lectura es más ágil y clara en muchos puntos. A mi compañera de vida que, aun estando rodeada de romanos, se mantiene junto a mí. A todos mis seres queridos —los que están aquí y los que ya se han unido a los manes que protegen a mi familia—, que no han parado nunca de apoyarme y de animarme a seguir adelante.

Aunque parezca extraño, también tengo que dar las gracias a aquellas personas que vulgarizan la historia, porque despertaron en mí la necesidad de trabajar más y mejor para que la divulgación deje de ser el juguete maleable de sus egos y se convierta en algo constructivo, edificante y libre de bulos y malas intenciones.

A los «buenos» y, especialmente, a los «malos» de la historia por crear un rompecabezas apasionante en el que sumergirse, y al emperador Augusto por enseñarme a «apresurarme lentamente» en cualquier situación de la vida.

No dejaré nunca de expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas que siguen y apoyan desde hace años el proyecto *Antigua Roma al Día* en Twitter, Instagram, YouTube, Facebook y la web *antiguaroma.com*, o en ponencias, viajes y proyectos. Sois vosotros los que realmente me habéis permitido llegar hasta este punto y por ello os estaré eternamente agradecido.

Por último, gracias a ti, lector y amante de la antigua Roma, porque leyendo este libro estás contribuyendo a hacer un poco más de historia, una historia más justa, ecuánime y libre de bulos, engaños y noticias falsas.



## FUENTES CLÁSICAS

AMBROSIO DE MILÁN, *Oración sobre la muerte de Teodosio*.

ANÓNIMO, *El origen de la estirpe romana*.

ANÓNIMO, *Himnos homéricos*.

APIANO, *Guerras civiles*.

— *Historia romana*, «Sobre Iberia».

AUGUSTO, *Hazañas del Divino Augusto*.

AULO GELIO, *Noches áticas*.

CASIODORO, *Variae*.

CENSORINO, *Sobre el día del nacimiento*.

CICERÓN, *Cartas a Ático*.

— *Filípicas*.

— *La invención retórica*.

— *Sobre la adivinación*.

— *Sobre la naturaleza de los dioses*.

— *Sobre la República*.

— *Sobre la respuesta de los arúspices*.

— *Sobre las leyes*.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *¿Quién es el rico que se salva?*

COLUMELA, *Sobre las cosas del campo*.

DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca histórica*.

DIÓN CASIO, *Historia romana*.

DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades romanas*.

ENIO, *Anales (fragmentos)*.

ESTACIO, *Silvas*.

ESTRABÓN, *Geografía*.

EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*.

— *Vida de Constantino.*

EUTROPIO, *Breviario.*

FESTO, *Sobre el significado de las palabras.*

FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades romanas.*

FLORO, *Epítome de la historia de Tito Livio.*

FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Embajada a Cayo.*

GALENO, *Las facultades del alma siguen los temperamentos del cuerpo.*

GELASIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* (citada por Rufino de Aquilea).

HEFESTIÓN DE TEBAS, *Apotelesmática.*

HERODIANO, *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio.*

HOMERO, *Iliada.*

IRENEO DE LYON, *Contra los herejes.*

JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, *Sobre los hombres ilustres.*

JUAN EL EVANGELISTA, *Evangelio de Juan.*

JUAN DE PATMOS, *Libro de la revelación.*

JULIO OBSECUENTE, *Libro de los prodigios.*

JUVENAL, *Sátiras.*

LACTANCIO, *Instituciones divinas.*

— *Sobre la muerte de los perseguidores.*

LUCAS EL EVANGELISTA, *Evangelio de Lucas.*

— *Hechos de los apóstoles.*

MACROBIO, *Saturnales.*

MARCOS EL EVANGELISTA, *Evangelio de Marcos.*

MATEO EL EVANGELISTA, *Evangelio de Mateo.*

NICOLÁS DE DAMASCO, *Vida de Augusto.*

OPIANO DE APAMEA, *De la caza.*

OROSIO, *Historias contra los paganos.*

OVIDIO, *El arte de amar.*

— *Fastos.*

— *Las tristes.*

PABLO DE TARSO, *Cartas paulinas.*

PETRONIO, *Satiricón.*

PLINIO EL JOVEN, *Cartas.*

— *Panegírico a Trajano.*

PLINIO EL VIEJO, *Historia natural.*

PLUTARCO, *Cuestiones romanas*.  
— *Obras de morales y costumbres*.  
— *Vidas paralelas* («Camilo»; «Julio César»; «Numa»; «Pompeyo»; «Publícola»; Rómulo»).

PROCOPIO, *Historia de las guerras*.  
— *Historia secreta*.

PROPERCIO, *Elegías*.

PSEUDO AURELIO VICTOR, *Sobre los Césares*.  
— *Sobre los hombres ilustres de la ciudad de Roma*.

PSEUDO VIRGILIO: *Apéndice virgiliano*.

QUINTILIANO, *Instituciones oratorias*.

RUTILIO NAMACIANO, *Sobre su vuelta*.

SÉNECA EL JOVEN, *Diálogos*.  
— *Cartas a Lucilio*.  
— *La calabacificación del Divino Claudio*.  
— *Sobre la clemencia*.

SERVIO, *Comentario a la Eneida de Virgilio*.

SÓCRATES DE CONSTANTINOPLA, *Historia eclesiástica*.

SOZOMENO, *Historia eclesiástica*.

SUETONIO, *Vidas de los doce Césares*.

SULPICIO SEVERO, *Historia sacra*.

TÁCITO, *Anales*.  
— *Germania*.  
— *Historias*.

TEODORETO DE CIRO, *Historia eclesiástica*.

TITO LIVIO, *Desde la fundación de la ciudad*.

VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables*.

VARRÓN, *Sobre la lengua latina*.  
— *Sobre las cosas del campo*.

VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana*.

VICTORINO, *Comentario al Apocalipsis*.

VIRGILIO, *Eneida*.

VITRUVIO, *Sobre la arquitectura*.

VV. AA., *Código de Justiniano*.  
— *Código de Teodosio*.  
— *Historia Augusta*.

— *Panegíricos latinos.*  
ZÓSIMO, *Nueva historia.*

# BIBLIOGRAFÍA

- AE* = 1995, *L'Année épigraphique (Année 1992)*. Presses universitaires de France, París.
- ALBERDI LONBIDE, X., ARAGÓN RUANO, A., PÉREZ CENTENO, J. M., 2005, «Quince años de investigaciones histórico-arqueológicas en torno a Getaria». *Munibe (Antropología-Arkeologia)*, 57, pp. 435-451.
- ALFÖLDY, A., 1932, «The Helmet of Constantine with the Christian Monogram», *The Journal of Roman Studies*, vol. 22, Part 1: *Papers Dedicated to Sir George Macdonald K.C.B*, pp. 9-23.
- 1969, *The conversion of Constantine and pagan Rome*. Trad. H. Mattingly. Clarendon Press, Oxford. Original publicado en 1948.
- ALMAGRO GORBEA, M., 2005, «Etnogénesis del País Vasco: de los antiguos mitos a la investigación actual». *Munibe (Antropología-Arkeologia)*, 57, pp. 345-364.
- ALONSO, J., 2017, *La resurrección. De hombre a Dios*. Arzalia ediciones, Madrid.
- ALONSO FERNÁNDEZ, Z., 2013, «Maenadic Ecstasy in Rome: fact of fiction?», en A. Bernabé, M. Herrero, A. I. Jiménez y R. Martín (eds.), *Redefining Dionysos*, pp. 185-199.
- ALSTON, R., 2011, «Rereading ancient slavery», en R. Alston, E. Hall y L. Proffitt (eds.), *Reading ancient slavery*, pp. 1-33.
- ALVAR, J., (ed.), 2008, *Entre fenicios y visigodos. La historia antigua de la península ibérica*. La esfera de los libros, Madrid.
- AMMERMAN, A. J., 1990, «On the origins of the *Forum romanum*». *American journal of archaeology*, vol. 94, 4, pp. 627-645.
- BALDWIN, B., 1990, «Commodus the good poet and good emperor», *Gymnasium*, 97, pp. 224-231.

- BANDIARÁN MAESTU, I., VEGAS ARAMBURU, J. I., 1990, *Los grupos humanos en la prehistoria de Encia-Urbasa: análisis cultural de asentamientos, sistemas de explotación, modos de vida y ritos desde el Neolítico hasta el final de la Edad Antigua*. Sociedad de Estudios Vascos / Eusko Ikaskuntza, Donostia.
- BARBERO, A., 2017, *Costantino. Il vincitore*, Salerno editrice, Roma.
- BARKER, D., 1996, «The golden age is proclaimed? The *Carmen Saeculare* and the renaissance of the golden race». *The Classical Quarterly*, vol. 46, pp. 434-446.
- BARRETT, A. A., 2001, «Tacitus, Livia and the evil stepmother». *Rheinisches Museum für Philologie*, vol. 144, 2, pp. 171-175.
- 2002, *Livia. First lady of imperial Rome*, Yale University Press, New Haven y Londres.
- BARRETT, A. A., FANTHAM, E., YARDLEY, J. C., 2016, *The emperor Nero. A guide to the ancient sources*. Princeton University Press, Princeton.
- (ed.), 2008, *Lives of the caesars*. Blackwell publishing, Malden.
- BAUMAN, R. A., 1990, «The suppression of the Bacchanals: five questions», *Historia Zeitschrift für alte geschichte*. vol. 39, 3, pp. 334-348.
- 1992, *Women and politics in ancient Rome*. Routledge, Londres y Nueva York.
- BEARD, M., 2013, *La herencia viva de los clásicos: Tradiciones, aventuras e innovaciones*. Trad. J. Alquézar, Editorial Crítica, Barcelona. Original publicado en 2013.
- 2014, *Laughter in ancient Rome. On joking, tickling, and cracking up*. University of California Press, Berkeley, Los Ángeles y Londres.
- BEARD, M., NORTH, J., PRICE, S., 1998a, *Religions of Rome. Volume 1: a history*. Cambridge University Press, Cambridge.
- 1998b, *Religions of Rome. Volume 2: a sourcebook*. Cambridge University Press, Cambridge.
- BENNETT, J., 1997, *Trajan, Optimus Princeps: A life and times*. Routledge, Londres y Nueva York.
- BERMEJO RUBIO, F., 2018, *La invención de Jesús de Nazaret. Historia, ficción, historiografía*. Siglo XXI de España editores, Madrid.
- BIRLEY, A. R., 1997, *Hadrian. The restless emperor*. Routledge,

- Londres y Nueva York.
- 1999, *Septimius Severus. The African emperor*. Routledge, Londres y Nueva York.
- BISHOP, M. C., COULSTON, J. C. N., 2016, *Equipamiento militar romano. De las guerras púnicas a la caída de Roma*. Trad. T. Balbás, Desperta Ferro Ediciones, Madrid. Original publicado en 2006.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1989, «¿Romanización o asimilación?», *Nuevos estudios sobre la romanización*, pp. 99-145.
- 2008, *Adriano*. Ariel, Barcelona.
- BOCCUCCIA, P., 2001, «Livelli di ocupazione dell'età del bronzo nel Giardino romano: il bronzo finale», *Bulletino della commissione archeologica comunale di Roma, CII*, pp. 299-306.
- BOTHA, P. J. J., 1989, «The historical Domitian-illustrating some problems of historiography», *Neotestamentica*, vol. 23, 1, pp. 45-59.
- BORGNA, E., 1993, «Ancile e arma ancilia: osservazioni sullo scudo dei Salii», *Ostraka 2*, pp. 9-42.
- BORMANN, E., HENZEN, G., (eds.), 1876, *Corpus Inscriptionum Latinarum. Voluminis sexti pars prima. Inscriptiones sacrae. Augustorum, magistratum, sacerdotum. Latercula et tituli militum*. Apud Georgium Reimerum, Berlín.
- BORMANN, E., HENZEN, G., HUELSEN, C. H. R., (eds.), 1882, *Corpus Inscriptionum Latinarum. Voluminis sexti pars secunda. Monumenta columbariorum. Tituli officialium et artificum. Tituli sepulcrales reliqui: A-Claudius*. Apud Georgium Reimerum, Berlín.
- BRADLEY, K. R., 1988, «Roman slavery and roman law», *Historical reflections / Réflexions historiques*, vol. 15, 3, pp. 477-495.
- BRAVO, G., 2011, *Nueva historia de la España antigua. Una revisión crítica*. Alianza Editorial, Madrid.
- 2012, «¿Otro mito historiográfico? La crisis del siglo III y sus términos en el nuevo debate», *Studia historica. Historia antigua*, 30, pp. 115-140.
- BREMMER, J. N., 2006, «The vision of Constantine», en A. P. M. H. Lardinois. M. G. M. van der Poel, V. J. C. Hunink (eds.), *Land of dreams. Greek and latin studies in Honour of A. H. M. Kessels*, pp. 57-79.
- BREMMER, J. N., HORSFALL, N. M., 1987, *Roman myth and*

- mythography. Bulletin supplement*, 52. University of London, Londres.
- BRUUN, P., 1960, «The Battle of the Milvian Bridge: The Date Reconsidered», *Hermes*, vol. 88, 3, pp. 361-370.
- 1997, «The Victorious Signs of Constantine: A Reappraisal», *The Numismatic Chronicle (1966-)*, vol. 157, pp. 41- 59.
- BUTCHER, K., PONTING, M., 2015, *The metallurgy of the roman silver coinage. From the reform of Nero to the reform of Trajan*. Cambridge University Press, Cambridge.
- CABALLOS RUFINO, A., 1986, «Los horóscopos de la Apotelesmática de Hefestión de Tebas y los senadores hispanorromanos», *Memorias de historia antigua*, 7, pp. 121-128.
- CAMERON, A., 2011, *The last pagans of Rome*. Oxford University Press, Oxford.
- CANTO, A. M., 2003, «La dinastía Ulpio-Aelia (98-192 d. C.): Ni tan “Buenos”, ni tan “Adoptivos”, ni tan “Antoninos”», *Gerión*, vol. 21, 1, pp. 305-347.
- 2004, «Itálica, *sedes natalis* de Adriano. 31 textos históricos y argumentos para una secular polémica», *Athenaeum* 92, pp. 367-408.
- CARANDE HERRERO, R., FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C., 2005, «Virgil on a brick from Itálica», *Mnemosyne, fourth series*, vol. 58, 2, pp. 277-282.
- CARCOPINO, J., 1929, «Le mariage d’Octave et de Livie et la naissance de Drusus», *Revue Historique*, vol. 161, 2, pp. 225-236.
- CARLSON, D. N., 2002, «Caligula’s floating palaces», *Archaeology*, vol. 55, 3, pp. 26-31.
- CASTAGNOLI, F., 1967, «Lavinium and the Aeneas legend», *Vergilius (1959-)*, vol 13, pp. 1-7.
- CERVANTES SAAVEDRA, M., c. 1582, *El cerco de Numancia*.
- CHAMPLIN, E., 1998, «Nero reconsidered», *New England Review (1990-)*, vol. 19, 2, pp. 97-108.
- CHARLES, M., 2002, «*Calvus Nero*: Domitian and the mechanics of predecessor denigration», *Acta Classica*, vol. 45, pp. 19-49.
- CHARLESWORTH, M. P., 1950, «Nero: Some Aspects», *The Journal of Roman Studies*, vol. 40, 1-2, pp. 69-76.
- 2011, «Sex on Capri», *Transactions of the american philological*



- association*, vol. 141, 2, pp. 315-332.
- CID LÓPEZ, R. M., 2014, «Imágenes del poder femenino en la Roma antigua. Entre Livia y Agripina», *Asparkía. Investigación feminista*, 25, pp. 179-201.
- CLOVER, F., 1988, «Commodus the poet», *Nottingham Medieval Studies*, 32, pp. 19-33.
- COMPARETTI, D., 1895, *Vergil in the middle ages*. Trad. E. F. M. Benecke. Swan Sonnenschein & Co, Londres.
- CORNELL, T. J., 1995, *The beginnings of Rome. Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 BC)*. Routledge, Londres y Nueva York.
- CORTADELLA, J., 2005, «La Numancia de Cervantes: paradojas de la heroica resistencia ante Roma en la España imperial» en C. Park (ed.) *Actas del XI Coloquio internacional de la Asociación de Cervantistas*, pp. 557-570.
- COWAN, E., 2009, «Tacitus, Tiberius and Augustus», *Classical Antiquity*, vol. 28, 2, pp. 179-210.
- CRAMER, F. H., 1954, *Astrology in roman law and politics*. The American philosophical society, Philadelphia.
- CRAWFORD, M. H., 1974, *Roman Republican Coinage*, 2 vols. Cambridge University Press, Cambridge.
- CRESPO PÉREZ, C., 2014, *La condenación al olvido (damnatio memoriae). La deshonra pública tras la muerte en la política romana (siglos I-IV d. C.)*. Signifer libros, Madrid y Salamanca.
- DAY, J., 2000-2002, «Yahweh and the gods and goddesses of Canaan». *Journal for the study of the old testament*. Supplement series, 265.
- DE VOS, M., 1991, «La fuga di Enea in pitture del I secolo d.C.», *Kölner Jahrbuch für Vor- und Frühgeschichte*, vol 24. p. 113-120.
- DELILE, H. *et alii.*, 2014, «Lead in ancient Rome's city waters», *Proceedings of the National academy of sciences of the United States of America*, 111, pp. 6594-6599.
- DILLON, J. N., 2007, «Octavian's finances after Actium, before Egypt: The CAESAR DIVI F/IMP CAESAR coinage and Antony's legionary issue», *Chiron* 37, pp. 35-48.
- DOLANSKY, F., 2008, «*Togam virilem sumere*: coming of age in the roman world», en J Edmondson y A Keith (eds.) *Roman dress and the*

- fabrics of roman culture*. University of Toronto Press, Toronto, Buffalo y Londres, pp. 47-70.
- DOMÍNGUEZ ARRANZ, A., 2017, «Imágenes del poder en la Roma imperial: política, género y propaganda», *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, 24, 1, pp. 99-131.
- DOMÍNGUEZ-SOLERA, S. D., 2012-2013, «Repensando la romanización de cántabros y astures», *Arqueoweb. Revista sobre Arqueología en Internet*, 14, pp. 10-29.
- DRIJVERS, J. W., 1992, *Helena Augusta. The mother of Constantine the Great and the legend of her finding of the true cross*. Brill, Leiden, Nueva York, Copenhague y Colonia.
- 2011, «Helena Augusta, the Cross and the Myth: some new reflections», *Millennium. Yearbook on the Culture and History of the First Millennium C.E.*, 8, pp. 125-174.
- EGMOND, F., 1995, «The cock, the dog, the serpent, and the monkey. Reception and transmission of a roman punishment, or historiography as history», *International journal of the classical tradition*, vol. 2, 2, pp. 159-192.
- ERSKINE, A., 2010, *Roman imperialism. Debates and documents in ancient history*. Edinburgh University Press, Edimburgo.
- EVERITT, A., 2013, *Hadrian and the triumph of Rome*. Random House, Nueva York.
- FAGAN, G. G., 2002, «Messalina's folly», *The classical quarterly, New series*, vol 52, 2, pp. 566-579.
- FANTHAM, E., 1991, «*Stuprum*: public attitudes and penalties for sexual offences in republican Rome», *Echos du monde classique: Classical views*, vol. XXXV, 10, 3, pp. 267-291.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C., 2007, *Carmina latina epigraphica de la Bética romana. Las primeras piedras de nuestra poesía*. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- FLESS, F., MOEDE, K., 2011, «Music and dance: Forms of representation in pictorial and written sources», en J. Rüpke (ed.) *A Companion to roman religion*, pp. 249-262.
- FLOWER, H. I., 2006, *The art of forgetting. Disgrace & oblivion in roman political culture*. University of North Carolina Press, Chapel Hill.

- FORSYTHE, G., 2005, *A critical history of early Rome. From prehistory to the first punic war*. University of California Press, Berkeley, Los Angeles y Londres.
- FRANKLIN, J. L., 1996-1997, «Vergil at Pompeii: a teacher's aid», *The classical journal*, vol. 92, 2, pp. 175-184.
- FULMINANTE, F., 2014, *The Urbanisation of Rome and Latium Vetus. From the Bronze Age to the Archaic Era*. Cambridge University Press, Cambridge.
- GALINSKY, G. K., 1969, *Aeneas, Sicily and Rome*. Princeton University Press, Princeton.
- GANDZ, S., 1932-1933, «Hebrew numerals», *Proceedings of the American Academy for Jewish Research*, vol. 4, pp. 53-112.
- GANTZ, T. N., 1975, «The Tarquin dynasty», *Historia: Zeitschrift für alte geschichte*, vol. 24, 4, pp. 539-554.
- GEIGER, J., 2008, *The first hall of fame. A study of the statues in the forum augustum*. Brill, Leiden y Boston.
- GIBBON, E., 1776, *The history of the decline and fall of the roman Empire*. vol. I. W. Strahan and T. Cadell, Londres.
- GIRARDET, K. M., 2008, «Vom Sonnen-Tag zum Sonntag. Der dies solis in Gesetzgebung und Politik Konstantins d. Gr», *Zeitschrift für Antikes Christentum*. 11, 2, pp. 279-310.
- GOLDSWORTHY, A., 2006, *César. La biografía definitiva*. Trad. T. Martín Lorenzo, La esfera de los libros, Madrid.
- 2014, *Augusto. De revolucionario a Emperador*. Trad. J. M. Parra, La esfera de los libros, Madrid.
- GORRIE, Ch., 2001, «The Septizodium of Septimius Severus revisited: the monument in its historical and urban context», *Latomus*, vol. 60, 3, pp. 653-670.
- 2004, «Julia Domna's building patronage, Imperial family roles and the Severan revival of moral legislation», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, vol. 53, 1, pp. 61-72.
- GOZALBES CRAVIOTO, E., GONZÁLEZ BALLESTEROS, I., 2007, «Visiones de la romanización de Hispania (1887-1960)», *Iberia*, 10, pp. 37-48.
- GRAVES, R., 1934, *I, Claudius*. Arthur Barker, Londres.
- GRAY-FOW, M. J. G., 1988, «The wicked stepmother in roman literature

- and history: an Evaluation», *Latomus*, vol. 47, 4, pp. 741-757.
- 1998, «Why the christians? Nero and the great fire», *Latomus*, vol. 57, 3, pp. 595-616.
- GRIFFIN, M., (ed.), 2009, *A companion to Julius Caesar*. Wiley Blackwell, Hoboken.
- GRUEN, E. S., 1992, *Culture and national identity in republican Rome*. Cornell University Press, Ítaca, Nueva York.
- GUZMÁN GUERRA, A., GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., GUZMÁN GÁRATE, I., 2007, *Iberia. Mito y memoria*. Alianza Editorial, Madrid.
- GYLES, M. F., 1947, «Nero Fiddled while Rome Burned», *The Classical Journal*, vol. 42, 4, pp. 211-217.
- HALLET, J. P., 1977, «Perusinae glandes and the changing image of Augustus», *American journal of ancient history*, vol. 2, 2, pp. 151-171.
- HARGIS, J. W., 1999, *Against the christians. The rise of early anti-christian polemic*. Peter Lang, Nueva York.
- HELLER, J. L., 1985, «Notes on the Meaning of Κολοκύντη», *Illinois Classical Studies*, vol. 10, 1, pp. 67-117.
- HEMELRIJK, E. A., 1999, *Matrona Docta. Educated women in the roman élite from Cornelia to Julia Domna*. Routledge, Londres y Nueva York.
- HENRICHS, A., 2013, «Dionysos: One or many?» en A. Bernabé, M. Herrero, A. I. Jiménez y R. Martín (eds.), *Redefining Dionysos*, pp. 554-582.
- HENTEN, J. W., 2000, «Nero redivivus demolished: the coherence of the Nero traditions in the sibylline oracles», *Journal for the Study of the Pseudepigrapha*, vol. 21, pp. 3-17.
- HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D., 2013, «Parallels between Dionysos and Christ in late antiquity: miraculous healings in Nonnus' *Dionysiaca*», en A. Bernabé, M. Herrero, A. I. Jiménez y R. Martín (eds.), *Redefining Dionysos*, pp. 464-487.
- HERSCH, K. K., 2010, *The roman wedding. Ritual and meaning in antiquity*. Cambridge University Press, Cambridge.
- HODGE, A. T., 1981, «Vitruvius, Lead Pipes and Lead Poisoning», *American Journal of Archaeology*, vol. 85, 4, pp. 486-491.
- HUMPHREY, J. H., 1986, *Roman circuses. Arenas for chariot racing*.

- University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.
- HUNTSMAN, E. D., 2009, «Livia before Octavian», *Ancient society*, vol. 39, pp. 121-169.
- HURTADO, L. W., 2006, *The earliest christian artifacts. Manuscripts and christian origins*. William B. Eerdmans publishing company, Grand Rapids, Michigan y Cambridge.
- ICKS, M., 2011, *The crimes of Elagabalus. The life and legacy of Rome's decadent boy emperor*. I. B. Tauris, Londres y Nueva York.
- JACOBS II, P. W., 2014, *Campus Martius. The Field of Mars in the life of ancient Rome*. Cambridge University Press, Cambridge.
- JONES, B. W., 1973, «Domitian's attitude to the Senate», *The American Journal of Philology*, vol. 94, 1, pp. 79-91.
- 1992, *The emperor Domitian*. Routledge, Londres y Nueva York.
- JOSHEL, S. R., 1995, «Female Desire and the Discourse of Empire: Tacitus's Messalina», *Signs*, vol. 21, 1, pp. 50-82.
- KALAS, G., 2015, *The restoration of the roman forum in late antiquity: transforming public space*. University of Texas Press, Austin.
- KALLIS, A., 2011, «Framing Romanità: the celebrations for the Bimillenario Augusteo and the Augusteo-Ara Pacis project», *Journal of Contemporary History*, 46, 4, pp. 809-831.
- KLAUCK, H. J., 2001, «Do They Never Come Back? "Nero Redivivus" and the Apocalypse of John», *The Catholic Biblical Quarterly*, vol. 63, 4, pp. 683-698.
- KLEINER, D. E. E., Buxton, B., 2008, «Pledges of Empire: the Ara Pacis and the donations of Rome», *American Journal of Archaeology*, vol. 112, 1, p. 57-89.
- KNAPP, R. C., 2011, *Los olvidados de Roma: prostitutas, forajidos, esclavos, gladiadores y gente corriente*. Ariel, Madrid.
- KOLLER, D., et alii., 2006, «Fragments of the City: Stanford's Digital Forma Urbis Romae Project», *Proceedings of the Third Williams Symposium on Classical Architecture, Journal of Roman Archaeology Suppl. 61*, pp. 237-252.
- KREITZER, L., 1988, «Hadrian and the Nero redivivus myth», *Zeitschrift für die neutestamentliche wissenschaft und kunde der älteren kirche*, vol. 79, 1-2, pp. 92-115.
- LAJOYE, P., 2010, «Quirinus, un ancien dieu tonnant? Nouvelles

- hypothèses sur son étymologie et sa nature primitive», *Revue de l'Histoire des Religions*, 227, pp. 175-194.
- LARRAMENDI, M., 1745, *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín. Tomo primero*. San Sebastián.
- LEE, A. D., 2013, *From Rome to Byzantium. AD 363 to 565. The transformation of ancient Rome*. Edinburgh University Press, Edimburgo.
- LELAND, C. G., 1899, *The unpublished legends of Virgil*. Londres.
- LEVICK, B., 1990. *Claudius*. Yale University Press, New Haven.
- 2007, *Julia Domna. Syrian empress*. Routledge, Londres y Nueva York.
- LITTLEWOOD, R. J., 2002, «*Imperii pignora certa: the role of Numa in Ovid's Fasti*», en G. Herbert-Brown (ed.), *Ovid's Fasti: Historical readings at its Bimillennium*, pp. 175-197.
- LUSNIA, S. S., 1995, «Julia Domna's coinage and Severan dynastic propaganda», *Latomus*, vol. 54, 1, pp. 119-140.
- MAIURI, A., 1950, «La parodia di Enea», *Bollettino d'arte*, vol. 35. pp. 108-112.
- MARQUÉS, N. F., 2013, «Nuevos planteamientos cronológicos e interpretativos sobre la ceca latina de Segovia. Una emisión inédita», *Numisma*, 257, pp. 69-93.
- 2015, «Monedas de guerra y triunfo de Octaviano. Las series *Caesar Divi F* e *Imp Caesar* (RIC I2 250-274)», *Saguntum*, vol. 47, pp. 89-104.
- 2018, *Un año en la antigua Roma. La vida cotidiana de los romanos a través de su calendario*. Espasa, Barcelona.
- MARTIN, R. F., 1991, *Les douze Césars. Du mythe à la réalité*. Les belles lettres, París.
- MATTES, W., 2011, «Die chiffre 666 der Apokalypse (13, 18)», *Hermes*, vol. 139, 3, pp. 365-375.
- MATTINGLY, H., 1936, *Coins of the roman Empire in the British Museum. Volume III. Nerva to Hadrian*. The trustees of the British Museum, Londres.
- MATTINGLY, H., SYDENHAM, E. A., 1926, *The roman imperial coinage. vol. II. Vespasian to Hadrian*. Spink, Londres.
- MAYER, M., 1993, «La presència de Virgili en l'epigrafia d'Hispania.

- Notes per a un corpus de citacions directes», en J. Padró *et alii*, (eds.), *Homenatge a Miquel Tarradell*, *Estudis universitaris catalans*, 29, pp. 859-869.
- MAYORGAS, A., 2018, «Acca Larencia o el poder de la memoria - femenina en Roma», en G. Bravo, S. Perea Yébenes, F. Fernández Palacios, (eds.), *Mujer y poder en la antigua Roma. Actas del XV Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos*, pp. 17-31.
- MOMMSEN, T., 1862-1866, *History of Rome*. Cinco volúmenes. Trad. W. Purdie, Dickson. R. Bentley & Son, Londres. Originales publicados entre 1854 y 1856.
- (ed.), 1863, *Corpus Inscriptionum Latinarum. Volumen primum. Inscriptiones latinae antiquissimae ad C. Caesar mortem*. Apud Georgium Reimerum, Berlín.
- (ed.), 1883, *Corpus Inscriptionum Latinarum. Volumen decimum. Inscriptiones Brvtiorvm, Lvcaniae, Campaniae, Siciliae, Sardiniae*. Apud Georgium Reimerum, Berlín.
- 1909, *The provinces of the roman Empire. From Caesar to Diocletian*. Macmillan and Co. Limited, Londres.
- MONTERO, S., 2017, «Las supersticiones de Augusto (Suet., *Aug.* 90-92)», en C. González Román, A. Pociña Perez, (eds.), *Augusto, dos mil años después. Contribuciones para su estudio*. Universidad de Granada, pp. 147-166.
- MOSS, C., 2013, *The myth of persecution. How early christians invented a story of martyrdom*. HarperCollins Publishers Ltd., Londres.
- MOURITSEN, H., 2011, *The freedman in the roman world*. Cambridge University Press, Cambridge.
- NEWBY, Z., 2005, *Greek athletics in the roman world. Victory and virtue*. Oxford University Press, Oxford.
- NRIAGU, J. O., 1983, *Lead and Lead Poisoning in Antiquity*. John Wiley & Sons, Nueva York.
- OLSON, K., 2014, «Masculinity, appearance, and sexuality: Dandies in roman antiquity», *Journal of the History of Sexuality*, vol. 23, 2, pp. 182-205.
- PASTOR MUÑOZ, M., 2018, «Livia, el poder en la sombra», en G. Bravo, S. Perea Yébenes, F. Fernández Palacios, (eds.), *Mujer y poder en la*

- antigua Roma. Actas del XV Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos*, pp. 131-153.
- PERRI, B., 2014, *The so-called Senatus consultum de bacchanalibus. Detailed analysis of the language*.
- PLAHTÉ TSCHUDI, V., 2012, «Plaster empires: Italo Gismondi's model of Rome», *Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 71, 3, *Special Issue on Architectural Representations 1*, pp. 386-403.
- PLEKET, H. W., 1961, «Domitian, the Senate and the provinces», *Mnemosyne, Fourth Series*, vol. 14, 4, pp. 296-315.
- PIÑERO, A., 2006, *Guía para entender el nuevo testamento*. Trotta, Madrid.
- (ed.) 2009, *Todos los evangelios. Canónicos y apócrifos*. Edaf, Madrid, México, Buenos Aires, San Juan, Santiago, Miami.
- 2015, *Guía para entender a Pablo de Tarso. Una interpretación del pensamiento paulino*. Trotta, Madrid.
- 2018, *Aproximación al Jesús histórico*. Trotta, Madrid.
- PORRES CABALLERO, S., 2013, «Maenadic ecstasy in Greece: fact of fiction?», en A. Bernabé, M. Herrero, A. I. Jiménez y R. Martín (eds.), *Redefining Dionysos*, pp. 159-184.
- PORTE, D., 1981, «Romulus-Quirinus, prince et dieu, dieu des princes. Étude sur le personnage de Quirinus et sur son évolution, des origines à Auguste», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt, II*, 17.1, pp. 300-342.
- POSADAS, J. L., 2011, *Los emperadores romanos y el sexo*. Sílex, Madrid.
- PRAET, R., 2016, «Re-anchoring Rome's protection in Constantinople: The *pignora imperii* in late antiquity and Byzantium», *Sacris Erudiri*, vol. 55, pp. 277-319.
- PRICE, S. R. F., 1984, *Rituals and power. The roman imperial cult in Asia minor*. Cambridge University Press, Cambridge.
- PRIDEAUX TREGELLES, S., 2009, *The book of revelation in greek edited from ancient authorities*. Cambridge University Press, Cambridge.
- PUYADAS RUPÉREZ, V., 2010, «Cleopatra VII: descendiente de faraones», en A. Domínguez Arranz, (ed.), *Mujeres en la Antigüedad clásica*, pp. 103-124.
- QUESADA SANZ, F., 2007, *Estandartes militares en el mundo antiguo*.



Signifer libros, Madrid.

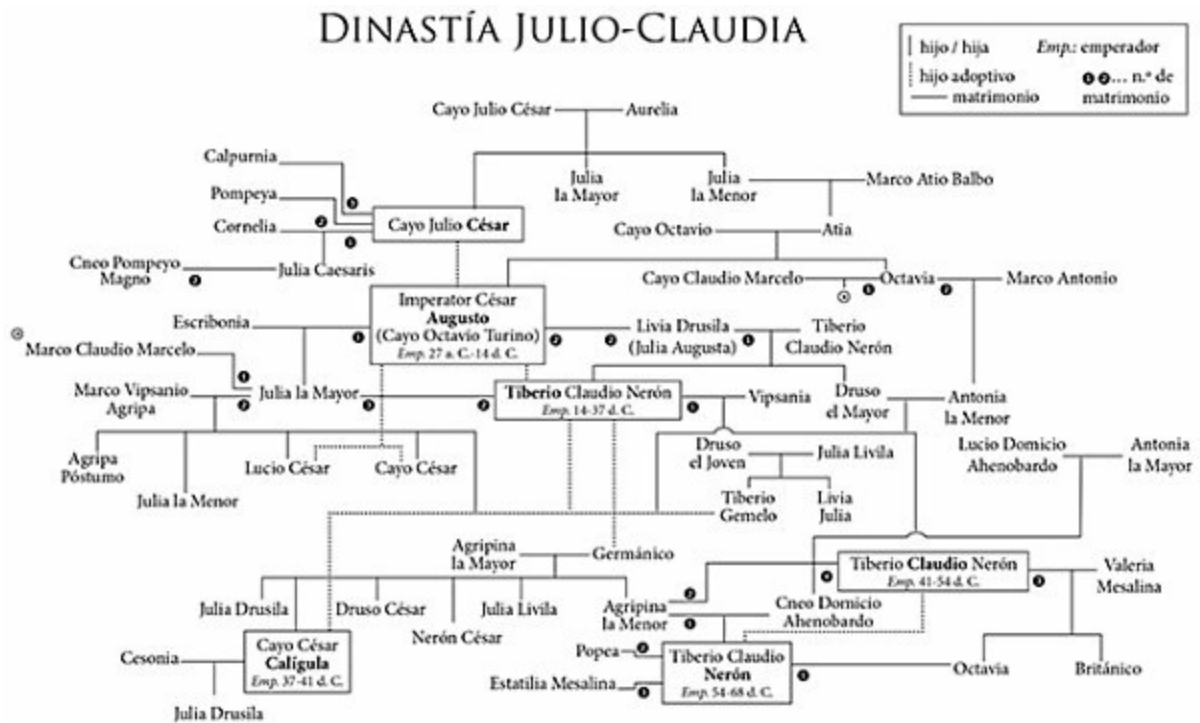
- RADICE, B., 1968, «Pliny and the *Panegyricus*», *Greece & Rome*, vol. 15, 2, pp. 166-172.
- RADIN, M., 1920, «The lex Pompeia and the poena cullei», *The journal of roman studies*, vol. 10, pp. 119-130.
- RANTALA, J., 2017, *The Ludi Saeculares of Septimius Severus: The Ideologies of a New Roman Empire*. Routledge, Nueva York.
- RASMUSSEN, S. W., 2003, *Public portents in republican Rome*. L'Erma di Bretschneider, Roma.
- REED, J. D., 2007, *Vergil's gaze. Nation and poetry in the Aeneid*. Princeton University Press, Princeton and Oxford.
- REES, R., 2002, *Layers of loyalty in latin panegyric. AD 289-307*. Oxford University Press, Oxford.
- RICHARDSON JR, L., 1980, «The Approach to the Temple of Saturn in Rome», *American Journal of Archaeology*, vol. 84, 1, pp. 51-62.
- RIVES, J. B., 1999, «The decree of Decius and the religion of Empire», *The Journal of Roman Studies*, vol. 89, pp. 135-154.
- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E., 1981, *Forma Urbis Marmorea. Aggiornamento Generale 1980*. Roma.
- RODGERS, B. S., 1989, «The Metamorphosis of Constantine», *The Classical Quarterly, New Series*, vol. 39, 1, pp. 233-246.
- ROGERS, P. M., 1984, «Domitian and the finances of State», *Historia: Zeitschrift für alte geschichte*, vol. 33, 1, pp. 60-78.
- ROSENBERGER, V., 2011, «Republican *nobiles*: controlling the *Res Publica*», en J. Rüpke (ed.) *A Companion to roman religion*. pp. 292-303.
- ROUSSELLE, R., 1987, «Liber-Dionysus in early roman drama», *The classical journal*, vol. 82, 3, feb-mar, pp. 193-198.
- RÜPKE, J., 2007, *Religion of the romans*. Trad. R. Gordon, Polity Press, Cambridge y Malden.
- 2011, *The roman calendar from Numa to Constantine: Time, History and the Fasti*. Trad. D. M. B. Richardson, Wiley-Blackwell, Hoboken.
- 2012, *Religion in republican Rome. Rationalization and ritual change*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- 2016, *On roman religion. Lived religion and the individual in ancient*

- Rome. Cornell University Press, Ithaca y Londres.
- SANTOS YANGUAS, J., CRUZ ANDREOTTI, G., (eds.), 2012, *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*. Revisiones de Historia Antigua VII / VII Antzinateko Historiaren Berrikuspenak. Universidad del País Vasco, Vitoria.
- SCOTT, K., 1933, «The political propaganda of 44-30 B. C.», *Memoirs of the American Academy in Rome*, vol. 11, pp. 7-49.
- 1975, *The imperial cult under the flavians*. Arno press, Nueva York. Original publicado en 1936.
- SCULLARD, H. H., 1981, *Festivals and ceremonies of the roman republic*. Thames and Hudson Ltd, Londres.
- SEAGER, R., 2002, *Pompey the great. A political biography. Second edition*. Blackwell publishing, Malden.
- SHAYA, J., 2013, «The public life of monuments: the *summi viri* of the Forum of Augustus», *American Journal of Archaeology*, vol. 117, 1, pp. 83-110.
- SHAW, B. D., 2015, «The myth of the neronian persecution», *Journal of Roman Studies*, vol. 105, pp. 73-100.
- SORDI, M., 1982, «Lavinio, Roma e il Palladio», en M. Sordi (ed.), *Politica e religione nel primo scontro tra Roma e l'Oriente*, pp. 65-78.
- SOUTHERN, P., 1997, *Domitian. Tragic Tyrant*. Routledge, Londres y Nueva York.
- STAMPER, J. W., 2005, *The architecture of roman temples. The republic to the middle empire*. Cambridge University Press, Cambridge.
- STAPLES, A., 1998, *From good goddess to vestal virgins. Sex and category in roman religion*. Routledge, Londres y Nueva York.
- SUERBAUM, W., 2009, «The king's two bodies: is Aeneas an embodiment of Augustus in illustrations for the Aeneid?», *Vergilius (1959-)*, vol. 55, pp. 31-54.
- SUTHERLAND, C. H. V., 1984, *The Roman Imperial Coinage*, vol. I, edición revisada. *From 31 BC to AD 69*. Spink and son LTD, Londres.
- SYME, R., 1930, «The imperial finances under Domitian, Nerva and Trajan», *The Journal of Roman Studies*, vol. 20, pp. 55-70.
- 2010, *La revolución romana*. Trad. A. Blanco Freijeiro, Crítica,

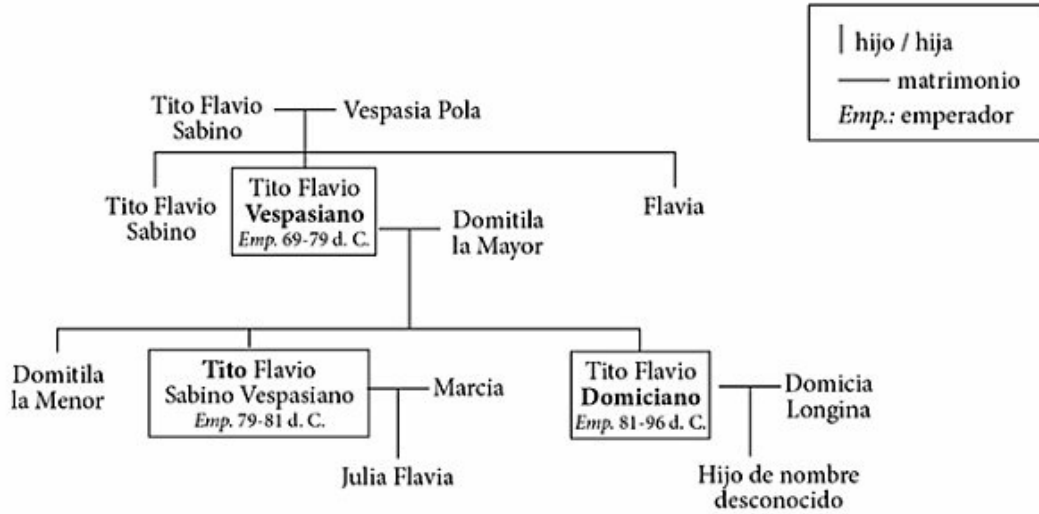
- Barcelona. Original publicado en 1939.
- THOMPSON, L. L., 1990, *The book of revelation. Apocalypse and Empire*. Oxford University Press, Oxford.
- TIERNET, J. J., 1945-1948, «The “Senatus Consultum de Bacchanalibus», *Proceedings of the Royal Irish Academy. Section C: archaeology, celtic studies, history, linguistics, literature*, vol. 51, pp. 89-117.
- TOHER, M., 2017, *Nicolaus of Damascus: The life of Augustus and the autobiography*. Cambridge University Press, Cambridge.
- TORRENT, A., 2013, «Turbulencias financieras en época de Cómodo: la quiebra de la banca de Calisto», *Annali del seminario giuridico dell'università degli studi di Palermo*, vol. LVI, pp. 181-214.
- TRACY, H. L., 1971, «Auguria divom in Vergil's works», *Vergilius (1959-)*, 17, pp. 4-6.
- ULBACK, E., 1934, «The sacred groves of Latium and their divinities», *The classical journal*, vol. 29, 9, pp. 658-662.
- UNGARO, L., 2018, «Il potere ritratto nel Foro di Traiano», *Traiano costruire l'Impero creare l'Europa*, pp. 91-97.
- VERSNEL, H. S., 1993, *Inconsistencies in greek and roman religion II. Transition and reversal in myth and ritual*. E. J. Brill, Leiden, Nueva York y Colonia.
- VEYNE, P., 2010, *Sexo y poder en Roma*. Paidós, Madrid.
- VILLEDIEU, F., 2011, «La coenatio rotunda neroniana e altre vestigia nel sito della Vigna Barberini al Palatino», *Bollettino d'arte*, vol. 96, 12, pp. 1-28.
- VOUT, C., 2012, *The hills of Rome. Signature of an eternal city*. Cambridge University Press, Cambridge.
- WAGEMAKERS, B., 2010, «Incest, infanticide, and cannibalism: anti-christian imputations in the roman Empire», *Greece & Rome*, vol. 57, 2, pp. 337-354.
- WATERS, K. H., 1964, «The Character of Domitian», *Phoenix*, vol. 18, 1, pp. 49-77.
- WEISS, P., 2003, «The vision of Constantine», *Journal of roman archaeology*, 16, pp. 237-259.
- WELLS, P. S., 2003, *The battle that stopped Rome. Emperor Augustus, Arminius, and the slaughter of the legions in the Teutoburg forest*. W.

- W. Norton & Company, Nueva York y Londres.
- WILI, W., 1955, «The orphic mysteries and the greek spirit [1944]», *The mysteries. Papers from the Eranos yearbooks*, XXX, 2, pp. 64-92.
- WILLIAMS, C., 2010, *Roman homosexuality. Second edition*. Oxford University Press, Oxford.
- WISEMAN, T. P., 1995, *Remus. A roman myth*. Cambridge University Press, Cambridge.
- 2008, *Unwritten Rome*. Liverpool University Press, Liverpool.
- 2009, *Remembering the roman people. Essays on late-republican politics and literature*, Oxford University Press, Oxford.
- WOODS, D., 2000, «Caligula's seashells», *Greece & Rome, Second series*, vol. 47, 1, pp. 80-87.
- ZANKER, P., 1992, *Augusto y el poder de las imágenes*. Trad. P. Diener Ojeda, Alianza Editorial, Madrid. Original publicado en 1987.
- ZIOLKOWSKY, J. M., Putnam, M. C. J. (eds.), 2008, *The virgilian tradition. The first fifteen hundred years*. Yale University Press, New Haven y Londres.

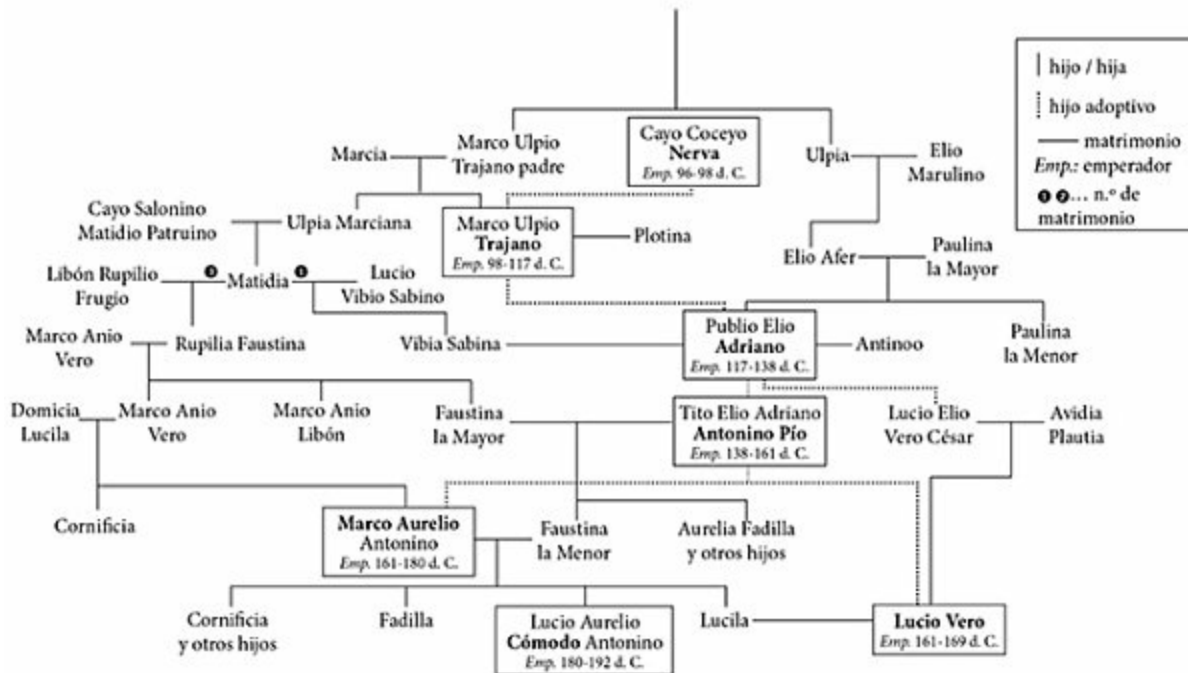
# GENEALOGÍAS DE LAS FAMILIAS IMPERIALES



# DINASTÍA FLAVIA



# DINASTÍA ULPIO-AELIA



# PLANO DE ROMA



### Leyenda

- |   |   |
|---|---|
| 1 Foro romano                                   | 15 Restos de la Domus Aurea                               |
| 2 Palatino                                      | 16 Esquilino  |
| 3 Foros de Augusto y Nerva                      | 17 Castra Praetoria                                       |
| 4 Foro de César                                 | 18 Teatro de Pompeyo                                      |
| 5 Foro de Trajano                               | 19 Templo de la familia Flavia                            |
| 6 Quirinal y templo de Quirino                  | 20 Campo de Marte y <i>Pantheon</i>                       |
| 7 Capitolio y templo de Júpiter Óptimo Máximo   | 21 Ara Pacis  |
| 8 Termas de Caracalla                           | 22 Mausoleo de Augusto                                    |
| 9 Circo Máximo                                  | 23 Termas de Constantino                                  |
| 10 Templo de Venus y Roma y Coloso del dios Sol | 24 Aventino   |
| 11 Anfiteatro de los Césares (Coliseo)          | 25 Templo del Sol Invicto                                 |
| 12 Mausoleo de Adriano                          | 26 Columna de Marco Aurelio y piras funerarias imperiales |
| 13 Celio y templo del Divino Claudio            | 27 Templo del Divino Adriano                              |
| 14 Termas de Trajano                            | 28 Termas de Diocleciano                                  |
|   | 29 Trazado de la muralla aureliana                        |





Esta obra  
fue impresa  
en Madrid,  
en las *idus* de marzo  
de MMXIX

*FAKE NEWS DE LA ANTIGUA ROMA*  
*Engaños, propaganda y mentiras de hace 2000 años*  
Néstor F. Marqués

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Fotografías del interior: © Archivo fotográfico del autor; © José Luiz Bernardes Ribeiro, CC BY-SA 4; © Inklinc Florence; © Photo Scala, Florence / Fotografica Foglia - courtesy of the Ministero Beni e Att. Culturali; © Museo del Prado, Madrid / Album; © Museo Vaticano, Erich Lessing / Album; © Museum Of Ethnography And Prehistory, I. Moretti - De Agostini / AGE; © Luis Romero; © Staatliche Münzsammlung Munich, Akg-images / Album

© Néstor F. Marqués, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-670-5579-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

[www.safekat.com](http://www.safekat.com)